Ignace J. Gelb

Historia de la escritura

Versión española de
Alberto Adell

Alianza
Editorial

Título original:
A Study of Writing (con autorización de The University of Chicago Press, Chicago, Illinois, U. S. A.).

Primera edición en «Alianza Universidad»: 1976
Segunda edición en «Alianza Universidad»: 1982

© The University of Chicago, Chicago y Londres, 1952
© Ed. cast.: Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1976, 1982
Calle Milán, 38; ☎ 200 00 45
ISBN: 84-206-2155-2
Depósito legal: M. 25.577-1982
Fotocomposición Compoprint. Marqués de Monteagudo, 16. Madrid
Impreso en Closas-Orcoyen, S. L. Polígono Igarsa
Paracuellos del Jarama (Madrid)
Printed in Spain

INDICE

Prefacio 9

Prefacio a la segunda edición 13

Capítulo 1
La escritura como un sistema de signos 17

Capítulo 2
Precedentes de la escritura 47

Capítulo 3
Sistemas logo-silábicos 90

Capítulo 4
Escrituras silábicas 161

Capítulo 5
El alfabeto 217

Capítulo 6
Evolución de la escritura 246

Capítulo 7
Escrituras modernas de los primitivos 265

Capítulo 8
Monogénesis o poligénesis de la escritura 275

Capítulo 9
Escritura y civilización 285

Capítulo 10
El futuro de la escritura 302

Capítulo 11
Terminología de la escritura 316

Capítulo 12
Bibliografía 325

Indice alfabético 339

PREFACIO

Este libro consta de doce capítulos, pero puede dividirse estructuralmente en cinco partes. Primero se examina el lugar que ocupa la escritura entre los diferentes sistemas de la intercomunicación humana. A esto siguen cuatro capítulos dedicados al análisis descriptivo y comparativo de los distintos tipos de escritura en el mundo. El capítulo sexto trata de la evolución de la escritura, desde las fases más tempranas de la escritura pictórica hasta el alfabeto completo. Los cuatro capítulos siguientes se refieren a problemas generales, tales como el futuro de la escritura y la relación de la escritura con el idioma, el arte y la religión. De los dos capítulos finales, uno contiene el primer ensayo de establecer una completa terminología de la escritura y el otro una extensa bibliografía.

El objeto de este estudio es sentar los cimientos para una nueva ciencia de la escritura que puede llamarse gramatología. Mientras las historias generales tratan las escrituras individuales con un enfoque primordialmente histórico-descriptivo, la nueva ciencia intenta establecer los principios generales que rigen el uso y la evolución de la escritura sobre una base comparativo-tipológica. Su importancia consiste en ser la primera presentación sistemática de la historia y de la evolución de la escritura basada en estos principios. Algunos de los resultados concretos del nuevo enfoque

son los siguientes: eliminación de las llamadas «escrituras léxicas» y su sustitución por el tipo logo-silábico; clasificación de las llamadas «escrituras maya y azteca» no como tales escrituras sino como precedentes de la escritura; determinación de que las misteriosas «inscripciones de la isla de Pascua» no son escrituras, sino trazos con fines mágicos.

Conviene dejar claro desde el comienzo que la presente obra no es una historia de la escritura de tipo exhaustivo. Trata sólo de algunas escrituras representativas de ciertos tipos o que resultan de importancia básica para la comprensión de determinados desarrollos. En vano se buscará aquí, por lo tanto, un análisis de la escritura latina a través de las épocas antigua, medieval y moderna, porque este sistema no representa nada nuevo, ni de importancia para la teoría de la escritura. En términos generales, escribimos hoy como lo hicieron los antiguos romanos, y la escritura latina clásica es idéntica, en principio, a la de los griegos, de la que se tomó prestada.

Gran parte de la reconstrucción teórica de la escritura que se hace en este estudio resultará heterodoxa para algunos especialistas, señaladamente para los filólogos que, persuadidos de las sagradas tradiciones imperantes en sus angostos campos de especialización, muestran reservas en aceptar conclusiones derivadas de una visión total de la escritura. Ejemplo de esta actitud es el ruego hecho por uno de mis colegas, de que no cite su nombre al dar las gracias por la ayuda que me ha prestado en lo referente a la lengua china. Me refiero con cierta petulancia a la negativa de este especialista a verse mezclado con los «herejes», ya que espero verle tomar el camino de Canossa así que vea la luz.

Este estudio se basa principalmente en pruebas estructurales internas y deja en segundo término los argumentos que pueden deducirse del testimonio formal externo. Quedan, por lo tanto, amplias posibilidades para que en un estudio futuro de naturaleza análoga se investiguen detalladamente los aspectos formales de la tipología y de la evolución de la escritura. Los temas que podrían recibir tratamiento más adecuado en el futuro serían, por ejemplo, los materiales escriptorios, los números, el orden de los signarios, los nombres de los signos y las marcas auxiliares, como características prosódicas, división de palabras, etc.

La elaboración de este estudio ha llevado algo más de veinte años. Comprende trozos en el capítulo «Escritura y civilización» tomados de un trabajo redactado en mis años de estudiante, así como un capítulo titulado «El futuro de la escritura» escrito hace sólo unos dos años. La mayor parte del estudio fue redactado en los años inmediatamente anteriores a la entrada de los Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial. El largo período de elaboración, unido a las pesadas obligaciones de tipo pedagógico y administrativo que han recaído sobre mí en los últimos años, son los principales responsables de cuantas irregularidades de estilo y de composición pueden aparecer en el producto final. Esto último me ha impedido emplear extensamente la bibliografía de los últimos años. Entre las diferentes obras de importancia sobre la escritura a las que no se ha prestado justicia en este estudio, desearía señalar: James G. Février, *Histoire de l'écriture* (París, 1948) y G. R. Driver, *Semitic Writing from Pictograph to Alphabet* (London, 1948).

Con objeto de evitar equívocos por parte de algunos lingüistas conviene observar que el término «signo silábico» se emplea aquí para señalar una unidad de la escritura que comprende una vocal (bien sola o bien acompañada por consonantes) y que puede contener o no características prosódicas (como acento, tono, cantidad, etcétera); esta definición en el terreno de la escritura difiere, por lo tanto, de la de la sílaba, considerada por ciertos lingüistas como una unidad de lenguaje caracterizada en primer lugar por características prosódicas y que puede contener o no una vocal.

Uno de los problemas más engorrosos en un estudio de tanta amplitud como éste, es el de la transliteración y transcripción. Me doy perfecta cuenta de que no he logrado eludir múltiples contradicciones en mis esfuerzos por conseguir cierta uniformidad. Especialmente desafortunado es, según creo, el empleo de *i*, *j* e *y* (para *y*, como en el inglés *yes*); el peso de las convenciones en distintos idiomas y escrituras ofrecía un problema sin solución satisfactoria.

Este estudio debe mucho, directa e indirectamente, a gran cantidad de amigos y compañeros, en este país y fuera de él. El manuscrito en su integridad fue leído y criticado constructivamente por mi antiguo maestro en la Universidad de Roma, el Profesor Giorgio Levi Della Vida (cuando se encontraba en la Universidad de Pennsyl

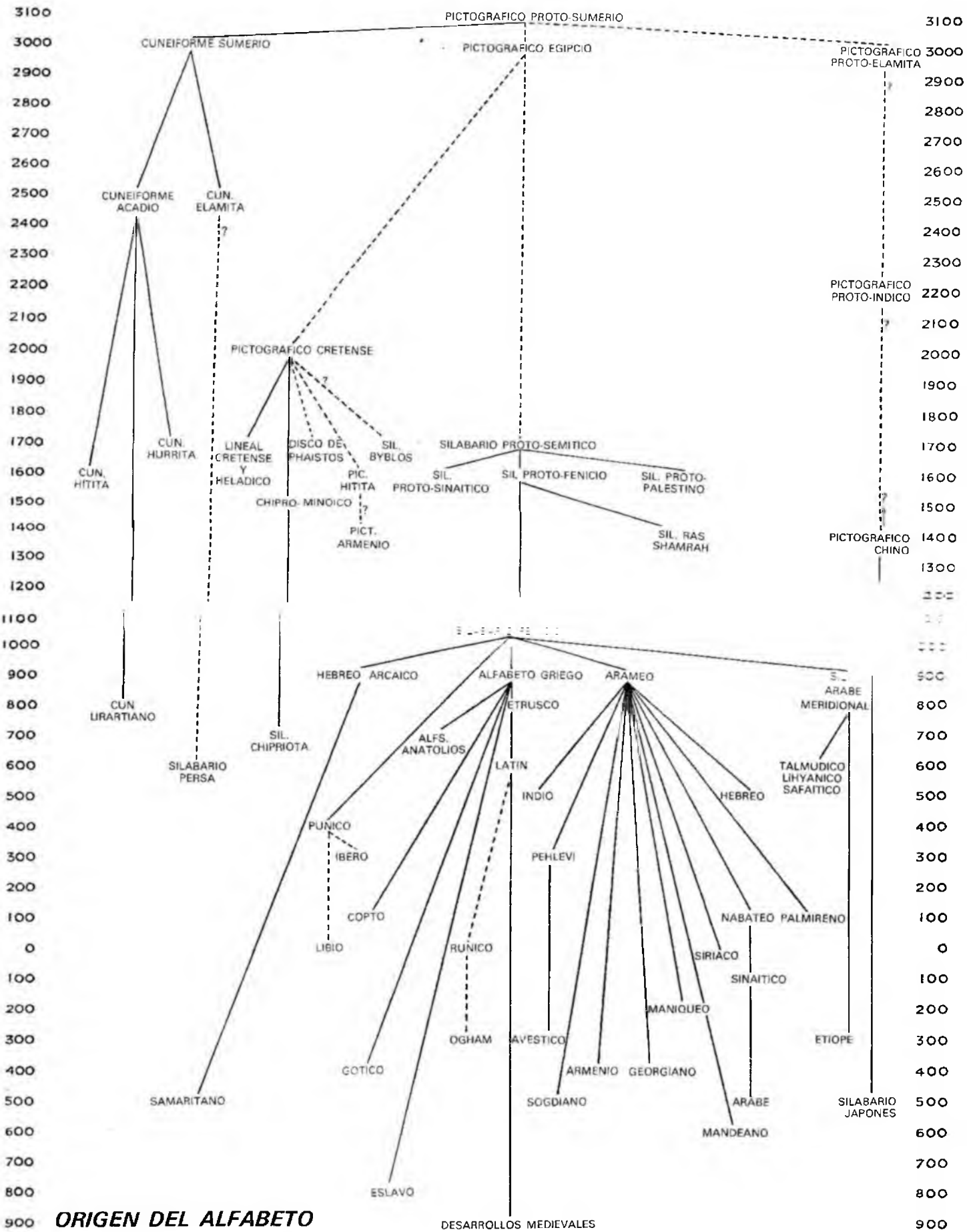
vania), Profesor Giuliano Bonfante de Princeton, Profesor John Lotz de Columbia, Profesor Thomas Sebeok de la Universidad de Indiana, Profesor Ralph Marcus, Dr. Richard T. Hallock, Mrs. Erna S. Hallock, y mi antiguo alumno Mr. Byron E. Farwell, todos de Chicago. Partes de los capítulos I y IX fueron leídos por el Profesor Thorkild Jacobsen, de Chicago, Profesor Henri Frankfort y Mrs. Frankfort, antes de Chicago, ahora de Londres. Recibí mucha ayuda en el campo de lo sumerio del Profesor Jacobsen, en materias de lo egipcio de los Profesores William F. Edgerton, Keith C. Seele, y John A. Wilson, de Chicago, y en el terreno de lo chino de los Profesores Ch'ên Mêng-chia y Têng Ssù-yü (cuando estaban en la Universidad de Chicago). Mr. Jørgen Laessøe, de Chicago, ha tenido la amabilidad de ayudarme con muchos gráficos del estudio. A todos estos especialistas y amigos quisiera ofrecer aquí mi más cordial agradecimiento.

Chicago, Illinois.
Junio, 1951. I. J. G.

PREFACIO A LA SEGUNDA EDICION

La presente edición tiene como fin poner al día las anteriores, tanto norteamericana como inglesa, ambas agotadas. Con objeto de no modificar innecesariamente la composición de la edición anterior, se han incorporado al texto principal solamente revisiones someras y fáciles de incluir, sin que cambiase la paginación, mientras que las revisiones, correcciones y adiciones más extensas han sido relegadas a las notas al fin del volumen. Debido a las numerosas adiciones en esta sección, las notas, la bibliografía y el índice han vuelto a componerse y paginar de nuevo. La presente edición comprende las mismas ilustraciones que las ediciones anteriores, con la excepción de las figuras 50, 51 y 69, que han sido sustituidas por otras más adecuadas.

Chicago, Illinois.
Noviembre, 1962. I. J. G.



ORIGEN DEL ALFABETO

Capítulo 1
LA ESCRITURA COMO UN SISTEMA DE SIGNOS

Medios de comunicar las ideas

Las dos características externas más importantes de la conducta humana son la expresión y la comunicación. La primera se refiere a lo que podemos llamar conducta personal; la segunda, a la conducta social. El hombre posee muchas formas, naturales y artificiales, de expresar sus ideas y sus sentimientos. Puede dar expresión, de forma natural, a su alegría, riendo o canturreando, y a su dolor con el llanto o la queja; puede expresarse con ayuda de medios artificiales en un poema, una pintura u otra obra de arte cualquiera. El hombre puede intentar comunicar sus sentimientos, pensamientos e ideas por medio de formas convencionales y generalmente comprensibles para los demás. ¿Cuál es la relación entre expresión y comunicación? ¿Existe una expresión o una comunicación, que puedan llamarse puras? ¿No será más cierto que el hombre como ser social, el *zoon politikon* de Aristóteles, se encuentra o se imagina estar en todo momento en condiciones en las que sólo puede expresarse mediante la comunicación? Y al contrario, ¿no son todas las obras maestras del arte o de la poesía, formas de comunicación logradas por medio de la expresión per-

sonal de los individuos? A mi parecer, los fines de la expresión y de la comunicación se encuentran tan entremezclados en todas las formas de la conducta humana que normalmente resulta imposible hablar de una sin verse obligado a considerar a la vez la otra.

Con el fin de comunicar pensamientos y sentimientos tiene que haber un sistema convencional de signos o símbolos que al ser usados por ciertas personas, sean comprendidos por otras que los reciben. La comunicación en circunstancias normales exige la presencia de dos (o más) personas: la(s) que emite(n) y la(s) que recibe(n) la comunicación.

El proceso de comunicación está compuesto de dos partes: emisión y recepción. Como los medios de emitir comunicaciones son demasiado variados y numerosos para permitir una clasificación sistemática, debemos comenzar nuestro examen desde el punto de vista de la recepción. La recepción de la comunicación se realiza por medio de nuestros sentidos, de los que la vista, el oído y el tacto desempeñan los papeles más importantes. Teóricamente, otros sentidos, como el olfato y el gusto, pueden ser también objeto de consideración, pero en la práctica desempeñan un papel muy limitado y no conducen a un completo sistema de signos[1].

Puede obtenerse la comunicación visual por medio del gesto y la mímica[2]. Ambos suelen acompañar con frecuencia al habla, aunque la intensidad de su empleo varíe con los individuos, las clases sociales o los distintos países. Unas personas emplean más que otras el gesto o la mímica para obtener efectos oratorios o por impulso natural. En nuestra sociedad se considera de mal gusto

---

[1] Cf. Adolf Noreen, *Einführung in die wissenschaftliche Betrachtung der Sprache* (Halle, Saale, 1923), págs. 1 y sigs., y O. Krückmann, «Sethe's Buch über die Enstehung der Schrift», *Orientalia*, n. s. X (1941), 255.

[2] L. A. Rosa, *Espressione e mimica* (Milán, 1929); Giuseppe Cocchiara, *Il linguaggio del gesto* (Turín, 1932); Macdonald Critchley, *The Language of Gesture* (Londres, 1939); J. Vendryes, «Langage oral et langage par gestes», *Journal de Psychologie*, XLIII (1950), 7-33; David Abercrombie, «Gesture», *English Language Teaching*, IX (1954-55), 3-12; William P. Stokoe, *Sign Language Structure: An Outline of the Visual Communication Systems of the American Deaf* (Búffalo, 1960). En la obra precursora de Ray L. Birdwhistell, *Introduction to Kinesics* (Louisville, Kentucky, 1952), puede encontrarse un sistema de notación para el análisis del movimiento del cuerpo y de los gestos.

«hablar con las manos». Es un hecho de sobra conocido que en Europa los meridionales, como los italianos, emplean tanto la gesticulación como la mímica en mucha mayor medida que, por ejemplo, los escandinavos o los ingleses. Una combinación de lenguaje y gesto ha desempeñado un papel importante en los actos rituales en todos los tiempos y lugares. Las restricciones impuestas al uso del habla por circunstancias naturales y artificiales han dado origen y desarrollo a sistemas de comunicación basados en el gesto y en la mímica. Tales son los sistemas desarrollados para uso de los sordomudos, privados por la naturaleza de la facultad de hablar.

Puede mencionarse aquí el lenguaje de gestos de los monjes trapenses, quienes, en razón de su voto de silencio, se vieron forzados a idear un sistema sucedáneo de lenguaje. Sistemas de lenguajes de gestos son usados con frecuencia entre los aborígenes australianos por las viudas, a las que no se permite pronunciar una palabra durante el período de duelo[3]. Y, finalmente, el lenguaje de gestos empleado por los indios Plain fue introducido al hacerse precisa la comunicación entre tribus que hablaban varios idiomas mutuamente incomprensibles.

Entre otros medios de comunicación que se refieren a la vista deben mencionarse las señales ópticas por medio del fuego, el humo, la luz, los semáforos, etc.

Una de las formas más simples de comunicación auditiva es, por ejemplo, silbar con la intención de llamar a alguien. El silbido o el aplauso en el teatro son otros sencillos ejemplos de este tipo de comunicación. Medios artificiales, como tambores, silbatos o trompetas son utilizados a veces como señales acústicas[4].

El sistema de comunicación auditiva más importante es el len-

---

[3] Lucien Lévy-Brühl, *How Natives Think* (Londres, 1926), págs. 158-159.

[4] Cf. Dietrich Westermann, «Zeichensprache des Ewevolkes in Deutsch-Togo», *Mitteilungen des Seminars für Orientalische Sprachen*, vol. X, Abt. 3, págs. 1-14; George Herzog, «Drum-Signalling in a West African Tribe», *Word*, I (1945), 217-238; George M. Cowan, «Mazateco Whistle Speech», *Language*, XXIV (1948), 280-286; J. F. Carrington, *A Comparative Study of Some Central African Gong-Languages* (*Institut Royal Colonial Belge. Section des Sciences Morales et Politiques*. Mémoires. Collection in -8.° Tome XVIII, fasc. 3; Bruselas, 1949); *idem*, *Talking Drums of Africa* (Londres, 1949).

guaje hablado dirigido al oído de la persona que recibe la comunicación. El lenguaje es universal. En el ámbito del conocimiento humano no ha existido nunca un grupo de hombres que no hayan poseído un lenguaje plenamente desarrollado.

Medios sencillos de comunicar los sentimientos por el sentido del tacto son, por ejemplo, el apretón de manos, el abrazo, la caricia. Un sistema completo de comunicación por medio de la presión de la mano se emplea entre los sordomudos ciegos, de lo que el ejemplo más célebre es el caso de Helen Keller, la escritora y pedagoga americana [5].

Los medios de comunicación antes mencionados ofrecen dos características comunes: 1) Su valor es momentáneo, y, por lo tanto, poseen una temporalidad limitada; en cuanto se pronuncia la palabra o se hace el gesto, desaparece y no es posible renovarlo más que mediante su repetición. 2) Pueden ser empleados solamente en comunicación entre personas más o menos próximas entre sí y se encuentran limitados, en consecuencia, en cuanto al espacio.

La necesidad de encontrar un medio de expresar ideas y sentimientos en una forma no limitada por el tiempo o el espacio llevó a desarrollar medios de comunicación por medio de 1) objetos y 2) señales en objetos o cualquier material sólido.

Son innumerables los medios visuales de comunicación por medio de objetos. Cuando una persona coloca un montón de piedras o un monumento sobre una tumba, lo que pretende es dar expresión a sus sentimientos en cuanto al difunto y perpetuar su memoria en el futuro. La cruz que simboliza la fe o el áncora, símbolo de la esperanza, son otros tantos ejemplos modernos. Una supervivencia moderna es el rosario, en el que cada cuenta, según su posición y su tamaño, pretende evocar una oración determinada. Podemos también mencionar aquí los llamados lenguajes de las flores, o de las piedras preciosas, en el que cada flor, o cada piedra, se supone que expresan un sentimiento determinado.

Sistemas de signos mnemónicos para llevar cuentas son co-

[5] Marcel Cohen, «Sur l'écriture libyco-berbère», *Comptes rendus du Groupe Linguistique d'Études Chamito-Sémitiques*, V (1948-1951), 40, informa que los jóvenes enamorados bereberes suelen emplear una especie de comunicación trazando signos en las palmas de las manos.

nocidos en el mundo entero. Los más sencillos y más corrientes son los llamados «palos para contar», para llevar cuenta del ganado; se trata de simples palos con muescas talladas que corresponden al número de cabezas de ganado al cuidado de un pastor. Otro sencillo dispositivo para contar el ganado es meter guijarros en una bolsa. Un sistema mnemónico más complicado lo representa entre los incas del Perú la llamada escritura *quipu*, en la que las cuentas de objetos y de seres se indicaban por medio de cuerdas y nudos de distintas dimensiones y colores. Todas las menciones al supuesto empleo del *quipu* para señalar crónicas y sucesos históricos son pura fantasía. Ni la del Perú ni las modernas escrituras de nudos empleadas en América del Sur y en las islas Riukiu, cerca del Japón, tienen otro fin que el dejar constancia de los hechos más simples de naturaleza estadística[6].

También debemos mencionar aquí los *wampums* de los indios de Norteamérica, que consisten en sartas de conchas, frecuentemente unidas en fajas, que servían como moneda, de adorno y también como medios de comunicación. En su forma más sencilla, las sartas coloreadas se empleaban para transmitir mensajes de acuerdo con las convenciones del color de los indios americanos (ver pág. 40): cuentas blancas para la paz, púrpura o violeta para la guerra, etc.[7] Las formas más complicadas de fajas *wampum*, con representaciones completas de figuras y de escenas, pueden adscribirse perfectamente al estado representativo-descriptivo examinado en el capítulo II.

Los negros Ewe emplean objetos como recordatorios de proverbios y cantos, de forma análoga a lo que consiguen por medio de símbolos escritos (ver págs. 75 y sigs.). Carl Meinhof[8] cuenta

---

[6] L. Leland Locke, «The Ancient Quipu, a Peruvian Knot Record», *American Anthropologist*, n. s. XIV (1912), 325-332; *idem*, *The Ancient Quipu or Peruvian Knot Record* (Nueva York, 1923); André Eckardt, «Das Geheimnis der Knotenschriften», *Forschungen und Fortschritte*, XXXII (1958), 340-342; Porfirio Miranda Rivera, «Quipus y jeroglíficos», *Zeitschrift für Ethnologie*, LXXXIII (1958), 118-132.

[7] Garrick Mallery, *Picture-Writing of the American Indians* (Tenth Annual Report of the Bureau of Ethnology, Smithsonian Institution; Washington, 1893), páginas 228-231.

[8] «Zur Entstehung der Schrift», *Zeitschrift für ägyptische Sprache*, XLIX (1911), 2 y sig.

que un misionero encontró en una choza de los nativos una cuerda a la que estaban atados diversos objetos, como una pluma, una piedra, etc. Al preguntar sobre el significado de la cuerda, le contestaron que cada cosa representaba un proverbio determinado. Mary H. Kingsley[9] narra otra costumbre de los cantantes nativos, de Africa occidental, que llevan consigo en una red toda clase de objetos, como flautas, plumas, pieles, cabezas de pájaros, huesos, etc., cada uno de las cuales sirve para recordar una canción especial. Los cantos se recitan con pantomimas. Miembros del público eligen un objeto determinado y antes del recital regatean el precio que han de pagar al cantante. En cierto sentido, la red del cantante puede considerarse como el repertorio de sus canciones.

Las cipreas, una especie de moluscos, suelen ser empleados con fines de comunicación. Así, entre los negros Yoruba[10] una ciprea sola significa «desafío y fracaso», dos juntas representan «relación y encuentro», mientras que dos separadas significan «separación y enemistad» y así sucesivamente. Es sorprendente el desarrollo del principio fonético (ver pág. 99) evidente en los ejemplos siguientes: seis cipreas significan «atraído» porque la palabra *efa* en lengua Yoruba significa 'seis' y 'atraído'; un mensaje consistente en una sarta de seis cipreas, enviado por un joven a una muchacha, significa, por lo tanto: «siento atracción por ti, te quiero». Y como la palabra *eyo* significa tanto 'ocho' como 'de acuerdo', la respuesta de la muchacha al joven bien puede ser un mensaje que consista en un hilo con ocho moluscos, lo que diría: «de acuerdo, siento lo mismo que tú».

Un ejemplo moderno del empleo de objetos con el propósito de comunicación se encuentra en la narracción del escritor húngaro Jókai[11], en la que un hombre envía un paquete de café a otro para advertirle que le amenaza la policía. Puede comprenderse la historia a base del principio fonético si se tiene en cuenta que la palabra húngara para designar el café es *kávé* y que asemeja en sonido la palabra latina *cave* '¡cuidado!'.

---

[9] *West African Studies* (2.ª ed., Londres, 1901), págs. 126 y sig.

[10] C. A. Gollmer, «On African Symbolic Messages», *The Journal of the (Royal) Anthropological Institute of Great Britain and Ireland*, XIV (1885), 169-181.

[11] Según me ha informado el profesor John Lotz.

Del mismo país de los Yoruba, donde las cipreas se emplean con mucha frecuencia para comunicar mensajes, se tiene noticia de un caso sumamente interesante desde el punto de vista comparativo. Con ocasión del ataque de un rey de Dahomey a una ciudad de los Yoruba, uno de los nativos de ésta fue hecho prisionero y, deseoso de informar a su esposa de su aprieto, le envió una piedra, carbón, pimienta, trigo y un trapo, transmitiendo el siguiente mensaje: la piedra indicaba «salud», significando «al igual que la piedra es dura, así de resistente es mi cuerpo, fuerte»; el carbón indicaba «oscuridad», significando «como el carbón es negro, así son de oscuras y sombrías mis expectativas»; la pimienta indicaba «calor», significando «como la pimienta arde, así está de ardiente mi cabeza, por razón del incierto futuro»; el trigo indicaba «delgadez», significando «al igual que el trigo está reseco por el sol, lo mismo mi cuerpo se reseca y adelgaza debido al ardor de mi pena y sufrimiento», y, finalmente, el trapo indicaba «gastado», significando «como un trapo, así está gastado mi vestido y roto en jirones»[12]. Un paralelo exacto a esta costumbre se encuentra en el libro IV, sección 131 y sigs., de Herodoto. «Los reyes escitas enviaron a Darío un heraldo portador del presente de un pájaro, un ratón, una rana y cinco flechas. Los persas preguntaron al portador de estos presentes lo que significaban; pero éste contestó que tan sólo se le había ordenado entregar los regalos y después regresar con toda urgencia; que los persas (dijo) descubriesen el sentido de los regalos, si eran lo bastante inteligentes para ello. Los persas deliberaron y la opinión de Darío fue que los escitas se les rendían, ellos, su tierra y su agua; porque, razonaba, el ratón es un animal que se encuentra en la tierra y come iguales productos que los hombres, y la rana es una criatura del agua, y un pájaro se asemeja en gran manera a un caballo; y las flechas (dijo) significaban que los escitas entregaban su arma de combate. Esta es la opinión que declaró Darío; pero la opinión de Gobryas, uno de los siete que había dado muerte al Mago, era contraria a ella. Argumentaba que el sentido de los regalos era: 'salvo que os volváis pájaros, persas, y voléis por el cielo, o ratones y os ocultéis en la tierra, o ranas y saltéis a

[12] Gollmer, *op. cit.*, pág. 173 y sig.

los lagos, seréis alcanzados por estas flechas y no regresaréis nunca a vuestra patria'». De esta forma razonaron los persas acerca de los regalos. Los modernos historiadores de la cultura que pongan reparos a algunas de mis reconstrucciones basadas en paralelos entre pueblos de la antigüedad y modernas sociedades primitivas (ver págs. 43 y sigs.) no pueden ignorar fácilmente la importancia de tales costumbres paralelas entre la antigüedad y los tiempos actuales.

Aún se tiene noticia de otro caso paralelo a los dos citados antes; procede del Turkestán oriental y se refiere a una esquela amorosa enviada por una joven nativa a su enamorado[13]. El billete amoroso consistía en un saquito con varios objetos que transmitían el siguiente mensaje: un grumo apretado de té, con el significado de «ya no puedo beber té»; una brizna de hierba, «porque estoy pálida de amor por ti»; una fruta roja, «enrojezco al pensar en ti»; un albaricoque seco, «me he quedado mustia como el fruto»; un trozo de carbón, «mi corazón arde de amor»; una flor, «eres hermoso»; un trozo de azúcar candi, «eres dulce»; un guijarro, «¿es tu corazón de piedra?»; la pluma de un halcón, «si tuviera alas, volaría hacia ti»; una nuez, «soy tuya».

Todos estos medios de comunicación son a veces llamados en alemán *Sachschrift* o *Gegenstandschrift*[14], es decir, «escritura-objeto», pero sin justificación alguna, ya que nada tienen que ver con la escritura como normalmente la entendemos. La impracticabilidad de emplear objetos impidió el desarrollo de un sistema completo, y los recursos utilizados se encuentran limitados a pequeñas áreas geográficas.

La escritura se expresa no por los objetos en sí, sino por señales en los objetos o en cualquier material. Los símbolos escritos se ejecutan normalmente por medio de la acción motriz de las manos al dibujar, pintar, rayar o grabar. Esto queda reflejado en el sentido y la etimología de la palabra «escribir» en muchos idiomas dife-

[13] R. Strübe, «Ein türkischer Liebesbrief aus Zentralasien in 'Markenschrift'», *Zeitschrift des Deutschen Vereins für Buchwesen und Schrifttum*, I (1918), 3, citando A. von Le Coq, *Volkskundliches aus Ost-Turkistan* (Berlín, 1916), pág. 5.

[14] Karl Weule, *Vom Kerbstock zum Alphabet* (20.ª ed.; Stuttgart, ¿1926?), página 16; Hans Jensen, *Die Schrift* (Glückstadt y Hamburgo, 1935), págs. 10 y sigs.

rentes. La palabra inglesa *to write* corresponde al nórdico *rīta* 'grabar (runas)', y al alemán moderno *reissen*, *einritzen* 'rasgar, grabar'. La palabra griega γράφειν 'escribir', como en *gráfico*, *fonografía*, etc., es la misma que para 'grabar', *to carve* en inglés, *kerben* en alemán. El latín *scribere*, alemán *schreiben*, inglés *scribe*, *inscribe*, etc., significó originalmente 'grabar' como podemos ver por su conexión con el griego σκαριφᾶσθαι 'grabar, rayar'. El gótico *mēljan*, 'escribir', significó en un comienzo 'pintar', como indica el hecho de que el término del alemán moderno *malen* significa 'pintar'. Y, finalmente, en eslavo *pisati* 'escribir', hacía referencia originalmente a la pintura, como lo demuestra la conexión con el latín *pingere* 'pintar', presente también en las palabras inglesas *paint*, *picture*, *pictography*, etc.[15] Análogo desarrollo semántico puede observarse en la familia de las lenguas semíticas. Por ejemplo, la raíz *ṣṭr* 'escribir', debe haber significado en su origen 'cortar', como puede deducirse de la palabra árabe *sāṭūr* 'cuchillo largo', y *sāṭir* 'carnicero'; la raíz *ktb* 'escribir', significó originalmente 'grabar', como indica el siriaco *makt^{e}bā*, «punzón»; y la raíz *ṣḥf* o *ṣḥf* significó no sólo 'escribir', sino también 'cavar, vaciar' en las lenguas semíticas meridionales.

Los términos que acaban de citarse nos proporcionan ejemplos del mecanismo de la escritura y al mismo tiempo muestran una conexión muy estrecha entre la pintura y la escritura. Lo que es perfectamente lógico, puesto que la manera más natural de comunicar las ideas por medio de signos visibles se consigue por la imagen plástica. Para los primitivos, una pintura desempeña de forma imperfecta las funciones que cumple en los tiempos modernos la escritura. A través del tiempo, la pintura se desarrolla en dos direcciones: 1) el arte pictórico, en el que las pinturas continúan reproduciendo con fidelidad mayor o menor, objetos y sucesos del mundo circundante en una forma independiente del lenguaje; y 2) la escritura, en la que los signos, retengan su forma pictórica o no, se convierten finalmente en símbolos secundarios para nociones de valor lingüístico.

---

[15] Para todas estas expresiones y muchas más, ver el artículo «Schreiben und Lesen» en O. Schrader, *Reallexikon der Indogermanischen Altertumskunde*, II (Berlín y Leipzig, 1929).

Los casos de comunicación permanente realizada por recepción táctil —como el sistema Braille— y recepción auditiva —como los discos gramofónicos— son todos transferencias secundarias (ver próximo párrafo) que han evolucionado a partir de sistemas creados sobre la recepción visual.

La figura 1 muestra en forma de cuadro algunos de los diversos medios de comunicación a disposición de los seres humanos.

	Comunicación momentánea	*Comunicación permanente*
Por recepción visual.	Gesto; mímica; expresión del rostro o de los ojos; lectura de labios; danza mimética, señas por medio del fuego, el humo, la luz, o los semáforos.	*a*) Objetos: cruz o ancla; rosario; lenguaje de las flores o de las piedras; palos para contar; guijarros; quipu; cipreas. *b*) Señales en objetos: pintura y escultura; ESCRITURA.
Por recepción auditiva	Silbido; canto y canturreo; aplauso o siseo; LENGUA; señales por medio de tambores, silbatos o trompetas.	Discos de fonógrafo o cilindros de dictáfonos.
Por recepción táctil	Apretón de manos, abrazo o caricia; presiones de manos de los sordomudos ciegos.	Lectura con los dedos de inscripciones en relieve o grabadas; Braille.

Figura 1. Medios de comunicar las ideas

Al examinar los diversos sistemas de comunicación mutua entre los hombres hemos de cuidarnos de distinguir los sistemas primarios de los secundarios. El ejemplo siguiente es la mejor ilustración de esta diferencia. Cuando un padre llama a su hijo por medio de un silbido, lo que expresa, sin intervención de ninguna forma lingüística, es su deseo de llevar al niño a cierto lugar. Su pensamiento o sentimiento se encuentra expresado directa e inmediatamente por medio del silbido. Se trata de un medio primario de comunicación. Pero cuando un padre intenta llamar a su hijo silbando las letras del código Morse que significan *h-i-j-o*, lo hace por medio de una transferencia lingüística. Su deseo de llevar al hijo a cierto lugar está expresado por el silbido a través de una forma

lingüística. A esto llamaríamos un medio secundario de comunicación.

No hay límite para las transferencias secundarias. La palabra hablada «hijo», por ejemplo, es un signo lingüístico primario. En la palabra escrita *hijo* encontramos un signo escrito empleado para un signo hablado. Si la palabra escrita *h-i-j-o* fuese después transmitida por medio de señales luminosas, las correspondientes señales serían signos de signos de signos. Y así *ad libitum*.

No existe un término en inglés capaz de expresar exactamente todos los medios convencionales de la intercomunicación humana por los signos. Los lingüistas franceses emplean *le langage*, en este sentido, mientras denominan el lenguaje oral *langage parlé*, *langage articulé*, o simplemente *la langue*. En el inglés americano, *speech*, se emplea con frecuencia en sentido de lenguaje oral y *language* para cualquier sistema de signos[16]. Para la ciencia general de los signos han sido propuestos varios nombres de los que el de *semiótica*, empleado por Charles Morris, quizá sea el más apropiado[17].

¿Qué se encuentra en la raíz de toda comunicación humana? ¿Qué significamos al decir que estamos comunicando nuestras ideas, pensamientos, o sentimientos? Para tomar tres ejemplos concretos de la vida cotidiana, ¿qué se comunica con el gesto con el que un orador solicita silencio, con el timbre del despertador o con el signo que advierte parar en la carretera? Para los lingüistas de la escuela behaviorista, la respuesta es clara y simple: lo que estamos comunicando es lenguaje. De acuerdo con ellos, el lenguaje es el único medio por el cual los seres humanos se comunican entre sí y todos los demás medios de la comunicación mutua entre los hombres fuera del lenguaje, no son más que sustitutos secundarios suyos[18].

---

[16] Cf., por ej., Alan H. Gardiner, *The Theory of Speech and Language* (Oxford, 1932); Rudolf Carnap, *Introduction to Semantics* (Cambridge, Mass., 1942), pág. 3; Charles Morris, *Signs, Language, and Behavior* (New York, 1946), págs. 36 y sigs. Sobre sistemas de comunicación, aparte del lenguaje hablado, cf. el artículo programático de George L. Trager, «Paralanguage: A First Approximation», *Studies in Linguistic*, XIII (1958), 1-12, con amplia bibliografía.

[17] Para otra terminología, cf. Allen W. Read, «An Account of the Word 'Semantic'», *Word*, IV (1948), 78-97.

[18] Por ej., Leonard Bloomfield, *Language* (Nueva York, 1933), capítulos 9 y 17; *idem*, «Language or Ideas?» *Language*, XII (1936), 89-95; *idem*, *Linguistic Aspects*

Incluso el pensar o el tener ideas no es para ellos más que «habla silenciosa», que creen va siempre acompañada de «movimientos silenciosos de los órganos vocales, que ocupan el lugar de los movimientos del habla, pero no son perceptibles para los demás». Pero hay un punto donde nos permitimos disentir del dogma principal de los lingüistas pertenecientes a la escuela behaviorista[19]. Por supuesto que el habla silenciosa desempeña un importante papel en todas las formas del pensar, especialmente en los casos de pensamiento intensivo. Por ejemplo, una situación premeditada en la que intentamos decir «¡fuera!» a otra persona, podría perfectamente ir acompañada por un movimiento perceptible de labios, incluso a veces claramente vocal. Por otro lado, sabemos por experiencia, corroborada por pruebas en el campo de la psicología, que podemos pensar sin una silenciosa fluencia de palabras[20] y que podemos comprender el sentido de cosas de las que no disponemos de designación en la mente[21]. Lo cierto es que por lo menos los sordomudos de nacimiento son perfectamente capaces de comunicarse entre sí sin ningún rudimento oral; y aunque en su caso el pensamiento intensivo puede estar acompañado por movimientos de manos y de rostro más o menos perceptibles, tales reflejos deben considerarse secundarios y en la misma categoría de los movimientos perceptibles de labios en el caso del «habla silenciosa» por personas

---

of Science (*International Encyclopedia of Unified Science*, vol. I, núm. 4; Chicago, 1939), págs. 6 y sigs.; *idem*, «Secondary and Tertiary Responses to Language», *Language*, XX (1944), 45-55; Edward Sapir, *Language* (Nueva York, 1939), pág. 19; B. L. Whorf en *Annual Report of the Board of Regents of the Smithsonian Institution for the year 1941* (Washington, 1942), pág. 483; George S. Lane, «Changes of Emphasis in Linguistics with Particular Reference to Paul and Bloomfield», *Studies in Philology*, XLII (1945), 465-483.

[19] Sobre el problema general cf. también el esclarecedor artículo de Margaret Schlauch, «Early Behaviorist Psychology and Contemporary Linguistics», *Word*, II (1946), 25-36.

[20] C. K. Ogden, *The Meaning of Psychology* (Nueva York y Londres, 1926), págs. 221 y sig.

[21] Eduard Martinak, *Psychologische Untersuchungen zur Bedeutungslehre* (Leipzig, 1901), págs. 3 y sig. Cf. V. Panfilov, «A propos des rapports entre la langue et la pensée», *Recherches internationales à la lumière du marxisme*, núm. 7. Linguistique (1958), págs. 74-93. Sobre la escritura considerada por los psicólogos, cf. Friedrich Kainz, *Psychologie der Sprache*, IV (Stuttgart, 1956), capítulo I, «Das Schreiben» (págs. 1-161), y notas bibliográficas (págs. 493-506).

capaces de hablar normalmente. Muchos más ejemplos de recepción de comunicación sin una raíz lingüística pueden ser encontrados por doquier en nuestra vida cotidiana. Cuando me lanzo de la cama por la mañana al toque del despertador o cuando veo en la carretera un signo indicador de parada, parece que actúo ante estos signos de una manera inmediata sin la interferencia de ninguna forma lingüística; el sonido del timbre o la vista de la señal de tráfico hablan directamente a mi mente.

Suele darse una diferencia enorme entre el proceso de emitir y el de recibir la comunicación. Aunque nuestro lento acto de escribir puede ir acompañado de procesos sub-vocales, puede resultar difícil, si no imposible, descubrir estos procesos en personas capaces de leer en silencio con rapidez dos o tres veces mayor de lo que leen en voz alta. Es un hecho comprobado que muchas personas pueden leer visualmente sin la intervención de los signos lingüísticos.

Claro es que casi todos los sistemas de signos pueden ser transferidos a alguna forma lingüística, simplemente porque la lengua es el sistema de signos más desarrollado y más completo de que disponemos[22], pero deducir de esto que la lengua constituye la base de toda comunicación humana es una exageración. Nadie afirmaría que todo en el mundo es dinero sólo porque todo en el mundo puede (teóricamente) ser traducido en moneda.

Los lingüistas americanos más conservadores no niegan la existencia de imágenes, ideas o conceptos visuales sin el correspondiente fundamento de signo lingüístico. Lo que afirman es que en lingüística tales «palabras sin cuerpo» no significan nada y que para un lingüista «les idées ne viennent qu'en parlant», para citar un dicho francés muy empleado en los Estados Unidos[23]. Esto puede ser cierto de la «ciencia lingüística que trata exclusivamente de la palabra, su única realidad»[24]. Cuando se equivocan, sin embargo, es al dar por supuesta la completa identidad entre la lengua y la escritura

[22] Carnap, *loc. cit.*, cree que el lenguaje hablado es el sistema de signos más importante, pero reconoce que existen otros sistemas que pueden ser aprendidos y empleados con independencia del lenguaje.

[23] Por ej., Peter A. Boodberg en *Harvard Journal of Asiatic Studies*, II (1937), pág. 332, n. 5; y en *T'oung Pao*, XXXV (1940), pág. 269, n. 1.

[24] *Idem* en *Harvard Journal of Asiatic Studies*, *loc. cit.*

y al creer que un lingüista puede operar solamente con símbolos lingüísticos, de forma que un historiador de la escritura puede emplear con utilidad tan sólo éstos y tenga que lanzar las imágenes o las ideas visuales sin palabras al cesto de los papeles. Pero la escritura en el más amplio sentido no puede identificarse en todas sus fases con el lenguaje, y un estudioso de la escritura no tiene necesariamente que ser un lingüista. El simbolismo de las imágenes visuales en las etapas más primitivas de la escritura, como el de los signos gestuales, puede expresar un sentido sin necesidad de un aditamento lingüístico, y ambos pueden ser investigados con provecho por un no-lingüista. Tan sólo cuando la escritura ha evolucionado hasta alcanzar un sistema totalmente fonético, reproduciendo elementos de lenguaje, es cuando puede hablarse de una identidad virtual entre la escritura y el lenguaje y de la epigrafía o la paleografía como subdivisiones de la lingüística.

Debe hacerse gran hincapié en esta enorme diferencia entre la etapa *semasiográfica* de la escritura (que expresa sentidos y nociones vagamente relacionadas con el habla) y la etapa *fonográfica* (que expresa el habla), debido a las controversias que se suceden continuamente acerca de la definición de la escritura. Los lingüistas generales que definen la escritura como un recurso para dejar constancia del habla por medio de signos visibles[25] y para los que el lenguaje escrito es un equivalente gemelo del hablado[26], muestran poseer escasa apreciación del desarrollo histórico de la escritura y son incapaces de ver que semejante definición es inaplicable a sus primeras etapas, en las que la escritura sólo expresaba en parte el lenguaje hablado. En cambio, los filólogos que creen que la escritura, incluso después de introducirse la fonetización, fue utilizada para dejar constancia o transmitir tanto la idea como el sonido[27], no comprenden que en cuanto el hombre descubrió un sistema de

---

[25] Por ej., Bloomfield, *Language*, *loc. cit.*; *idem*, *Linguistic Aspects of Science*, *loc. cit.*

[26] Sapir, *loc. cit.*

[27] Por ej., William F. Edgerton, «Ideograms in English Writing», *Language*, XVII (1941), 148 y sigs.; Herrlee G. Creel, «On the Nature of Chinese Ideography», *T'oung Pao*, XXXII (1936), 85-161; *idem*, «On the Ideographic Element in Ancient Chinese», *op. cit.*, XXXIV (1938), 265-294.

expresar formas exactas de la lengua por medio de signos escritos, la escritura perdió su carácter independiente y se convirtió en gran parte en un sustituto escrito de su correspondiente hablado.

Definición de la escritura

Si se pide a una persona corriente que defina la escritura, es casi seguro que dará la siguiente contestación: «Eso es la cosa más fácil del mundo. Todos los niños saben que la escritura es parte de la educación elemental y que la expresión 'ABC' indica los rudimentos más sencillos de cualquier materia de nuestro conocimiento». El problema, sin embargo, no es tan sencillo.

La escritura comenzó al aprender el hombre a comunicar sus pensamientos y sentimientos mediante signos visibles, comprensibles también para las demás personas con cierta idea del determinado sistema. Al comienzo, las pinturas sirvieron para la expresión visual de las ideas en forma muy distinta del idioma, que expresaba sus ideas de modo auditivo. La relación entre escritura y lengua en los primeros estadios de la escritura fue muy vaga, ya que el mensaje escrito no correspondía a formas exactas de la lengua. Un mensaje determinado poseía solamente un sentido y podía ser interpretado por el lector tan sólo de una forma, pero podía ser «leído», es decir, vertido en palabras, en formas diferentes e incluso en muy distintos idiomas.

En períodos posteriores, la aplicación sistemática de la llamada «fonetización» permitió al hombre expresar sus ideas en una forma que podía corresponder a exactas categorías de habla. A partir de entonces, la escritura perdió gradualmente su carácter como forma independiente de expresar ideas y se convirtió en un instrumento de lenguaje, un vehículo por el que formas exactas de lenguaje podían ser fijadas de manera permanente.

En todos los grandes hechos humanos puede observarse un paso importante y decisivo que revolucionó por completo su futuro. Al hablar de inventos, me refiero en otro lugar al hecho de que aunque Watt no «inventó» la máquina de vapor, sí fue él quien dio el paso decisivo de usar por primera vez en forma práctica el vapor como origen de energía (pág. 256). Debemos suponer un paso

semejante en la historia de la escritura. Este paso de revolucionaria importancia es la fonetización de la escritura. Si creemos que la máquina de vapor apareció con Watt, podemos también mantener que la escritura comenzó solamente cuando el hombre aprendió a expresar por escrito nociones de valor lingüístico. Esto significaría que la escritura es, como sostienen algunos lingüistas, un instrumento para el registro del habla y que todas las etapas en las que la escritura no sirve a este propósito son solamente débiles tentativas dirigidas a la escritura, pero no escritura auténtica[28]. Sin embargo, no es aceptable limitar así la definición de escritura porque no tiene en cuenta el hecho de que tanto un tipo como otro de escritura tienen un fin idéntico: la comunicación humana por medio de signos convencionales visibles. Además, resulta imposible agrupar todas las escrituras primitivas y considerarlas en un mismo nivel inferior de desarrollo. Aunque todas las escrituras primitivas no llegan a expresar el hablar con exactitud, algunas de ellas, como las escrituras maya y azteca, alcanzaron un nivel de sistematización y convencionalismo que puede ser comparado en cierto modo con escrituras de desarrollo tan completo como la sumeria o la egipcia.

¿Qué es entonces, la escritura? La escritura es *un sistema de intercomunicación humana por medio de signos convencionales visibles*, pero es evidente de cuanto se lleva dicho que lo que los primitivos entendieron por escritura no es lo mismo que entendemos nosotros. El problema de qué es lo que se encuentra en la base de toda escritura —palabras o ideas— es claramente el mismo problema de qué hay en la base de toda comunicación entre los hombres (ver págs. 27 y sigs.).

Para los indoeuropeos, semitas o amerindios primitivos las necesidades de la escritura eran satisfechas por una sencilla pintura o series de pinturas que normalmente carecían de una clara relación con una forma lingüística. Como las pinturas son comprensibles *per se*, no tienen que corresponder a ningún signo del lenguaje escrito. Esto es lo que llamamos semasiografía primitiva.

[28] La opinión de Bloomfield en *Language*, pág. 283, de que la «escritura-pintura» de los indios americanos no es una escritura auténtica (pues no tiene establecida una relación determinada con las formas lingüísticas) parece estar en desacuerdo con su declaración de que toda escritura es un derivado secundario del lenguaje (por ej., pág. 114).

Para nosotros, tanto profanos como especialistas, la escritura es un *lenguaje escrito*. Si se le pregunta a un hombre en la calle, no dudará en dar su respuesta. La misma definición se encuentra expresada poéticamente por Voltaire: «L'écriture est la peinture de la voix; plus elle est ressemblante, meilleure elle est», y por Brébeuf: «Cet art ingénieux de peindre la parole et de parler aux yeux». Los autores franceses se encuentran aquí en buena compañía porque pueden respaldar su opinión con la autoridad de Aristóteles, quien en el capítulo preliminar de *De Interpretatione* de su Lógica, dijo: «Las palabras habladas son los símbolos de la experiencia mental y las palabras escritas son los símbolos de las palabras habladas»[29].

Estoy totalmente de acuerdo con los lingüistas que creen que la escritura en total desarrollo se convirtió en un instrumento para expresar elementos lingüísticos por medio de signos visibles. Tomemos, por ejemplo, una frase como «El Sr. Theodore Foxe, de 70 años, murió hoy en la Grand Xing Station.» Aunque la escritura inglesa, como la latina, recibe el nombre de alfabética, es evidente que nuestra frase no está escrita en caracteres puramente alfabéticos. Aparte de letras tales como *e*, *o*, *d* que expresan sus sonidos simples correspondientes, tenemos el diagrama *th* para la espirante θ, la letra *x* para las dos consonantes *ks*, el signo verbal 70 para la palabra «setenta», y el símbolo de tipo jeroglífico *X* más el alfabético *ing* para la palabra «Crossing». A pesar de su falta de sistema, todos los signos o combinaciones de signos en nuestra frase poseen su correspondencia en una forma hablada. Parece absurdo ver en el «70» escrito un ideograma en contraste con el «murió» fonográfico —como suelen hacer los filólogos— tan sólo porque el «70» escrito contiene significados diferentes tales como «siete, cero, setenta, septuagésimo», etc. Tanto «70» como «murió» sugieren las palabras correspondientes para «setenta» y «murió», y a uno y a otro les resultan propias las ideas de número o muerte, respectivamente. El hecho de que «70» está escrito logográficamente y «murió» alfabéticamente puede ser explicado como un simple

[29] Incluso para un sabio chino, que vivió hace unos seiscientos años, «la escritura es el habla pintada y el habla es el aliento con vocales». Cf. Tai T'ung, *The Six Scripts, Or the Principles of Chinese Writing*. Traducción por L. C. Hopkins (Cambridge, 1954), pág. 31.

accidente de la escritura y no ofrece mayor anomalía que las diversas formas de escribir otras palabras, por ejemplo, «señor», o «Sr.», «compare» o «cf.», «y» o «&». En todos los casos puede observarse el uso, o usos convencionales, de ciertos signos para ciertas formas de lenguaje[30].

Si con el nombre de «elementos lingüísticos» comprendemos frases, palabras, sílabas, sonidos independientes y características prosódicas, entonces la frase analizada antes incluye solamente signos en vez de palabras, sonidos independientes y características prosódicas. Fraseogramas o signos en sustitución de frases se encuentran raramente en escritos corrientes, pero constituyen parte integral de los sistemas taquigráficos. Los signos silábicos[31] son, por supuesto, característicos de las escrituras silábicas. De las características prosódicas, como cantidad (o longitud), acento, tono y pausas, solamente las últimas se encuentran expresadas parcialmente en nuestra frase por la separación en palabras y los signos de puntuación en forma de comas. Normalmente, la escritura no indica adecuadamente las características prosódicas. Así, en una frase como «¿Vas a casa?», se indica la pregunta por los signos de interrogación, pero se deja a discreción del lector el decidir si el acento *recae* en la primera, la segunda, o la tercera palabra. Por el contrario, las transliteraciones científicas utilizan con frecuencia signos especiales para expresar características de naturaleza prosódica, por medio de signos diacríticos o números, como en la grafía de *dēmos* para indicar cantidad y acento, o *ku3* para indicar tono. Una indicación completa de tono o diapasón ha sido desarrollada solamente en el sistema de notación musical. La figura 2 muestra en forma de cuadro las diversas formas de escribir elementos lingüísticos.

[30] En sentido estricto, el empleo de *X* para «cruz» en el ejemplo anterior no forma parte de un sistema convencional, sino que debe entenderse como un recurso empleado con espíritu «deportivo», igual que el uso de + para «plus» en «voici le + important» o hasta casos incluso más complicados del tipo Ga expresando «j'ai grand appetit» por medio de «G grand a petit».

[31] Un signo silábico expresa normalmente una vocal, por sí mismo o acompañado de una consonante, delante o detrás. Esta definición puede extenderse a veces para incluir una vocal o un diptongo, solos o acompañados por más de una consonante anterior o posterior.

	Signo escrito	*Sistema de signos*
Sonido único (fonema)	Letra o signo alfabético	Alfabeto o escritura alfabética.
Sílaba	Silabograma o signo silábico	Silabario o escritura silábica.
Palabra	Logograma o signo léxico	Logografía o escritura léxica.
[Frase	Fraseograma o signo frásico	Fraseografía o escritura frásica].
[Rasgo prosódico	Signo o señal prosódica	Escritura prosódica].

Figura 2. Modos de escribir elementos lingüísticos

La escritura nunca puede ser considerada como un *exacto* equivalente del lenguaje hablado. Ese estado ideal de equivalencia absoluta en el que cada unidad lingual está expresada por un signo, y cada signo expresa sólo una unidad lingual, no ha sido alcanzado nunca en la escritura. Incluso el alfabeto, la forma de escritura más perfecta, abunda en contradicciones en las correspondencias entre signo y sonido. Las inconsecuencias de la escritura fonética se encuentran ilustradas en la fig. 3. A la vez, el cuadro intenta mostrar las diferencias entre los caracteres históricos y funcionales de la escritura.

La afirmación general que la escritura completa expresa la lengua, no debe entenderse, sin embargo, como que no expresa nada más que la lengua. Toda escritura, incluso la fonética más desarrollada, abunda en formas que, al ser leídas en voz alta son ambiguas y dan lugar a confusiones. La existencia de los llamados «morfemas visuales», es decir, formas o grafismos que expresan el significado tan sólo por escrito, es muestra patente que la escritura puede funcionar a veces como medio de comunicación aparte y como añadidura a la lengua. Como ejemplo de morfema visual sería: «Hace años que el *huso* no está en *uso* en esta comarca»[32]. Otras parejas

[32] Véase Dwight L. Bolinger, «Visual Morphemes», *Language*, XXII (1946), 333-340.

Signos alfabéticos	función como sonidos únicos	*i* = *i* en *dim*; = *ay* en *dime*; = *ə* en *dirt* [en inglés] *c* = *s* en *Caesar*; = *k* en *cat* *x* = *ks* en *fox*; = *gz* en *exam*; = *z* en *Xavier* *th* = *θ* en *thin*; = *ð* en *them*; = *t* en Thomas
	función como sílabas	*l* = *lə* en la pronunciación dialectal de *elm* como *elə m* *b* = *bi* en la escritura de jeroglíficos *q* = *kyuu* en la inusual ortografía Bar-B-Q = *barbecue*
	función como palabras	*m* = *metro*, *milla*, *minuto*, etc. *M* = *Martín*, *María*, *Majestad*, etc. *v* = *ver* *e. g.* = *por ejemplo* *No.* o *N°* = *número* *α* en griego = *uno*
Signos silábicos	función como sílabas	*ma* = *ma* en el silabario hitita
	función como sonidos únicos	*ma* = *m* en la escritura hitita de *ta-ma* para *tam*
	función como palabras	*ma* = *mana* «mina» en acadio
Signos léxicos	función como palabras	† = *muerto*, *murió* 2 = *dos*, *segundo* ° = *grado* & = *y* (originalmente en latín *et*) &c = *et caetera* y *así lo demás*...
	función como sílabas	Dibujo de flecha = *ti* en sumerio = valor silábico *ti* 7 = *septem* en *7bre* para *septiembre* & = *et* en grafía medieval de *videlic* & para *videlicet*
	función como sonidos únicos	Dibujo de abeja = *b* en jeroglífico

Figura 3. Contradicciones de la escritura fonética

de esta bifurcación de sentido en las palabras escritas son: *pollo-poyo, amo-hamo, sabia-savia*[33].

En la vida actual nos encontramos a veces con signos que carecen de formas lingüísticas asignadas convencionalmente. Por ejemplo, una flecha empleada como símbolo puede tener diferentes sentidos según sea su situación. Junto a un camino, puede significar algo como 'siga la dirección de la flecha', pero a la entrada de una cueva puede indicar 'entre' o 'entrada'. Ejemplos de esta clase de simbolismo ofrecen muchos paralelos con el estado semasiográfico de la escritura en el que los significados —no las palabras ni los sonidos— están sugeridos por signos. Este simbolismo se encuentra fuera de nuestro sistema normal de escritura. Con el transcurrir del tiempo, el signo de la flecha, como parte de un sistema fonético de escritura, hubiese dado lugar a uno o dos significados lingüísticos inequívocos, tales como «vaya (allí), siga», u otros por el estilo.

Aquí pertenecen también ciertos símbolos de nuestros «tebeos» que son entendidos por todos aunque no tengan un equivalente convencional en la lengua. Tales símbolos, denominados «ideografos sublingüísticos» por Weston Labarre[34], son por ejemplo, un círculo que encierra un texto y que significa «hablando», huellas para «yéndose», un tronco aserrado para «roncar, dormir», una bombilla eléctrica con rayos para «idea» y]%!*'/ = # para 'impronunciable'.

También se encuentran aparte de nuestro sistema corriente de signos fonéticos, los signos convencionales empleados en matemáticas, lógica y algunas otras ciencias. Aunque en la escritura de fórmulas matemáticas como:

$$y \quad (\lambda) = \prod_{i=1}^{n} \sum_{j=1}^{n} e^{a_{ij}} + \lambda_{b_{ij}}$$

cada signo en particular tiene o puede tener una correspondencia exacta en la lengua, el significado está expresado por la suma de los signos en un orden y una forma que no siguen los convencionalismos de la escritura fonética normal.

[33] Otro ejemplo más de esta clase se encuentra en la grafía de «£ 3» y «3 lb».

[34] «The Cultural Basis of Emotions and Gestures», *Journal of Personality*, XVI (1947), 49-68, esp. pág. 59.

A veces puede expresarse el significado mediante la escritura no solamente con formas convencionales de signos, sino también con diversos métodos auxiliares basados en el recurso descriptivo, el color, la situación y el contexto de la situación.

Los sistemas de escritura orientales más antiguos, como el mesopotámico, el egipcio etc., al ser enteramente fonéticos, utilizan signos convencionales con determinados valores verbales o silábicos. No obstante, aún en estas escrituras enteramente fonéticas, el significado no se encuentra expresado a veces por signos convencionales, sino por dibujos de escenas de acuerdo con el sistema representativo-descriptivo (ver págs. 53 y sigs.). Así, en egipcio, en un texto que describe las victorias de Ramsés II en tierras extrañas, el título honorífico del Faraón, «aquel que ata a los pueblos extranjeros» no se encuentra expresado por jeroglíficos individuales sino por una escena que muestra al Faraón atando con cuerdas al rey extranjero[35]. En otro escrito, la fórmula «una ofrenda que hace el rey», está expresada por el dibujo de un rey que sostiene una esterilla con una hogaza de pan[36]. El significado está expresado en estas dos escenas en una forma que nos resulta conocida desde los períodos más primitivos de la escritura egipcia, como se encuentra, por ejemplo, en la paleta de Narmer, descrita con detalle más adelante (ver págs. 107 y sigs.).

No parece que el color desempeñe un papel de importancia en la moderna escritura. Aunque se utilizan a veces sistemas de color para distinguir significados, por ejemplo, en gráficos, lo que predomina normalmente es el color negro u oscuro, ya sea en nuestra escritura a mano o en el tipo de imprenta. En tiempo pasados, cuando toda la escritura se hacía a mano, la distinción por medio del color se utilizaba con mayor frecuencia. Tanto los viejos escritos mejicanos como la escritura más reciente de los indios americanos emplean con frecuencia un método de colorear los signos. Los indios Cherokee utilizan el color blanco para la paz o la felicidad, el negro para la muerte, el rojo para el éxito o el triunfo, el azul

---

[35] Kurt Sethe, *Das hieroglyphische Scriftsystem* (Glückstadt y Hamburgo, 1916), págs. 10 y sigs.; *idem*, *Vom Bilde zum Buchstaben* (Leipzig, 1939), pág. 18 y sig.

[36] *Ibid.*

para la derrota o la aflicción[37]. Finalmente, podemos mencionar la Biblia Polícroma en la que se emplean colores para representar las distintas fuentes, y los modernos adelantos en pasigrafía (ver pág. 311) que conceden al color un importante papel para distinguir significados. Fuera de la escritura se emplean sistemas de color en los mapas y en el tatuaje. También el sistema *quipu* se utilizaba para dejar constancia de hechos estadísticos haciendo nudos en hilos de distintos colores. Características de color en flores y piedras preciosas se usan con frecuencia para expresar ciertos mensajes.

Puede a veces indicarse el significado por un medio basado en el llamado «principio de posición» o «principio de valor de posición». Sabido es la importancia que este principio tiene en los sistemas matemáticos cuando escribimos, por ejemplo, «32» y «3^2». Aunque por sí estos números representan «tres» y «dos», respectivamente, el pretendido significado se expresa aquí mediante la colocación de los signos en una posición convencional con respecto al otro. Una aplicación insólita del principio de posición puede observarse en la escritura de la palabra egipcia $m^x\underline{h}^x n^x w^x$, «dentro», por medio de dos signos colocados uno sobre el otro, el signo JARRO sobre el signo AGUA. Esto da silábicamente $m^x(w^x)$ «agua», más $\underline{h}^x(r^x)$, «bajo» (no expresado por signo alguno), más $n^x w^x$, «jarro», junto $m^x\underline{h}^x n^x w^x$, «dentro»[38]. Un ejemplo análogo en nuestros días es la grafía de $\frac{\text{WOOD AND}}{\text{JOHN MASS}}$ para «John Underwood, Andover, Massachussetts», supuesta dirección de una carta. La separación entre palabras, que con frecuencia no se indicaba en las escrituras más antiguas, muestra otra importante aplicación del principio de posición, como puede juzgarse de las diferencias de sentido que resultan de escribir [en inglés] *see them eat* [«verlos comer»] o

[37] Garrick Mallery, *Picture-Writing of the American Indians* (Tenth Annual Report of the Bureau of Ethnology, Smithsonian Institution; Washington, 1893), pág. 624. En la escritura jeroglífica egipcia, los signos individuales se suelen distinguir por su distinta coloración; coloreados están los signos vocálicos en los primitivos manuscritos coránicos y los signos de puntuación (como los que indican la separación entre las palabras y las oraciones) en las escrituras etíopes.

[38] Más compuestos de este tipo se citan en Kurt Sethe, *Das hieroglyphische Schriftsystem* (Glückstadt y Hamburgo, 1935), pág. 13.

see the meat [«ver la carne»], o entre *a nice box* [«una caja bonita»] o *an icebox* [«un refrigerador»].

A la par con el principio de posición va el principio de contexto de situación, para emplear un término introducido recientemente por B. Malinowski en su estudio sobre el problema del significado en las lenguas primitivas[39]. Así, la pregunta «¿Dónde está la pluma?» suele ser entendida perfectamente por el interlocutor, aun cuando la palabra «pluma» pueda tener diversos significados, tan solo porque la pregunta fue hecha durante ciertas condiciones que convierten la interpretación en inequívoca. Igualmente, del contexto puede interpretarse sin dificultad que la abreviación PG se refiere a *Parteigenosse* si se encuentra en un informe acerca del partido nazi, pero significa *Panzergrenadier* en un documento acerca del ejército alemán, y *post-graduate* en términos universitarios[40], igual que AO será interpretado como abreviatura de *Der Alte Orient* en una publicación orientalista y de *Auslandsorganisation* si se menciona en un informe acerca de las actividades nazis fuera de Alemania. El principio del contexto de situación se aplica también en otros sistemas de signos, por ejemplo, en los que emplean gestos: un hombre que señale la puerta con el dedo puede pretender indicar en ciertas circunstancias algo como «¡Afuera!», mientras en otras el mismo gesto puede representar sencillamente «allí» o «en aquella dirección». La importancia del contexto de situación queda perfectamente demostrada mediante las modernas caricaturas: una caricatura política de hace cincuenta años es poco menos que incomprensible para un joven que no se encuentre familiarizado con la situación y las circunstancias que sirvieron de antecedentes a la caricatura[41].

---

[39] C. K. Ogden y I. A. Richards, *The Meaning of Meaning* (2.ª ed.; Nueva York, 1927), Supplement I, págs. 306 y sigs.

[40] Más empleos diferentes de PG que he venido observando: Post-Gazette (de Pittsburgh), «primary grade» (en la Laboratory School de la Universidad de Chicago), poison gas» (en una emisión radiofónica), «Pleasant grave» (un lugar en Texas), «paying guest» (en una novela), «prison graduate» (revista «Life») Peoples Gaz (una compañía), «Procter and Gamble» (una compañía) y «Predynastic Graves» (en Sumeria).

[41] La investigación científica acerca de la relación entre la escritura y el habla ha sido realizada últimamente sobre todo por especialistas con formación en lin

Fuentes de información

Al intentar reconstruir las primeras fases de nuestra cultura nos apoyamos principalmente en fuentes del antiguo Oriente. Esto es quizá mucho más cierto de la historia de la escritura que de cualquier otro hecho cultural. Allí, en tierras de sumerios, babilonios, asirios, hititas, cananeos, egipcios y chinos, la azada del excavador ha descubierto durante el siglo último miles de documentos que han enriquecido extraordinariamente nuestro conocimiento y han abierto nuevas vías de investigación. No podría pensarse ni siquiera en esbozar la historia de la escritura sin tener en cuenta las fuentes escritas del Oriente antiguo. Pero con frecuencia tropezamos con grandes lagunas en nuestra información. A medida que retrocedemos en el tiempo disminuyen las fuentes a nuestro alcance. El problema, de sumo interés, de los «orígenes» de la escritura se encuentra envuelto en una nube de misterio y es tan difícil de interpretar como los «orígenes» del arte, la arquitectura, la religión y

---

güística general. Exposiciones generales del tema pueden encontrarse en los capítulos respectivos de los manuales de introducción a la lingüística de Leonard Bloomfield, *Language* (Nueva York, 1933), capítulo 17; H. A. Gleason, Jr., *An Introduction to Descriptive Linguistics* (New York, 1955), capítulos 21 y 22; W. Nelson Francis, *The Structure of American English* (Nueva York, 1958), capítulo 8; Archibald A. Hill, *Introduction to Linguistic Structures* (Nueva York, 1958), págs. 442 y sig.; Charles E. Hockett, *A Course in Modern Linguistics* (Nueva York, 1958), capítulo 62; H. M. Hoenigswald, *Language Change and Linguistic Reconstruction* (Chicago, 1960), págs. 4-12. Una exposición más detallada se encuentra en los artículos de Josef Vachek, «Zum Problem der geschriebenen Sprache», *Travaux du Circle Linguistique de Prague*, VIII (1939), 99-104; *idem*, «Some Remarks on Writing and Phonetic Transcription», *Acta linguistica*, V (1945-1949), 86-93; *idem*, «Written Language and Printed Language» en *Mélanges*, J. M. Kořinek (Bratislava, 1948?, que no he podido utilizar); H. J. Uldall, «Speech and Writing», *Acta linguistica*, IV (1944), 11-16; Ernst Pulgram, «Phoneme and Grapheme: A Parallel», *World*, VII (1951), 15-20; y Angus McIntosh, «The Analysis of Written Middle English», *Transactions of the Philological Society*, 1956, págs. 26-55; *idem*, «'Graphology' and Meaning», *Archivum linguisticum*, XIII (1961), 107-120. Mientras Uldall y Pulgram describen la mutua relación y dependencia de la escritura y la lengua, Vachek y McIntosh resaltan el carácter básicamente independiente de la escritura. La característica común de todas estas investigaciones es que han sido hechas sobre escrituras modernas y que apenas tienen en cuenta, caso de que lo hagan, los sistemas prealfabéticos. Es de suma precisión realizar un estudio a fondo de las mutuas relaciones entre la escritura y el habla.

las instituciones sociales, para citar tan sólo unos pocos de los aspectos importantes de nuestra cultura.

Cuando la antigüedad deja de darnos la clave de cierto desarrollo, hemos de buscar en otra parte iluminación para nuestro tema. Suponemos que existen hoy, o han vivido durante los últimos siglos, sociedades primitivas[42] con un nivel cultural que en ciertos aspectos se asemeja al de las antiguas culturas desaparecidas hace mucho. Los restos escritos de pueblos primitivos como los indios americanos, los bosquimanos de Africa, o los aborígenes australianos, aunque disten mucho de lo que hoy llamamos escritura, constituyen un valioso campo para comprender cómo los hombres aprendieron a comunicarse entre sí por medio de signos visuales. En nuestra investigación no debemos olvidar las escrituras artificiales desarrolladas por los nativos bajo la influencia de los hombres blancos, con frecuencia misioneros. La historia de estas escrituras —de las que las más interesantes son los sistemas de los esquimales de Alaska, de los Bamum africanos y de los indios Cherokee— nos señalan las diversas etapas recorridas antes de alcanzar la forma definitiva. El conjunto de estas etapas se asemeja estrechamente a la historia de la escritura en su natural desarrollo.

Otra vía fructífera la proporciona el estudio de la psicología infantil. Con frecuencia se ha observado que las actitudes mentales de los bebés y de los niños se parecen a veces a las de las sociedades en estado más primitivo. Uno de los puntos de similaridad más importante es la tendencia hacia la especificación concreta[43]. Igual que un niño dibuja una línea vertical y la explica como el árbol que crece enfrente de la casa, los hombres primitivos suelen asociar sus dibujos con cosas y hechos concretos del mundo en torno. Esta tendencia en la escritura y en el dibujo es consecuencia del carácter

---

[42] Utilizo deliberadamente el término «primitivo», aunque conozco de sobra la aversión que contra él existe en los círculos antropológicos. Algunas de las sociedades que llamo «primitivas» quizá no lo sean en lo que se refiere a complicados ritos o a la manera de fabricar cestos, pero siguen siendo primitivas cuando se las considera desde el punto de vista de una realización total. La expresión «prealfabética», empleada por ciertos antropólogos en lugar de «primitivo», muestra la misma angosta concepción que tiene la oposición a «primitivo».

[43] G. H. Luquet, *Les dessins d'un enfant* (Paris, 1913).

de su lengua que busca expresión con una terminología concreta y específica. Las observaciones hechas acerca de aquellos idiomas primitivos que no emplean las palabras «brazo» u «ojo», sino «mi brazo» u «ojo derecho», según la ocasión, y que no tienen una palabra general para «árbol», sino términos individuales para «roble, olmo», etc., pueden repetirse en gran medida mediante el estudio de los niños apenas salidos de la etapa inicial del aprendizaje del habla. Otro punto de contacto interesante puede establecerse por el estudio de la dirección y la orientación de signos en los dibujos infantiles y en las escrituras primitivas. Se ha observado que los niños dibujan representaciones de cosas sin guardar las proporciones correctas y sin ningún sentido aparente de orden o dirección. Incluso un niño que aprende a escribir traza con frecuencia signos de izquierda a derecha o de derecha a izquierda, sin llegar a percibir ninguna diferencia en las dos direcciones. Fenómenos similares, relativos a la dirección y orientación de los signos, suelen observarse en casi todas las escrituras primitivas.

La tendencia hacia la especificación concreta advertida en los niños y los primitivos ha sido observada recientemente en adultos aquejados por enfermedades mentales del tipo llamado afasia amnésica[44]. Se ha demostrado que estas personas evitan el empleo de términos generales como «cuchillo» y tienden a emplear expresiones específicas como «cuchillo del pan, raspador» o «cortaplumas». El camino tomado por estas personas para volver a aprender el idioma es semejante a la vía del desarrollo lingüístico natural de

---

[44] Kurt Goldstein, «On Naming and Pseudonaming, from Experiences in Psychopathology», *Word*, II (1946), 1-7; *idem*, «L'analyse de l'aphasie et l'étude de l'essence du langage», en *Psychologie du langage* par H. Delacroix, etc. (París, 1933), páginas 430-496; Adhemar Gelb, «Remarques générales sur l'utilisation des données pathologiques pour la psyehologie et la philosophie du langage», *op. cit.*, págs. 403-420; Roman Jakobson, *Kindersprache, Aphasie und algemeine Lautgesetze* (*Uppsala Universitets Årsskrift*, 1942, núm. 9, págs. 1-83); Kurt Goldstein, *Language and Language Disturbances. Aphasic Symptom Complexes and Their Significance for Medicine and Theory of Language* (Nueva York, 1948); Roman Jakobson y Morris Halle, *Fundamentals of Language* ('s-Gravenhage, 1956), Parte 2: «Two Aspects of Language and Two Types of Aphasic Disturbances»; A. R. Luria, «Differences between Disturbances of Speech and Writing in Russian and in French», *International Journal of Slavic Linguistics and Poetics*, III (1960), 13-22.

los niños. De esta forma, un estudio detallado de los afectados por la afasia amnésica puede ofrecer aún otro amplio campo para el estudio de los signos del idioma y la escritura.

El estudio de la escritura

La investigación de la escritura desde el punto de vista formal constituye el terreno particular del epigrafista y del paleógrafo. Estos términos son con frecuencia intercambiables, pero en buena práctica los dos deben ser distinguidos cuidadosamente. El epigrafista se interesa ante todo por las inscripciones grabadas con un instrumento agudo en un material duro, como piedra, madera, metal, arcilla, etc., mientras que el paleógrafo estudia principalmente los manuscritos sobre piel, papiro, o papel, escritos con caracteres dibujados o pintados. En términos generales, la epigrafía trata de escritos más antiguos, mientras la paleografía se interesa por manuscritos de períodos posteriores.

En realidad, ni la epigrafía ni la paleografía existen como disciplinas científicas generales. No existen estudios en ninguno de los dos campos que traten el tema desde un punto de vista general y teórico. Por ejemplo, no existe, que yo sepa, un estudio que presente el desarrollo formal de los signos desde la etapa gráfica a la lineal, o de la redonda a la angular, y que tenga en cuenta todas las escrituras del mundo. En cambio, lo que tenemos son angostas parcelas de estudio del tipo de epigrafía semítica, paleografía arábiga, epigrafía y paleografías griegas, o latinas, paleografía china, papirología, etc., todas limitadas a ciertos períodos y áreas geográficas. En todos los casos, estos estrechos campos de estudio forman subdivisiones de otros campos más amplios, pero todavía específicos, tales como filología semítica o arábiga, filología clásica, asiriología, sinología y egiptología.

Igual que no existe una epigrafía o una paleografía generales, tampoco hay una ciencia general de la escritura. Esta afirmación parecería descabellada a quien recuerde las docenas de libros que tratan de la escritura en general. Pero ha de tenerse en cuenta que todos ellos se caracterizan por un común tratamiento histórico descriptivo. Un simple procedimiento narrativo, no convierte en

ciencia una disciplina. No es la respuesta a las preguntas epistemológicas *¿qué?*, *¿cuándo?* y *¿dónde?*, sino la de *¿cómo?* y sobre todo, *¿por qué?*, lo que tiene importancia capital para establecer los fundamentos teóricos de una ciencia. Descontando unas pocas excepciones en el caso de sistemas determinados, tales preguntas se han formulado y contestado rara vez —si es que lo han sido alguna— en el terreno general de la escritura. Pero el mayor inconveniente desde el punto de vista teórico de todos los estudios que existen sobre la escritura es la falta general de una tipología sistemática. No faltan excelentes estudios sobre determinadas escrituras, como el jeroglífico egipcio o el alfabeto griego. Lo que se echa a faltar por completo es una valoración teórica y comparativa, entre los diversos tipos de escritura, como comparaciones entre los diversos tipos de silabarios, alfabetos, signos verbales y escrituras logosilábicas. La actual confusión en la clasificación tipológica de la escritura puede demostrarse por el término «transicional»[45] que se ha dado a escrituras de tanta importancia como la cuneiforme mesopotámica y la jeroglífica egipcia, que tuvieron una duración superior a los 3.000 años y cuyo lugar exacto en la clasificación de la escritura puede establecerse sin grandes dificultades (ver págs. 92 y sigs.).

La finalidad de este libro es establecer los cimientos para una auténtica ciencia de la escritura, aún por escribir. Podríamos dar a esta nueva ciencia el nombre de «gramatología», siguiendo en parte el término «gramatografía» usado hace algunos años como título de un libro sobre la escritura publicado en Inglaterra[46]. Esta expresión me resulta más apropiada que «grafología», que puede prestarse a confusiones, o que «filografía» (neologismo acuñado en oposición a «filología»), que no es tan exacta como «gramatología».

El examen descriptivo de la escritura será presentado en los cuatro capítulos siguientes, con discusiones por separado, generalmente al final de cada capítulo, dedicadas a la evaluación comparativa. El capítulo VI estará dedicado a la evolución histórica de la escritura desde las primeras etapas de la semasiografía a la completa fonografía.

---

[45] David Diringer, *The Alphabet* (Londres, 1949), págs. 35 y sig.

[46] Friedrich Ballhorn, *Grammatography. A Manual of Reference to the Alphabets of Ancient and Modern Language*. Traducido del alemán (Londres, 1861). El original alemán no emplea este término.

Capítulo 2
PRECEDENTES DE LA ESCRITURA

Bajo la rúbrica de Precedentes de la Escritura examinaremos todas aquellas fases que, por más que no representen aún una escritura auténtica, constituyen los elementos de los que la verdadera escritura se desarrolló gradualmente. Los alemanes disponen de una expresión excelente, *Vorstufe*, que designa una etapa previa a la primera etapa propiamente dicha, algo como la prehistoria en contraste con la historia. La palabra que me hubiera gustado acuñar en inglés para *Vorstufe* es *forestage* [pre-etapa], pero por desgracia esta palabra no sirve para nuestro fin, ya que cuenta con acepciones de tipo marinero, si bien en inglés arcaico.

Dibujos primitivos

Naturalmente, hubo un tiempo en que el hombre no sabía escribir. Si por escritura entendemos el recurso para expresar elementos lingüísticos por medio de señales visibles convencionales (ver pág. 32), entonces la escritura, en este sentido, no cuenta con más de 5.000 años. Pero ya en los tiempos más primitivos, hace decenas de milenios, el hombre sintió el impulso de dibujar o pintar

en las paredes de su vivienda primitiva o sobre las rocas de sus inmediaciones. El hombre primitivo se asemeja en este particular a un niño, que en cuanto aprende a andar a gatas comienza a pintarrajear en la pared o a trazar desmañados dibujos en la arena.

El hombre ha dejado por todo el mundo rastros del poder de su imaginación en dibujos sobre las rocas que datan desde la época paleolítica más antigua a la edad moderna. Estos dibujos reciben el nombre de petrogramas si están dibujados o pintados y petroglifos si están tallados o grabados. Generalmente representan hombres y animales en diferentes posiciones entre sí. Conocidas de todos son las fieles reproducciones de figuras animales dejadas por el hombre paleolítico en Europa[1] y las graciosas pinturas de los bosquimanos de Africa del Sur (fig. 4). Un número enorme de dibujos e incisiones rupestres han sido descubiertos en América (figs. 5-6), especialmente en las regiones montañosas de Norteamérica[2]. Estos dibujos han avivado la imaginación popular dando lugar a las suposiciones más fantásticas. Julián H. Steward, en un artículo interesante y desapasionado, ha puesto en ridículo estas interpretaciones que intentan probar que «los egipcios, los escitas, los chinos y una multitud de otros pueblos del Viejo Mundo, incluidas las Diez Tribus perdidas de Israel, cuyo destino continúa siendo de un interés absorbente para muchas personas, invadieron América en la antigüedad... (que estos dibujos son) indicadores de tesoros ocultos, signos de una antigua astrología, testimonios de razas desaparecidas, símbolos de cultos diabólicos, obras de la mano de Dios, y cien cosas más ideadas por cerebros calenturientos».

---

[1] Cf. Henri Breuil, *Four Hundred Centuries of Cave Art*. Traducido del francés (Montignac, 1952); Herbert Kühn, *Die Felsbilder Europas* (Stuttgart, 1952); André Varagnac *et al.*, *L'homme avant l'écriture* (París, 1959).

[2] Cf. esp. Garrick Mallery, *Pictographs of the North American Indians*. A Preliminary Paper (Fourth Annual Report of the Bureau of Ethnology, Smithsonian Institution; Washington, 1886, págs. 1-256), e *idem*, *Picture-Writing of the American Indians* (Tenth Annual Report; Washington, 1893, págs. 1-822). Entre otras publicaciones con extensas bibliografías, cf. Julian H. Steward, «Petroglyphs of California and Adjoining States», *University of California Publications in American Archaeology and Ethnology*, XXIV (1929), 47-239; L. S. Cressman, *Petroglyphs of Oregon* (Eugene, 1937); A. T. Jackson, *Picture-Writing of Texas Indians* (Austin, 1938); Theodor Koch-Grünberg, *Südamerikanische Felszeichnungen* (Berlín, 1907).

Figura 4. Pintura rupestre de Rhodesia meridional representando una ceremonia de la lluvia

De Leo Frobenius y Douglas C. Fox, *Prehistoric Rock Pictures in Europe and Africa* (New York, 1947), p. 47

Más adelante afirma que «los fanáticos del tema han escrito voluminosamente, discutido furiosamente, e incluso reñido en duelo»[3]. En realidad el objeto de los dibujos es algo mucho más sencillo.

En muchos casos es, por supuesto, muy difícil, si no imposible, averiguar la intención o el impulso que movieron al hombre a dibujar o grabar una imagen, ya que no tenemos conocimiento de las circunstancias que presidieron su ejecución. ¿Es la pintura una manifestación de la expresión mágica, religiosa o estética? ¿Fue trazada con la intención de asegurar una buena caza o fue resultado del impulso artístico? No es improbable que impulsos diversos

[3] «Petroglyphs of the United States», *Annual Report of the Board of Regents of the Smitsonian Institution for the Year 1936* (Washington, 1937), págs. 405-425.

Figura 5. Petroglifo de Oregón
De L. S. Cressman, *Petroglyphs of Oregon* (Eugene, 1937), p. 31

hayan influido al mismo tiempo en la producción de una imagen. Cuando un cazador regresase de una partida afortunada o un guerrero de una expedición militar, sentiría el deseo de dejar recuerdo de sus experiencias en una pintura. La imagen puede haber sido trazada como resultado del impulso artístico, pero a la vez puede haber servido como recordatorio de pasadas experiencias. También pudo haber tenido la intención mágica de asegurar otra buena caza o una correría fructífera en el futuro. Estas pinturas no constituyen escritura porque no forman parte de un sistema convencional de signos y pueden ser entendidos tan sólo por quien las dibujó o por su familia y amigos que tuviesen noticia del hecho.

Igual que el idioma se derivó de la imitación del sonido, la es-

critura se desarrolló de la imitación de las formas de los objetos o seres reales. En la raíz de toda escritura se encuentra la pintura. Esto es evidente no sólo por el hecho de que todas las escrituras primitivas modernas poseen carácter pictórico, sino también porque todos los grandes sistemas orientales, como el sumerio, el egipcio, el hitita, el chino, etc., fueron originariamente auténticas escrituras pictóricas.

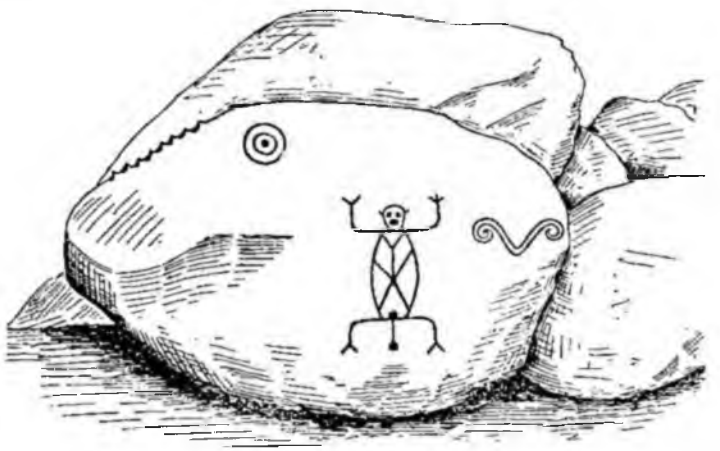


Figura 6. Petroglifo del Noroeste del Brasil
De Theodor Koch-Grünberg, *Südamerikanische Felzeichnungen* (Berlín, 1907), lám. 5

Por supuesto que todas estas escrituras poseen ya desde sus etapas más tempranas signos que no asemejan pinturas de objetos reales, sino más bien simples signos lineales, geométricos. Signos así se encuentran en todas partes del mundo desde los períodos prehistóricos hasta los tiempos modernos. A veces se encuentran sobre rocas, pero son especialmente comunes en objetos muebles como vasijas y armas (*art mobilier*).

En mi opinión, no hay duda alguna de que tales trazos geométricos no representan formas abstractas sino que son el resultado de un desarrollo esquemático de las pinturas propiamente dichas. En la figura 7 se da una serie de dibujos que muestran ejemplos postpaleolíticos de formas lineales en pinturas rupestres de España, comparadas con formas posteriores procedentes de Mas d'Azil

en Francia, pintadas en pequeños trozos de pedernal. Hugo Obermaier ha mostrado cómo las pinturas en estas series se fueron esquematizando al correr del tiempo hasta alcanzar un estado en el que resulta imposible reconocer lo que intentaban representar originariamente[4]. El desarrollo más sorprendente y más común es la transición de los dibujos del llamado «hombre de la aleluya» —es decir, un hombre en posición orante con las manos alzadas— hasta simples esquemas lineales.

La observación del desarrollo de cualquier escritura a través de sus fases históricas puede servir para probar concluyentemente

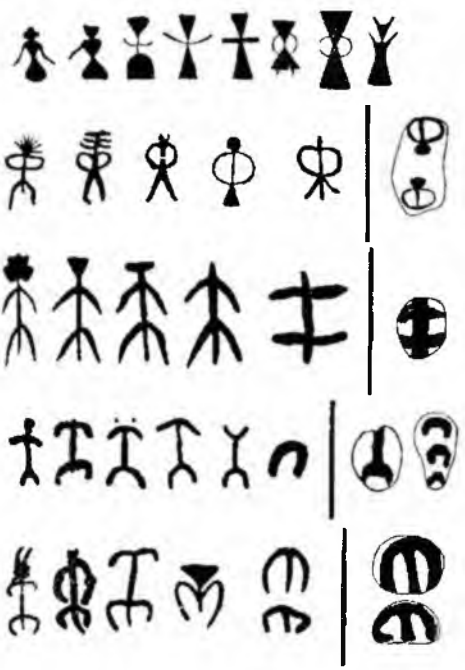


Figura 7. Dibujos lineales procedentes de España y Francia

De Ebert, *Reallexikon der Vorgeschichte*, VII, láms. 114 y sig.

[4] In Max Ebert, *Reallexikon der Vorgeschichte*, VII (1926), 156 y sigs.

que los signos geométricos son desarrollos esquemáticos de pinturas. Todas las escrituras antiguas conocidas suficientemente, como el sumerio, el egipcio, el chino, etc., desarrollaron a través del tiempo una forma cursiva y lineal generalmente tan distante de las pinturas originarias que sin tener conocimiento de los estadios intermedios resultaría con frecuencia imposible deducir que la forma lineal es un descendiente directo de la pictórica.

Sistema representativo-descriptivo

Entre los precursores de la escritura, el tipo más corriente es el que se conoce generalmente por el equívoco nombre de escritura «pictográfica» o «ideográfica». Donde esta escritura se encuentra mejor representada es entre los indios americanos. Antes de entrar en la difícil cuestión de las definiciones y la terminología, detengámonos a observar unos pocos ejemplos destacados.

La figura 8,[5] reproduce un simple aviso de «no hay paso» encontrado en Nuevo Méjico, en una pintura rupestre próxima a un sendero escarpado. El dibujo advierte a los jinetes que una cabra montés puede escalar el rocoso sendero, pero que un caballo se caería.

Figura 8. Dibujo rupestre indio procedente de Nuevo Méjico

De Garrick Mallery, *Picture-Writing of the American Indians* (Washington, 1893), p. 354

[5] Mallery, *Picture-Writing*, págs. 353 y sig.

Las tres ilustraciones siguientes representan ejemplos más complicados de transmisión de comunicaciones por los indios americanos.

La figura 9 muestra un dibujo, descubierto sobre una roca a orillas del lago Superior, en Michigan, que describe una expedición militar a través del lago[6]. En la parte superior pueden verse cinco canoas transportando 51 hombres, representados por rayas verticales. La expedición se encuentra al mando de un jefe llamado Kishkemunasee, «Martín pescador», cuyo totem o símbolo animal,

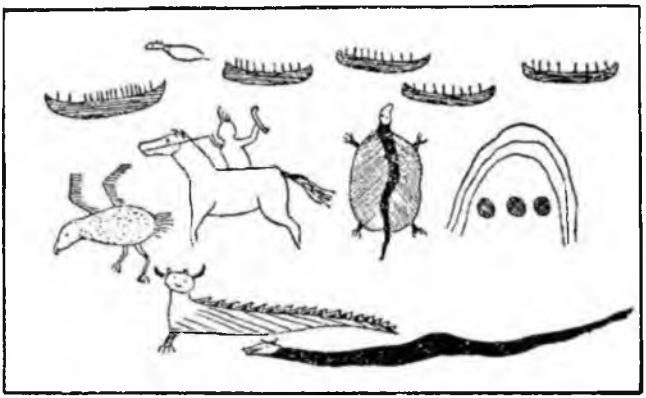


Figura 9. Dibujo rupestre indio procedente de Michigan

De Henry R. Schoolcraft, *Historical and Statistical Information, Respecting the History, Condition, and Prospects of the Indian Tribes of the United States*, Parte I (Philadelphia, 1851), lám. 57 B, frente a pág. 406

en forma de un pájaro acuático, aparece dibujado sobre la primera canoa. La excursión duró tres días, como podemos apreciar por la representación de tres soles bajo tres arcos, que indican la cúpula celeste. Tras un feliz desembarco, simbolizado por la pintura de una tortuga, la expedición prosiguió rápidamente, como puede verse por el dibujo de un jinete. El águila, símbolo del valor, encarna el espíritu de los guerreros. La descripción da fin con los dibujos

[6] Henry R. Schoolcraft. *Historical and Statistical Information, Respecting the History, Condition, and Prospects of the Indian Tribes of the United States*, Parte I (Filadelfia, 1851), pl. 57 B, op. pág. 406.

Figura 10. Carta de un indio Cheyenne
De Mallery, *Picture-Writing*, pág. 364

de una pantera y una serpiente, símbolos de la fuerza y de la astucia, cuyo auxilio invoca el jefe durante la expedición militar.

La figura 10 es una carta enviada por correo por un Cheyenne del Sur, llamado «Tortuga-que-sigue-a-su-esposa», de la Agencia Cheyenne y Arapaho, en territorio indio, a su hijo, Hombrecito, de la Agencia Pine Ridge, Dakota. Fue dibujada en media hoja de papel de escribir corriente, sin una sola palabra escrita, y bajo sobre dirigido a «Hombrecito, Cheyenne, Agencia 'Pine Ridge'» en forma usual, escrito por algún habitante de la primera Agencia. La carta fue evidentemente comprendida por Hombrecito, ya que inmediatamente visitó al Dr. V. T. McGillycudd, agente indio en la Agencia Pine Ridge y estaba enterado de que había sido puesta a su disposición la cantidad de 53 dólares con el fin de permitirle pagar los gastos del largo viaje a casa de su padre en el territorio indio. El Dr. McGillycudd había recibido por el mismo correo una carta del agente Dyer, que incluía 53 dólares y explicaba la razón de su envío, lo que le permitió entender también la carta pictográfica. Con la explicación anterior, es fácil ver, sobre la cabeza de la figura a la izquierda, la tortuga que sigue a su esposa unida por una línea a la cabeza de la figura, y sobre la cabeza de la otra, igualmente unida por una línea, hay un hombrecito. También sobre el brazo derecho de la figura últimamente mencionada aparece otro hombrecillo

en el acto de saltar o avanzar hacia «Tortuga-que-sigue-a-su-esposa», y de la boca de éste salen dos líneas, curvadas o con ganchos al final, como atrayendo a la figurilla hacia él. Se supone que esta última parte de la pictografía constituye la esencia del mensaje, es decir, «ven a mí», mientras que las figuras de mayor dimensión con el totem de sus nombres, son el destinatario y el remitente. En la parte superior, entre las figuras mayores, aparecen 53 objetos redondos que representan dólares. Las figuras de los indios no visten calzones, lo que se ajusta a la información que los presenta como Cheyennes sin civilizar ni educar[7].

La figura 11 es una carta escrita por una muchacha Ojibwa a un pretendiente en favor, rogándole que acuda a su vivienda[8]. La muchacha está representada por el totem del oso, el muchacho por el de la salamandra. El sendero conduce a los lagos, indicados por tres círculos irregulares, de donde bifurca en dirección a dos tiendas. Tres muchachas cristianas, indicadas por tres cruces, acampan allí. De una de las tiendas asoma el brazo de la muchacha que invita al joven indio a visitarla. Obsérvese cómo este dibujo posee algunas de las características de un mapa, como son el camino y los lagos junto a representaciones simbólicas, tales como la mano que asoma para expresar la idea de invitación.

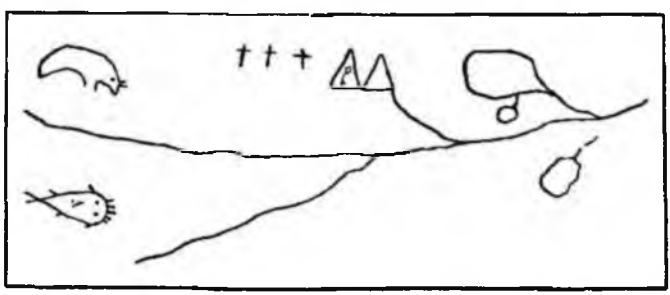


Figura 11. Carta de una muchacha Ojibwa a su pretendiente
De Mallery, *Picture-Writing*, pág. 363

[7] Mallery, *Picture-Writing*, págs. 363 y sig. = *idem*, *Pictographs*, págs. 160 y siguiente.

[8] Mallery, *Picture-Writing*, págs. 362 y sig.

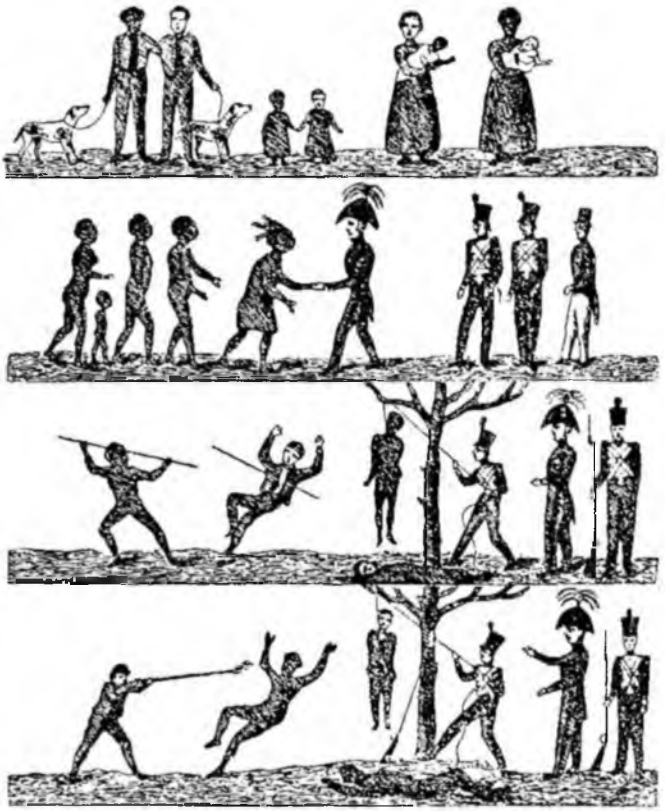


Figura 12. Proclamación de la Tierra de Van Diemen (Tasmania)
De James Bonwick, *The Last of the Tasmanians* (London, 1870), lám. frente a pág. 84

La comunicación puede a veces expresarse adecuadamente por medio de una secuencia de simples dibujos, de la forma que los alemanes llaman *fortlaufende Illustration*, es decir, «ilustración continua». Buenos ejemplos de este sistema en la época moderna son las historietas sin palabras del tipo de Sad Sack o incluso verdaderas novelas, como las compuestas por grabados en madera de Lynd Ward (*Vertigo, God's Man, Madman's Drum*, etc.). Mientras

el dibujo de una caricatura es comprensible *per se*, el significado está transmitido aquí tan sólo por la sucesión en cierto orden de todos los dibujos.

Otro ejemplo más antiguo de este tipo es la proclamación publicada por el gobernador de la Tierra de Van Diemen (Tasmania) para conocimiento de los nativos en lo tocante a «la justicia retributiva para ilustración de loros, zarigüeyas y negros»[9] (fig. 12). La primera franja muestra el estado de paz en que deben vivir tanto blancos como negros. La segunda confirma la paz concluida entre las representaciones oficiales. La tercera línea declara que si un nativo mata a un blanco, será castigado con la horca; la cuarta establece igual castigo para el blanco que mate al nativo.

Los restantes ejemplos, en los que los dibujos se suceden con cierto orden lógico en correspondencia con la continuidad de las ideas que han de expresarse, proceden todos de Alaska. Los nativos emplean allí dibujos para informar a sus visitantes o amigos de su marcha con un fin determinado. Los dibujos se hacen sobre listones de madera que apuntan en la dirección tomada por los que han partido y se colocan en lugares visibles junto a las puertas de sus viviendas.

A continuación sigue una explicación de los signos en la fig. 13[10]:

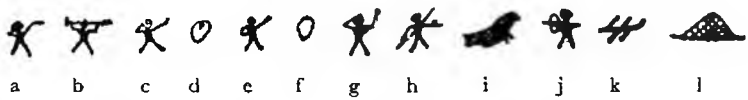


Figura 13. Signos para indicar la marcha procedentes de Alaska
De Mallery, *Picture-Writing*, pág. 332

a, el que habla, con la mano derecha se apunta a sí mismo y con la izquierda señala la dirección tomada; *b*, que sostiene un remo, viaja en barca; *c*, el que habla, mantiene la mano derecha a un lado de la cabeza, para indicar sueño, y eleva la izquierda con un solo dedo en alto para significar una noche; *d*, un círculo con dos marcas

[9] James Bonwick, *The Last of the Tasmanians* (Londres, 1870), págs. 83 y sigs.
[10] Mallery, *Picture-Writing*, pág. 332 = *idem*, *Pictographs*, págs. 147 y siguientes = Walter James Hoffman, «The Graphic Arts of the Eskimos», *Annual Report of the Board of Regents of the Smithsonian Institution for the Year 1895* (Washington, 1897), 904 y sig.

en el medio, significa una isla con cabañas; *e*, lo mismo que *a*; *f*, un círculo para expresar otra isla donde tocaron; *g*, lo mismo que *c*, con un segundo dedo en alto, significa dos noches; *h*, el que habla, con su arpón; *i*, representa una foca que el cazador, *j*, cobró disparando con flecha y arco; *k*, el bote, con dos personas, con los remos hacia abajo; *l*, la vivienda invernal del que habla.

Otro ejemplo a propósito se da en la figura 14[11]. Unos cazadores de Alaska, que no habían tenido suerte en la caza y se encontraban sufriendo hambre, dibujaron unos signos en un trozo de madera y colocaron el trozo inferior del palo en el sendero donde tenía mayor probabilidad de ser descubierto por otros nativos. El palo estaba inclinado hacia su refugio. La información contenida en el dibujo incluía los detalles siguientes: *a*, la canoa, mostrando dobles resaltes en la proa, así como los dos hombres, los propietarios, en el bote; *b*, un hombre con los brazos extendidos significando «nada», que corresponde al gesto negativo; *c*, una persona con la mano derecha en la boca significando el acto de comer, la mano izquierda señalando la casa ocupada por los cazadores; *d*, el refugio. El conjunto significa que los dos hombres no tienen nada para comer en la casa.

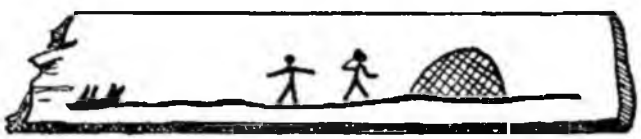


Figura 14. Aviso de caza procedente de Alaska
De Mallery, *Picture-Writing*, pág. 353

¿Qué es lo que pretenden representar estos dibujos? ¿Constituyen pinturas o escrituras? Preguntas éstas no difíciles de contestar. Los dibujos tratan de comunicar cierto mensaje de determinadas personas de manera que pueda ser entendido por aquellos a quienes va dirigido. Es claro que los dibujos no cumplen el fin de las pinturas en sentido normal, ya que fueron dibujados con el propósito

[11] Mallery, *Picture-Writing*, págs. 352 y sig. = *idem*, *Pictographs*, págs. 154 y siguiente = Hoffman, *op. cit.*, pág. 907.

de comunicación y no con la mira de la expresión artística. Pero las diferencias entre las pinturas y estos dibujos consisten no sólo en sus fines divergentes, sino también en la forma de la ejecución. Nuestros dibujos, como todos los dibujos con propósito de comunicación, se caracterizan tanto por la ejecución estereotipada como por la omisión de todos los detalles (vegetación, montañas, etc.) no necesarios para expresar la comunicación. En suma, estos dibujos carecen de toda clase de adorno, de efecto artístico, notorio en las pinturas artísticas.

Se ha dicho antes (ver pág. 53) que todos los medios de comunicación humana mencionados se conocen con el nombre equívoco de escritura «pictográfica» o «ideográfica». No es apropiado el término «pictográfico», en sentido de «escritura pictórica», porque hay otros sistemas, como el egipcio, el sumerio primitivo, etc., que se expresan asimismo en forma pictórica, pero poseen una estructura interna muy diferente a la de estos sistemas primitivos como los usados por los indios americanos. Además, el término «pictografía» denota características formales externas, no del desarrollo interior del sistema. Aunque en un estudio sobre la escritura no debe darse de lado a los problemas de la forma externa, personalmente me inclino hacia una reconstrucción de la historia de la escritura basada más bien en las características internas. Por esta razón preferiría utilizar una terminología que indicase esta evolución. Claro está que podríamos inventar nuevos términos para distinguir entre las escrituras pictóricas primitivas de los indios americanos y las escrituras pictóricas avanzadas de los egipcios, etc., de forma paralela a la seguida por Arthur Ungnad que llama a las primeras *Bildschrift* y a las segundas *Bilderschrift* [12], pero la terminología de este tipo es difícil de recordar y suena artificial en exceso.

Objeciones de naturaleza análoga a las hechas contra la «pictografía» pueden hacerse al término «ideografía». Esta expresión ha sido aplicada también más allá de la esfera de los sistemas primitivos a veces hasta abarcar casos en los que resulta altamente impropia. Los orientalistas que utilizan el término «ideograma» para el simple signo léxico o logograma, se han mostrado tan exagerados en este sentido que el término «ideografía» ha llegado

[12] In *Reallexikon der Assyriologie*, II (1938), 91.

a convertirse en vergonzoso en los círculos lingüísticos. A causa de este doble sentido de «ideografía» prefiero eludir el término por completo en este estudio.

Al buscar una correcta denominación de los medios de expresar las ideas tratados en este capítulo, debemos atender una vez más a los fines para los que se utilizan y a la forma en que se consiguen. Los ejemplos citados antes sirven todos para comunicar el pensamiento humano por medio de gráficos, cada uno de los cuales por sí, o su suma total, sugieren el pretendido sentido. Por ello, esta etapa de la escritura ha sido, a veces, llamada por los alemanes *Gedankenschrift* («escritura mental»), *Vorstellungschrift* («escritura representativa»), o *Inhaltschrift* («escritura de contenido»)[13]. La pintura, o serie de pinturas, cuentan al ojo lo que el ojo ve de modo paralelo al conseguido por la pintura de origen artístico. Claro es que existen diferencias entre la ejecución esquemática de pinturas que tiene por objeto expresar las ideas propias y la de pinturas realizadas por razones artísticas, pero las semejanzas generales entre ellas superan las diferencias. Esta etapa de los precursores de la escritura podría por lo tanto denominarse la etapa «descriptiva» o «representativa», utilizando un término que apunta hacia una estrecha conexión de la técnica expresiva en la escritura y en el arte.

Sistema de identificación mnemónica

Vamos a permitirnos especular un momento acerca de otras posibilidades de la intercomunicación humana que pudieron haber servido de base para la definitiva evolución de la escritura. Supongamos que un hombre primitivo dibujase en su escudo la imagen de una pantera. Este dibujo originariamente pudo haber tenido la intención mágica de transmitir la fuerza o la rapidez de la pantera al dueño del escudo, pero con el paso del tiempo se convirtió en un símbolo indicador del hecho de que el escudo pertenecía a determinada persona. El símbolo de la pantera, por lo tanto, pasó a ser una marca de propiedad, con el fin de la escritura utilitaria. El

[13] Karl Weule, *Vom Kerbstock zum Alphabet* (20 ed.; Stuttgart, 1926?), pág. 13; Alfred Schmitt, *Die Erfindung der Schrift* (Erlangen, 1938), pág. 4.

dibujo de una pantera como señal de propiedad no es aún, por supuesto, una escritura propiamente dicha, por más que represente el nombre de una persona y se le pueda asociar habitualmente con una persona determinada, ya que no forma aún parte de un sistema establecido y convencional. Pero constituye un paso importante en la dirección de la escritura.

Un sistema especial de este tipo lo constituyen los símbolos heráldicos empleados por la nobleza como medios de identificación. En la misma clase se encuentran las insignias militares de graduación y de arma y los símbolos de las diferentes profesiones y oficios muy populares aún en la Europa de hoy, como la llave de los cerrajeros, las gafas del óptico o la trompeta del correo.

Figura 15. Marcas de albañil procedentes de Anatolia
De A. Gabriel en *Syria*, X (1929), pág. 265

Sencillos trazos lineales o geométricos se encuentran con frecuencia en objetos de uso diario, como cacerolas, utensilios, armas,

Figura 16. Nombres de la «Nómina de los Oglala»

De Mallery, *Pictographs of the North American Indians* (Washington, 1886), lám. LII

huesos, bloques de piedra, etc. Su empleo va desde el período post-paleolítico hasta la actualidad. Algunos de los ejemplos en pedernal del Mas d'Azil han sido mencionados anteriormente (ver pág. 51). Marcas de alfarero se encuentran con frecuencia en cerámica de los períodos predinástico e histórico de Egipto. La figura 15 muestra ejemplos de marcas de albañil descubiertas en edificios turcos en Anatolia. Ejemplos de marcas de alfarero y de albañil y tipos análogos podrían ser multiplicados *ad libitum* en todas las partes del mundo.

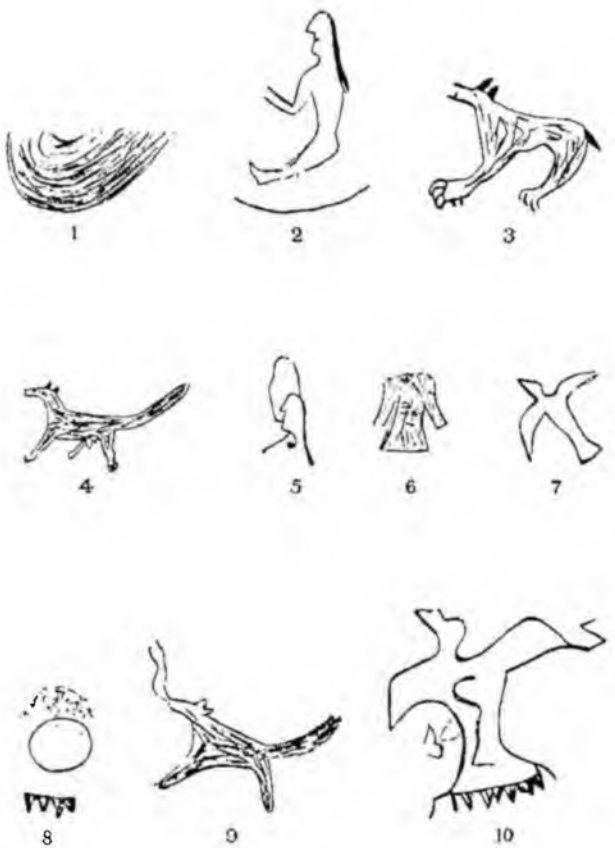


Figura 17. Nombres del censo de Nube Roja
De Mallery, *Pictographs*, lám. LIX

La costumbre de marcar con hierro al ganado pertenece al mismo tipo. Las marcas sirven en todos los casos para identificar bien al dueño de cierto objeto, bien a su autor.

El método de identificación por medio del registro de nombres propios comprende también las distintas formas empleadas por los indios americanos para designar nombres personales y tribales. Téngase en cuenta que un individuo puede ser llamado tanto por su nombre real, o tribal, o por un totem.

En la figura 16 reproducimos parte de la llamada «Nómina de los Oglala» que comprende 84 nombres de cabezas de familia de la banda, o quizá el clan, del jefe Camino Grande, perteneciente a la tribu Oglala del Norte[14]. Todos los jefes y subjefes sostienen en la derecha la insignia de su cargo. El nombre aparece en cada caso sobre la cabeza del hombre. A continuación, se cita la interpretación de algunos de los nombres: 1) Jefe Camino Grande, representado por un camino con carriles. El pájaro volando indica la rapidez de viaje que permite un buen camino; el jefe solía ser llamado «Camino Bueno», porque un camino que es grande o ancho y frecuentado, es bueno. 2) Oso-que-mira-atrás. 3) Vuelve-con-mucho. 4) Búfalo-blanco. 5) El Halcón-verdadero. 6) Muchacho con escudo. 7) El Oso-se-para. 8) Usa-la-pluma. 9) Aguila de Perro. 10) Toro de Cuerno rojo.

Otros nombres personales en la figura 17 están tomados del llamado «Censo de Nube Roja»[15]. El censo fue preparado hacia 1884 bajo la dirección de Nube Roja, jefe de los Dakotas de la agencia Pine Ridge, en territorio de Dakota. Los 289 individuos empadronados eran adictos de Nube Roja y no representaban todos los indios de aquella agencia. Debido a cierta desavenencia el agente se negó a reconocer a aquel jefe como cabeza de los indios de la agencia y nombró jefe oficial a otro. Los indios, sin embargo, manifestaron su lealtad a Nube Roja poniendo sus nombres en siete hojas de papel manila corriente, que enviaron después a Washington. A continuación, sigue la interpretación de los nombres individuales: 1) Jefe Nube Roja. 2) Hombre-de-arriba. 3) Oso-lento. 4) Perro

[14] Mallery, *Pictographs*, págs. 174-176, e *ídem*, *Picture-Writing*, págs. 419-425.
[15] Mallery, *Pictographs*, págs. 176-181.

macho. 5) Jefecito. 6) Camisa-roja. 7) Halcón-blanco. 8) Escudo de nube. 9) Buena-comadreja. El símbolo de bondad está expresado por dos líneas onduladas que ascienden de la boca en imitación del gesto expresivo de «buena lengua». 10) Aguila espantada (sin interpretación conocida). Muchos otros nombres personales pueden encontrarse en otro libro de Mallery[16].

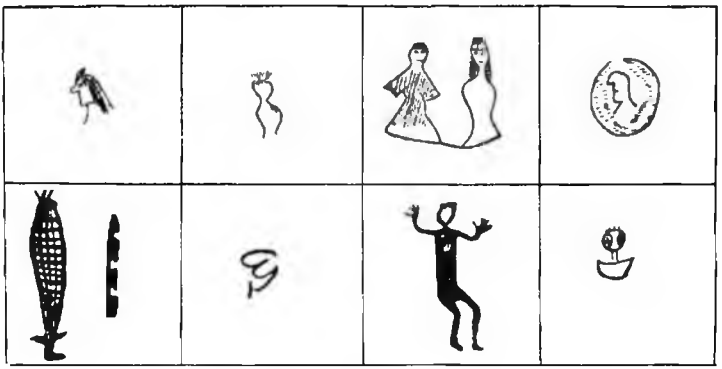


Figura 18. Designaciones tribales indias
De Mallery, *Picture-Writing*, págs. 380 y sigs.

Los ejemplos de designaciones tribales reproducidos en la figura 18 están tomados de los cómputos del invierno examinados en las siguientes páginas[17]: 1-3) Los Cuervos están simbolizados por dibujos de personas (o *pars pro toto*, solamente de la cabeza) con el arreglo característico del pelo cepillado hacia arriba y ligeramente hacia atrás. 4) Los Arapahos, que en lenguaje Dakota significa «nube azul», están representados por una nube circular dibujada en azul en el original, envolviendo la cabeza de un hombre. 5) Los Arikara o Ree se encuentran simbolizados por una mazorca de maíz porque estos indios son conocidos como «desgranadores de maíz». 6) Los Assiniboin o Hohe están aludidos por un dibujo que muestra los órganos vocales (el labio superior, el paladar, la lengua, el labio

[16] *Picture-Writing*, págs. 447 y sigs.
[17] *Op. cit.*, págs. 380 y sigs.

inferior, la barbilla y el cuello), basándose en que Hohe significa «la voz», o según algunos, «la voz del carnero almizcleño». 7) Los Kayowa están representados por el signo de un hombre que sacude las manos en círculo, lo que significa «ligero de cascos» o «cabeza loca». El signo está tomado de un gesto indio para indicar locura mediante un movimiento circular de la mano en torno a la cabeza. 8) Los Omaha están designados por una cabeza humana con pelo al rape y mejillas rojas.

De naturaleza análoga a los ejemplos examinados anteriormente son otros procedentes de la escritura expresados por medio de signos mnemónicos. Encontramos también múltiples ejemplos de este método entre los indios americanos al emplear símbolos para dejar constancia del tiempo y de los cantos.

Los indios Dakota emplean un sistema para anotar el tiempo mediante el cálculo de inviernos[18] que nombran por algún hecho importante ocurrido el año anterior, de manera idéntica a la de los antiguos sumerios y babilonios, que también nombraban sus años con arreglo a sucesos extraordinarios. Los Dakotas cuentan sus años por inviernos[19], lo que puede ser debido al hecho de que en las tierras que habitan la estación fría generalmente dura más de seis meses. Compárese esta costumbre con la de los polacos, que cuentan los años por veranos. La forma en que cierto suceso fue elegido para un determinado año está descrita por Mallery de la forma siguiente:

> Probablemente con el consejo de los ancianos y las autoridades de su tribu, Perro-Solitario [el indio Dakota autor de la sistematización del registro de los cómputos invernales] ha tenido la costumbre desde su juventud de elegir el hecho o la circunstancia que debía distinguir a cada año en cuanto éste pasaba y tras tomar tal decisión, señalaba lo que consideraba ser su símbolo o seña apropiada en un manto de

---

[18] Cf. el extenso análisis en Mallery, *Pictographs*, págs. 89-146, e *idem*, *Picture-Writing*, págs. 266-328. Para bibliografía adicional y ejemplos, cf. James H. Howard, «Dakota Winter Counts as a Source of Plains History», *Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology*, Bulletin 173 (1960), págs. 273-416.

[19] Como señala Leslau en *Word*, XI (1955), 282, la conexión entre «invierno» y «año» está también indicada por la existencia del hebreo *ḥoreph*, «invierno», y el etiope *ḥarif*, «el año actual»; por el árabe meridional, ḤRF, que significa a la vez «invierno» (u «otoño») y «año», cf. C. Conti Rossini, *Chrestomathia Arabica meridionalis epigraphica* (Roma, 1931), pág. 158.

búfalo que se conservaba con este fin. La piel era mostrada en determinadas ocasiones a otros indios del pueblo [Dakota], que de esta forma aprendían el significado y uso de los signos para designar los distintos años, con el fin de que al morir el cronista no se perdiese el significado... Varios indios también afirmaron que se conocía la existencia de otros ejemplares más del registro en diversos estados previos, entre las diversas tribus, que se conservarían probablemente para referencia, ya que Perro-Solitario y su piel eran con frecuencia inaccesibles.

Las diferentes versiones de los cómputos invernales de los Dakota se extienden desde el invierno de 1775-76 al de 1878-79. El ejemplar más importante, constituido por el manto de búfalo de Perro-Solitario, comprende los años 1800-1801 al 1876-1877. Aunque se menciona a Perro-Solitario como un indio muy viejo, probablemente no tenía suficiente edad en el año 1800-1801 para comenzar entonces a registrar sucesos. Mallery sugiere que:

O bien existió un antecesor de quien recibió los datos anteriores o consiguió copias de ellos, o bien, si él fue el primero en redactar la obra en edad adulta, recogió las tradiciones de los más ancianos y trabajó retrospectivamente hasta donde pudo mantener la exactitud...

A continuación se examinan los ejemplos tomados de los registros de inviernos de Dakota. En cada caso, I, II, III hace referencia a las diferentes versiones del mismo texto.

En la figura 19, el año 1800-1801 recibe un nombre del hecho de que 30 (o 31) Dakotas fueron muertos por miembros de la tribu de los Cuervos. El signo se compone de 30 líneas paralelas en tres columnas, de las que las laterales están unidas. Las líneas negras representan siempre la muerte de Dakotas a manos de enemigos. (Acerca del significado del color, como el empleo de negro para expresar la muerte, etc., véase, anteriormente, pág. 41). El año 1801-1802 significa que muchos murieron de viruela. El dibujo es la cabeza y el cuerpo de un hombre cubiertos de ronchas. El año 1802-1803, representado por una herradura, recibe el nombre por los primeros caballos herrados que vieron los indios, o según una diferente tradición india, debido al robo perpetrado por los Dakotas de unos caballos con herraduras (que los indios veían entonces por primera vez).

Los tres años siguientes ofrecen ejemplos de distintos dibujos de acuerdo con las versiones. Obsérvese el arco en diferentes posi-

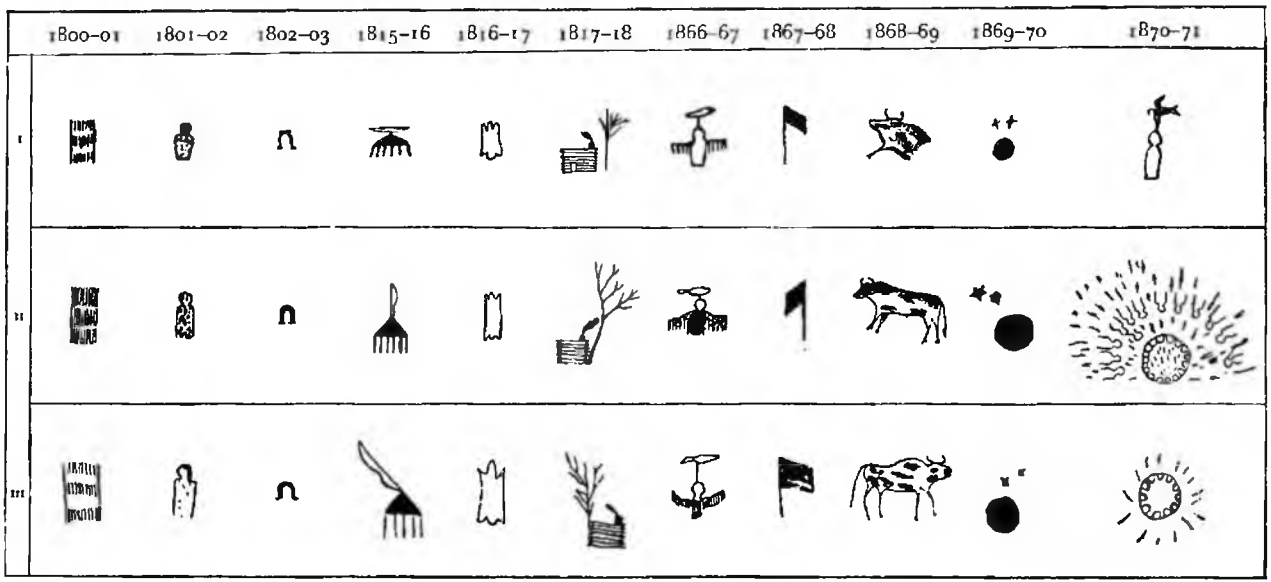


Figura 19. Registro de inviernos de los Dakotas
De Mallery, *Pictographs*, láms. IX. XIV. XXXI y XXXII

ciones en el dibujo para 1815-1816 y las distintas combinaciones de la chimenea y el árbol en el dibujo del año 1817-1818. 1815-1816 recibe el nombre de un gran basurero construido por los Dakotas «Sans Arc». El arco sobre el pabellón puede haber sido dibujado como alusión a la tribu «Sans Arc», sin ningún signo de negación, sin embargo. Quizá debamos interpretar el arco como una pluma en alusión a Pluma de Cuervo, jefe de la tribu «Sans Arc». El año 1816-1817, representado por una piel de búfalo, señala la época en que abundaban éstos. El año 1817-1818 señala la construcción de un establecimiento mercantil con madera seca; la sequedad del material está indicada por el árbol muerto.

El año 1866-1867, se señala por la muerte de Cisne, el jefe Dakota, representada por el dibujo de un hombre con el totem de un cisne en el agua. 1867-1868, indicado por la bandera, señala la paz acordada con el general Sherman y otros en Fort Laramie. El año 1868-1869 recibe el nombre bien a causa de la entrega de carne a los indios por el Gobierno americano, o bien por el ganado de Texas introducido en el país. Obsérvese la forma abreviada del animal en la versión I. Abreviaturas análogas se encuentran en los dibujos para otros años, como el año 1864-1865, donde están dibujadas sólo las cabezas de los hombres en vez de los cuerpos enteros.

A veces existe desacuerdo en cuanto a la elección del hecho que deba prestar nombre al año. Así mientras en la versión I el año 1870-1871 recibe el nombre de la muerte del hijo de la Llama, las versiones II y III señalan una batalla entre los Uncpapas y los Cuervos.

De un carácter mnemónico semejante son los dibujos sobre corteza de abedul hechos por los indios Ojibwa con el fin de conservar sus cantos[20]. Según Mallery se encuentran por lo general relacionados con ceremonias religiosas, y se emplean principalmente en la iniciación de los neófitos en los ritos religiosos secretos. Las palabras son invariables, hasta el extremo de que debido a su uso por generaciones, muchas de ellas se han hecho arcaicas y no forman parte de la lengua coloquial. Incluso no son siempre com-

[20] Recogido y discutido por Mallery, *Pictographs*, págs. 82-84, y *idem*, *Picture-Writing*, págs. 231-250.

Figura 20. Cantos Ojibwa
De Mallery, *Pictographs*, lám. IV

prendidas por la mayor parte de los cantantes «shaman». Pero ningún indio puede cambiar la letra de los antiguos cantos porque si lo hiciese significaría la pérdida del poder que se supone poseen semejantes cantos.

En la figura 20 ofrecemos una colección de los cantos del Meda (sacerdote) con la explicación por Mallery de los primeros cuatro grupos[21]:

Núm. 1. Una cabaña «de medicina» llena de la presencia del Gran Espíritu que, según se afirma, desciende con alas para instruir a los indios en estas ceremonias. El meda, o sacerdote, canta: «La cabaña del Gran Espíritu de la que habéis oído. Entraré en ella.» Al tiempo que canta y repite esto, el sacerdote sacude su «shi-shi-gwun» y todos los congregados levantan una mano con gesto suplicante. Todos permanecen de pie, sin danzar. El tambor no suena durante este canto preliminar.

Núm. 2. Un neófito, coronado de plumas, con una bolsa de piel de nutria colgada del brazo, y la representación del viento escapándose de un lado. Canta, siguiendo al sacerdote, y todos bailan, con el acompañamiento del tambor y la carraca: «Siempre he amado lo que busco. Voy a la cabaña de la nueva hoja verde.»

El núm. 3 señala un intermedio, durante el que tiene lugar la entrada de los víveres preparados para la fiesta.

Núm. 4. Un hombre con un plato en la mano y con las muñecas adornadas con plumas mágicas, para señalar su papel de director de la fiesta. Todos cantan: «Te daré una parte, amigo.»

En la figura 21 puede observarse un grupo de cantos relativos a la ceremonia de la iniciación en la *Midē wiwin*, o Gran Sociedad de Medicina[22].

En relación con las escrituras de los indios americanos, desearía llamar la atención acerca de una clase representada por una media docena de ilustraciones, publicadas en una especie de apéndice a un libro sobre el lenguaje de signos de los indios americanos[23]. Una de ellas reproducida aquí como figura 22, está explicada por Tomkins en los siguientes términos: «Un indio y su mujer riñeron; él quería ir de caza y ella no. El hizo el signo negativo, se negó a hacer lo que ella quería; tomó el arco y las flechas y se dirigió al bosque. Allí le cogió una tormenta de nieve y buscó donde refugiarse.

---

[21] Mallery, *Pictographs, loc. cit.*

[22] Mallery, *Picture-Writing*, págs. 233-236.

[23] William Tomkins, *Universal Indian Sign Language of the Plains Indians of North America* (San Diego, California, 1927), págs. 79-85.

Figura 21. Cantos Ojibwa
De Mallery, *Picture-Writing*, lám. XVII

Vio dos 'teepees' [tiendas], entró en ellas, pero descubrió que contenían dos enfermos, en un 'teepee' un muchacho con alucinación

en el otro un hombre con viruelas. Huyó con la mayor rapidez posible y pronto llegó a un río. Vio algunos peces en él, pescó uno, lo comió y descansó allí dos días. Después continuó su camino y vio un oso. Lo mató de un flechazo y se dio un festín. Entonces volvió al camino y vio un poblado indio, pero como resultaran ser enemigos, huyó hasta dar con un pequeño lago. Al rodearlo vio un cuervo. Lo mató y lo arrastró hasta su 'teepee', donde estaban su mujer y su pequeño». La narración comienza con los signos para el indio y su mujer en el centro y continúa en espiral y de derecha a izquierda hasta el final en el ángulo superior izquierdo señalado con los símbolos correspondientes a la mujer y al niño. Un solo

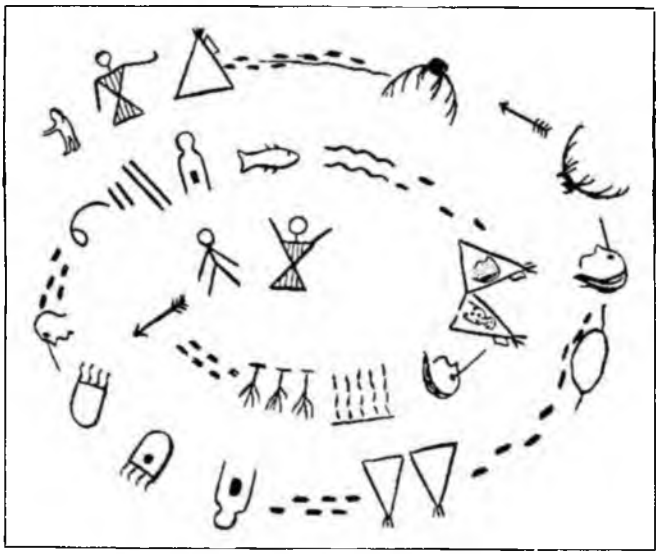


Figura 22. Supuesta escritura india

De William Tomkins, *Universal Indian Sign Language of the Plains Indians of North America* (San Diego, California, 1927), pág. 82

vistazo a la ilustración basta para ver que esta pictografía carece de paralelo con las escrituras indioamericanas examinadas antes en las págs. 53 y sigs. y 65 y sigs. Claro está que la mayor parte de los símbolos pueden haberse copiado de algún sistema indio, pero la colocación global de los símbolos y la escritura de «dos días»

por medio del número «2» más el símbolo para «día» (junto al ángulo superior izquierdo), en vez de repetir dos veces el símbolo de «día»[24], despierta la sospecha de que el autor puede haber inventado libremente las ilustraciones. Abona esta sospecha el tono de despreocupación con que está escrito el libro para el uso «de nuestros jóvenes amigos, los boy scouts» y debió haber servido como advertencia a Jacques van Ginneken para no tomar estas inscripciones demasiado en serio en sus estudios sobre las escrituras de los indios americanos[25].

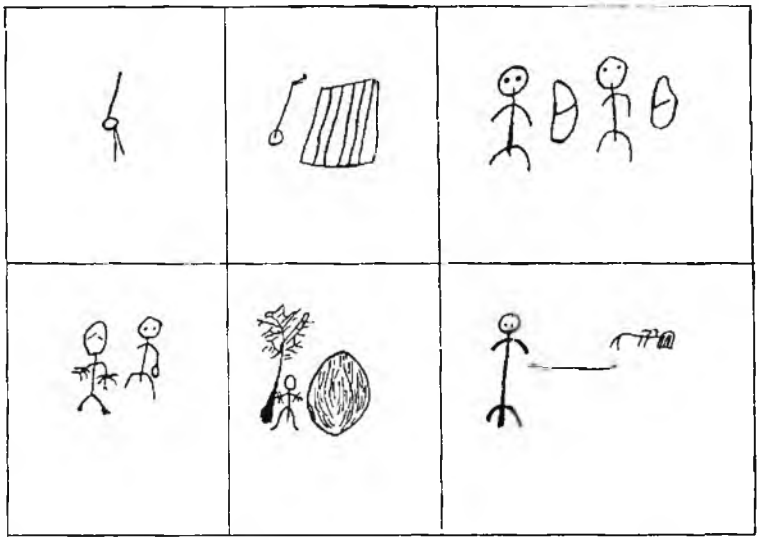


Figura 23. Proverbios Ewe

De C. Meinhof en *Zeitschrift für ägyptische Sprache*, XLIX (1911), lám. I *b* frente pág. 8

[24] Cf. pág. 266, núm. 27.

[25] «La reconstruction typologique des langues archaïques de l'humanité», *Verhandelingen der K. Nederlandsche Akademie van Wetenschappen.* Letterkunde, N. R. XLIV (Amsterdam, 1940), págs. 120 y sig. Una análoga interpretación errónea de los hechos puede observarse en la ilustración que pretende reproducir una pintura prehistórica, publicada en Oscar Ogg, *The 26 Letters* (Nueva York, 1948), págs. 24 y sig. La pintura, reconstruida a base de los descubrimientos hechos en España y

Los Ewe, negros africanos de Togo, son capaces de anotar proverbios mediante signos mnemóticos de forma semejante a las de los indios Ojibwa. La figura 23 proporciona los siguientes ejemplos:[26] El dibujo de la aguja con la hebra representa el proverbio «el hilo sigue a la aguja» (no al contrario) y recuerda en su significado nuestro proverbio «de tal palo, tal astilla». El dibujo de la aguja enhebrada y un paño significa «la aguja cose un gran paño», en otras palabras, que lo pequeño puede lograr grandes cosas, análogo a nuestro refrán «dos pocos hacen un mucho». El proverbio «dos adversarios no pueden durar» (pues tarde o temprano uno de ellos debe ceder) está expresado por el dibujo de dos hombres armados con arcos y flechas. El proverbio «una cosa es lo que encuentro y otra lo que es mío» significa que las cosas halladas deben ser devueltas a sus dueños y es paralelo al antiguo dicho jurídico romano de que «las cosas claman por su dueño». El proverbio Ewe está indicado por el dibujo de un hombre que apunta a su pecho, significando «mío», y de otro hombre que muestra en su mano izquierda el objeto hallado. El proverbio «el mundo es como un baobab (árbol)» —tan grande que es imposible abarcarlo con los brazos— está expresado por el dibujo de un hombre que intenta inútilmente alargar sus brazos entre el árbol y el mundo (simbolizado por un círculo). El proverbio «el camaleón dice: por mucho que corras, morirás igual» (por lo que él se mueve con lentitud) se encuentra expresado con cierta dificultad por el dibujo de un hombre (que puede moverse con rapidez), una línea recta que representa el movimiento y un animal con alas que simboliza la muerte. La muerte debe de ser una deidad rápida, ya que la gente se muere simultáneamente en diferentes partes del país.

De la región del Congo también se tiene noticia del uso de

Francia, muestra escenas que describen en orden consecutivo una danza ceremonial de caza, la marcha de los cazadores, el ojeo de la presa, el asedio y muerte de ésta y el regreso de los cazadores. Solamente las muestras citadas en el libro de Ogg (en la pág. 23, por ej.) contradicen la existencia de pinturas rupestres ordenadas tan cuidadosamente. La verdad es que el hombre prehistórico pintó escenas complicadas sin sentir la necesidad o tener la capacidad de representarlas en el orden consecutivo de los hechos reales.

[26] De Carl Meinhof, «Zur Entstehung der Schrift». *Zeitschrift für ägyptische Sprache*, XLIX (1911), págs. 1-14, pl. I b.

símbolos escritos como auxilio para la memoria[27]. Sobre el empleo análogo de objetos con igual propósito ver lo dicho en la pág. 21 y siguientes.

Existe una gran diferencia entre el uso de los signos pictóricos hecho por los africanos y los indios americanos. Los indios han alcanzado un estado de sistematización y normalización completamente desconocido por los negros de Africa, como escribe Mallery[28]:

> Una peculiaridad en extremo notoria de los dibujos de los indios es que, dentro de cada sistema particular, lo que pudiera llamarse sistema tribal, de pictografía, todos los indios dibujan exactamente de manera idéntica. Las figuras de hombres, de caballos y demás objetos, están dibujadas por cuantos pretenden hacer estos signos, con toda la identidad de que es capaz su habilidad manual, mostrando de esta forma que su concepción y su motivo son los mismos.

Entre los indios americanos, los signos dibujados por una persona de la tribu son entendidos por lo general por otros miembros de la misma. En los africanos, los signos son comprensibles tan sólo por la persona que los trazó, o a lo sumo, por algunos de sus amigos más íntimos conocedores del sentido de los signos.

Además de los sistemas de identificación mnemótica tratados en páginas anteriores, hay otros que han gozado de un uso limitado en varias partes del mundo. Entre ellos debemos mencionar el sistema de los indios Cunas en Panamá[29], de los indios Aymará en Bolivia y Perú[30], las inscripciones descubiertas en Sicasica en

---

[27] R. E. Dennett, *At the Back of the Black Man's Mind* (Londres, 1906), págs. 71 y sigs.

[28] *Pictographs*, pág. 17.

[29] Erland Nordenskiöld, *Picture-Writings and Other Documents by Néle and Rubén Pérez Kantule* (Göteborg, 1928); David Diringer, *L'alfabeto nella storia della civiltà* (Firenze, 1937), pág. 605.

[30] Diringer, *op. cit.*, págs. 600 y sigs.; C. F. Lehmann-Haupt en *Zeitschrift der Deutschen Morgenländischen Gesellschaft*, LXXIII (1919), 58 y sigs.; Johannes Friedrich, *op. cit.*, XCI (1937), 333 y sig. La bibliografía sobre estos sistemas sudamericanos va en aumento, cf., entre otros Dick Edgar Ibarra Grasso, *La escritura indígena Andina* (La Paz, 1953); Porfirio Miranda Rivera, «Quipus y jeroglíficos», *Zeitschrift für Ethnologie*, LXXXIII (1958), 118-132. Estas escrituras, empleadas para reproducir canciones modernas, himnos y catecismos, derivan, bajo la influencia occidental, a sistemas logográficos con fuertes tendencias hacia la fonetización.

Perú[31], el sistema *Nsibidi* usado por los nativos en Nigeria[32], y quizá el simbolismo de los Dogon, Bambara y otras tribus de Sudán[33].

Los símbolos examinados en este capítulo se supone representan el estado de escritura que Meinhot denomina *Satzschrift*, es decir, escritura de oración o frase. Considero que éste es un término totalmente inadecuado. Los símbolos individuales no se emplean para tales oraciones o frases como partes del idioma[34], sino que sirven de recurso para recordar fechas o cantos. El dibujo de una herradura para el año 1802-1803 examinado antes (ver pág. 68) no representa por sí la oración «éste es el año en el que caballos con herradura fueron vistos por primera vez por los indios», sino que constituye un símbolo para ayudar el recuerdo de un determinado hecho. Por esta razón prefiero llamar a este tipo de precedentes de la escritura la etapa «mnemónica» o «rememorativa».

Sistemas de signos mnemónicos por medio de objetos son empleados por todo el mundo con la intención de mantener registros (ver págs. 20 y sigs.). También los antiguos sumerios sintieron necesidad de llevar registros por medio de signos mnemónicos, pero en vez de utilizar los objetos en sí prefirieron el método de dibujar los registros en tabletas. Esta importante innovación examinada detalladamente en el capítulo III, condujo, en su evolución final, a la escritura auténtica.

Sistemas limitados

Además de los sistemas descritos en las páginas anteriores, existen unos pocos, especialmente en el continente americano, que deben ser tratados en este capítulo. Los principales son el sistema

---

[31] Diringer, *op. cit.*, pág. 600.

[32] Diringer, *op. cit.*, págs. 56 y sigs; Hans Jensen, *Die Schrift* (Glückstadt y Hamburgo, 1935), pág. 112.

[33] Marcel Griaule y Germaine Dieterlen, *Signes graphiques soudanais* (*L'Homme. Cahiers d'ethnologie, de géographie et de linguistique*, III, París, 1951); D. Zahan, «Pictographic Writing in the Western Sudan», *Man*, 1 (1950), 136-138.

[34] Sobre fraseogramas auténticos, como se emplean en los sistemas taquigráficos, ver antes pág. 34.

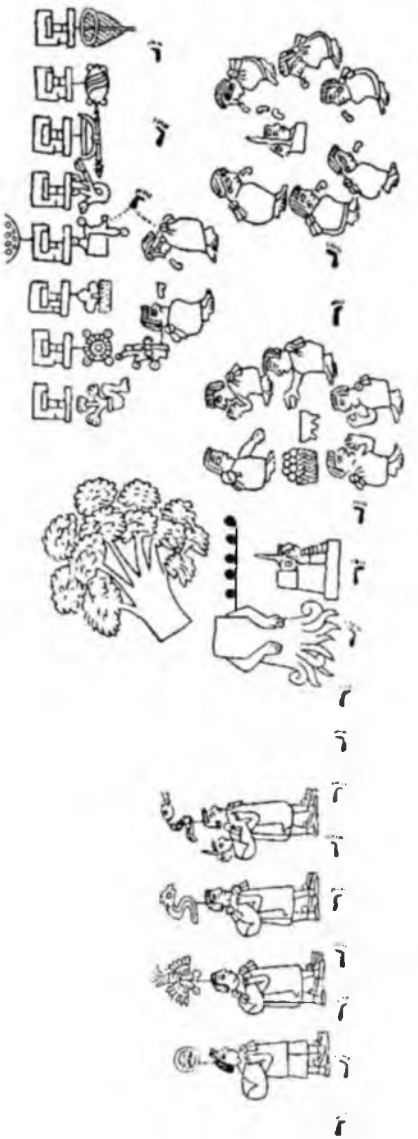


Figura 24. Inscripción azteca, representada por una página del «Codex Boturini» De Eduard Seler, *Gesammelte Abhandlungen zur amerikanischen Sprachund Alterthumskunde*, II (Berlín, 1904), 35

de los aztecas en Méjico Central y el de los mayas en Yucatán, El Salvador, Honduras Británicas y Guatemala.

Puede que asombre a algunos especialistas el encontrar las complicadas inscripciones de América Central tratadas a la vez que los sistemas primitivos de los indios de Norteamérica y de los negros de Africa. No obstante, no puede llegarse a otra conclusión si examinamos el problema con ojos limpios de prejuicios. A pesar de la forma en extremo elaborada que puedan adoptar los bellos manuscritos e inscripciones en piedra de los aztecas y de los mayas, su estructura interna no se encuentra en un nivel de desarrollo mucho más elevado que el de los sistemas primitivos de América del Norte y de Africa. Lo que puede comprenderse con claridad en las inscripciones de América Central son, sobre todo, los sistemas de anotación matemática y astronómica. Aparte de éstos, son comprensibles algunas inscripciones, o partes de ellas, pero solamente en el sentido en que las pinturas de Norteamérica se entienden *per se*, sin el auxilio de ninguna forma lingüística. Aunque los inicios de la fonetización pueden ser observados en ambos, ni los aztecas ni los mayas llegaron ni por aproximación a alcanzar la etapa fonética de la escritura que encontramos desarrollada ya con tanta perfección en las inscripciones sumerias más antiguas. No obstante, antes de seguir con estas afirmaciones *a priori* examinemos algunas inscripciones típicas de Centroamérica.

La figura 24 ofrece una página del llamado «Codex Boturini» acerca de las emigraciones de los aztecas[35]. La escena de la izquierda muestra cuatro tribus aztecas (con sus «nombres» indicados por signos sobre las cabezas) marchando (indicado por huellas) en dirección a un lugar llamado *Tamoanchan*, «Lugar de Descenso» (marcado por un árbol quebrado y un altar), para despedirse de ocho tribus parientes. En este lugar, mientras los miembros de las tribus aztecas y sus parientes celebran una fiesta y una ceremonia religiosa (dos escenas en la parte inferior derecha), sus jefes respectivos deciden sobre la marcha. Los dos hombres representados sobre la fiesta y las ceremonias son, a la izquierda, el jefe de los aztecas (indicado por la palabra «Aztlan» en la forma del signo

[35] Eduard Seler, *Gesammelte Abhandlungen zur amerikanischen Sprach-und Alterthumskunde*, II (Berlín, 1904), 35.

Figura 25. Inscripción azteca, representada por una página del «Codex Hamburgensis»

De Theodor-Wilhelm Danzel, *Handbuch der präkolumbischen Kulturen in Lateinamerika* (Hamburgo y Berlín, 1927), pág. 51

de agua más columna) y, a la derecha, el jefe de las tribus parientes que pertenece a una de las ocho tribus indicadas en la parte superior derecha por los dibujos de casas con los «nombres» respectivos añadidos debajo. El jefe a la derecha está representado llorando por medio del signo para el agua extendiéndose del ojo izquierdo a la oreja. La ceremonia tiene lugar de noche, como puede verse de la pintura del cielo estrellado sobre los nombres de las ocho tribus parientes. La marcha de estas tribus está señalada por las huellas en dirección contraria al centro.

Otro ejemplo de la escritura azteca se ofrece en la figura 25[36] y muestra en disposición simétrica lo siguiente: 1-20 representan 20 días (el año azteca se compone de 13 meses de 20 días); 21-24 señala las deidades de los cuatro puntos cardinales, es decir, Xochipilli, el príncipe-flor, indicado por una flor en la mano izquierda (21); Mictlantecutli, el príncipe de los infiernos, señalado por la calavera (22); Chalchiuhtlicue, la diosa del agua, indicada por el agua (con caracoles) que brotan de los hombros (23); y Tlaloc, el dios de las tempestades, que ostenta en su mano izquierda una quijada como símbolo de su poder de aplastarlo todo (24); 25-40 representan los 16 jefes con sus nombres indicados en jeroglífico; 41 representa a Mayauel, la diosa del agave y de la fertilidad.

Los ejemplos de escritura fonética que puedan encontrarse son notorios por su escasez y por ocurrir casi exclusivamente en la grafía de nombres propios. Por ejemplo, el nombre geográfico azteca Quauhnauac, «cerca del bosque», compuesto por las palabras *quauh*, «árbol, bosque», y *nauac*, «cerca», está escrito con los signos de «árbol» (*quauh*) y de «habla» (*naua-tl*); la palabra Teocaltitlan, «templo personal», se escribe con los signos de «labios» (*te-n-tli*), «camino» (*o-tli*), «casa» (*cal-li*), y «dientes» (*tlan-tli*), omitiendo solamente la sílaba *ti*[37]. Los casos ocasionales de fonetización no pueden tomarse como evidencia de un alto nivel de los sistemas centroamericanos, ya que el principio de fonetización se produce a veces en pueblos primitivos sin probabilidad alguna de que evolucione hasta un sistema fonético completo (ver pág. 22).

Mucho menos aclarada que la escritura azteca se encuentra el sistema de los mayas (fig. 26)[38]. A pesar de los numerosos y variados intentos de descifrar la escritura maya, lo único que se ha llegado a entender con claridad en este sistema se limita a signos de naturaleza matemática y astronómica. Aparte de éstos, se conocen unos pocos signos más para designar divinidades y otros términos, algunos de los cuales se expresaban, al parecer, por un método fonético, como entre los aztecas.

---

[36] Theodor-Wilhelm Danzel, *Handbuck der präkolumbischen Kulturen in Lateinamerika* (Hamburgo y Berlín, 1927), pág. 51.

[37] Jensen, *op. cit.*, pág. 122.

[38] Seler, *op. cit.*, I (Berlín, 1902), 383.

Figura 26. Inscripción maya procedente de Copan

De S. G. Morley, *An Introduction to the Study of the Maya Hieroglyphs* (Washington, 1915), lám. 7 frente pág. 167

Sea cual sea el sentido que demos a la afirmación del obispo español Diego de Landa en su libro publicado a mediados del siglo XVI, de que un alfabeto maya de 27 signos se utilizaba en aquel tiempo en Yucatán, una cosa es clara: nadie ha conseguido hasta la fecha descifrar las inscripciones mayas tomando como base el alfabeto del obispo Landa[39]. Incluso si admitimos que este alfabeto fue compuesto en el siglo XVI bajo la influencia española y tuvo un uso limitado a ciertas partes de Yucatán, no se sigue que reproduzca los sistemas de los indios precolombinos.

La mejor prueba de que la escritura maya no es un sistema fonético se deduce del simple hecho de que se encuentra aún sin descifrar. Esta conclusión es ineludible si recordamos el principio capital de la teoría del descifrado: *toda escritura fonética puede y en definitiva debe ser descifrada si se conoce el idioma expresado por ella*. Como las lenguas de los mayas se encuentran aún en uso, y, por lo

---

[39] De acuerdo con mi idea de la situación, esto es cierto de los ensayos más serios hechos recientemente por el lingüista norteamericano Benjamín L. Whorf y el etnólogo ruso Yuriy V. Knorozov. La obra de Whorf, «Maya Writing and Its Decipherment», *Maya Research*, II (1935), 367-382, y «Decipherment of the Linguistic Portion of the Maya Hieroglyphs», *Annual Report of the Smithsonian Institution*, 1941, págs. 479-502, fue criticado por J. Eric S. Thompson, *Maya Hieroglyphic Writing* (Washington, D. C., 1950), págs. 311 y sigs., pero recibida favorablemente por Archibald A. Hill en *International Journal of American Linguistics*, XVIII (1952), 184 y sigs. La obra de Knorozov, «Drevnyaya pis'mennost' Centralnoy Ameriki», *Sovetskaya Etnografiya*, 1952, Parte 3, págs. 100-118; «Pis'mennost' drevnikh Maiya, Opyt rasshifrovki», *op. cit.*, 1955, Parte I, págs. 94 125; «The Problem of the Study of the Maya Hieroglyphic Writing», *American Antiquity*, XXIII (1958), 284-291; y «New Data on the Maya Written Language», *Journal de la Société des Américanistes*, n. s. XLV (1956), 209-216 (*Proceedings of the Thirty-second International Congress of Americanists* [Copenhague, 1958], págs. 467-475), fue recibida favorablemente por Tor Ulving en «Russian Decipherment of the Maya Glyphs», *International Journal of American Linguistics*, XXII (1956), 184 y sigs., y «A New Decipherment of the Maya Glyphs», *Ethnos*, XX (1955), 152-158, pero criticada por T. S. Barthel en «Die gegenwärtige Situation in der Erforschung der Maya-Schrift», *Journal de la Société des Américanistes*, n. s. XLV (1956), 219-227, y J. Eric S. Thompson en *Yan*, II (1953), 174-178, y «Systems of Hieroglyphic Writing in Middle American and Methods of Deciphering Them», *American Antiquity*, XXIV (1959), 349-364. No he podido conocer los informes preliminares por Evreynov, Kosarev y Ustinov acerca del descifrado «siberiano» de la escritura maya con la ayuda de máquinas computadoras. Para una crítica de su obra ver Knorozov, «Mashinnaya deshifrovka pis'ma Maiya», *Voprosy yazykoznaniya*, XI/1 (1962), 91-99.

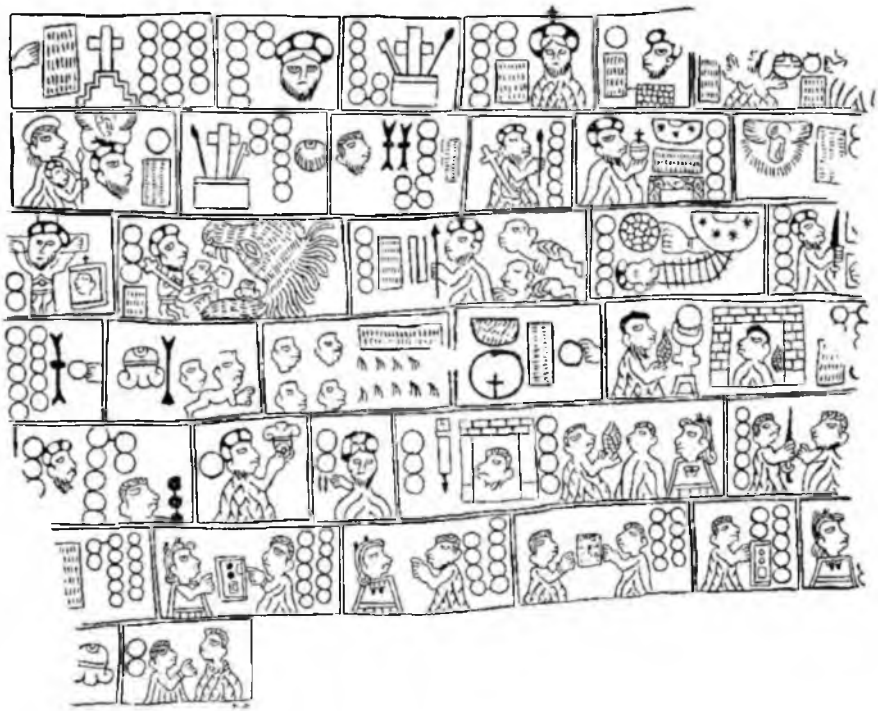


Figura 27. Catecismo azteca

De Seler, *Gesammelte Abhandlungen zur amerikanischen Sprach-und Alterthumskunde*, I (Berlín, 1902), lám. frente pág. 289

tanto, son conocidas, nuestra incapacidad de descifrar el sistema de su escritura significa que no se trata de un sistema fonético.

Otra prueba de que ninguno de los sistemas de Centroamérica puede ser llamado fonético se desprende del análisis de la inscripción siguiente: la figura 27 representa un catecismo compuesto durante el siglo XVI bajo la influencia española para uso de los indios convertidos al cristianismo[40]. Aunque contiene ciertos signos que corresponden a palabras de la lengua, la inscripción no puede leerse de la manera en que normalmente se leen las escrituras fonéticas

[40] Seler, *op. cit.*, I, pl. opp. pág. 289.

Los signos y agrupaciones de signos sugieren tan sólo el sentido, que puede reconstruirse solamente con un conocimiento previo del catecismo cristiano. Se entenderá mejor el carácter del texto si intentamos analizar algunas de sus partes. Los siete artículos de la Fe relativos a Jesucristo comienzan con el segundo grupo de la segunda línea señalada con el dibujo de la Cruz con los instrumentos de la Pasión como el signo para Jesús. El artículo I, que le declara «único Hijo de Dios Padre, que fue concebido por el Espíritu Santo y nació de María Virgen» se encuentra expresado por el número «uno», el dibujo de un trozo de papel para designar el artículo, Dios (identificable por la corona y la barba características), el Espíritu Santo (simbolizado por un pájaro), y últimamente María con el Niño Jesús en su seno. El segundo artículo se encuentra en el primer grupo de la tercera línea, ya que la escritura es bustrófedon y significa simplemente «crucificado y sepultado». Comenzando con el segundo grupo de la quinta línea siguen los Diez Mandamientos. El primero, «Amarás a Dios sobre todas las cosas», está expresado por el dibujo de un hombre con un corazón en la mano. El quinto, «No matarás», lleva las representaciones de un hombre con una espada y de otro en actitud defensiva. El resto del texto puede ser descifrado de la misma forma con la ayuda del catecismo cristiano y sin conocimiento alguno de los idiomas y escrituras azteca y maya. El examen de este catecismo mejicano muestra claramente que no emplea un sistema fonético de escritura, sino el recurso de que tantos ejemplos se han dado en los sistemas analizados anteriormente entre los precedentes de la escritura. Si, por lo tanto, aztecas y mayas no consiguieron desarrollar un sistema fonético durante el siglo XVI a pesar de la influencia española, resulta difícil mantener que tuviesen tal sistema en la época precolombina.

¿Pero no resulta sorprendente, preguntará alguno, que los indios precolombinos, autores de una cultura que ha sido comparada con frecuencia con las culturas perfectamente desarrolladas del antiguo Oriente Medio, careciesen de una escritura del mismo nivel que los sistemas descubiertos en Oriente? Mi respuesta sería que las culturas amerindias no pueden ser comparadas adecuadamente con las culturas del Oriente Medio. No siendo mi especialidad el campo de la arqueología americana, no me siento con autoridad para comparar culturas de origen tan diferente. Pero no puedo

menos de expresar mi opinión, o mejor mis sentimientos, en este tema. Las culturas precolombinas de América caracterizadas por la rareza de los metales, la pobreza de las herramientas y de las armas, la agricultura limitada y la casi nula domesticación de los animales, la ausencia de la rueda y por lo tanto de los carros y de la cerámica hecha a torno, la generalización de los sacrificios humanos y del canibalismo —no pueden ser comparadas con las culturas orientales, que desde los períodos históricos más primitivos cuentan con una metalurgia del cobre y del bronce sumamente evolucionada, con abundancia de herramientas y de armas, la agricultura y la domesticación de animales desarrolladas, el torno del alfarero y los carros, apenas rastro de sacrificios humanos y ausencia del canibalismo. La característica más notable de las culturas amerindias es el sistema de calendario, sumamente desarrollado, y se destaca como única realización entre la parvedad de otras empresas culturales. El alcanzar un nivel tan alto de desarrollo en un campo determinado es sorprendente, pero no excepcional. Las magníficas obras de los fundidores de bronce de Luristán se destacan sobre el conjunto de la general penuria cultural de las montañas Zagros, así como las supremas concepciones éticas y religiosas de los hebreos de la Biblia sobrepasan sus modestas realizaciones en los terrenos político, económico y tecnológico.

No es cierto que las culturas indioamericanas fueran «arrancadas en capullo» en la época de la conquista, como pretenden algunos especialistas que creen que las escrituras amerindias se hallaban a medio camino de convertirse en sistemas completos. Los conquistadores españoles encontraron muchas ciudades mayas en ruinas, lo que demuestra que, por lo menos, la cultura maya estaba en fase de decadencia[41]. Además, incluso un conocimiento superficial de las inscripciones de los aztecas y de los mayas basta para convencer que nunca hubieran podido convertirse en una escritura auténtica sin la influencia extranjera. Los rasgos de las formas escritas, paralizados durante unos 700 años[42], la creación

[41] J. Leslie Mitchell, «The End of the Maya Old Empire», *Antiquity*, IV (1930), 285-302.

[42] Paul Schellhas, «Probleme der Mayaforschung», *Forschungen und Fortschritte* XVI (1940), 122.

de grotescas formas de variantes de cabezas con su característico exceso de detalle superfluo —un pecado capital de la escritura desde el punto de vista de la economía— son todos pruebas de un desarrollo decadente, casi bárbaro.

Debe hacerse otra observación más sobre nuestra inclusión de los sistemas azteca y maya entre los precedentes de la escritura. Se hace preciso para dejar en claro que no pretendemos indicar con esta clasificación que los sistemas centroamericanos se encuentran en el mismo nivel inferior de desarrollo que sus equivalentes de América del Norte, examinados al comienzo de este capítulo. Incluso al observador ajeno, la sistematización del aspecto formal de la escritura parecerá considerablemente más adelantada entre los aztecas y los mayas que entre los indios norteamericanos. Además, debemos tener en cuenta en América Central la existencia de la fonetización, desconocida por completo entre los sistemas análogos del norte, y sobre todo, el excepcional desarrollo del sistema numérico, en comparación con el cual cuanto se ha producido en el norte parece infantil y primitivo. El método centroamericano de escribir números y cosas contadas como, por ejemplo, en la escritura de «5 hombres», por medio del número «5» y el signo para «hombre», es idéntico al de las escrituras orientales y totalmente diferente al método empleado en el norte, donde la expresión «5 hombres» hubiese tenido que escribirse por medio de 5 dibujos repetidos de «hombre»[43]. Todas estas peculiaridades demuestran un nivel de escritura más adelantado en América Central que en la del Norte, pero no pueden conducir en modo alguno a la conclusión de que los sistemas centroamericanos son idénticos en su estructura general con ninguna de las escrituras orientales. La semejanza en el empleo del sistema representativo-descriptivo, tanto por los americanos del Norte como del Centro, por una parte, y la ausencia general de una fonografía *sistemática* entre los indios, por otra, constituyen las dos principales características que separan radicalmente todos los sistemas amerindios de los del Viejo Mundo. Estoy por completo

[43] Cf., por ejemplo, la escritura de «3 días» con tres signos para «día» en nuestra figura 9 y de «5 martas» con 5 signos para «marta» en un gráfico de Alaska publicado en Mallery, *Picture-Writing*, págs. 581 y sig. En el mismo sentido debe considerarse la escritura de «51 hombres» en nuestra figura 9 y de «$ 53» en la figura 10.

de acuerdo con las opiniones de dos eminentes americanistas, expresadas de la forma siguiente: «Ninguna raza autóctona de América poseyó una escritura completa»[44]. «Los jeroglíficos mayas no constituyen en modo alguno una escritura verdadera tal como la entendemos ni corresponden a los jeroglíficos egipcios.»[45]

[44] Richard C. E. Long, «Maya and Mexican Writing», *Maya Research*, II (1935), 24-32, esp. pág. 31.

[45] P. Schellhas, «Fifty Years of Maya Research», *op. cit.*, III (1936), 129-149, esp. pág. 138.

Capítulo 3
SISTEMAS LOGO-SILABICOS

Los sistemas completos de escritura se originaron por primera vez en Oriente, esa extensa masa de tierra que se extiende desde las costas orientales del Mediterráneo al Pacífico occidental. Por razones tanto históricas como prácticas, Egipto y las regiones adyacentes de Africa, y, por lo menos, en el período pre-helénico, los países en torno al Mar Egeo, deben ser incluidas también en el ámbito de las civilizaciones orientales.

En la amplia zona así delimitada encontramos siete sistemas de escritura, originales y completamente desarrollados, todos los cuales pueden *a priori* pretender un origen independiente:

Sumerio, en Mesopotamia, 3100 a. C.-75 d. C.
Proto-Elamita, en Elam, 3000-2200 a. C.
Proto-Indico, en el valle del Indo, hacia 2200 a. C.
Chino, en China, 1300 a. C. al presente.
Egipcio, en Egipto, 3000 a. C.-400 d. C.
Cretense, en Creta y Grecia, 2000-1200 a. C.
Hitita, en Anatolia y Siria, 1500-700 a. C.

El hecho de que conozcamos exactamente siete sistemas orientales —número tan grato a ocultistas, cabalistas y universalistas— es debido a pura coincidencia. El Oriente está lleno de escrituras

que aguardan ser descubiertas y con frecuencia las excavaciones de los arqueólogos siguen sacando a luz nuevas escrituras. No obstante, en la actualidad no existen candidatos probables para añadirse a la lista de los siete sistemas orientales originales. Las inscripciones proto-armenias, que han sido recientemente descubiertas en gran número en Armenia son muy poco conocidas para permitir seguras conclusiones[1]. Las escrituras de Phaistos y Byblos, no descifradas, son, con mucha probabilidad, silábicas y, por lo tanto, deben considerarse entre las escrituras a examinar en el capítulo IV. Las misteriosas inscripciones de la Isla de Pascua, en las que tanto esfuerzo se ha derrochado por mentes calenturientas, no son ni siquiera escrituras en el sentido más primitivo del término, ya que probablemente no representan nada más que trazos pictóricos con fines mágicos[2]. Finalmente, los sistemas amerindios

[1] El autor publicará próximamente una nota sobre estas inscripciones. Cf., provisionalmente, R. D. Barnett and N. Gökce, «The Find of Urartian Bronzes at Altintepe, Near Erzincan», *Anatolian Studies*, III (1953), 121-129.

[2] Las «inscripciones» de la Isla de Pascua fueron consideradas seriamente como escritura por H. Jensen, *Die Schrift* (2.ª ed.; Berlín, 1958), págs. 334-338; James G. Février, *Histoire de l'écriture* (novena ed.; París, 1959), págs. 147-149; y D. Diringer, *The Alphabet* (Londres, 1948), págs. 136-40. M. Cohen, en *La grande invention de l'écriture et son évolution* (París, 1958), págs. 31-33, situó primero las «inscripciones» de la Isla de Pascua bajo los precedentes de la escritura; después, bajo la influencia de obras por especialistas como Thomas Barthel, *Grundlagen zur Entzifferung der Osterinselschrift* (Hamburgo, 1958), y N. A. Butinov y Y. V. Knorozov, «Preliminary Report on the Study of the Written Language of Easter Island», *The Journal of the Polynesian Society*, LXVI (1957), 5-17, cambió de opinión y en su *Documentation*, págs. 49 y sigs., las adscribió a la «etapa picto-ideográfica», junto con las escrituras azteca y maya. De hecho, si las «inscripciones» de la Isla de Pascua han de adscribirse a una etapa de la escritura, aunque se trate de una primitiva, hemos de suponer la existencia de un tipo de escritura absolutamente único desde el punto de vista de la forma y de la composición de su signario. Al ser la comunicación el objetivo de la escritura, las formas de los signos en las escrituras aceptadas se construyen normalmente de manera que permita un reconocimiento fácil y rápido de los distintos signos. Por el contrario, la gran mayoría de los signos de la Isla de Pascua son tan parecidos y se distinguen por detalles tan insignificantes, que pueden reconocerse con suma dificultad. Obsérvese además, que los especialistas en el tema de la Isla de Pascua no han logrado formar una lista definitiva de los distintos signos que aparecen en los textos. Barthel, por ej.; habla de unos «120 Grundbestandteile» y «etwa 1500-2000 verschiedene Kompositionen» (*op. cit.*, pág. 314), y después para u agru

de los mayas y los aztecas no representan una escritura completa, ya que incluso en sus estados más avanzados nunca alcanzaron el nivel de desarrollo característico de las primeras fases de los sistemas orientales (ver págs. 80 y sigs.).

Como tres de los siete sistemas orientales —esto es, Proto-Elamita, Proto-Indico y Cretense— se encuentran aún sin descifrar o parcialmente descifrados, podemos ocuparnos constructivamente en este capítulo tan sólo de las otras cuatro escrituras cuyos sistemas podemos estudiar por completo. De éstas, el sumerio es la más antigua y la única en la que contamos con ejemplos numerosos para reconstruir sus primeras fases. Por esta razón nuestro examen de los sistemas orientales de escritura comenzará con una presentación completa del sistema sumerio; a continuación, seguirá el examen de las escrituras egipcia, hitita y china, seguido por breves esbozos de las características principales de los tres sistemas no descifrados o que lo han sido parcialmente; y finalmente intentaremos examinar las características comunes a todos los sistemas orientales de escritura.

Sistema sumerio

La patria de la escritura cuneiforme es Mesopotamia, en la cuenca de los ríos Tigris y Eufrates. El adjetivo «cuneiforme», «en forma de cuña», derivado del latín *cuneus* («cuña»), más *forma*, debe su origen al aspecto de cuña de los pequeños trazos en los signos de la escritura mesopotámica. El descifrado de la cuneiforme, iniciado en la primera parte del siglo pasado por el alemán Georg Friedrich Grotenfeld y el inglés Henry Rawlinson, adelantó de forma tal en los siguientes años que a fines de siglo fue posible leer con relativa facilidad las diversas formas de la cuneiforme con que se escribían muchos idiomas distintos del Próximo Oriente. Los principales entre ellos eran el sumerio, hablado en la Mesopotamia

parlas en «790 Kennziffern» en sus Formentafeln 1-8. Cf. también J. Imbellioni, «Las 'tabletas parlantes' de Pascua, monumentos de un sistema gráfico indo-oceánico», *Runa*, IV (1951), 89-177; Alfred Métraux, *Easter Island*, traducido del francés (Oxford, 1957), esp. págs. 181-207.

meridional por un pueblo de filiación étnica y lingüística desconocidas, y el acadio, lengua semítica hablada en el norte de Mesopotamia que comprendía dos dialectos principales, el babilonio y el asirio. Hacia finales del tercer milenio antes de C., el idioma sumerio se extinguió, dando paso al acadio.

Los descubrimientos arqueológicos en Mesopotamia en el siglo XIX pronto pusieron en evidencia que, aunque el término «cuneiforme» podía ser aplicado con toda corrección a la mayor parte de la vida de esta escritura, no era apropiado para sus primeras fases. Se observó que los signos de las tabletas más antiguas descubiertas durante las excavaciones en la Mesopotamia meridional, no ofrecían rasgos cuneiformes, y pronto se descubrió que cuanto más antiguas eran las tabletas, tanto más semejaban sus signos simples pinturas, tal como se encuentran en muchos otros sistemas pictográficos, como el jeroglífico egipcio, por ejemplo. Así, a medida que se fue haciendo evidente que la escritura cuneiforme mesopotámica había evolucionado desde una etapa pictográfica, comenzaron los intentos para reconstruir en detalle las diversas fases del desarrollo. La tarea se ha simplificado considerablemente por el reciente descubrimiento en Uruk (el Erech de la Biblia, el Orchoe de los griegos, moderno Warka) en la Mesopotamia meridional, de un

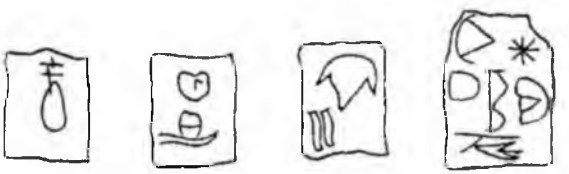


Figura 28. Tabletas pictográficas arcaicas procedentes de Uruk
De A. Falkenstein, *Archaische Texte aus Uruk* (Berlín, 1936), lám. I

millar de tabletas que proporcionan una imagen bastante clara del desarrollo de la escritura mesopotámica en sus primeras etapas[3].

La escritura sumeria tiene su origen en las exigencias propias de la economía y administración públicas. Con el aumento de la

[3] Tabletas publicadas y examinadas por A. Falkenstein, *Archaische Texte aus Uruk* (Berlín, 1936).

productividad del país, como resultado de los sistemas de canalización y de irrigación inspirados por el Estado, el exceso de la producción agrícola acumulada tuvo que conservarse en los depósitos y silos de las ciudades, lo que exigió llevar una contabilidad de los productos que ingresaban en la ciudad, así como los manufacturados que salían para el campo.

Los registros sumerios más antiguos de que se tenga noticia se encontraron en Uruk en lo que generalmente se conoce por «el estrato IV de Uruk». La exacta cronología de este estrato, como la fecha de todos los restos más antiguos del Oriente Medio, pertenece aún al reino de la fantasía con diferencias de fechas que llegan a oscilar un milenio. Así mientras un especialista sitúa el comienzo del período proto-literario entre finales del siglo 41 y mediados del 38 a. C.,[4] otros lo adscriben a comienzos del tercer milenio a. C.[5] Al carecer de pruebas concretas, nada puedo decir sobre una u otra fecha, salvo expresar mi opinión de que a un historiador de la escritura la fecha más moderna le ha de parecer la más aceptable. El lapso de más de mil años entre el comienzo de la escritura sumeria a principios del cuarto milenio y el establecimiento de una escritura completa hacia 2500 a. C., como proponen los cronologistas «tempranos», me ha parecido siempre en disparidad con las realidades de la epigrafía sumeria. Por esta razón me encuentro más de acuerdo con los cronologistas «tardíos» que proponen reducir este lapso en 400 ó 500 años, y ofrecen una reconstrucción más próxima a la mía, basada en la observación de la evolución, interna y externa, de la escritura sumeria. Existe un límite, sin embargo, más allá del cual nos resulta imposible traspasar: la fecha de las inscripciones jeroglíficas egipcias más antiguas. Si es cierto, como se supone generalmente, que la escritura egipcia se originó bajo el influjo de la sumeria (ver págs. 276 y sigs.) y si se establece la fecha de las inscripciones egipcias más antiguas hacia 3000 a. C., entonces las primeras escrituras sumerias no pueden fecharse después de 3000 a. C. No hay nada definitivo, sin embargo, acerca de las fechas más

---

[4] P. Delougaz y S. Lloyd, *Pre-Sargonid Temples in the Diyala Region* (Chicago, 1942), pág. 135.

[5] F. Wachtsmuth en *Archiv für Orientforschung*, XIII (1939-1941), 203, y S. N. Kramer en *American Journal of Archaeology*, LII (1948), 164.

antiguas de la cronología egipcia, y es posible que estudios futuros tengan como resultado la reducción en unos pocos siglos de las fechas de la I dinastía egipcia y, con ello, de la introducción de la escritura en Egipto. Si esto no es posible, con la prueba de los hechos esbozados antes, la fecha de la primera escritura sumeria debe ser establecida aproximadamente hacia 3100 a. C.

Al atribuir a los sumerios los registros más antiguos conocidos en Mesopotamia, hemos de librarnos de la fácil suposición de creer que los sumerios fueron los «inventores» auténticos de la escritura mesopotámica. En realidad, al hacerse cada vez más claro en los últimos años que un elemento étnico diferente de los sumerios (que llamaré «elemento X», a falta de nombre mejor) habitó en Mesopotamia a la vez, o quizás incluso antes, que los sumerios, no puede excluirse que este «elemento X», y no los sumerios, sean los autores de la introducción de lo que más tarde sería conocido como escritura sumeria.

Las formas más sencillas de registros sumerios están representados por cartelas o etiquetas que muestran perforaciones con restos de cuerda con las que estaban originalmente atadas a un objeto o grupo de objetos. Estas etiquetas, generalmente de arcilla y rara vez de yeso, no contenían más que la impresión de un sello de cilindro, o sea, la marca de propiedad del remitente de los objetos y, además, a veces, marcas indicando el número de objetos enviados, pero ningún signo que señalase la naturaleza de los objetos mismos[6]. Las limitaciones de este sistema son evidentes; aunque el destinatario de los objetos conocía en el momento de qué objeto se trataba, ya que venían acompañados por los rótulos, una vez que éstos se separaban de los objetos, la conexión se iba perdiendo y olvidando gradualmente. El hecho de que por este método era posible registrar solamente los nombres de las personas que poseían sellos cilindricos, constituía otra limitación más.

Todas estas limitaciones condujeron rápidamente a la ampliación del sistema, que consistía en dibujar los signos correspondientes a los objetos y sustituir los sellos por signos escritos. Aunque resulta bastante difícil interpretar las pequeñas tabletas de la figura

[6] *Op. cit.*, págs. 32 y sig.

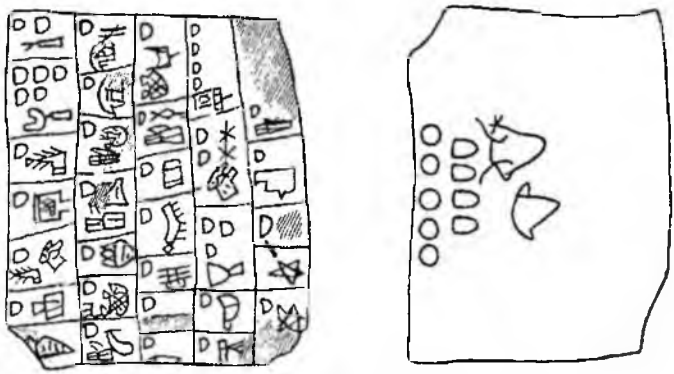


Figura 29. Tableta registro procedente de Uruk
De Falkenstein, *Archaische Texte aus Uruk*, lám. 31, núm. 339

28,[7] resulta claro que los signos no pueden representar más que objetos y personas. Más desarrollada y de más fácil interpretación es la figura 29,[8] una tableta de contabilidad con multitud de minúsculos cuadros en el anverso, cada una con un número en forma de semicírculo y un nombre de persona expresado por uno o más signos. Lo que se envía o asienta está expresado en el reverso, donde se lee claramente '54 buey vaca', es decir: «54 bueyes (y) vacas» o «54 reses». Es evidente que no importaba nada al asentador que los bueyes o las vacas perteneciesen a personas determinadas y no hay nada que indique si el ganado era traído por diferentes personas o enviado a ellas.

Al decir que la sustitución de los sellos por nombres personales escritos constituyó un factor de importancia en el desarrollo de la escritura sumeria, es preciso dejar claro que discrepo totalmente de la idea de que los sumerios llegasen a la concepción de la escritura gracias al empleo del sello cilíndrico, o que el antecesor inmediato

[7] *Op. cit.*, pl. 1, núms. 1-3 y 7-8.

[8] *Op. cit.*, pl 31, núm. 339. Se reproduce aquí el texto en la forma que nos es conocida en los últimos períodos, después que la orientación de la tableta fue cambiada 90 grados en el sentido del reloj.

de la escritura mesopotámica fuese el sello[9]. Creo que los fines del sello y de la escritura y la manera en que se alcanzan estos objetivos, son tan diferentes a lo largo de toda su historia, que es difícil ver cómo el uso de los sellos pudo nunca haber influido en el origen de la escritura. La intención del sello como marca de propiedad, tanto en sus aspectos utilitario como mágico, es la identificación del propietario; la de la escritura es la transmisión de la comunicación. El sello ofrece escenas tomadas del campo religioso y del legendario y no muestra relación directa alguna con el propietario del sello, mientras la escritura emplea signos, es decir, pinturas y signos no pictóricos, con el objeto de comunicar un mensaje por el que escribe. Incluso las formas de los dibujos particulares en la primera escritura Uruk se distinguen con frecuencia en gran manera de los que aparecen en sellos contemporáneos, como puede verse fácilmente al comparar los signos para el buey y la oveja en la escritura Uruk con los dibujos de estos dos animales en los sellos.

Lo signos utilizados en la escritura Uruk más antigua son claramente signos verbales limitados a la expresión de numerales, objetos y nombres de personas. Esta es la etapa de la escritura que denominamos logografía o escritura léxica, lo que debe ser diferenciado radicalmente de la llamada «ideografía»[10]. Las diferencias pueden ser comprendidas fácilmente por quien se tome el trabajo de comparar cualquiera de las inscripciones Uruk más antiguas con los sistemas primitivos de los indios americanos, examinados antes en las págs. 53 y sigs.[11]

---

[9] E. A. Speiser, en *Studies in the History of Science*, University of Pennsylvania Bicentennial Conference (Filadelfia, 1941), págs. 57 y sig.; también en el *Journal of the American Oriental Society*, Suplemento al vol. LIX, núm. 4 (1939), págs. 20 y sigs. y 26.

[10] Como justamente han observado Falkenstein, *op. cit.*, pág. 32, y Johannes Friedrich en *Zeitschrift der Deutschen Morgenländischen Gesellschaft*, XCI (1937), 325 y sig.

[11] Los indios americanos expresan pictóricamente ideas que no tienen relación, o sólo la tienen limitada, con elementos lingüísticos; los sumerios representan palabras, es decir, signos del idioma. En el sistema indio, las imágenes están dibujadas sin ningún orden definido; en el sistema sumerio los signos escritos están ordenados en el sentido de las formas verbales correspondientes. Con un desarrollo paralelo al arte figurativo, los indios representan los objetos contados por medio de tantas

En las fases más primitivas de la logografía resulta fácil expresar palabras concretas, como una oveja por el dibujo de una oveja o el sol por el dibujo del sol, pero pronto se hace preciso imaginar un método que permita que los dibujos puedan expresar no solamente los objetos que originariamente describen, sino también palabras con las que pueden estar asociados secundariamente. Así, un dibujo del sol puede representar secundariamente las palabras «brillante, blanco», más tarde también «día»; de igual forma, el dibujo de una mujer y una montaña significa «muchacha esclava» —combinación derivada del hecho de que las jóvenes esclavas eran llevadas generalmente a Babilonia de las montañas en torno.

La logografía de este tipo ofrece, por supuesto, inconvenientes por su incapacidad para expresar muchas partes de la lengua y de las formas gramaticales; esto, sin embargo, no es muy grave, ya que el significado que se pretende puede ser comprendido con frecuencia por medio del «contexto de situación», para usar una expresión introducida por B. Malinowski en su estudio sobre el significado en las lenguas primitivas[12] (ver pág. 41). Mucho más serias son las limitaciones del sistema en cuanto a la escritura de los nombres propios. El recurso primitivo de los indios americanos para expresar nombres de persona (ver págs. 65 y sigs.) puede haber bastado en las condiciones tribales, pero no hay duda de que no podía satisfacer las exigencias de grandes centros urbanos como los de Sumer. En una tribu india, donde todos se conocen, es normal que cada individuo tenga un nombre exclusivo. En las grandes

Figura 30. Escritos de nombres de persona del período Uruk
De Falkenstein, *Archaische Texte aus Uruk*, pág. 24

figuras como objetos hay para contar, mientras los sumerios emplean solamente dos signos, uno para el número y otro por las cosas contadas.

[12] C. K. Ogden y I. A. Richards, *The Meaning of Meaning* (2.ª ed.; Nueva York, 1927), Supplement I, págs. 306 y sig.

ciudades, a pesar de la proximidad en que se vive, las gentes no se conocen entre sí y personas muy diversas ostentan igual nombre. Por lo tanto, en los documentos, las personas de igual nombre tienen que ser identificadas con mayor detalle por su filiación y lugar de origen. Además, nombres del tipo indio, como «Búfalo Blanco» u «Oso Grande», que pueden expresarse por escrito con cierta facilidad y se encuentran quizás en nuestra figura 30, eran relativamente raros entre los sumerios, mientras que nombres sumerios corrientes, del tipo de «Enlil-ha-dado-la-vida» son difíciles de expresar con el sistema indio.

La necesidad de una representación adecuada para los nombres propios llevó finalmente al desarrollo de la fonetización. Esto se encuentra confirmado por las escrituras azteca y maya, que utilizan sólo rara vez el principio fonético y en tales casos, casi exclusivamente para expresar nombres propios (ver pág. 82). El que la necesidad de indicar elementos gramaticales no tuvo gran importancia en el origen de la fonetización puede ser deducido del hecho de que incluso después del completo desarrollo de la fonetización, la escritura dejó durante largo tiempo de indicar adecuadamente los elementos gramaticales.

La fonetización, por lo tanto, surgió de la necesidad de expresar palabras y sonidos que no podían indicarse apropiadamente con dibujos o combinaciones de dibujos. Su principio consiste en asociar palabras que resultan difíciles de expresar por escrito con signos que se asemejan a estas palabras en sonido y que son fáciles de dibujar. El procedimiento empleado puede convertirse en una transferencia fonética, total como en un dibujo de rodillas para expresar el nombre *Neil* (de *kneel* «arrodillarse» en inglés), del sol (*sun*) para la palabra *son* («hijo»), o incluso unidos en un dibujo de rodillas más el sol para expresar el apellido *Neilson*[13]. Una transferencia fonética parcial se contiene en la representación de un oso (*Bär*) en el escudo de Berlín, o en el de un monje en el de la ciudad de Munich (*Monacus*).

---

[13] Una completa transferencia fonética, también llamada principio jeroglífico, puede observarse en los símbolos heráldicos como en la representación del escudo de armas de Oxford, con un buey (*ox*) cruzando un vado (*ford*), o de la familia Griffin, que exhibe un dragón mítico (*Griffon*). Cf. A. C. Moorhouse, *The Triumph of the Alphabet* (Nueva York, 1953), pág. 18.

Se emplean normalmente indicadores fonéticos cuando se hace imprescindible distinguir palabras de significado semejante y que en teoría podrían expresarse por un signo común único. Así como la representación de dos mujeres enfrentadas puede significar, por asociación de ideas, las palabras «discordia, riña, litigio», para expresar la palabra «discordia» pueden emplearse representaciones de las mujeres y una cuerda, porque las sílabas finales de la palabra «discordia» se parecen al sonido «cuerda» expresado por el dibujo de una. Claro es que la palabra «discordia» podría escribirse también mediante el proceso de transferencia fonética por medio de dos signos, uno que representase un disco, y otro una cuerda.

Aunque la mayor parte de las inscripciones de Uruk son aún ilegibles, podemos suponer con fundamento que el principio de fonetización se desarrolló muy al comienzo. Falkenstein cita como ejemplo de fonetización el caso del signo FLECHA, que se encuentra en la segunda etapa de la escritura (el llamado «estrato III de Uruk»)[14]. Este signo representa en sumerio la palabra *ti*, «flecha», y también la palabra *ti*, «vida». Pero desde la etapa más antigua de la escritura (el llamado «estrato IV de Uruk») encontramos *men*, palabra que significa «corona» en sumerio, escrita con el signo para «corona» más el indicador fonético *en*[15], y como es posible que el nombre divino Sin, originalmente Suen, Suin, se escriba fonéticamente, como *su-en*,[16] es probable que ejemplos de esta clase vayan aumentando en gran cantidad cuando alcancemos una comprensión más completa de las primeras fases de la escritura de Uruk.

Una vez introducido, el principio de la fonetización se extendió con rapidez. Con él, se abrieron horizontes completamente nuevos para la expresión de todas las formas lingüísticas, por muy abstractas que fuesen, por medio de símbolos escritos. El establecimiento de un sistema de escritura completamente desarrollado exigía la convencionalización de las formas y de los principios. Las formas de los signos tenían que normalizarse para que todos los dibujasen aproximadamente de la misma forma. Tuvieron que establecerse las correspondencias de los signos con las palabras y los sentidos

[14] Falkenstein, *op. cit.*, págs. 33 y 38.
[15] *Op. cit.*, págs. 34 y 40.
[16] *Op. cit.*, pág. 112, núm. 408.

determinados, y que elegirse signos con valores silábicos definidos. Tuvo que producirse una nueva regulación del sistema en lo relativo a la orientación de los signos y la dirección, forma y orden de las líneas. El orden de los signos tuvo en general que seguir el orden de las formas en el lenguaje hablado, en contraste con la convención del sistema representativo-descriptivo, empleado por los indios norteamericanos (ver págs. 53 y sigs.), los aztecas (ver págs. 80 y sigs.) y los egipcios (ver págs. 105 y sigs.); debe tenerse presente, sin embargo, que por razones estéticas o prácticas (ver pág. 295) el orden de los signos puede ser cambiado dentro de palabras y expresiones cortas.

La formalización del sistema de la escritura exigía no solamente el establecimiento de reglas, sino también el aprendizaje efectivo de las formas y los principios de la escritura. Las escasas tabletas escolares encontradas en el estrato IV de Uruk y que ofrecen listas de signos[17], son prueba de las actividades educativas y científicas de los sumerios, campos en los que tanto se destacaron en las futuras etapas de su historia.

Durante la primera parte del tercer milenio a. C. los acadios semitas y un poco más tarde sus vecinos orientales, los elamitas se incorporaron el sistema de la escritura sumeria. En el segundo milenio fueron los hurritas de la Mesopotamia septentrional y los hititas de Anatolia los que tomaron prestada la escritura de los acadios. Este fue el período en que la lengua acadia, como la *lingua franca* del Oriente Medio, alcanzó el período más brillante de su expansión cultural. Los urartianos de Armenia, que utilizaron la escritura mesopotámica para su lengua en la primera parte del primer milenio, fueron el último pueblo en tomar prestado de Mesopotamia el sistema cuneiforme.

Aparte de los sistemas cuneiformes que acaban de mencionarse, deben citarse el ugarítico (ver págs. 172 y sigs.) y el persa (ver págs. 225 y sigs.), ambos creaciones locales independientes cuya única relación con el cuneiforme mesopotámico fue la idea de que los signos podían adoptar la forma de cuñas.

A lo largo de su historia el material básico de la escritura meso-

[17] *Op. cit.*, pág. 43, citando núms. 340, 539, 594 y sig., etc.

potámica fue la arcilla. Como las formas redondeadas de los dibujos no podían marcarse fácilmente en la arcilla con un punzón, los signos acabaron tomando con el tiempo una forma angular, mediante unos pocos toques separados del punzón. Debido a la presión del punzón en una de sus esquinas, las rayas adquirían la apariencia de cuñas, origen de la escritura cuneiforme. Esta escritura

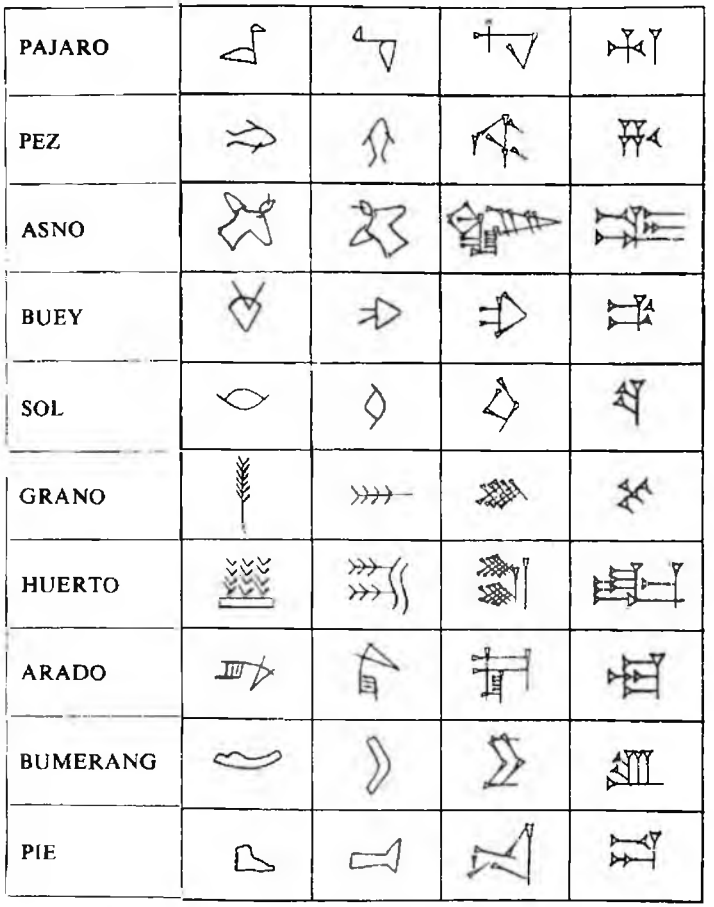


Figura 31. Origen pictórico de diez signos cuneiformes
Foto núm. 27875 del Oriental Institute (según A. Poebel)

fue más tarde empleada sobre otros materiales, como piedra y metal. La transformación de algunos de los signos pictográficos sumerios en cuneiformes está indicado en el cuadro de la figura 31. Esta es la interpretación corriente del origen de la escritura cuneiforme, pero es preciso señalar que existen indicios del empleo de la madera como material escriptóreo en Mesopotamia. La madera, incluso más que la arcilla, habría requerido la evolución de las formas redondas en otras angulosas y cuadradas. También los chinos tuvieron una «escritura cuadrada» hacia el tiempo de Cristo, que puede haber sido resultado de las dificultades para tallar formas redondas en la madera. Hasta la *scriptura quadrata* hebrea puede haber tenido su origen en causas análogas.

El silabario sumerio y los sistemas derivados de él, se componen de signos que generalmente representan monosílabos terminados en una vocal o una consonante, rara vez disílabos de la misma estructura.

Ninguno de los silabarios mesopotámicos (ver pág. 173) tuvo nunca signos para todas las sílabas posibles existentes en los idiomas para los que se emplearon. El principio de economía, que tiende a la expresión de formas lingüísticas con el número más reducido posible de signos, tuvo como resultado ciertas medidas de ahorro. Ningún sistema mesopotámico establece distinciones entre consonantes sonoras, mudas y enfáticas en los casos de signos que acaban en consonante. Así, el signo IG tiene el valor *ig*, *ik* e *iq*, igual que el signo TAG puede representar *tag*, *tak* y *taq*. Además, algunos sistemas más antiguos, como el acadio arcaico y el asirio arcaico, ni siquiera indican la calidad de la consonante en los signos que comienzan con una. Con lo que, en estos sistemas, el signo AG tiene el valor de *ga*, *ka* y *qa*. En todos los sistemas cuneiformes muchos signos que acaban en *i* pueden representar también los que acaban en *e*, como el signo LI, con los valores *li* y *le*. En los casos de sílabas que no están representadas por un signo en el silabario, signos con consonantes semejantes pueden ser empleados para escribir, por ejemplo, la sílaba *rin* mediante el signo que tiene como valor normal *rim*. Las sílabas que no disponen de signos con consonantes análogas, se escriben de una forma exclusiva del sumerio, sin paralelo en ningún otro sistema silábico, con la posible excepción del sistema chino (ver págs. 121 y sigs.). Según esto, en el sistema mesopotámico,

la sílaba *ral*, para la que no existe signo separado, se escribe como *ra-al*, mientras en otros sistemas silábicos conocidos esta sílaba se escribirá *ra-l(a)*, *ra-l(e)*, etc. Este método de escribir sílabas, que se encuentra documentado por vez primera en la grafía de *Ti-ra-áš* como *Tiraš* en tiempo de Ur-Nanse (hacia 2500 a. C.), invadió el sistema de escritura mesopotámica hasta el extremo que con el transcurso del tiempo se convirtió en una de las dos formas normales de escribir monosílabos compuestos de una consonante más una vocal más una consonante. La escritura mesopotámica de *ral* como *ra-al* puede explicarse por el principio de reducción (págs. 144 y 148 y sigs.). En los casos de signos polífonos, como el signo que puede ser leído como *gul* o *sun*, se utilizó la grafía *gul-ul*, compuesta por el signo básico *gul* más el complemento o indicador fonético *ul*, para indicar que el signo debía ser leído como *gul* y no *sun*. La grafía *gul-ul*, pues, puede haber sido concebida como *gu(l)-ul*, con el resultado de que se considerase el signo *gul* para representar sólo *gu* mientras el signo *ul* proporcionaba lo restante de *gul*.

La escritura silábica mesopotámica normal contiene signos del tipo *da*, *du*, *dam*, *dum*, etc., que señalan exactamente la vocal necesaria. Pero junto a éstos hay signos como WA que tiene el valor de *wa*, *wi*, *we* y *wu*, es decir, la consonante *w* más cualquier vocal[18]. Otro signo es el A' o 'A, que contiene la consonante débil «'» y cualquier vocal requerida. Los primeros asiriólogos solían transcribir el primer signo como *w* y el último, incluso en la actualidad, se transcribe aún generalmente como «'» por quienes no han llegado a captar las diferencias entre escrituras alfabéticas y silábicas. Este segundo signo es resultado de la evolución de una forma más antigua que tuvo el valor de *aḫ*, *iḫ*, *eḫ* y más tarde también *uḫ*. Además se ha comprobado que el signo IA puede en ciertos períodos tener el valor de la consonante *y* más una vocal cualquiera. También hay signos como HAR o LAH que pueden leerse sin ninguna vocal intermedia y muchos signos más, como LI/LE, IG/EG, LAB/LIB, DIN/DUN, etc., que pueden leerse con más de una vocal.

Teniendo presente que la escritura mesopotámica con frecuencia

[18] En un artículo publicado en el *Journal of Near Eastern Studies*, XX (1961), 194 y sigs., presento pruebas para demostrar que el signo cuneiforme WA posee además de los valores *wa*, *wi*, *wu*, también los de *aw*, *iw*, *uw*.

indica inadecuadamente las consonantes, por tener signos idénticos para consonantes sonoras, mudas y enfáticas (ver pág. 103), podemos observar el empleo de dos métodos. Un procedimiento es indicar la consonante correctamente, pero no la vocal (el signo WA, WI, WE, WU), y el otro, indicar correctamente la vocal, pero no la consonante (el signo GA, KA, QA, o el signo AG, AK, AQ). De estos métodos el más importante en Mesopotamia es, con mucho, el segundo. La escritura silábica mesopotámica es el resultado de la mezcla de dos procesos, tendentes ambos a la eficaz expresión de la lengua por medio del menor posible número de signos. Este es el principio de economía que puede observarse en muchos otros sistemas silábicos, como el egipcio, que indica correctamente la consonante, pero no la vocal, o el hitita, el chipriota y el japonés arcaico, ninguno de los cuales señala la diferencia entre las consonantes sonoras, mudas, enfáticas o aspiradas.

Si intentamos ahora reconstruir los dos métodos mesopotámicos para formar signos silábicos de acuerdo con el principio de economía nos resultará el cuadro siguiente:

Método I	*Método II*
Un signo expresa *ga*, *ka* o *qa*	Un signo expresa *wa*, *wi*, *we* o *wu*
Un signo expresa *gi*, *ki* o *qi*	Un signo expresa *ya*, *yi*, *ye* o *yu*
Un signo expresa *ge*, *ke* o *qe*	Un signo expresa *ah*, *ih*, *eh* o *uh*
Un signo expresa *gu*, *ku* o *qu*	Un signo expresa *har*, *hit*, *her* o *hur*

Figura 32. Los dos métodos mesopotámicos de crear signos silábicos

Sistema egipcio

El nombre de la escritura jeroglífica de los egipcios se deriva del griego ἱερογλυφικὰ γραμματα y tiene su origen en la creencia de que esta clase de escritura era usada principalmente por los egipcios con fines religiosos y sobre piedra (ἱερός significa «sagrado» y γλύφειν «tallar», especialmente en piedra). Hacia 1822 la escritura

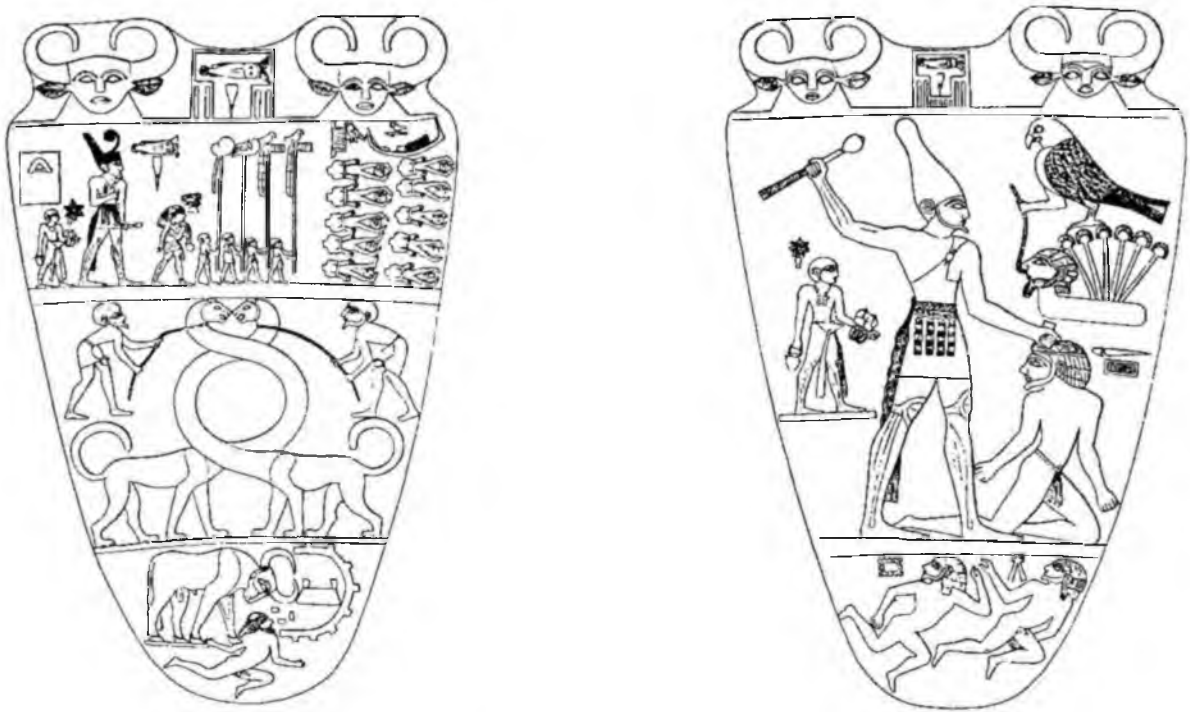


Figura 33. La paleta de Narmer

De J. E. Quibell en *Zeitschrift für ägyptische Sprache*, XXXVI (1898), láms. XII y sig.

jeroglífica fue descifrada con éxito por el francés François Champollion, mediante el cotejo con la inscripción griega de la famosa piedra de Rosetta.

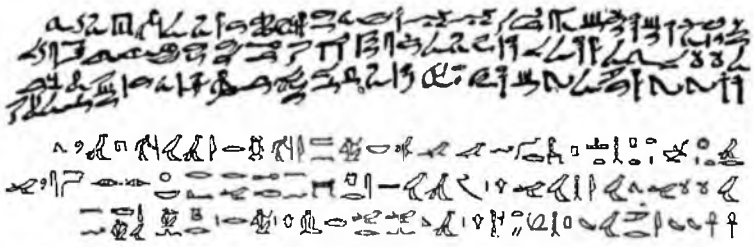
Los orígenes de la escritura egipcia no son tan claros como los de la sumeria. De comienzos de la historia de la escritura egipcia contamos con cantidad de paletas de pizarra procedentes de Hieraconpolis, a unas 50 millas al sur de la antigua ciudad de Tebas, en el Alto Egipto. La mejor de éstas, a efectos de nuestro estudio, es la «Paleta de Narmer» (fig. 33), llamada así por la creencia de que los dos símbolos centrales en la inscripción superior, tanto en el anverso como en el reverso, representan signos que en egipcio más moderno podrían leerse como «Narmer». Como este nombre es, por otra parte, desconocido en la historia posterior de Egipto, la lectura silábica de los signos, así como la supuesta identidad entre Narmer y Menes, fundador de la Primera dinastía egipcia, es absolutamente hipotética.

Observemos el reverso de la paleta. La escena central muestra a un rey egipcio en el acto de forzar de rodillas a un enemigo. La escena de la derecha exhibe un halcón, probable símbolo del rey como dios Horus, llevando a un hombre con una cuerda desde la región del Delta, simbolizado por la cabeza de un hombre y seis papiros. Se supone que el conjunto conmemora la conquista del país inferior (el Delta) por Menes, fundador del Reino del Alto Egipto, hecho que se supone tuvo lugar hacia el año 3000 a. C. Encuéntranse además símbolos dispersos por toda la paleta, como en la inscripción superior entre las dos cabezas de Hathor y junto a las cabezas de los enemigos dominados, todos ellos, sea cual fuese su lectura o interpretación, es difícil que representen otra cosa que nombres o títulos propios. La estructura general de la inscripción, por mucho que se diferencie de lo que hemos visto en los primeros períodos de la escritura sumeria, ofrece un sorprendente paralelismo con ejemplos comparables de la escritura azteca (figura 25 y pág. 82). En ambos casos se consigue dejar constancia mediante el sistema representativo-descriptivo de narrar un hecho y, como en el arte, se omite por completo el fin principal de la escritura, que es reproducir el idioma en su normal orden verbal.

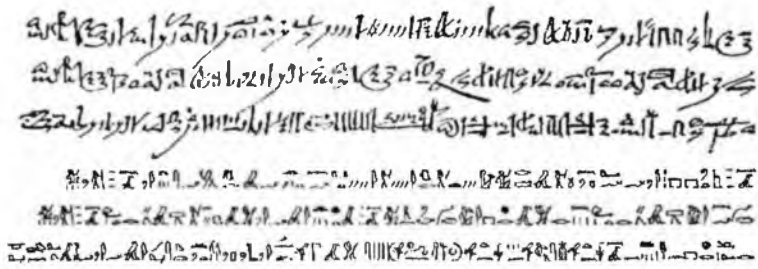
Los nombres propios en la paleta de Narmer, igual que en otras muestras procedentes de Hieraconpolis, están escritos evidente-

mente en el sistema jeroglífico que hemos encontrado empleados por los indios americanos (ver págs. 65 y sigs.) y quizás también por los sumerios primitivos (ver págs. 98 y sigs.).

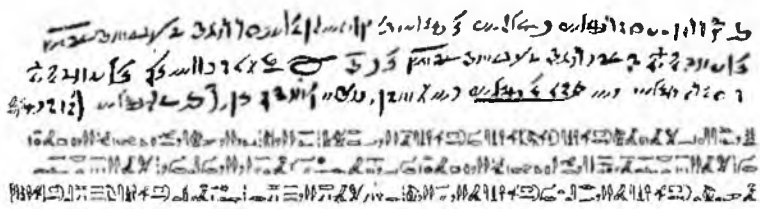
Poco después de Menes, se desarrolló en Egipto un completo sistema fonético de escritura, quizás bajo el ejemplo sumerio (ver págs. 279 y sigs.). Tras un corto intermedio en que inscripciones



HIERATICO LITERARIO DE LA DINASTIA XII (*Pr.* 4, 2-4)
CON TRANSCRIPCION



HIERATICO OFICIAL DE LA DINASTIA XX (*Abbott* 5, 1-3),
CON TRANSCRIPCION



DEMOTICO LITERARIO DEL SIGLO III A. C. (*Dem. Chron.* 6, 1-3),
CON TRANSCRIPCION

Figura 34. Ejemplos de escrituras hierática y demótica con transcripciones jeroglíficas de mano moderna

De A. H. Gardiner, *Egyptian Grammar* (2.ª ed.; Oxford, 1950), lám. II

escritas fonéticamente ofrecen aún serias dificultades de interpretación, apareció un sistema perfectamente desarrollado que, en principio, permaneció inalterable hasta el mismo fin de la escritura egipcia. Durante toda su historia, fue una escritura logosilábica.

La escritura jeroglífica utilizada principalmente con fines de manifestación pública, no era la escritura de la vida cotidiana. Para este objeto los egipcios desarrollaron dos formas de escritura cursiva, primero la hierática y después la demótica (fig. 34). La figura

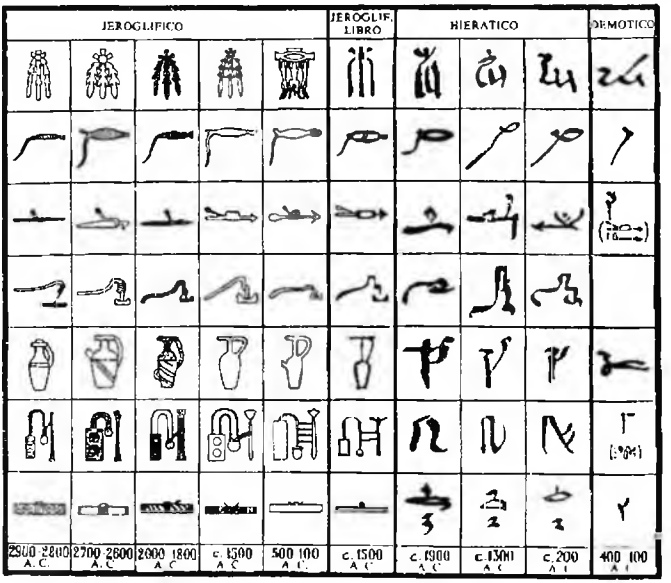


Figura 35. Desarrollo formal de algunos de los signos en jeroglífico, hierático y demótico

De G. Möller en *Zeitschrift des Deutschen Vereins für Buchwesen und Schrifttum*, II (1919), 78

35 muestra el desarrollo formal de algunos de los signos en las escrituras jeroglífica, hierática y demótica.

El silabario egipcio consiste en unos 24 signos, cada uno con una consonante inicial más una vocal cualquiera, igual que el signo m^x con el valor m^a, m^i, m^e, m^u, y $m(^x)$ (fig. 36), y de unos 80 signos que constan de dos consonantes más una (o unas) vocal(es) cual-

quiera, igual que el signo $t^x m^x$ con el valor $t^a m^a$, $t^i m^i$, $t^e m^e$, $t^u m^u$, $t^e m^i$, $t^a m(^a)$, $t^c m(^c)$, $t(^a)m^a$, etc. (fig. 37).

El nombre «silabario» dado aquí a los signos fonéticos y no semánticos egipcios, debe entenderse en su sentido más sencillo, es decir, como de un sistema que consiste en signos silábicos. Esta simple terminología no tiene relación alguna con la opinión de ciertos egiptólogos que clasifican los signos «fonéticos» egipcios en dos clases: signos alfabéticos del tipo *m* y signos silábicos del tipo *tm*[19].

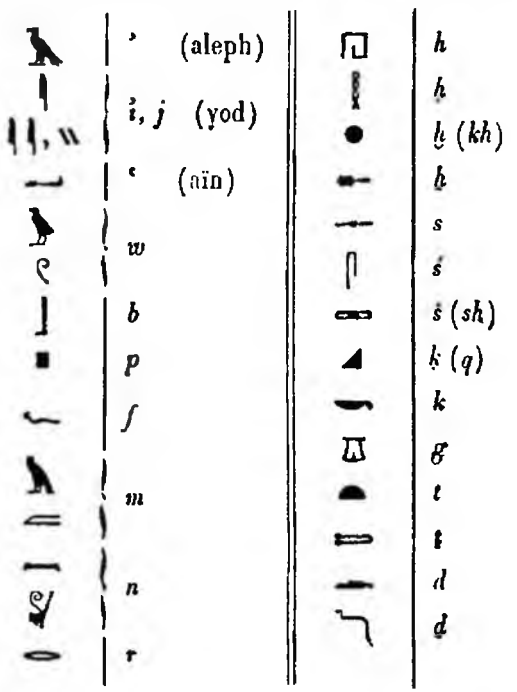


Figura 36. Silabario egipcio monoconsonántico
De C. Fossey, *Notices sur les caractères étrangers* (París, 1927), pág. 4

[19] Adolf Erman, *Ägyptische Grammatik* (2.ª ed.; Berlín, 1902), §§ 11 y sigs., revisado más tarde en las ediciones 3.ª y 4.ª. La vieja terminología de Erman se sigue empleando aún por algunos egiptólogos.

Como acertadamente observó Kurt Sethe, la distinción no es tal, ya que ambos tipos poseen una estructura idéntica, salvo que el primero contiene una consonante y el segundo dos[20]. Por esta

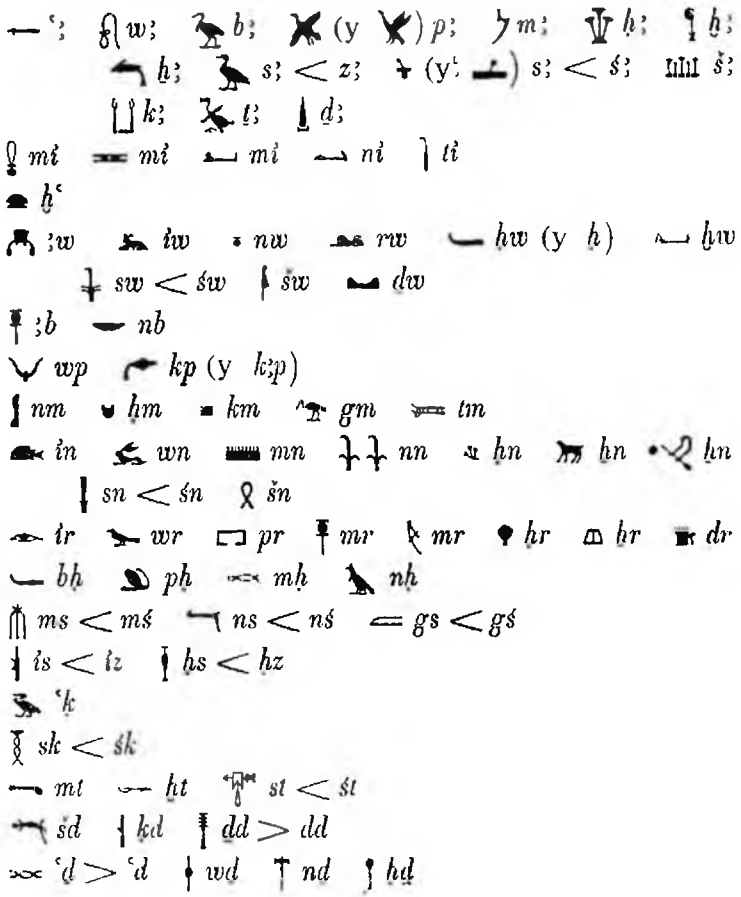


Figura 37. Signos egipcios biconsonánticos
De G. Lefebvre, *Grammaire de l'Egyptien classique* (El Cairo, 1940), págs. 12 y sigs.

[20] Kurt Sethe, «Zur Reform der ägyptischen Schriftlehre», *Zeitschrift für ägyptische Sprache*, XLV (1908-9), 36-43.

razón Sethe y casi todos los egiptólogos modernos clasifican los signos no semánticos del egipcio, ya sean monoconsonánticos o multiconsonánticos, como escritura consonántica. Planteado así, por lo tanto, el problema es, no si los signos no-semánticos egipcios son alfabéticos y silábicos, como creyó en un principio Erman, sino si todos son consonánticos, como creen generalmente los egiptólogos, o silábicos, como yo propongo.

No existe desacuerdo entre los egiptólogos por una parte, y yo, por otra, en cuanto a que los signos no-semánticos indican por completo las consonantes, pero no señalan las diferencias entre las vocales. Estoy totalmente de acuerdo con Sethe, por ejemplo, en que el signo transliterado como *mn* por los egiptólogos representa el *mān*, *mīn*, *mēn*, *mūn*, *mōn* del copto posterior[21], en el sentido que algunas de estas vocales deben haber sido intrínsecas a las palabras del antiguo egipcio en las que se empleaba el signo *mn*. Asimismo, desde el punto de vista práctico, parece no haber diferencia entre la transliteración tradicional como *mn*[22], considerando esta escritura como consonántica, y la transliteración $m^{x}n^{x}$, $m^{x}n(^{x})$, $m(^{x})n^{x}$, etcétera, si admitimos que la escritura es silábica, en el sentido de que indica correctamente las consonantes (*m* y *n*) y no las vocales (^{x}). Sin embargo, desde el punto de vista de la teoría de la escritura, la diferencia es enorme. *La escritura fonética no-semántica egipcia, no puede ser consonántica, porque la evolución desde una escritura logográfica a una consonántica, como generalmente aceptan los egiptólogos, es desconocida e inconcebible en la historia de la escritura y porque la única evolución conocida y comprobada en docenas de sistemas diferentes, es la de una escritura logográfica a una silábica*[23].

---

[21] *Op. cit.*, págs. 37 y sig.; también *mēne*, *mīne*, *mno*, no indicado claramente por Sethe.

[22] Por razones prácticas, puede ser aconsejable continuar con las transliteraciones consonánticas en el campo de la egiptología, pero semejantes transliteraciones, si se acepta mi teoría, llevarían a falsas interpretaciones en un tratado general sobre la escritura.

[23] W. F. Edgerton en *Journal of Near Eastern Studies*, XI (1952), 288, expresó dudas acerca de lo correcto de mi afirmación respecto a la existencia de docenas de escrituras silábicas que evolucionaron finalmente desde una etapa logográfica. Mi cifra se basa en la evaluación de los siguientes sistemas: sumerio y sistemas si-

La evolución comprobada en los sistemas orientales de la antigüedad, como el sumerio, hitita y chino, igual que en algunas escrituras modernas producidas por los indios americanos y los negros de Africa bajo el estímulo extranjero, como el cherokee, bamum y muchos otros, es desde la etapa logográfica a la silábica. Desde el punto de vista psicológico, ésta es la evolución más natural. El primer paso en el análisis de una palabra es dividirla en las sílabas que la componen, no en los sonidos o consonantes que la integran. Es más, si consideramos que casi todas las escrituras nativas amerindias y africanas se detuvieron en la fase silábica sin pasar a desarrollarse en sistemas alfabéticos, podemos deducir que estos primitivos tropezaron con dificultades al abstraer las palabras en sus sonidos simples. Luego si consideramos la escritura no semántica egipcia como consonántica, nos encontramos no solamente con una evolución excepcional en la historia de la escritura, sino que habremos también de otorgar a la escritura egipcia un grado de abstracción que, como se probará más adelante, no fue alcanzado hasta miles de años más tarde, con el alfabeto griego.

Con independencia de que consideremos los signos no-semánticos egipcios como silábicos o como consonánticos, un hecho resulta evidente: que las vocales no están señaladas en la escritura. A primera vista esto parece una característica insólita, ya que todas las restantes escrituras que conocemos —con la excepción de las escrituras semíticas que descienden directamente de la egipcia— indican adecuadamente las vocales. No obstante, el fenómeno no es por completo excepcional si recordamos la cantidad de signos que en los sistemas mesopotámicos no señalan las vocales y muchos otros que las indican solamente de forma inadecuada (ver págs. 103

---

lábicos basados en el cuneiforme, como el asirio-babilónico, elamita, hurrita urartiano, hitita, etc.; persa cuneiforme (parcialmente), hitita jeroglífico; Lineal B cretense, chipriota, y probablemente otros sistemas derivados del cretense, como el Lineal A, Phaistos y chipro-minoico; chino y sistemas derivados, como coreano arcaico, japonés, y otros sistemas poco conocidos empleados especialmente en China del sudoeste; Karoṣṭhī indio, brāhmī y las numerosas escrituras de Asia meridional basadas en esta última, etíope y los sistemas derivados; íbero A y B (parcialmente), cherokee y diversos sistemas de los indios Cree y Fox, así como los sistemas de Alaska: vai y bamum africanos, y varios sistemas desarrollados de estos últimos, como mende, basa, kapelle, toma y gerze.

y sigs.). En estos sistemas el signo llamado normalmente WA puede ser leído como *wa*, *wi*, *we* y *wu*: es decir, como la consonante *w* más una vocal cualquiera, así como el signo LI puede leerse bien como *li* o como *le* y el signo LAB como *lab* o *lib*. En los sistemas mesopotámicos, además de signos que o no indican las vocales o las indican inadecuadamente, hay otros que no indican debidamente la consonante, como en el signo AG con los valores de *ag*, *ak*, *aq*; o GA con los de *ga*, *ka* y *qa*. De estos dos métodos de formar signos silábicos, el segundo tiene el papel más importante en el cuneiforme. Por el contrario, en el sistema egipcio el primer método fue elegido como la base para la formación de su silabario. *En ambos casos, la idea básica es el principio de economía, que se esfuerza por la eficaz expresión del idioma por medio del menor número posible de signos* (ver pág. 105).

Si uno preguntase por qué el egipcio y sus derivados semíticos omiten sistemáticamente la indicación de las vocales, la respuesta es la dada generalmente por los orientalistas familiarizados con el mundo semítico. La lengua egipcia —como es bien conocido— pertenece, en el más amplio sentido, al grupo semítico, y una de las principales características morfológicas de estas lenguas es la conservación de las consonantes y la variabilidad de las vocales. Así, por ejemplo, la raíz abstracta **ktb*, «escribir», ofrece *katab* para «él escribió», *kātib* para «escrito», *kitb* para «libro» y muchas formas más que conservan todas las consonantes básicas *ktb*. No es porque «las vocales sean menos importantes en las lenguas semíticas que en las indoeuropeas» ni porque «las vocales desempeñen un papel más destacado en griego que en semítico», como a veces se apunta por algunos filólogos, por lo que la escritura sin vocales puede ser leída con facilidad o dificultad relativamente iguales en uno y otro grupo de lenguas. ʾl lr st frs tndr l mjr prb d qu tmbn ʾl ʾspñl pd ʾscrbrs sn vcls[24]. La verdad es más bien que las lenguas indo-europeas suelen indicar las diferencias morfológicas y semánticas por las terminaciones, mientras las lenguas semíticas señalan principalmente estas diferencias por variaciones vocálicas internas, de forma que se encuentra a veces en las lenguas indo-europeas,

[24] El signo ʾ representa el «ataque» ante la vocal inicial.

como en el alemán *brechen*, *brach*, *bräche*, *brich*, *gebrochen*, *Bruch*, *Brüche* o en el inglés *sing*, *sang*, *song*, *sung*. De esta forma la relativa estabilidad de las consonantes y variabilidad de las vocales en las lenguas semíticas puede muy bien haber sido la causa principal de que los egipcios creasen un silabario basado en signos que indicaban correctamente las consonantes mientras ignoraban las vocales.

Como una prueba más en favor del carácter silábico de la escritura no-semántica egipcia, véase la discusión acerca del silabario semítico occidental (págs. 194 y sigs.). Como la escritura semítica occidental deriva claramente de la escritura silábica egipcia, y como las dos escrituras son completamente idénticas desde el punto de vista de las características estructurales internas, cuantas pruebas se aleguen en favor del carácter silábico del llamado «alfabeto» semítico pueden emplearse también en favor del silabismo de la escritura no-semántica egipcia.

Antes se dijo (pág. 109) que los signos fonéticos egipcios, tanto mono como pluriconsonánticos, siempre comenzaban con una consonante. Esta afirmación la niegan algunos egiptólogos, que creen que la escritura fonética egipcia era consonántica y en ella cada signo representaba una o más consonantes más cualquier vocal inicial, media o final, como el signo BOCA representado *ră*, *rā*, *rĕ*, *rē*, *ăr*, *ār*, *ĕr*, *ēr*, etc., o el signo CASA representando *par*, *pĕr*, *āpr*, *epr*, *epra*, etc.[25] La reconstrucción de los signos egipcios como representando vocal más consonante está basada, al parecer, en la observación de que cierta cantidad de formas egipcias aparecen con una consonante inicial débil, o sin ella, como en el caso de las proposiciones $i^{x}m^{x}$, o m^{x}, «en, desde, con», $i^{x}r^{x}$, o r^{x}, «como a», de muchos imperativos como $i^{x}\underline{d}^{x}d^{x}$ o $\underline{d}^{x}d^{x}$, «¡dí!» y de otras formas verbales. De la alternancia de tales grafías se supuso que alguna clase de consonante débil más vocal estaba comprendida en las grafías más cortas, lo que condujo a suponer que el primer signo de éstas representaba una vocal más una consonante. No hay necesidad, sin embargo, de una interpretación *gráfica*, ya que en todos los casos el *'āleph* prostético puede explicarse sobre base *fonética* como un elemento secundario introducido ante dos consonantes

[25] Alan H. Gardiner, *Egyptian Grammar* (Oxford, 1927), § 7.

contiguas con el fin de facilitar la pronunciación de éstas[26]. Esta explicación puede ser confirmada con ejemplos paralelos en lenguas semíticas, tales como *'emna* o *min*, «desde», *'uqtul*, o *qutul* < **qtul*, «¡mata!», y muchos otros. La interpretación de los signos fonéticos egipcios como representación de una vocal más una consonante podría aceptarse si pudiera ser probado que las vocales iniciales primitivas, como las del nombre de Amón y Osiris, podían omitirse en la escritura egipcia clásica.

Sistema hitita

El descifrado de la escritura jeroglífica hitita no fue conseguido hasta 1930 y tantos, gracias a los esfuerzos combinados de especialistas de procedencias tan diversas como Helmuth T. Bossert (Alemania), Emil O. Forrer (Suiza), Bedřich Hrozný (Checoslovaquia), Piero Meriggi (Italia) y el autor de este estudio. Hasta ahora, la interpretación no ha progresado tanto como para permitir situar nuestros conocimientos del hitita al mismo nivel que los del sumerio o egipcio. Aunque el sistema general de la escritura es relativamente claro, queda mucho por hacer en la interpretación de los signos individuales[27].

El término «jeroglífico» empleado para la escritura hitita fue tomado del egipcio y significa simplemente que la escritura hitita, como la egipcia, es una escritura pictórica. En modo alguno debe creerse que el sistema jeroglífico hitita fue copiado del jeroglífico egipcio o que se encuentra de algún modo emparentado con él.

La escritura jeroglífica hitita estuvo en uso desde hacia 1500 hasta 700 a. C. en una amplia región que se extendía de la Anatolia

---

[26] Cf. Curtius H. Sethe. *De aleph prosthetico in lingua Aegyptiaca verbi formis praeposito* (Dissertation; Berolini, 1892), y *idem*. «Die Vokalisation des Ägyptischen», *Zeitschrift der Deutschen Morgenländischen Gesellschaft*, LXXVII (1923), 144-207, esp. págs. 201 y sigs.

[27] Un importante avance hacia el descifrado de la escritura hitita jeroglífica fue alcanzado por el reciente descubrimiento de inscripciones bilingües en hitita y en fenicio en Karatepe, en Cilicia, por Bossert y sus colaboradores, Cf. Gelb, «The Contribution of the New Cilician Bilinguals to the Decipherment of Hieroglyphic Hittite», *Bibliotheca Orientalis*, VII (1950), 129-141.

central al norte de Siria. Su lengua está emparentada, pero no ofrece identidad alguna, con la llamada «hitita cuneiforme», que recibe este nombre por ser una lengua conservada en la escritura cuneiforme copiada de Mesopotamia. Ambas lenguas y escrituras fueron empleadas simultáneamente en el Imperio hitita, pero mientras la hitita cuneiforme estuvo limitada a la región en torno a Bogazköy, la capital del imperio, y se extinguió poco después de 1200 a. C., la hitita jeroglífica fue usada por todo el imperio y continuó como lengua viva hasta hacia 700 a. C.

Los comienzos de la escritura jeroglífica hitita son aún bastante oscuros, pero todos los indicios apuntan hacia el área cultural del Egeo como su punto de origen (ver págs. 280 y sigs.). El carácter pictórico de los signos en sus etapas primitivas (fig. 38) se conserva en las inscripciones formales del período clásico y se le reconoce

Figura 38. Muestra de primitiva escritura jeroglífica hitita

De I. J. Gelb, *Hittite Hieroglyphic Monuments* (Chicago, 1939), lám. LXXIV

Figura 39. Forma cursiva de la escritura hitita jeroglífica

De Gelb, *Hittite Hieroglyphic Monuments*, lám. XXXVII

incluso en la forma cursiva del último período (fig. 39, traducida en pág. 155).

La estructura de los signos verbales es idéntica o análoga a la de otras escrituras logo-silábicas. El silabario hitita normal se compone de unos 60 signos del tipo *pa*, *pi*, *pe*, *pu*, acabado en vocal (fig. 40). De acuerdo con el principio de economía, no se establece distinción alguna entre consonantes sonoras, mudas y aspiradas. El silabario hitita normal es el empleado en Siria a comienzos del primer mileno a. C. Los silabarios utilizados en Anatolia en la misma época incluyen una cantidad de signos que evolucionaron localmente, igual que los silabarios más antiguos, del período anterior a 1200 a. C., contienen ciertos signos silábicos que cayeron en desuso en períodos posteriores. Junto a sílabas del tipo *pa*, existe un pequeño número de signos jeroglíficos empleados silábicamente como son los signos *tra* y *ara*.

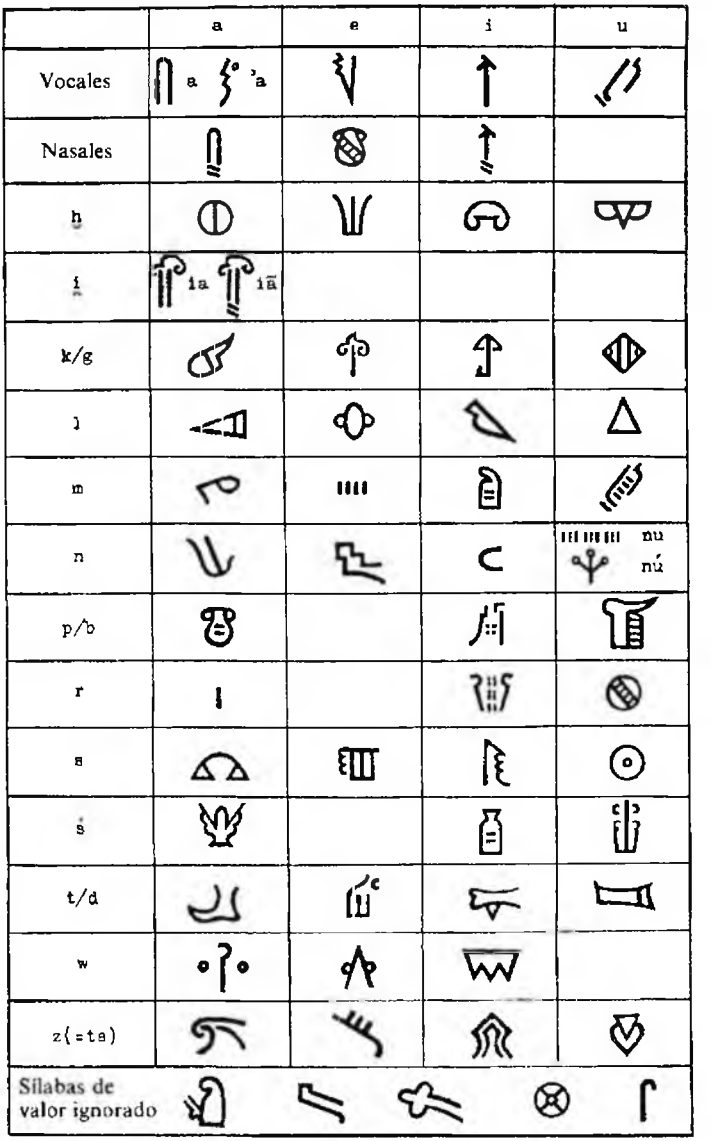


Figura 40. Silabario hitita jeroglífico

De Gelb, *Hittite Hieroglyphs*, III (Chicago, 1942), portada

Sistema chino

De las cuatro grandes escrituras orientales, la china es la única que no tiene que ser descifrada en la actualidad, ya que ha sido conocida tradicionalmente, de generación en generación, hasta hoy. La escritura china aparece a mediados del segundo milenio a. C., bajo la dinastía Chang, como un sistema fonético enteramente desarrollado. Por supuesto que la escritura a lo largo de su historia ha cambiado considerablemente en la forma externa, pero en lo referente a sus características internas, las inscripciones más antiguas apenas si se diferencian de aquellas otras de tiempos recientes.

Las inscripciones chinas más antiguas son textos de oráculos sobre huesos (fig. 41) y concha (fig. 42), y algunos breves textos en vasijas de bronce, armas, cerámica y jade. Los signos del período Chang son de número limitado —no más de unos 2500— y en la

Figura 41. Texto de un oráculo chino sobre hueso

De E. H. Chalfant en *Memoirs of the Carnegie Museum*, IV (1906), 33

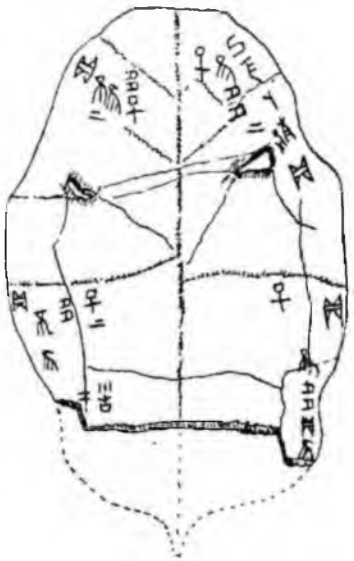


Figura 42. Texto de un oráculo chino sobre concha

De E. H. Chalfant en *Memoirs of the Carnegie Museum*, IV, 32

mayoría de ellos el carácter pictórico puede aún reconocerse claramente. Pero los signos desarrollan pronto una forma lineal, hasta el punto de que en escritos posteriores resulta imposible identificar las pinturas que representaron en un principio (fig. 43).

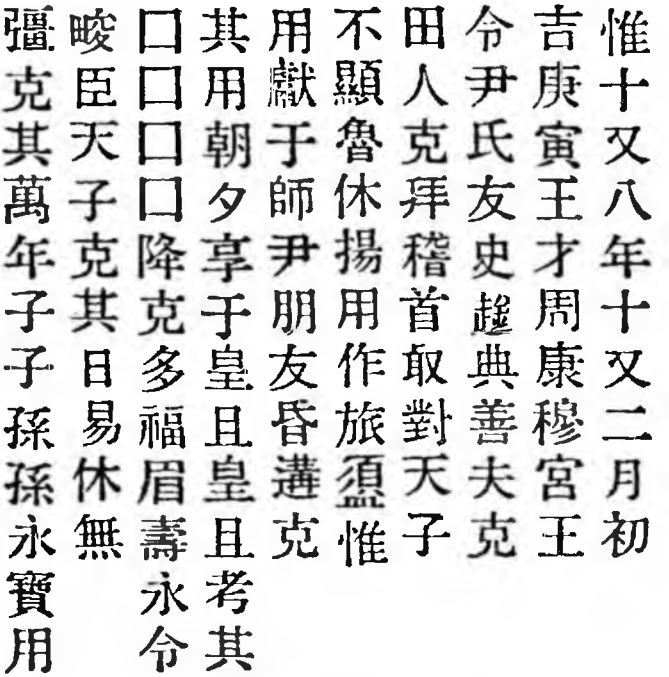


Figura 43. Escritura china moderna

De C. F. Kelley y Ch'en Meng-chia, *Chinese Bronzes from the Buckingham Collection* (Chicago, 1946), pág. 155

La escritura china carece de un silabario completo que pueda compararse con los silabarios de los otros tres sistemas orientales. Como las palabras del idioma chino están generalmente expresadas por signos vocales, fue sólo al escribir palabras y nombres extranjeros cuando se produjo la necesidad de emplear signos vocálicos con función silábica. Así, el nombre *Jesús* se escribe *Yeh su*, *English Ying-chi-li*; *French*, *Fa-lan-shi*; *telephone*, *te li feng*, etc. No existen

(*a*) *50 signos iniciales*

(*b*) *12 signos finales*

Figura 44. Silabario chino fan-ch'ieh

De A. Forke en *Mitteilungen des Seminars für Orientalische Sprachen*, vol. IX, Abt. I (1906), pág. 404

signos vocálicos fijos para determinadas sílabas, como ocurre en los sistemas del Oriente Medio; por ejemplo, el nombre *Jesús* pudo haberse escrito también *Ya-su*, la palabra *telephone*, *tê-li-fêng*. Puede observarse la característica tendencia del chino hacia la abreviación en el uso de *Ying* para *English* (además de *Ying-kuo-jên* para «ciudadano inglés»), *Fa* para *French* (además de *Fa-kuo-jên*), o *Lo* para Roosevelt (además de *Lo-ssu-fu*). Con frecuencia, palabras escritas silábicamente, adquirieron con el tiempo una grafía logográfica, como, por ejemplo, el citado *tê-li-fêng*, *telephone*, que hoy se escribe corrientemente *tien-hua*, que significa «conversaciones eléctricas». El gran apego de los chinos por su escritura logográfica queda demostrada en la grafía de los nombres extranjeros, en la que los signos individuales no solamente representan los correspondientes valores silábicos, sino que con frecuencia están elegidos para expresar un significado bien inherente al nombre de la persona o bien que se considera característico de ella. Así, el nombre *Stuart* puede escribirse *Ssu-t'u*, mediante dos signos fonéticos que a la vez representan la palabra en chino para un empleado análogo al inglés *steward*. Igualmente, el nombre *Woodbridge* puede escribirse *Wu-pan-chiao*, en que *Wu* representa el apellido, mientras *pan-chiao* significa en realidad «puente de madera» (wood-bridge). También quisiera mencionar aquí el nombre que me dio un erudito chino en vena festiva: *Kê-er-po*, donde *Kê* representa el apellido y *er-po* significa algo así como «refinado, sabio»[28].

---

[28] Para más ejemplos de este tipo cf. O. Franke, «Grundsätzliches zur Wiedergabe fremder Länder-und Ortsnamen im Chinesischen», *Sitzungsberichte der Preussischen Akademie der Wissenschaften*, Philos.-hist. Kl., 1934, págs. 244-280, y Otto Maenchen-Helfen, «History in Linguistics», *Journal of the American Oriental Society*, LXVIII (1948), 120-124. Según una historia citada por Abel Rémusat, «Remarques sur quelques écritures syllabiques tirées des caractères chinois, et sur le passage de l'écriture figurative à l'écriture alphabétique», *Mémoires de l'Institut Royal de France, Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, VIII (1827), 43, un chino (trasladado a Francia) escribió el nombre de su país fonéticamente con un signo que significa *Thang*, «dulce» y lo justificaba diciendo que China era el país más dulce del mundo. Yuen Ren Chao informa en el *Journal of the American Oriental Socicy*, LXXXI (1961), 175, que ciertos escritores chinos llamaban a Chicago *Shyjiagun*, «Valle de los poetas». Durante las primeras décadas de este siglo tuvieron lugar varias propuestas para simplificar la escritura china o reemplazarla por un alfabeto fonético basado

Ya desde el siglo V o VI de nuestra era, aparecen por primera vez en chino casos de escritura silábica basada en el llamado «principio *fan-ch'ieh*». Este principio, empleado al comienzo sólo ocasionalmente como auxilio para la lectura de signos vocálicos raros y difíciles, evolucionó a comienzos del siglo XX en un sistema completo, que durante algún tiempo gozó de algún éxito en la provincia de Hopei y hasta cierto punto también en Shantung[29]. El silabario (fig. 44) consiste de 62 signos, divididos en 50 signos iniciales y 12 finales. Los signos simples *p'u*, *pu*, *mu*, etc., se emplean naturalmente para las respectivas sílabas *pu*, *bu*, *mu*, etc., pero cuando se hace preciso expresar una sílaba que no tiene signo correspondiente en el silabario, se utiliza el principio *fan-ch'ieh*. Se escribe entonces la sílaba con dos signos existentes en el silabario, uno inicial y el otro final. De esta forma, la sílaba *ming* se escribe con el signo *mi-eng*, *yu* con *yi-u*, *chiao* con *chi-ao*, etc. Los signos silábicos, como pueden observarse en la figura 44, representan formas claramente simplificadas de la escritura china básica[30].

---

en el latín, pero ninguna de ellas tuvo éxito. En 1956 la comisión para la reforma de la escritura china publicó un plan de sustitución de la vieja escritura por caracteres alfabéticos latinos, que pareció tener más posibilidades de éxito. La reforma de la escritura va en China pareja con la «reforma del idioma», concretamente con la sustitución de los diversos dialectos chinos por un solo dialecto, el llamado de Peiping. Cf. Wou Yu-Tchang, «La reforme de l'écriture chinoise», *Recherches internationales à la lumière du marxisme*, núm. 7. Linguistique (1958), págs. 127-135, y Lo Tchang-Pei y Liu Chou-Shiang, «Vers la unification de la langue chinoise», *op. cit.*, págs. 94-126.

[29] A. Forke, «Neuere Versuche mit chinesischer Buchstabenschrift», *Mitteilungen des Seminars für Orientalische Sprachen*, vol. IX, Abt. 1 (1906), págs. 401-408.

[30] Muy poco espacio puede dedicarse aquí a la discusión de las escrituras desarrolladas por pueblos de origen no chino, como las de los Lo-lo, Mo-so (o Na-khi o Na-hsi) y Yao, de la familia de lenguas tibeto-birmanas, habladas en el sudoeste de China y más allá, en Birmania e Indochina, y las escrituras de los pueblos Choitan, Niu-chih (o Jou Chen) y Tangut (o Si-hia o Hsi-hsia), de la familia de lenguas turca o mongol, habladas en la China central o del norte. Aunque algunos de los sistemas muestran formas que recuerdan el chino, otros, como el lo-lo y mo-so, han desarrollado formas independientes basadas en caracteres enteramente pictográficos. Otra característica de estos sistemas es un desarrollo muy marcado de la silabografía. Estas escrituras son muy poco conocidas y se necesita en gran manera un extenso estudio, tanto desde el punto de vista formal como del estructural. Cf. Hans Jensen, *Die Schrift* (Glückstadt y Hamburgo, 1935), págs. 144-152; David Diringer, *The Alphabet* (Londres y Nueva York, 1949), págs. 141-148; y James G. Février, *Histoire*

Sistemas proto-elamita, proto-índico y cretense

La característica común de los tres sistemas es que se encuentran aún sin descifrar o lo han sido parcialmente. Debido a ello debemos limitar nuestro examen a los simples hechos y tratar de evitar especulaciones en relación con las características internas de los sistemas.

La escritura proto-elamita aparece primeramente en Susa, capital del antiguo Elam, y puede adscribirse aproximadamente al llamado «período Jemdet Nasr» después de 3000 a. C.

El tipo más antiguo de escritura aparece en varios cientos de tabletas de arcilla, con textos de evidente naturaleza económica

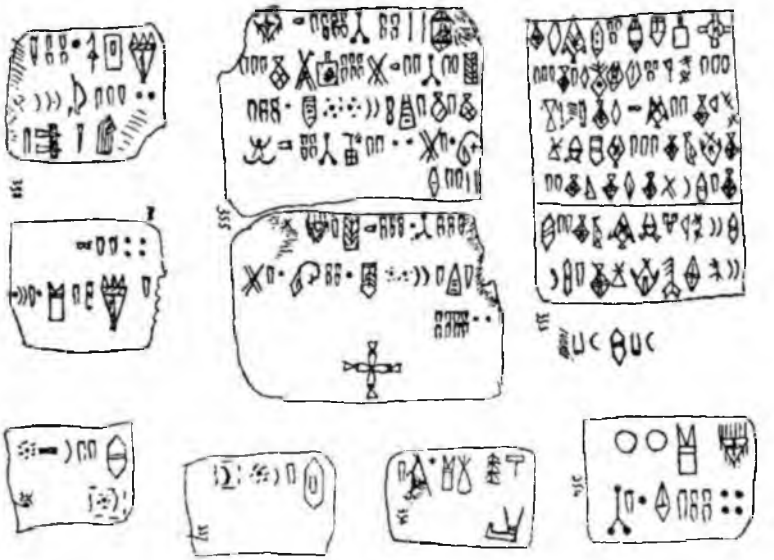


Figura 45. El tipo más antiguo de escritura proto-elamita
De V. Scheil, *Mémoires de la Mission Archéologique de Perse*, tomo XXVI (París, 1935), lám. XL

---

de *l'écriture* (París, 1948), págs. 82-85. Estas escrituras, algunas procedentes de la época medieval, no tienen nada en común con las escrituras del sistema Pollard desarrolladas por los misioneros en tiempos recientes para uso de los pueblos no chinos de China, citados en la pág. 301, núm. 18.

(fig. 45). Ni uno siquiera de los cientos de signos de esta escritura puede aún leerse con seguridad. El único resultado relativamente seguro de su descifrado es la interpretación de algunos signos numéricos y la determinación de la existencia de un sistema decimal. Una forma más desarrollada de la escritura proto-elamita, también sin descifrar, aparece en una docena aproximada de inscripciones en piedra del período acadio arcaico, fechadas hacia 2200 a. C. La figura 46 muestra parte de una inscripción que se supone bilingüe escrita en acadio arcaico y proto-elamita[31]. El nuevo tipo de escritura consiste en un número muy limitado de signos —solamente se han descubierto 55 hasta la actualidad— que se distinguen considerablemente por la forma de los del período anterior.

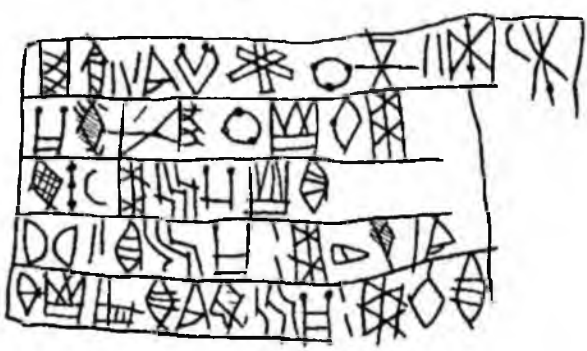


Figura 46. Inscripción proto-elamita del período acadio arcaico

De V. Scheil, *Délégation en Perse, Mémoires*, tomo VI (París, 1905), lám. 2, núm. 1

Sellos con signos característicos que han suscitado gran interés en todo el mundo, han venido siendo hallados durante los últimos cincuenta años en varios lugares del valle del Indo. Hasta 1924, sin embargo, en que el Departamento de Arqueología del Gobierno de la India emprendió la primera excavación sistemática de los antiguos yacimientos, hoy llamados Harappa y Mohenjodaro, no

[31] Sobre el carácter de la escritura proto-elamita cf. provisionalmente el artículo de C. Frank en Max Ebert, *Reallexikon der Vorgeschichte*, III (1925), 83 y sig.

se descubrió una cantidad considerable de textos. En los años siguientes fue descubierto en Chanhudaro más material con inscripciones de la misma naturaleza. En estos lugares, salieron a la luz culturas de gran antigüedad de las que, por extraño que parezca, la tradición índica nada nos cuenta. La escritura, aún sin descifrar, consiste de unos 250 signos y se encuentra en breves inscripciones de sellos, cerámica y tabletas de cobre (fig. 47)[32]. La cronología

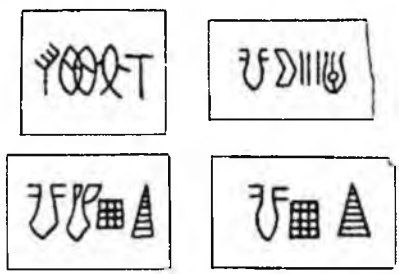


Figura 47. Escritura proto-índica
De John Marshall, *Mohenjo-Daro and the Indus Civilization*, III (London, 1931), láms. CXVII y sig.

de esta escritura proto-índica está establecida por comparación estratigráfica con la ayuda de los hallazgos en Mesopotamia. La escritura apareció en la segunda mitad del tercer milenio a. C., y después de unos pocos siglos, desapareció con la misma rapidez con la que había surgido.

El origen y desarrollo de la escritura cretense se encuentran mejor ilustrados gracias a los hallazgos epigráficos realizados hace unos 60 años por Sir Arthur Evans en Knossos, Creta[33]. Otros lugares en Creta (Mallia, Hagia Triada, etc.), en Grecia (Micenas,

[32] La escritura proto-índica está estudiada por G. R. Hunter, *The Script of Harappa and Mohenjodaro and Its Connection with Other Scripts* (Londres, 1934). Las inscripciones suelen ser muy breves, sobre unos seis signos por lo general. La dirección de la escritura suele ser bustrófedon, con la primera línea comenzando por la derecha.

[33] Arthur J. Evans, *The Palace of Minos* (4 vols. e índice; Londres, 1921-1936), e *idem*, *Scripta Minoa*, I (Oxford, 1909).

Orcomenos, Pylos, Tebas, Tirinto, etc.) y en las islas del Egeo, han proporcionado material epigráfico de gran utilidad para rellenar huecos en nuestros conocimientos, basados en el material de Knossos. Aunque la escritura cretense se encuentra todavía sólo descifrada en parte, podemos seguir bastante bien su línea principal de desarrollo. Sellos con representaciones de objetos y seres vivos aparecen en las etapas más tempranas del período minoico arcaico. A comienzos del minoico medio I (hacia 2000-1900 a. C.) aparece gradualmente la primera forma pictórica de la escritura. Es la que Evans llama «Clase A» de la escritura jeroglífica (fig. 48), que en

Figura 48. Escritura cretense jeroglífica A
De A. J. Evans, *Scripta Minoa*, I (Oxford, 1909), pág. 149

el minoico II (hacia 1900-1700 a. C.) es sucedida por la «Clase B» de la escritura jeroglífica (fig. 49). El desarrollo de la vida económica contribuyó a una nueva evolución de la escritura cretense. En el

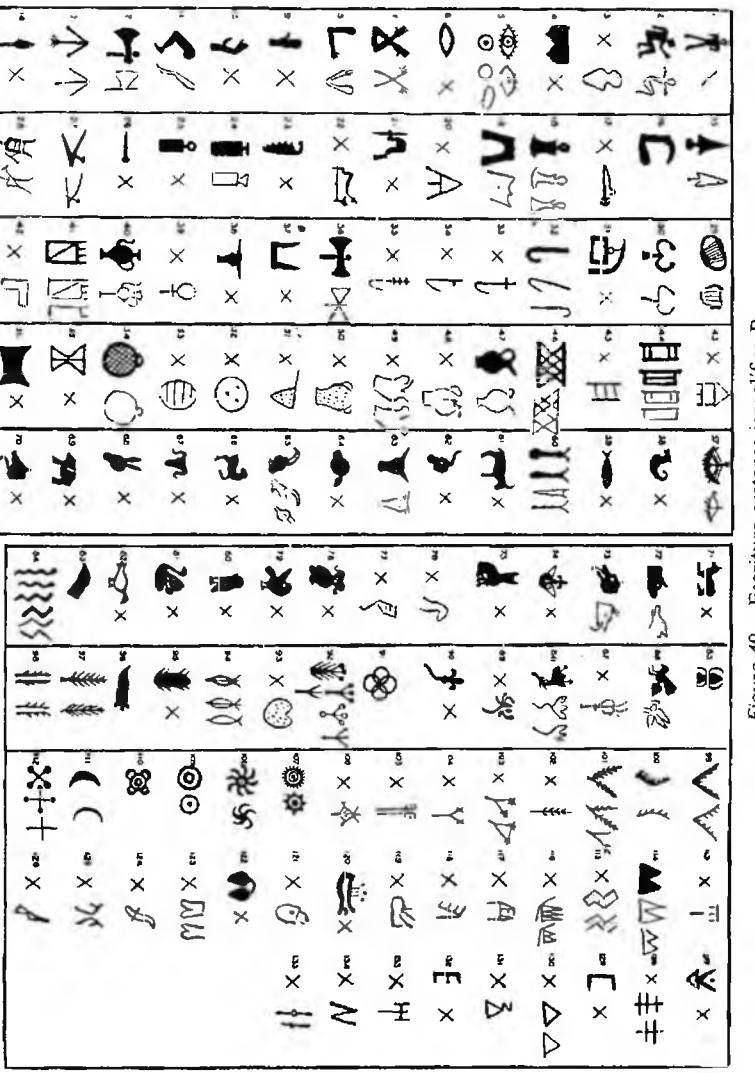


Figura 49. Escritura cretense jeroglífica B
De Evans. *The Palace of Minos*, 1 (Londres, 1921), pág. 282

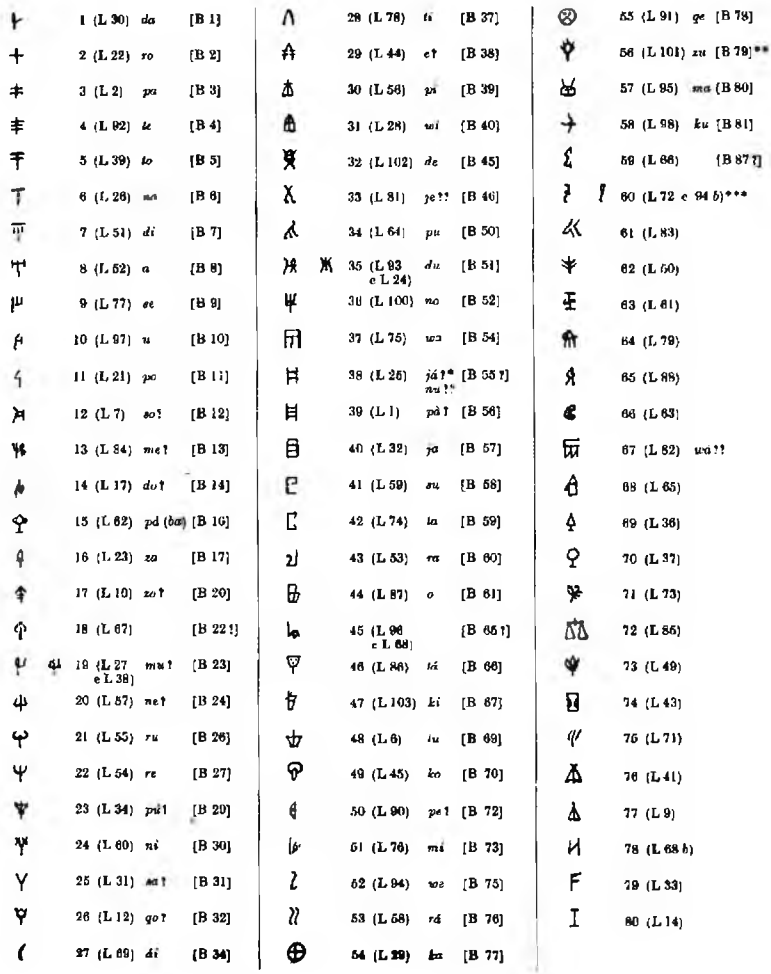


Figura 50. Escritura cretense Lineal A

De G. Pugliese Carratelli en *Annuario della Scuola Archeologica di Atene*, XIV-XVI (1952-54), 21

Figura 51. Escritura cretense Lineal B

De Emmett L. Bennett, Jr., *The Pylos Tablets* (Princeton, 1955), pág. 201

minoico medio III (hacia 1700-1550 a. C.) aparece una escritura cursiva «Lineal A» (fig. 50), que se utiliza hasta hacia 1450 a. C. y una cursiva «Lineal B» (fig. 51), empleada hasta alrededor de 1200 a. C. La evolución de algunos signos jeroglíficos en formas lineales se encuentra ilustrada en la figura 52. La figura 53 muestra una inscripción típica en la escritura Lineal B. La reciente publicación de grandes cantidades de material de escritura Lineal B ha dado lugar a su interpretación con éxito por un joven arquitecto inglés, Michael Ventris. El descifrado se basa en una serie de postulados que pueden resumirse de la siguiente forma: las tabletas son inven-

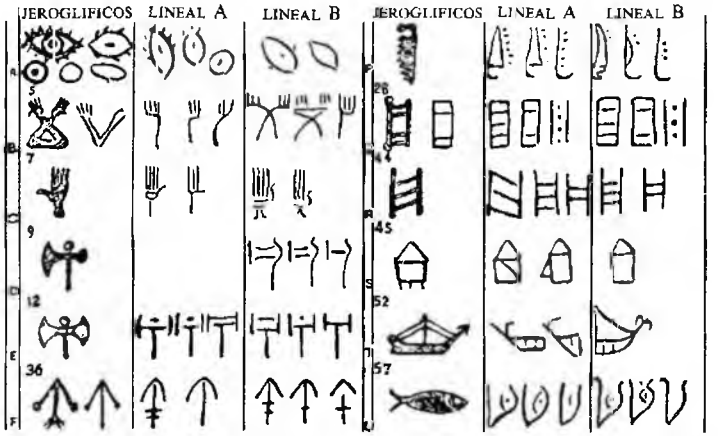


Figura 52. Evolución de algunos signos jeroglíficos cretenses en formas lineales
De Evans, *The Palace of Minos*, I, pág. 643

tarios, cuentas o recibos. La escritura contiene un número indefinido de «ideogramas» (en realidad, logogramas, que cumplen normalmente la función de clasificadores-determinativos), que pueden ser interpretados por su representación pictórica o por el modo en que están agrupados y diferenciados. Del hecho de que la escritura contiene unos 88 signos «fonéticos» diferentes, puede deducirse que representa un silabario del tipo chipriota o hitita jeroglífico, en que cada signo expresa una vocal o una consonante más una vocal. El cálculo de frecuencia produjo una cantidad de signos muy frecuentes que Ventris (siguiendo a Kober y Ktistopoulos) supuso

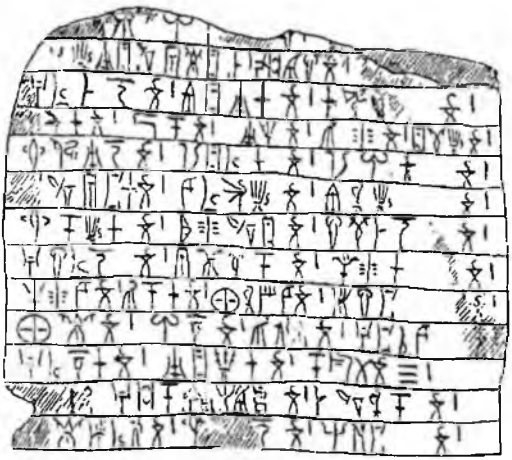


Figura 53. Inscripción Lineal B procedente de Knossos
De Evans, *The Palace of Minos*, IV, pág. 703

que representaban vocales. Observando la variación de los signos silábicos finales de un grupo de signos representando palabras, llegó a la conclusión de que la escritura expresaba una inflexión del tipo indicado en el latín bo-*ni*, bo-*no*, bo-*nae*, etc. Esta hipótesis permitió a Ventris intentar un cuadro con filas de signos conteniendo o la misma consonante y una vocal variable o una consonante variable y la misma vocal. Sobre esos postulados Ventris procedió experimentalmente a asignar valores silábicos a los signos. El camino no era fácil y varios intentos hechos en esta dirección resultaron fallidos. Pero el acierto en la interpretación de algunos nombres geográficos, como *A-mi-ni-so*, *A-mi-ni-si-io*, *A-mi-ni-si-ia* (correspondiendo al griego, Ἀμνισό-, Ἀμνισιο-, Ἀμνισία) y *Ko-no-so*, *Ko-no-si-io*, *Ko-no-si-ia* (correspondiendo a Κνωσό-, Κνωσίο-, Κνωσία), le permitieron la lectura de varios signos; por otra parte, las terminaciones inflexionales que ocurren en éstos y otros nombres, le llevó a la conclusión de que la lengua básica era el griego [34]

[34] Michael Ventris y John Chadwick, «Evidence for Greek Dialect in the Mycenaean Archives», *Journal of Hellenic Studies*, LXXIII (1953), 84-103. Ventris «King Nestor's Four-Handled Cups», *Archaeology*, VII (1954), 15-21. Chadwick y

Aunque desde el punto de vista tipológico, el silabario Lineal B es igual al chipriota y al hitita jeroglífico, deben observarse sus siguientes características diferenciales: ausencia de expresión de *i* en los diptongos *ai*, etc., aunque se exprese *u* en los diptongos *au*, etc.; no expresión del final de sílaba *m*, *n*, *l*, *r* y *s*; existencia de la fila de signos para la *d* sonora, mientras faltan los correspondientes a la *g* y a la *b*.

El desciframiento de la escritura Lineal B hace concebir esperanzas de éxito para la interpretación de los otros tipos de la escritura cretense, en especial la Lineal A. Esta escritura está compuesta de unos 80 signos silábicos, de los cuales una mitad aproximada corresponden formalmente a los signos de la Lineal B, además de un número limitado de logogramas. Es casi seguro que la Lineal A expresa una lengua no helénica. Para otras escrituras relacionadas, véanse páginas 202 y sigs.[35]

Signos en general

La gran mayoría de signos en los sistemas de escritura sumerio, egipcio, hitita y chino consisten en simples representaciones de objetos que se hallan en el mundo en torno. Pero los autores de los signarios rara vez dibujaron los signos como lo hubiera hecho un artista. El fin primordial de la escritura es la creación de símbolos que representen palabras de la lengua, lo que se consigue con medidas de economía que tienden a omitir todos los detalles innecesarios

---

Ventris, «Greek Records in the Minoan Script», *Antiquity*, XXVII (1953), 196-206; Ventris y Chadwick, *Documents in Mycenaean Greek* (Cambridge, 1956); Chadwick, *The Decipherment of Linear B* (Cambridge, 1958); Michel Lejeune, *Memoires de philologie mycénienne*, Primera serie (París, 1958), esp. págs. 321-330.

[35] G. Pugliese Carratelli, *Le iscrizioni preelleniche di Haghia Triada in Creta e della Grecia peninsulare* en *Monumenti Antichi*, XI, 4.ª (1945), págs. 422-610; *idem*, «La decifrazione dei testi micenei e il problema della lineare A», *Annuario della Scuola Archeologica di Atene*, XIV-XVI (1952-1954), 7-21; G. P. Gould y M. Pope, *Preliminary Investigations into the Cretan Linear A Script* (ciclostil, University of Cape Town, 1955); Arne Furumark, *Linear A und die altkretische Sprache. Entzifferung und Deutung* (2 partes, multicopista; Berlín, 1956); P. Meriggi, *Primi elementi di Minoico A* (Salamanca, 1956); W. C. Brice, *Inscriptions in the Minoan Linear Script of Class A* (Oxford, 1961).

	SUMERIO	EGIPCIO	HITITA	CHINO
HOMBRE				
REY				
DEIDAD				
BUEY				
OVEJA				
CIELO				
ESTRELLA				
SOL				
AGUA				
MADERA				
CASA				
CAMINO				
CIUDAD				
TIERRA				

Figura 54. Signos pictóricos de las escrituras sumeria, egipcia, hitita y china

para la comprensión del símbolo. Un artista no dibujaría el agua, una montaña o una casa de la forma que encontramos en la escritura, igual que pocas veces se permitiría dibujar cabezas para representar cuerpos enteros, según el convencionalismo de la *pars pro toto* empleado con tanta frecuencia en las escrituras sumeria e hitita (fig. 54).

Cierto número de signos surgió, no de la imitación de objetos de la realidad, sino de convencionalismos arbitrarios en evolución gradual. Así, ciertas formas geométricas, como rayas, círculos y semicírculos para números y otras expresiones abstractas y en época mucho más moderna, los símbolos utilizados en matemáticas como el más, el menos o los signos radicales.

Los cuatro sistemas de escritura desarrollaron con el tiempo formas cursivas, lineales, que se simplificaron y cambiaron tanto mediante su uso cotidiano que en la mayoría de los casos resulta imposible reconocer en ellos los dibujos originales. Pero así como los sistemas cursivos sumerio y chino lograron convertir incluso sus formas monumentales en escrituras no pictóricas, los grandiosos sistemas egipcio e hitita conservaron su carácter pictórico hasta el fin[36].

Cuando tras un período inicial de organización, un sistema de escritura llega a estabilizarse (v. págs. 156 y sigs.), el número de signos queda cerrado y los nuevos signos se crean normalmente tan sólo por medio de cambios y distinciones formales o gracias a nuevas combinaciones de signos existentes. A este respecto resulta aleccionador el signo para el camello ANŠE.A.AB.B.A, literalmente «asno del mar», introducido en el sistema cuneiforme después que los mesopotamios tuviesen conocimiento del camello, y el signo para el teléfono TIEN.HUA, literalmente «conversaciones eléctricas», introducido en época reciente en la escritura china.

Los sistemas en completo desarrollo de las cuatro escrituras expuestas anteriormente, se caracterizan por tres clases de signos:

[36] Lo que esto significa en el caso de las cuatro escrituras examinadas antes, es que en sumerio y en chino, los signos de las formas, tanto monumentales como cursivas, son en gran parte lineales, mientras que en egipcio y en hitita los signos de la forma documental son principalmente pictóricos, pero en la forma cursiva son sobre todo lineales.

1) Logogramas, es decir, signos para palabras del idioma.

2) Signos silábicos, desarrollados de los logogramas siguiendo el principio jeroglífico.

3) Signos auxiliares, como los de puntuación y, en algunas escrituras, clasificadores, determinativos o indicadores semánticos.

Signos léxicos

Los logogramas, o signos para las palabras, son producidos mediante diferentes recursos. Podemos señalar seis clases diferentes (fig. 55) que concuerdan parcialmente con la clasificación tradicional de los signos verbales en chino[37]. Resulta imposible distribuir rigurosamente los signos entre las clases, porque algunos signos pueden pertenecer a diferentes clases o pueden estar compuestos por más de un recurso.

Las tres primeras clases incluyen signos léxicos creados por recursos tan simples y naturales que se encuentran también en todos los precedentes primitivos de la escritura.

En el recurso primario, objetos y acciones concretas se encuentran representados por dibujos de objetos o de una combinación de objetos.

El segundo, el tipo asociativo, incluye signos que expresan palabras relacionadas con el dibujo original por asociación de significados. Así, aunque un dibujo del sol expresa primero directamente la palabra «sol», puede también tener el significado secundario de «brillante» o «día». Igualmente, para los sumerios, habitantes de las tierras bajas de Mesopotamia meridional, el signo para montaña podía significar «país extranjero», porque casi todos los países extranjeros se encontraban en tierras altas desde su punto de vista.

---

[37] Tai T'ung, *The Six Scripts, Or the Principles of Chinese Writing*, traducción por L. C. Hopkins (Cambridge. 1954), y Tchang Tcheng-Ming, *L'écriture chinoise et le geste humain* (Shanghai y París, s. a.), págs. 5 y sigs. Para una discusión de la clasificación de los signos verbales según se proponen en este libro, cf. Tai Chün-Jen, «Mr. Gelb's Six Principles of Writing», *Academic Review Quarterly*, IV/1 (1955), 37-42, en chino.

	Sumerio	*Egipcio*	*Hitita*	*Chino*
1. Primario	**Sol** «sol» **Estrella** «estrella» **Montaña** «montaña» **Hombre**+**pan** «comer»	**Sol** «sol» **Estrella** «estrella» **Hombre**+**cuenco** «beber»	**Sol** «sol **Cabeza** «cabeza» **Hacha** «hacha» **Hombre**+**pan** «comer»	**Sol** «sol **Torre** «torre» **Cielo**+**gotas** «lluvia»
2. Asociativo	**Sol** «blanco; día» **Estrella** «divinidad» **Montaña** «país extranjero» **Varón.Montaña** «esclavo varón»	**Sol** «día» **Estrella** «hora» **Vaca mirando a becerro** «regocijarse»	**Cabeza** «jefe» **Hacha** «cortar» **Hombre.Hombre** «estar de acuerdo» o análogo	**Sol** «día» **Torre** «alto» **Sol.Luna** «brillante» **Mujer.Niño** «amor, bueno» **Mujer.Escoba** «esposa» **Mujer.Mujer** «disputa» **Mujer.Mujer.Mujer** «falsedad»
3. Diagramático	**Semicírculo** «uno» **Círculo** «diez» **Círculo** «totalidad; todo» **Línea horizontal.Línea horizontal** «sumar» **Cruz griega** «romper»	**Línea vertical** «uno» **Cruz de San Andrés** «romper» **Línea vertical.Semicírculo** «cortar» **Círculo** «dar vuelta»	**Línea vertical** «uno» **Línea horizontal** «diez» **Línea vertical.Semicírculo** «volver»	**Línea horizontal** «uno» **Cruz latina** «diez» **Línea vertical.Línea horizontal** «arriba» **Línea horizontal.Línea vertical** «abajo» **Semicírculo.Semicírculo** «dividir»
4. Indicador semántico	**Ciudad.***Aššur* «(ciudad)Aššur» y **Deidad.** *Aššur* «(deidad) Aššur» **Madera.Arado** «arado» y **Hombre.Arado** «labrador»	**Señor.Hombre** «señor (humano)» y **Señor.Deidad** «señor (divino)» $d^{x}m^{x\gg x}i^{x}$**.Pueblo** «pueblo» y $d^{x}m^{x\gg x}i^{x}$**.Mano** «alcanzar»	**Deidad.Paloma** «Kupapas (deidad)» **Colmena.Ciudad** «Malatya?(ciudad)»	**Cuadrado.Madera** «tabla» y **Cuadrado.Tierra** «distrito» (ambos, *fang*) **Dedo Pulgar.Madera** «aldea» comparado con **Pulgar** «pulgar» (ambos *ts'ung*)
5. Transferencia fonética	**Flecha** «flecha; vida» (*ti*) **Cebolla** «cebolla; dar» (*šum*)	**Pato** «pato; hijo» ($s^{x\gg x}$) **Cesto** «cesto» ($n^{x}b^{x}t^{x}$); «señor» ($n^{x}b^{x}$)	**Asiento** «asiento; completar?» (*asa-*)	**Trigo** «trigo; venir» (*lai*) **Escorpión** «escorpión; diez mil» (*wan*)
6. Indicador fonético	**Corona.***en* «corona» (*men*) **Oreja.***giš.tuk* «sabio; sabiduría» (*gešuk*)	s^{x}**.Hombre** «hombre» (s^{x}) n^{x}**.Cesto.**$b^{x}t^{x}$ «cesto» ($n^{x}b^{x}t^{x}$) $r^{x}c^{x}$**.Hombre** «persona» ($r^{x}m^{x}c^{x}$)	**Señor.***ni-s(a)* o **Señor.***nani-s(a)* «señor» (*nanis*)	**Ojo.***ku* «ciego» (*ku*) **Mano.***ku* «llevar» (*kang*) **Agua.***kung* «río» (*kiang*)

Figura 55. Tipos de signos verbales en escrituras verbo-silábicas

La tercera clase, llamada «diagramática», comprende signos que no se derivan de dibujos originales, sino que están creados libremente con varias formas geométricas (pág. 134). Como se ha dicho antes, los signos para los números suelen derivarse de formas geométricas —si es que no están creados por el proceso de transferencia fonética (v. más adelante)—. Por esta razón no es posible sostener como explicación de los signos egipcios para las fracciones empleadas en medir grano (v. fig. 56), la basada en un antiguo mito, según el

Figura 56. Signos para fracciones en egipcio
De A. H. Gardiner, *Egyptian Grammar* (Oxford, 1927), pág. 197

cual el ojo del dios halcón Horus fue roto en pedazos por el perverso dios Seth[38]. No es que los fragmentos del ojo de Horus condujesen a la creación de los signos fraccionarios, sino más bien que estos signos, de probable origen geométrico, puede haberlos dispuesto más tarde algún escriba ingenioso de manera que formasen el ojo sagrado del dios[39]. Ciertos signos de forma geométrica quizá deban su origen a la imitación de signos en el lenguaje de los gestos, como el grafismo para «todo», dibujado en forma de un círculo, quizás derive de un signo gestual hecho por un movimiento circular de la mano[40].

[38] Alan H. Gardiner, *Egyptian Grammar* (Oxford, 1927), § 266.

[39] E. T. Peet, *The Rhind Mathematical Papyrus...* (Liverpool, 1923), pág. 25 y siguiente. Cf. también O. Neugebauer en *Zeitschrift für ägyptische Sprache*, LXV (1930), 42-48.

[40] Algunos ejemplos de los signos pictográficos de los indios americanos se han citado antes, en el examen de los precedentes de la escritura (págs. 59, 65, 66 y 67). Para más ejemplos de signos gestuales y de postura entre los indios americanos, cf. Garrick Mallery, *Picture-Writing of the American Indians* (*Tenth Annual Report of the Bureau of Ethnology*, Washington, 1893), págs. 637-648. Un estudio exhaustivo de los signos verbales derivados de los gestos pueden hallarse en el estudio de Tchang Tcheng-Mmp, *L'écriture chinoise et le geste humain* (Shanghai y París, s. a.); denomina estos signos «dactilogramas». No merecen tenerse en cuenta las exageradas opiniones

Estos tres sencillos sistemas de crear signos léxicos pueden haber bastado para las simples exigencias de los sistemas primitivos, pero resultaron insuficientes para sistemas que exigían la expresión de matices más exactos de lenguaje. Los sistemas completos de escritura, en su búsqueda de nuevos medios para expresar las palabras por medio de signos, evolucionaron tres nuevos recursos mediante el uso de 1) elementos semánticos, pero no fonéticos; 2) la transferencia fonética; y 3) elementos fonéticos, pero no semánticos.

El primero de estos nuevos recursos, que figura como el cuarto en nuestra figura 55, se consigue por medio de indicadores semánticos, es decir, elementos semánticos y no fonéticos, con frecuencia llamados «determinativos» en el caso de los antiguos idiomas orientales, que se añaden a los signos básicos para determinar su lectura exacta. Así, en cuneiforme, aunque la grafía *Aššur* significa a la vez la ciudad de Aššur y el dios Aššur, puede añadírsele un determinativo, que no se pronuncia, en forma del signo para ciudad cuando de la ciudad Aššur se trata, y el signo para la deidad cuando hace referencia al dios. Con el transcurso del tiempo se agregaron estos determinativos a cualquier palabra de cierta clase, sin atender a si la palabra en cuestión tuviese más de un significado o si estuviera escrita logográfica o silábicamente. Por ejemplo, en el cuneiforme de Mesopotamia, el nombre de la diosa Ištar se escribe tanto logográficamente como *deidad Ištar*, en que se añade el determinativo de divinidad para ayudar a interpretar el signo verbal como nombre de una deidad, o silábicamente como *deidad Iš-tar*, que puede, por supuesto, ser leído tan sólo como *Iš-tar*, e interpretarse solamente como el nombre de la célebre diosa mesopotámica. En las tres escrituras del Oriente Medio —es decir, mesopotámico, egipcio e hitita— los indicadores o determinativos semánticos, que en un principio se emplearon tan sólo en el caso de signos con más de un posible significado, se convirtieron con el tiempo en clasificadores, es decir, signos que adscribían la palabra a la cual se añadían a una

---

de Jacques van Ginneken, «La reconstruction typologique des langues archaïques de l'humanité», *Verhandelingen der K. Nederlandsche Akademie van Wetenschappen* Letterkunde, N. R. XLIV (Amsterdam, 1940), e *idem*, «Die Bilderschrift Sprache», *Travaux du Cercle Linguistique de Prague*, VIII (1939), 247-254, que consideran el lenguaje hablado como derivado tanto del gesto como de la pictografía

clase o categoría determinadas. En los tres sistemas del Oriente Medio toda clase de palabras correspondiente a personas, dioses, animales, metales, piedras, plantas, ciudades, países, montañas, ríos, etc., se encuentra señalada por un determinativo clasificador diferente. Tan sólo el chino, a causa de su aversión por expresar una palabra mediante un signo compuesto de más de dos elementos, ha conservado el primitivo carácter de los determinativos, sin convertirse en clasificadores propiamente dichos.

En las tres escrituras del Oriente Medio los indicadores semánticos desarrollaron con el transcurso del tiempo otra característica que los distanció aún más de su primitiva función original. Estos signos, que nacieron como ayudas semánticas para la interpretación de los signos verbales, se convirtieron con el tiempo en signos auxiliares no pronunciados con la función de facilitar en general la interpretación del texto. En efecto, algunos especialistas, basándose en la regularidad de la incidencia de los determinativos en egipcio, han sacado la conclusión de que realizan la función práctica de dividir las oraciones en sus palabras integrantes[41], o sea, que sirven para separar palabras[42]. No hay duda de que también en las escrituras mesopotámica e hitita la presencia de determinativos ayuda en gran manera la fragmentación del período en palabras separadas y de esta forma facilita la interpretación general del texto. Esto tiene una gran importancia, especialmente tratándose de escrituras que no señalan con regularidad la separación entre palabras, ya sea por marcas especiales o por espacios.

Los cuatro recursos analizados hasta ahora cuentan con amplias posibilidades para la creación de signos para las palabras, pero ni siquiera ellos bastan para constituir un sistema completo de escritura. La escritura logográfica limitada de esta forma no puede nunca pretender expresar todas las palabras que existen en una lengua, mucho menos todos los nombres propios y las palabras de reciente introducción. El fracaso de las escrituras introducidas entre los indios americanos en época moderna, bien por acción directa de los misioneros o bien debido a su influencia (v. págs. 265 y sigs.), constituye la mejor prueba de lo inadecuado de semejantes sistemas

[41] Alan H. Gardiner, *The Theory of Speech and Language* (Oxford, 1932), pág. 122.
[42] R. O. Faulkner en *Antiquity*, XVII (1943), 207.

logográficos. Lo que tuvo una importancia esencial para abrir nuevos horizontes en la historia de la escritura, fue la invención del principio fonético.

Con la introducción de la fonetización se creó un nuevo recurso mediante la transferencia fonética llamada «jeroglífico» modernamente, que consistía en la expresión de signos verbales que resultan difíciles de dibujar por signos de fácil dibujo y que expresan palabras de idéntico o análogo sonido. Por ejemplo, la palabra sumeria *ti*, «vida», que resulta difícil de dibujar como signo, puede expresarse por medio de este recurso por el signo FLECHA, que significa *ti*, «flecha», en sumerio.

Finalmente, el último recurso consiste en añadir un elemento fonético, pero no semántico, a un signo, como auxilio para su lectura exacta. Así, en chino, si bien el signo MANO puede en teoría representar las palabras «mano, manejar, alcanzar, llevar», etc., para expresar la palabra *kang*, «llevar», la sílaba *kung* se une al signo MANO para indicar que ha de leerse *kang*. Estos indicadores fonéticos reciben el nombre de «complementos fonéticos» en las escrituras del Oriente Medio. Aunque no son absolutamente necesarios para escribir una palabra, rara vez se encuentra, en los sistemas en absoluto desarrollo, un signo léxico sin sus complementos fonéticos. Pueden preceder o seguir al signo léxico, aunque en los distintos sistemas funcionen convencionalismos y predilecciones peculiares. Mientras en egipcio los complementos fonéticos pueden insertarse en torno al signo léxico, en mesopotámico y en hitita generalmente lo siguen. También pueden observarse varios convencionalismos en lo que se refiere a la longitud de los complementos fonéticos. Mientras en egipcio y en hitita los complementos fonéticos pueden repetir el signo verbal en su integridad, en el sistema mesopotámico los complementos fonéticos parciales constituyen claramente la mayoría. En chino la situación resulta algo diferente: un complemento o indicador fonético, una vez añadido a un signo léxico, continúa con él para siempre para formar un signo léxico compuesto de dos elementos. La gran mayoría de los signos léxicos chinos pertenecen a esta clase. El carácter eminentemente monosilábico de la lengua china y la brevedad consiguiente de los indicadores fonéticos ha facilitado la creación de numerosos signos de éste. El fenómeno no es por completo excepcional en la historia de la

escritura. También en sumerio encontramos unos pocos signos que aparecen regularmente compuestos de los elementos básicos y fonéticos, como en el caso del signo representado por la cabeza de un animal que, cuando se le añade el silabograma *za*, se lee *aza*, «oso», pero con ug_5, significa la palabra *ug*, «león».

Los llamados «complementos fonéticos» comenzaron como indicadores fonéticos añadidos a un signo básico para facilitar su lectura, como en la grafía de gul^{ul} o *gul-ul*, para *gul* en sumerio y $tâb^{ab}$ o *tâb-ab* para *tâb* en acadio. Desde esta posición secundaria, los complementos fonéticos ascendieron a una categoría igual a la de los signos a los que acompañaban, con el resultado de reducir los signos básicos a valores más breves, como *gu*(*l*) o *gu* y *ṭa*(*b*) o *ṭa*, respectivamente. Este es el principio de reducción examinado en páginas 104, 238 y siguientes. En egipcio, la adhesión de complementos fonéticos completos a logogramas cambió con el decurso del tiempo el valor de estos logogramas básicos en el de determinativos semánticos. Esto es lo que los egiptólogos denominan «determinativos específicos», como en el caso de $^{x}s^{x}ḥ^{x}$, SEGAR, en que el determinativo SEGAR ocurre solamente en la palabra «segar», en contraste con los determinativos genéricos, como IR, que aparecen con cualquier palabra que exprese movimiento.

Tan sólo en sistemas de escritura tomados prestados encontramos una clase de signos que no se basan en alguna de las seis examinadas anteriormente. Esta clase de signos, que llamo «alogramas», incluye signos o grafías logográficos, silábicos o alfabéticos de una escritura empleados como signos verbales o hasta incluso signos de frase en una escritura tomada en préstamo. Por ejemplo, el signo sumerio *lugal*, «rey», representa el acadio *šarrum*, «rey»; igualmente, las grafías sumerias *in-lá-e*, «él pesará», *in-lá-e-ne*, «ellos pesarán», fueron aceptados para representar *išaqqal*, *išaqqalū*, «él, ellos pesarán», respectivamente, en la escritura acadia, al igual que el sumerio *igi-lu-inim-inim-ma* se tomó para representar el acadio *ina maḫar šîbi* «ante testigos». Existen cientos de ejemplos de este tipo de signos verbales y de frase que bien pueden ser llamados «sumerogramas»[43] siempre que representen grafías sumerias. Análo-

[43] El término «sumerograma» fue introducido hace algunos años por los asiriólogos de Chicago, pero resulta ahora imposible investigar su paternidad.

gamente, grafías acadias son empleadas regularmente con igual objeto en el sistema de escritura cuneiforme hitita. Entre centenares de ejemplos podemos citar el acadio *id-din* en representación del hitita *pešta*, «él dió», el acadio *a-na a-bi-ia* por el hitita *atti-mi*, «a mi padre», etc. Un tipo mixto se encuentra representado por la grafía *dingir-lum*, en que el sumerio *dingir*, «dios», más el indicador fonético *-lum* corresponde al acadio *ilum*, «dios», y el conjunto representa la palabra hitita *šiwanniš*, de igual significado. Los llamados «sumerogramas» y «acadiogramas» encuentran su paralelo en un período muy posterior con el uso de «arameogramas» en la escritura pehlevi persa, en la que, por ejemplo, la grafía aramea *malkā*, «rey» representa el persa *šāh*, «rey». De uso aún más reciente encontramos un tipo análogo de escritura en nuestra interpretación de «etc.» como «y lo demás, y otros igual», o cosa parecida. Otro buen ejemplo es la grafía «dios» en caracteres latinos para la palabra *agaiyun* con el mismo significado en una de las escrituras introducidas recientemente entre los esquimales de Alaska[44].

A veces puede indicarse el significado no solamente por los signos léxicos formados mediante diferentes recursos, sino también mediante el llamado «principio de posición» y «principio de contexto de situación», examinados detenidamente al comienzo (véase págs. 41 y sigs.).

Resulta evidente de este breve repaso de las distintas clases de signos verbales, que un signo puede expresar, y efectivamente lo hace, múltiples palabras diferentes. Un signo puede representar no solamente un grupo de palabras emparentadas por el significado, sino también, al aparecer la fonetización, palabras de sonido semejantes, pero sin relación en el significado. Esto es logografía pura y simple. En contraste con la semasiografía, en la que un signo como SOL expresa el significado de «sol» y de todas sus ideas afines, como son «brillante, luz, claro, resplandeciente, puro, blanco, día», o incluso «el sol brilla, es de día», etc., en la logografía el signo tiene sólo tantos significados como palabras se encuentren habitual y convencionalmente asociadas con él. Así, en sumerio, el signo SOL expresa por lo menos siete palabras, todas afines al significado

[44] Cf. abajo, págs. 207 y sig., y Johannes Friedrich en *Zeitschrift der Deutschen Morgenländischen Gesellschaft*, XCV (1941), 381 y sig.

básico de «sol», pero en chino el signo SOL por sí solo representa nada más las palabras «sol» y «día», mientras la palabra *ch'ing*, «puro, claro», se expresa por una combinación del signo para «sol» y el signo para «color»; la palabra *ming*, «brillante, resplandeciente», por los de «sol» y «luna»; y el término para «blanco» por un signo de interpretación desconocida que evidentemente carece de relación con el sol. Igualmente, en egipcio, las palabras para «sol, día, blanco, luz» se expresan por el dibujo del sol, pero la palabra $\underline{r}^x h^x n^x$, «brillante», se escribe con un signo diferente[45].

No existen sistemas logográficos en los que un signo pueda representar una idea determinada con todas sus ramificaciones afines, así como no hay en realidad en estos sistemas casos de signos que al escribirse no pretendan expresar palabras o cuando leídos o interpretados no correspondan a palabras de la lengua. Casi todos estos casos, que una mayoría de filólogos pretenden que sean «ideografías» (v. págs. 33 y sig.) resultan ser falsos si se les examina. Cuando un escritor pretende expresar una palabra mediante un signo léxico que puede representar varias palabras, intentará, por lo general, todos los medios posibles para que el lector lea en este signo tan sólo la palabra en cuestión. La agregación de indicadores semánticos y fonéticos al signo léxico básico, el empleo del principio de posición y de contexto de situación son todos recursos que tienden a conseguir este fin.

En relación con la polémica «ideografía contra logografía» que se encuentra entablada actualmente en los círculos filológico-lingüísticos (v. págs. 33 y sigs.) puede tener interés la siguiente observación: todas las gramáticas sumerias y acadias utilizan la expresión «ideografía», mientras Falkenstein, Friedrich (v. pág. 97) y Poebel (de palabra) forman un pequeño pero importante grupo de objetores a aquel término. Los egiptólogos, en bloque, se inclinan por

[45] Esta observación queda perfectamente clara por Siegfried Schott en *Hieroglyphen. Untersuchungen zum Ursprung der Schrift* (*Akademie der Wissenschaften und der Literatur in Mainz, Abhandlungen der Geistes-und Sozialwissenschaftlichen Klasse*, Jahrgang 1950, núm. 24), págs. 115 y sig., donde afirma que los «muss lernen» y «er muss wissen» egipcios son signos que están asociados convencionalmente con palabras determinadas y no con ideas o significados vagos.

«ideografía»[46]. En la especialidad hitita yo empleé «ideograma»[47], pero más tarde preferí el término «logograma»[48]. En cuanto al chino resulta de interés señalar que ya en 1838 el agudo erudito franco-norteamericano Du Ponceau definía la escritura china como «logográfica» o «lexigráfica», no «ideográfica»[49]. El empleo de «ideografía» por H. G. Creel[50] fue criticado por Peter A. Boodberg[51].

Signos silábicos

Aunque con la introducción de la fonetización todos los sonidos del idioma pueden expresarse por escrito, el sistema jeroglífico de escritura es inadecuado para el uso práctico. Sistemas que permitiesen la expresión de la palabra *mandate* [en inglés, *man*=hombre; *date*=dátil/cita] bien por representaciones de un hombre más un dátil, o de un hombre más una palmera o incluso por dibujos de un hombre, más una combinación de muchacho y muchacha, podrían considerarse perfectamente aceptables para nuestras modernas composiciones jeroglíficas, con sus elementos de gimnasia mental, pero es evidente que resultan inadecuados para un sistema práctico de escritura, donde la rapidez y la exactitud en la lectura tienen una importancia esencial. Por esta razón, pronto hubo de establecerse el convencionalismo de escribir las sílabas idénticas de palabras distintas con signos idénticos. Así, se elegiría un signo único entre varias posibilidades para representar la sílaba *man*, sin atender a que se encuentre en las palabras «mano, manzana, mancha, manta», etcétera.

---

[46] Pero cf. los certeros comentarios en el libro de Schott citado antes.

[47] I. J. Gelb, *Hittite Hieroglyphs*, II (Chicago, 1935), 3.

[48] *Idem*, *Hurrians and Subarians* (Chicago, 1944).

[49] Cf. Yuen Ren Chao en *Harvard Journal of Asiatic Studies*, V (1940), 189-191; y Franklin Edgerton en *Proceedings of the American Philosophical Society*, LXXXVII (1944), 29.

[50] En *T'oung Pao*, XXXII (1936), 85-161, y XXXIV (1938), 265-294.

[51] En *Harvard Journal of Asiatic Studies*, II (1937), 329-372, y en *T'oung Pao*, XXXV (1940), 266-288. Acerca de la historia de los términos «logografía» contra «ideografía» y su empleo actual, ver el análisis por Gelb en *Language*, XXXVIII (1962), 208-211.

Claro está que todas estas palabras podrían seguir siendo expresadas por un signo léxico, si existía en el sistema, pero silábicamente podían escribirse tan sólo con signos tomados de un silabario empleado convencionalmente.

No existe ningún silabario sumerio, egipcio, hitita o chino que pueda ser considerado como típico. Lo que en realidad disponemos es de diversos silabarios sumerios, egipcios, hititas y chinos, todos limitados a ciertos períodos y regiones. Así, en sumerio, de un total aproximado de 22 signos diferentes, todos leídos como *du*, pero cada uno correspondiente a una palabra distinta del idioma, fue elegido en cierto momento un signo para ser empleado como sílaba *du* en todos los casos de escritura no semántica. Los signos silábicos así elegidos formaban parte de un silabario que pudo haber tenido un uso limitado a una determinada época o a cierta región. En otro lugar y en diferente ocasión, un distinto signo *du* puede haber sido elegido para representar esta sílaba. A veces, la mezcla de influencias puede haber sido origen de más de un signo para la misma sílaba. Pero tales ocasiones son relativamente raras antes de los últimos períodos en los que la escritura comenzó a caer en su proceso de degeneración (v. págs. 259 y sig.).

Esta rotunda afirmación podrá parecer caprichosa a cuantos se encuentren familiarizados, aunque sea superficialmente, con las listas de signos mesopotámicos y que recuerden el gran número de signos homófonos que figuran en ellas. La existencia de una homofonía casi sin límites sería cierta, por supuesto, para la totalidad del silabario mesopotámico, pero no lo es concretamente en el caso de silabarios particularizados de una determinada época o región. Cuantos se tomen la molestia de contar los signos determinados con valores silábicos de una región o período limitados —como yo he hecho en varias ocasiones— podrán llegar fácilmente a la conclusión de que sílabas idénticas se encuentran expresadas normalmente por un solo signo. Prueba de ello son los mismos silabarios de los antiguos asirios y babilonios. Este último, tomado del código de Hammurapi, está representado aquí en transliteración en forma de un cuadro que muestra solamente los valores monoconsonánticos (fig. 57). Los valores pluriconsonánticos son, por supuesto, rara vez homófonos. El empleo de más de un signo para un solo sonido, como en el caso de los sibilantes, es debido a la

naturaleza transitoria del silabario del babilonio arcaico de la época de Hammurapi. No es preciso recordar al lector que el principio de economía en la escritura —invocado con tanta frecuencia en este libro— se muestra decididamente en contra de la existencia de una ilimitada homofonía de los signos.

a	i	e	ú				
ba	bi	be	bu	aḅ	iḅ	eḅ = iḅ	uḅ
da	di	de = di	du	aḍ	iḍ	eḍ = iḍ	uḍ
ga	gi	ge = gi?	gu	ag	ig	eg = ig	ug
ḫa	ḫi	ḫe = ḫi	ḫu	aḫ	iḫ = aḫ	eḫ = aḫ	uḫ
ia	ii = ia	ie = ia	iu = ia	—	—	—	—
ka	ki	ke = ki?	ku	ak = ag	ik = ig	ek = eg	uk = ug
la	li	le = li	lu	al	il	el	ul
ma	mi	me	mu	am	im	em = im	um
na	ni	ne	nu	an	in	en	un
pa	pí = bi	pé = bi	pu = bu	ap = ab	ip = ib	ep = eb	up = ub
qá = ga	qí = ki	qé = ke	qú = ku	aq = ag	iq = ig	eq = eg	uq = ug
ra	ri	re = ri	ru	ar	ir	er = ir	ur úr
sa sà = za	si sí = zi	se = ?	su sú = zu	ás = áš	is = iz	es = ?	ús = uš
ša	ši	še	šu	aš	iš	eš	uš
sa = za	ṣi = zé ṣí = zi	ṣe = zé	ṣu = zu	aṣ = az	iṣ = iz	eṣ = ez	uṣ = uz
ta	ti	te	tu	at = ad	it = id	et = ed	ut = ud
ṭa = da	ṭi = di ṭí = ti	ṭe = te	ṭu = tu	aṭ = ad	iṭ = id	eṭ = ed	uṭ = ud
wa	wi = wa	we = wa	wu = wa	—	—	—	—
za	zi	zé	zu	az	iz	ez = iz	uz

Figura 57. Signos monoconsonánticos del silabario babilonio arcaico

Lo que es cierto de los silabarios mesopotámicos lo es también de los otros sistemas orientales. El silabario hitita jeroglífico clásico, por ejemplo, empleado en Siria hacia 800 a. C., carece por completo de ciertos valores de signos que figuran en inscripciones más antiguas de Anatolia. La unidad del Estado egipcio impidió distinciones tan señaladas, pero también en Egipto encontramos silabarios de uso limitado a determinadas épocas y regiones. Y resulta aún más difícil hablar de un silabario básico en chino.

En realidad, no sólo es imposible hablar de silabarios básicos en las escrituras logo-silábicas, sino que es dudoso una afirmación incondicional sobre los diversos silabarios de épocas y regiones. No hay duda de que quienes emplearon las escrituras logo-silábicas no distinguían entre los signos logográficos y silábicos de la forma en que nosotros lo hacemos. Lo que sabían sobre su escritura era que todos los signos representaban originalmente palabras de su idioma y que bajo ciertas circunstancias algunos de estos signos podían también utilizarse como sílabas. El hecho de que quienes utilizaron las escrituras logo-silábicas no se tomasen la molestia, al parecer, de recopilar listas de signos silábicos, no quiere decir, sin embargo, que en la práctica no distinguiesen cuidadosamente entre los signos léxicos empleados sólo en sentido logográfico y aquellos otros empleados tanto logográfica como silábicamente. Por esta razón, resulta imperdonable la negligencia que han mostrado los modernos filólogos al no distinguir claramente los usos logográfico y silábico. Solamente en el campo del hitita jeroglífico han sido recopiladas listas de valores silábicos desde las primeras etapas de su interpretación[52]. En el terreno del cuneiforme existen al presente varias listas de valores silábicos utilizados en acadio, pero no existe aún una lista semejante para el sumerio[53]. La confusión es obvia en los manuales de egipcio[54] que clasifican como «fonogramas» (en contraste con «ideogramas») no solamente los signos

[52] Cf. figura 40.

[53] Sobre este problema cf. Gelb, *Memorandum on Transliteration and Transcription of Cuneiform*, presentado al 21.º Congreso Internacional de Orientalistas, París (Chicago, 1948), §§ 80-87.

[54] Por ej., Alan H. Gardiner, *Egyptian Grammar* (Oxford, 1927), § 17, y Gustave Lefebvre, *Grammaire de l'Égyptien classique* (El Cairo, 1940), § 14, parcialmente modificado por la afirmación en § 15.

mono y biconsonánticos que pertenecen a ellos, sino también los triconsonánticos que —salvo excepciones «festivas»— se emplean sólo logográficamente en egipcio. Incluso en chino es necesario algún convencionalismo en cuanto a la elección de signos léxicos para uso silábico para que los nombres propios extranjeros reproducidos más adelante en la página 157 puedan ser transcritos y leídos correctamente en chino.

Los signos silábicos tuvieron claramente su origen en los signos léxicos. Esta es una cuestión de relativa facilidad en idiomas preponderantemente monosilábicos, como el chino o el sumerio, en los que la derivación de signos monosilábicos de palabras monosilábicas resulta fácil. Por ejemplo, en sumerio, la sílaba *a* se originó del signo verbal A para «agua», *ti* del signo léxico TI para «flecha» o «vida», *gal* del lexigrama GAL para «grande». En egipcio era relativamente sencillo crear signos silábicos que contuviesen dos consonantes, como en el silabograma $m^x n^x$ del signo verbal $m^x n^x$, «tablero de damas», o $w^x r^x$ del signo verbal $w^x r^x$, «golondrina, grande».

Había dificultades, sin embargo, para crear signos monosilábicos con una consonante, porque el idioma contenía muy pocas de tales palabras. Estas dificultades fueron salvadas mediante la elección de palabras monosilábicas acabadas en una de las consonantes llamadas «débiles», como ', *y*, *w* o la terminación femenina *-t*, que podía omitirse en el valor del signo. Así, el lexigrama $r^{x>x}$, «boca», adquirió el valor silábico r^x, igual que la palabra $n^x t^x$, «agua», originó el signo silábico n^x. En el caso de los signos silábicos d^x, de $d^x t^x$, el más antiguo $*w^{x>x} d^x i^x t^x$, «serpiente», y quizá d^x de $*i^x d^x$, «mano», debemos probablemente considerar la omisión de una *w* o *y* iniciales, bastante frecuente en las lenguas semíticas.

La idea, generalmente aceptada, de que los valores silábicos tuvieron con frecuencia su origen en el principio acrofónico, según el cual los signos adquirieron el valor del comienzo de toda la palabra, es de difícil aplicación al caso de los sistemas orientales de escritura. A pesar de la afirmación de Sethe[55], no existen pruebas de acrofonía en las escrituras sumeria o mejicana. La existencia del signo silábico *tu* junto a la palabra *tud*, «aguantar», no significa que *tu* evolucionase según el principio acrofónico de *tud*, sino que la palabra original

[55] *Vom Bilde zum Buchstaben* (Leipzig, 1939), págs. 28 y sig.

tud pudo adquirir, y efectivamente adquirió, mediante un proceso fonético, la pronunciación *tu*, de la que se derivó el valor silábico más corto *tu*. La escritura egipcia normal no muestra rastro de acrofonía; tan sólo en el último período de degeneración han sido hallados algunos ejemplos de acrofonía en el caso de las escrituras enigmáticas[56]. Para completar, debe mencionarse que en la escritura hitita, aparte de casos normales como el signo MANO, significando *pi-*, «dar», para la sílaba *pi*, o el signo SELLO, significando *šiya-*, «sellar», para la sílaba *ši*, existen otros signos silábicos no considerados como logogramas. Una forma insólita de formar signos silábicos la ofrece el signo hitita *mu*, representado por una combinación de los signos *u* y *me*. Finalmente, hemos de referirnos a las páginas 187 y siguientes, en las que se examina y rechaza la supuesta existencia de la acrofonía en el silabario semítico occidental[57].

La normalización de los silabarios adoptó diferentes formas en las distintas escrituras orientales (fig. 58). El silabario sumerio y los sistemas derivados de él, consisten en signos que generalmente representan monosílabos acabados en vocal o consonante, con menor frecuencia bisílabos. El sistema egipcio, como el mesopotámico, contiene signos tanto para monosílabos como para bisílabos, pero en contraste con el mesopotámico, no indica las vocales. El silabario hitita se limita a los signos para los monosílabos que acaban en vocal. El silabario chino es análogo al mesopotámico, pero expresa solamente monosílabos terminados en vocal o consonante. Ninguno de los sistemas contiene signos para sílabas con dos o más consonantes continuas como *amt*, *tma*, etc. Hay que tener en cuenta que la combinación *ng* en palabras chinas como *ming*, *kung*, etc., no expresa consonantes continuas, sino el sonido nasal *ŋ*. Para expresar

[56] Como acertó a observar Siegfried Schott *apud* Sethe, *op. cit.*, págs. 78 y siguiente. Cf. también el magistral estudio de H. W. Fairman, «An Introduction to the Study of Ptolemaic Signs and Their Values», *Bulletin de l'Institut Français d'Archéologie Orientale du Caire*, XLIII (1945), 51-138, quien al calificar de «completamente difunta» a la acrofonía (pág. 52) muestra evidentes dudas acerca de la existencia del principio acrofónico incluso en los últimos tiempos del antiguo Egipto (época ptolemaica).

[57] Cf. también el examen de la supuesta acrofonía en el hitita jeroglífico de Gelb, en *Language* XXXVIII (1962), 199, con referencias al egipcio y al cretense.

	Sumerio		*Egipcio*		*Hitita*		*Chino*	
Monosílabos abiertos	a	ta	ʾa	t^a	a	ta	a	ta
	i	ti	ʾi	t^i	i	ti	i	ti
	e	te	ʾe	t^e	e	te	(e)	tè
	u	tu	ʾu	t^u	u	tu	(u)	tu
	—	—	—	—	—	—	o	to
Monosílabos cerrados	at	tam (o ta-am)	$^{a}b^{(a)}$ (o ^{a}-$b^{(a)}$)	$t^{a}m^{(a)}$ (o t^{a}-$m^{(a)}$)	— (a-t(a))	— (ta-m(a))	an	man
	it	tim (o ti-im)	$^{i}b^{(i)}$ (o ^{i}-$b^{(i)}$)	$t^{i}m^{(i)}$ (o t^{i}-$m^{(i)}$)	— (i-t(i))	— (ti-m(i))	(ih)	min
	en	men (o me-en)	$^{e}b^{(e)}$ (o ^{e}-$b^{(e)}$)	$t^{e}m^{(e)}$ (o t^{e}-$m^{(e)}$)	— (e-t(e))	— (te-m(e))	èn	men
	ut	tum (o tu-um)	$^{u}b^{(u)}$ (o ^{u}-$b^{(u)}$)	$t^{u}m^{(u)}$ (o t^{u}-$m^{(u)}$)	— (u-t(u))	— (tu-m(u))	(uh)	kun
	—	—	—	—	—	—	(oh)	(foh)
Bisílabos abiertos	aka (muy raro (o a-ka	ta-a (muy raro) a ta-a)	$^{x}b^{x}$ (o ^{x}-b^{x})	$t^{x}m^{x}$ (o t^{x}-m^{x})	— (a-ta)	— (ta-ma)	— (a-ta)	— (ta-ma)

Figura 51. Tipos de signos silábicos en escrituras logo-silábicas

sílabas con consonantes contiguas tenía que utilizarse una estratagema; por ejemplo, *amt* puede escribirse como *am-t(a)*, *a-m(a)-t(a)*, o de forma parecida, y *tma* puede expresarse como *t(a)-ma*, etc.

Signos auxiliares

Además de los signos léxicos y silábicos, existe en los cuatro sistemas orientales una tercera clase de signos: se trata de los signos auxiliares, como los de puntuación y, en ciertos sistemas, los determinativos o clasificadores (v. págs. 141 y sig.). Su característica principal es que al escribirse o leerse, carecen de correspondencias concretas en el habla, pero se emplean como ayudas para facilitar la comprensión de un signo o un grupo de signos o del contexto en general[58].

No contamos con un estudio sistemático de los signos auxiliares en los sistemas orientales y como este tema nos alejaría de nuestra línea principal de investigación, es preferible eliminarlo por completo de nuestro examen.

Escritura logo-silábica

Los cuatro sistemas orientales coinciden en haber conservado durante su larga historia una mezcla de grafías léxica y silábica. Se distinguen, sin embargo, por algunas características especiales que examinaremos ahora[59].

La escritura sumeria normal se compone de signos tanto léxicos como silábicos, pero mientras los primeros se emplean principalmente para expresar nombres y verbos, los segundos se encuentran sobre todo en la grafía de nombres propios, pronombres y formativos gramaticales. Este uso no es, sin embargo, general. El *eme-sal*,

[58] Las excepciones son aquellos signos (rasgos, puntos o espacios), empleados para indicar las divisiones entre las palabras. Estas indicaciones de pausas o uniones, llamadas a veces «fonemas suprasegmentales», han de ser consideradas como características prosódicas del idioma.

[59] Cf. J. Friedrich, «Die Parallel-Entwicklung der drei alten Schrift-Erfindungen», *Analecta Biblica*, XII (1959), 95-101.

dialecto vernáculo del sumerio, está escrito casi exclusivamente con signos silábicos. La insistencia del aspecto silábico es igualmente notorio en algunas escrituras cuneiformes derivadas del sumerio, como, por ejemplo, en los sistemas del acadio y el asirio arcaicos.

También el egipcio retuvo su carácter logo-silábico hasta el final. Como en el cuneiforme, su empleo varió según las épocas. Por ejemplo, la escritura egipcia primitiva de los textos de las pirámides muestra una mayor preferencia por las grafías silábicas que las escrituras egipcias posteriores. También contamos con cierta cantidad de textos procedentes del período saíta a mediados del primer milenio a. C., que debido a una supresión casi completa de signos léxicos y signos silábicos multiconsonánticos, ofrecen el aspecto de una escritura silábica monoconsonántica casi idéntica al silabario semítico occidental[60].

El carácter silábico se estableció con tanta firmeza en la escritura hitita posterior que los signos verbales fueron eliminados casi por completo. Por ejemplo, la breve inscripción procedente de Erkilet en la figura 39 (v. pág. 118), está escrita exclusivamente con signos silábicos en forma idéntica con el chipriota. Dado que el hitita jeroglífico no ha sido descifrado hasta tiempos muy recientes, puede ser de interés ofrecer aquí la transliteración y traducción del texto, para que pueda formarse una idea de los adelantos alcanzados en el descifrado:

ĩ-wa	*'a-la-n(a)*	nombre	*'A-s(a)-ta-wa-su-s(a)*	*tu-t(e)*
ĩ(n)-wa	*'alan*		*'Asta-wasus*	*tut*
Este	monumento		'Asta-wasus	colocó;

ĩ-pa-wa-te	*ni ki-a-s(e)-ha*	*sa-ni-a-ta*
ĩ(n)-pawa-te	*ni-kiasha*	*saniata*
por lo tanto	nadie	(lo) estropee.

Figura 59. Inscripción jeroglífica hitita en Erkilet

En contraste con los otros tres sistemas orientales, la escritura china normal es casi exclusivamente logográfica. Tan sólo nombres

[60] Ver la discusión por Battiscombe Gunn en el *Journal of Egyptian Archaeology*, XXIX (1943), 55-59 (referencia del Professor Keith C. Seele).

propios extranjeros y a veces palabras de origen extranjero se escriben por medio de grafías silábicas (v. págs. 157 y sigs.).

Al dar fin al examen de los sistemas orientales de escritura, nos referimos a un cuadro estadístico (fig. 60) de la relación entre los signos léxicos y los silábicos:

	Número total de signos	*Signos silábicos*
Sumerio	alrededor de 600	alrededor de 100-150
Egipcio	alrededor de 700	alrededor de 100
Hitita	alrededor de 450 +	alrededor de 60
Chino	alrededor de 50.000	[62 en *fan-ch'ieh*]

Figura 60. Relación de signos léxicos a signos silábicos en las escrituras logo-silábicas

Se calcula que la escritura sumeria más antigua (Uruk IV-II) consistía en cerca de 2.000 signos diferentes, mientras que en el período Fara posterior la cifra es sólo de 800, para reducirse a 600 en el período asirio. Este proceso se encuentra demostrado perfectamente por la reducción de 31 signos diversos para «oveja» en el primer período Uruk a una forma única en tiempos posteriores. El número decreciente de signos está de acuerdo con el principio de convergencia, según el cual se elimina una cantidad de signos verbales y son reemplazados por otras grafías. No contamos con estadísticas comparativas para las escrituras egipcia, hitita y china más antiguas, pero resulta evidente que por lo menos la escritura hitita empleó en sus primeras etapas cierto número de signos que más tarde desaparecieron por completo. El proceso puede haber sido análogo en las primeras etapas del chino, pero en los períodos posteriores tenemos el siguiente cuadro: unos 3.000 signos hacia 200 a. C., 9.353 signos hacia 100 d. C., y cerca de 50.000 en la edad moderna. El número creciente de signos, según el principio de divergencia, parece a primera vista ser lo opuesto del proceso en sumerio; en realidad, sin embargo, las dos evoluciones no son antitéticas. Los 50.000 signos chinos no representan 50.000 dibujos

diferentes que puedan compararse con los 600 signos sumerios, cada uno de los cuales representó en origen un dibujo distinto. No conozco el número exacto de dibujos básicos de los 50.000 signos chinos o si alguien se ha tomado la molestia alguna vez de contarlos. Existen actualmente 214 claves para la clasificación de los signos chinos, reducción de las 540 claves utilizadas en un viejo vocabulario chino titulado *Shuo-wên* (hacia 100 d. C.). El número de claves en *Shuo-wên* quizá reproduzca aproximadamente el número de signos básicos en la escritura china. Los demás signos adicionales no representan nuevas imágenes, sino combinaciones de signos básicos, o más corrientemente, combinaciones de signos básicos más indicadores fonéticos. Al contrario de la costumbre en el Oriente Medio, en que los signos con múltiples indicadores fonéticos diferentes (complementos) se cuentan como un solo signo, en China los signos con distintos indicadores fonéticos se cuentan como signos separados. Es como si en un sistema la escritura de †s (es decir, el signo verbal para *cross* más el indicador fonético *s* para la palabra «cross») y †d (*dead*) fuesen contados como un signo, o sea † y en otro como dos signos, es decir, †s y †d. Esta es la razón del extraordinario número de signos chinos.

A manera de ejemplo de la escritura logo-silábica, la figura 61 muestra una frase según las grafías sumeria, egipcia, hitita y china. En cada caso la primera línea ofrece la transliteración signo por signo, la segunda la transcripción aproximada y la tercera la traducción literal. Los elementos semánticos, como los signos léxicos y los determinativos, se encuentran transliterados en mayúsculas y los elementos fonéticos en cursiva. Las frases en egipcio y en chino fueron compuestas con la ayuda de los Profesores William F. Edgerton, y Ch'ên Mêng-chia, respectivamente. En relación con la frase china debe señalarse que cuando presenté la frase en inglés a un sinólogo, con el ruego de que la pusiese en caracteres chinos, se negó a ello, alegando que la transcripción al chino de nombres propios resultaría por completo incomprensible, a causa del carácter logográfico de la escritura china. Pedí entonces al Profesor Ch'ên que hiciese la transcripción y un año después, a manera de prueba, sometí la frase en caracteres chinos a otro especialista, el Profesor Tên Ssŭ-yü.. Este entendió correctamente la frase entera y leyó con exactitud todos los nombres propios, incluso algunos, como

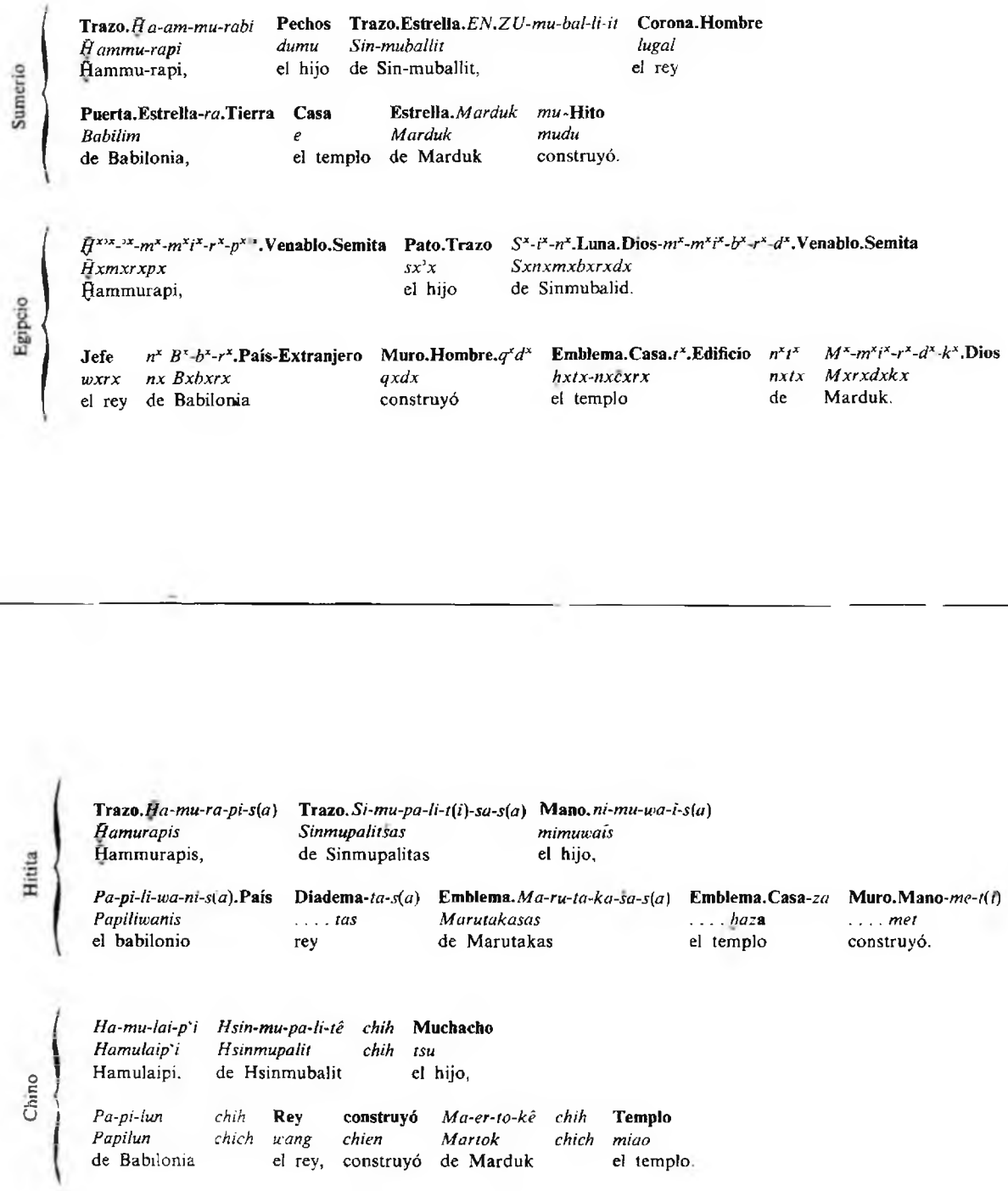


Figura 61. Una misma frase en varias escrituras logo-silábicas

Hsin-mu pa li te, que no conocía. Esto no prueba, claro está, que el proceso de transliteración de una frase extranjera en caracteres chinos sea tan fácil como en las restantes escrituras logo-silábicas. Lo que significa es que la escritura china, a pesar de su extremado carácter logográfico, tiene un número limitado de signos verbales que pueden utilizarse con una precisa función silábica para expresar palabras y nombres extranjeros (cf. pág. 151)[61].

[61] Esta característica queda perfectamente clara en el viejo estudio de Abel Rémusat, «Remarques sur quelques écritures syllabiques tirées des caractères chinois, et sur le passage de l'écriture figurative à l'écriture alphabétique», *Mémoires de l'Institut Royal de France, Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, VIII (1827), 34-59.

Capítulo 4
ESCRITURAS SILABICAS

De las siete escrituras orientales examinadas en el capítulo anterior se originaron cuatro tipos de sistemas silábicos: silabarios cuneiformes, como el elamita, hurrita, etc., del cuneiforme mesopotámico; silabarios semíticos occidentales, como el sinaítico, protopalestino, fenicio, etc., del jeroglífico egipcio; el silabario chipriota y quizá también las escrituras de Phaistos y Byblos, aún poco conocidas, del cretense; y, por último, el silabario japonés, del chino. Nuestro análisis consistirá primero en una presentación descriptiva de los diversos sistemas silábicos, para seguir con un resumen general de sus características estructurales más destacadas.

Silabarios cuneiformes

Al exponer la escritura mesopotámica se hizo la observación de que en determinadas épocas o regiones esta escritura ofrecía más características de un sistema silábico que de uno logo-silábico (v. pág. 154). Así, por ejemplo, las inscripciones acadias arcaicas, el dialecto *eme-sal* del sumerio y los textos capadocios de los antiguos mercaderes asirios se encontraban escritos en gran parte

con signos silábicos, mientras los pocos signos verbales empleados se limitaban a algunas de las expresiones más comunes del idioma. Los silabarios cuneiformes derivados que trataremos en este capítulo no se diferencian mucho en carácter, aunque el uso de signos silábicos se encuentre considerablemente ampliado y sistematizado. En sentido estricto, no existe silabario cuneiforme que pueda ser comparado, por ejemplo, con la escritura silábica fenicia o chipriota. Lo que tenemos en realidad son distintos silabarios cuneiformes, todos empleados en compañía de un número más o menos limitado de signos verbales.

Entre los silabarios cuneiformes derivados podemos incluir las escrituras elamita, hurrita, urartiana, hattica, luwiana y palaica. Todos estos sistemas fueron adaptados del cuneiforme mesopotámico por pueblos extranjeros que habitaban en las regiones al norte y al noroeste del valle de los dos ríos.

Cuando a mediados del tercer milenio a. C. los elamitas abandonaron su propia escritura proto-elamita (v. págs. 276) en favor de un sistema tomado directamente del cuneiforme, introdujeron una escritura que consistía en unos 131 signos silábicos, 25 signos verbales y 7 determinativos[1]. Sin embargo, debe observarse que la proporción de 131 signos silábicos a 32 verbales y determinativos en las listas de signos, no expresa ni por aproximación la preponderancia de grafías silábicas en los textos. Sería tan erróneo como sacar la conclusión de que en la escritura inglesa la proporción de grafías alfabéticas a las léxicas es algo así como 26 a 10 porque hay en ella 26 signos alfabéticos y 10 números (= signos léxicos). El sistema cuneiforme elamita posterior es aún más simplificado, ya que consiste, según Weissbach, tan sólo de 113 signos, de los que 102 son silábicos y 11 léxicos y determinativos[2]. La importancia dada a las grafías silábicas puede confirmarse en gran medida en la escritura hurrita, utilizada en la Mesopotamia septentrional, Siria y

---

[1] Friedrich Wilhelm König, *Corpus inscriptionum Elamicarum*, I (Hannover, 1928), «Schrifttafel» al final de la publicación.

[2] F. H. Weissbach, *Die Keilinschriften der Achämeniden* (Leipzig, 1911), páginas XXXIX y sigs. Los exactos datos estadísticos deben ser corregidos de acuerdo con George C. Cameron, *Persepolis Treasury Tablets* (*Oriental Institute Publications*, LXV; Chicago, 1948), capítulo IX.

Anatolia oriental a mediados del segundo milenio a. C. Incluso el examen superficial de la carta del rey de Mittania, Tušratta[3], hará ver con qué escasa frecuencia se utilizan los signos léxicos en comparación con las grafías silábicas: no más que de 1 a 3 signos léxicos se encuentran desperdigados entre centenares de grafías silábicas. Las inscripciones urartianas o vánnicas de Armenia, fechadas en la primera mitad del primer milenio a. C., parecen tener una proporción ligeramente mayor de signos léxicos que la escritura hurrita. Los textos hatticos, luwianos y palaicos descubiertos en los archivos de Boğazköy, capital del imperio hitita, emplean casi exclusivamente signos silábicos. Estas lenguas apenas conocidas fueron habladas por pueblos que habitaban diversas regiones de Anatolia central.

Entre las escrituras imitadas de Mesopotamia por pueblos extranjeros, la única en seguir a su arquetipo y retener gran cantidad de signos léxicos, es la llamada escritura «hitita cuneiforme». Es la escritura de los millares de tabletas cuneiformes descubiertas en Boğazköy, y fue empleada para una lengua que, con el hitita jeroglífico, era una de las dos oficiales del imperio hitita. La estrecha adhesión de la escritura cuneiforme hitita a su modelo mesopotámico quizá sea debida a la existencia de una tradición sometida a una honda influencia de la civilización mesopotámica entre los escribas de Boğazköy.

Silabarios semíticos occidentales

En la exposición que sigue el nombre «semítico» (escritura, alfabeto, silabario) significa exclusivamente semítico occidental y se aplica a las diversas escrituras utilizadas por pueblos que hablaban idiomas semíticos del noroeste (fenicio, hebreo, arameo, etc.) y semíticos del sudoeste (árabe septentrional, árabe meridional, etíope, etc.). En vez de semítico oriental, se emplea repetidamente el término «acadio», con sus ramificaciones babilónicas.

---

[3] Johannes Friedrich, *Kleinasiatische Sprachdenkmäler* (Berlín, 1932), págs. 8 y sigs. Solamente la introducción a la carta está escrita casi enteramente con signos verbales acadios.

Antes de entrar a discutir el carácter y origen de los silabarios semíticos, debemos pasar revista a los distintos sistemas de escritura originados en el segundo milenio a. C. en la dilatada región semítica comprendida entre la península de Sinaí y el norte de Siria.

Durante el invierno de 1904-1905, el arqueólogo inglés Sir William M. Flinders Petrie descubrió varias descripciones en piedra con un tipo de escritura desconocido cerca del lugar de Serābiṭ el-ḫādem, en la península de Sinaí. Los descubrimientos despertaron inmediatamente el interés del mundo científico, lo que tuvo por resultado el envío de varias expediciones al Sinaí en la búsqueda de más inscripciones del mismo tipo. El número total de inscripciones descubiertas hasta la fecha no pasa de unas cuantas docenas. Sigue siendo aún debatida su cronología, aunque la mayor parte de los especialistas parece opinar actualmente que se originaron hacia 1600-1500 a. C., cronología reconstruida principalmente sobre base arqueológica. No deben confundirse estas inscripciones proto-sinaíticas con la escritura «sinaítica», muy posterior, considerada como el vínculo entre las escrituras nabatea y arábiga.

Las escrituras proto-sinaíticas se encuentran en piedra, con frecuencia estatuas de divinidades femeninas, y se deben evidentemente a los semitas que trabajaban las minas de cobre y de turquesa en la región de Serābiṭ el-ḫādem. El egiptólogo inglés Alan H. Gardiner estableció las bases del descifrado de la escritura al sugerir que los cuatro signos encontrados en algunas estatuas (como en nuestra fig. 62) debían leerse como *B'lt*[4]. La lectura del nombre de la famosa

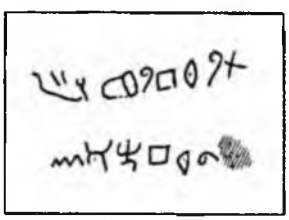


Figura 62. Inscripción proto-sinaítica
De Martin Sprengling, *The Alphabet* (Chicago, 1931), pág. 28

[4] «The Egyptian Origin of the Semitic Alphabet», *Journal of Egyptian Archaeology*, III (1916), 1-16.

diosa semítica Ba'lat pareció encontrar apoyo en el hecho de que el templo de la diosa egipcia Hathor, con la que podía haberse identificado Ba'lat, fue descubierto en las ruinas de Serābit el-hādem. Sin embargo, los adelantos hechos en la interpretación de las inscripciones proto-sinaíticas desde Gardiner han sido tan insignificantes, que incluso el descifrado básico de éste resulta sospechoso. Hasta cierto punto, han dificultado los progresos, no solamente la escasez de material comparativo, sino también algunas reconstrucciones bastantes fantásticas de quienes han pretendido leer en estas inscripciones los nombres de Jehová y de Moisés y la historia de las peregrinaciones del pueblo hebreo (!). La verdad es que los textos no pueden contener nada más complicado que simples inscripciones votivas. Un reciente estudio de W. F. Albright[5] representa un avance más decisivo hacia la interpretación final del proto-sinaítico. Para completar el cuadro, debemos mencionar aquí dos inscripciones fragmentarias procedentes del Sinaí que emplean signos que no se parecen a los de las inscripciones proto-sinaíticas normales[6].

En la figura 63 se ofrece una lista de signos encontrados en las inscripciones proto-sinaíticas, según Leibovitch[7].

Dejando Sinaí al sur, entramos en Palestina, donde también se han hecho descubrimientos de gran importancia para la historia de la escritura. En lugares tan diseminados como Beth Shemesh, El-Hadr, Gezer, Lachisch, Megiddo, Shechem, Tell el-Hesī, Tell es-Sārem, y quizás Jerusalén y Tell el-'Ajjūl se encontraron varios objetos, principalmente ollas y cascos, con breves inscripciones que contienen signos a veces semejantes a los de las inscripciones proto-sinaíticas, y otros por completo diferentes[8]. Como las inscripciones

[5] «The Early Alphabetic Inscriptions from Sinai and Their Decipherment», *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, núm. 110 (1948), 6-22.

[6] J. Leibovitch, «Sur quelques inscriptions indéchiffrables», *Bulletin de l'Institut d'Égypte*, XVI (1934), 177-183.

[7] J. Leibovitch, «Les inscriptions Protosinaïtiques», *Mémoires présentés à l'Institut d'Égypte*, XXIV (1934), pls. IV-VI.

[8] Todos estos textos están discutidos en David Diringer, «The Origins of the Alphabet», *Antiquity*, XVII (1943), 77-90 y 208 y sig., y «The Palestinian Inscriptions and the Origin of the Alphabet», *Journal of the American Oriental Society*, LXIII (1943), 24-30.

I.
II.
III.
IV.
V.
VI.
VII
VIII.
IX.
X.
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI

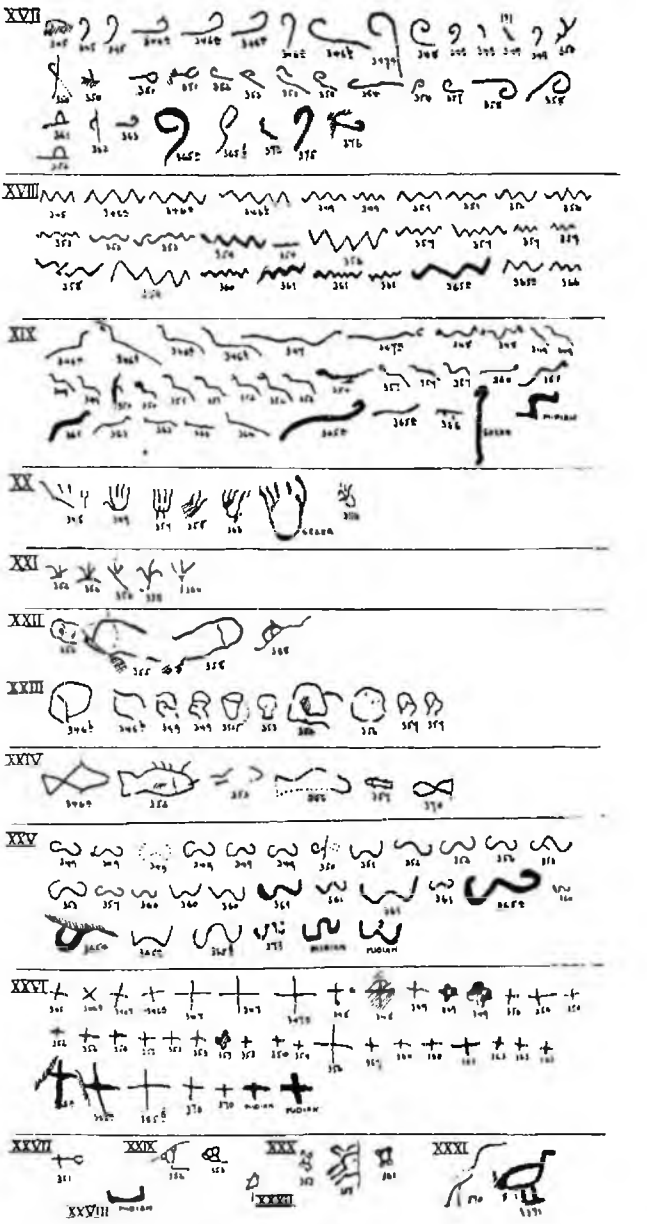


Figura 63. Escritura proto-sinaítica

De J. Leibovitch, *Mémoires présentés á l'Institut d'Egypte*, XXIV (1934), láms. IV-VI

que se conocen de esta clase no llegan a la docena, la importancia de los hallazgos palestinos no consiste en su número; es más bien la multiplicidad de lugares en los que se han descubierto lo que lleva a la importante conclusión de que la escritura fue usada con relativa difusión en Palestina siglos antes de la invasión hebrea. Un vistazo a las inscripciones existentes (fig. 64) basta para mostrar que deben pertenecer a épocas distintas. La cronología exacta resulta aún imposible, por supuesto, pero no andaríamos muy descaminados si fijásemos los fragmentos de Gezer y Shechem (Núms. 1-2) hacia 1600-1500 a. C. y algunas de las inscripciones de Lachish (Núms. 7-8, 10-11) hacia 1300-1200 a. C.[9]. No hay una lista completa de signos y no puede siquiera indagarse si las inscripciones proto-palestinas representan uno o varios sistemas de escritura[10].

Deben mencionarse aquí ciertas inscripciones del segundo milenio a. C., descubiertas fuera de Palestina y aún no leídas, porque bien pudieran constituir uno de los intentos de crear sistemas que tan pasmosamente se multiplicaron por todas partes en esta época.

Entre éstas figuran en primer término las misteriosas y cortas inscripciones encontradas en Kahūn, en Fayyūm (fig. 65), que se ha supuesto datan de finales de la XII dinastía egipcia, es decir, de la primera mitad del segundo milenio a. C.[11].

Otra inscripción ilegible en una estela de basalto negro fue descubierta recientemente en Balū'ah, en Transjordania[12] (fig. 66).

---

[9] Finalmente, el fragmento de Tell es-Sārem y las puntas de jabalinas, de gran importancia epigráfica, descubiertas por un campesino en El-Ḥadr, aldea en las proximidades de Belén, están fechadas hacia 1100 a. C. Cf. Ruth B. Kallner, «Two Inscribed Sherds», *Kedem*, II (1945), 11-14 y VII, y E. L. Sukenik, «Note on the Sherd from Tell es-Ṣārem», *op. cit.*, págs. 15 y VII; J. T. Milik y Frank M. Cross, Jr., «Inscribed Javelin-Heads from the Period of the Judges: A Recent Discovery in Palestine», *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, núm. 134 (1954), 5-15, y Cross, *op.cit.*, págs. 15-24.

[10] Para opiniones opuestas acerca de fechas y lecturas de las distintas inscripciones proto-palestinas, cf. las obras de autores citados en las notas 8 y sigs., y también Frank M. Cross, Jr., y David N. Friedman, *Early Hebrew Orthography* (New Haven, Connecticut, 1952), págs. 8 y sig., y G. R. Driver, *Semitic Writing from Pictograph to Alphabet* (rev. ed.; Londres, 1954), págs. 98-103 y 198 y sig.

[11] W. M. Flinders Petrie, «The Alphabet in the XIIth Dynasty», *Ancient Egypt*, VI (1921), págs. 1-3.

[12] G. Horsfield et L. H. Vincent, «Une stèle Égypto-Moabite au Balou'a», *Revue Biblique*, XLI (1932), 417-444.

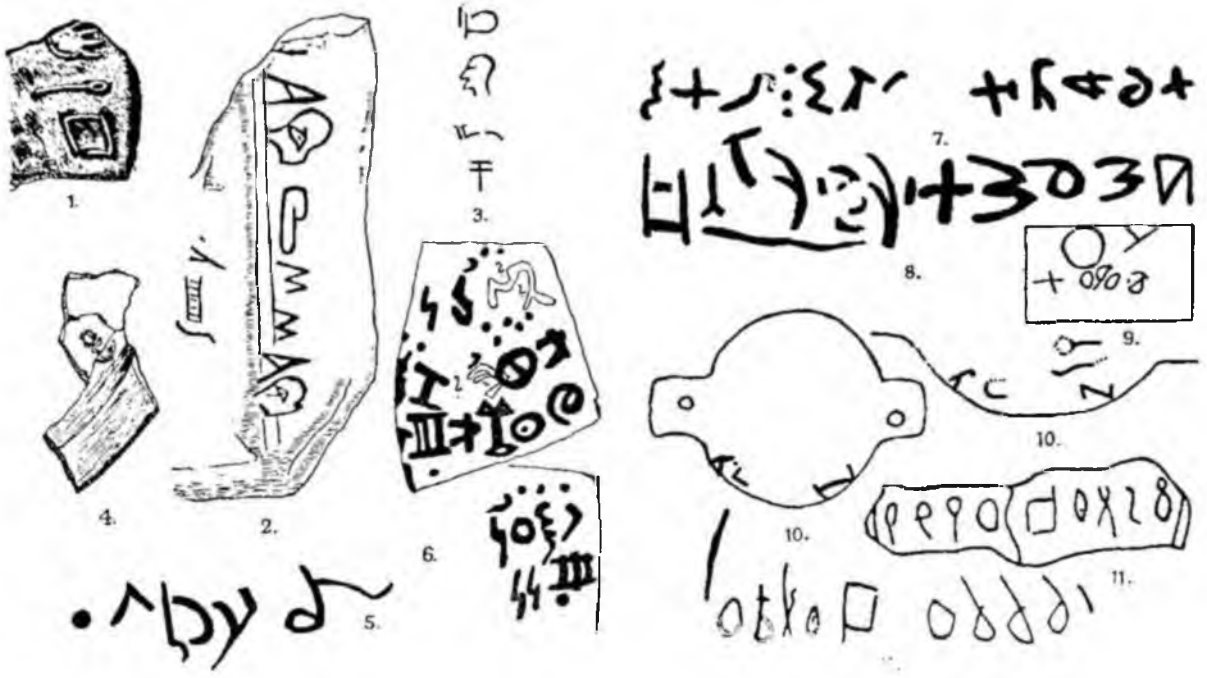


Figura 64. Inscripciones proto-palestinas

De D. Diringer en *Journal of the American Oriental Society*, LXIII (1943), 25-7

Figura 65. Inscripciones enigmáticas procedentes de Kahūn, en Fayyūm (Egipto)

De W. M. Flinders Petrie en *Ancient Egypt*, VI (1921), 1

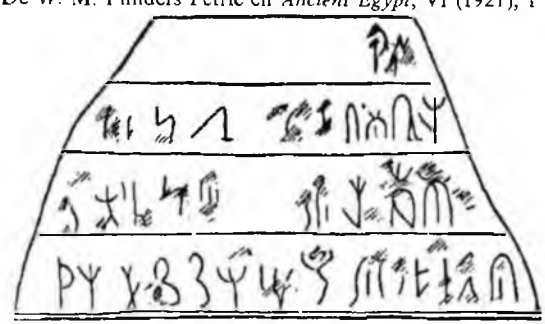


Figura 66. Inscripción enigmática en una estela procedente de Balū'ah, en Transjordania

De G. Horsfield y L. H. Vincent, en *Revue Biblique*, XLI (1932), 425

Según Etienne Drioton, su fecha es posterior a Ramses III (hacia 1200-1168 a. C.)[13].

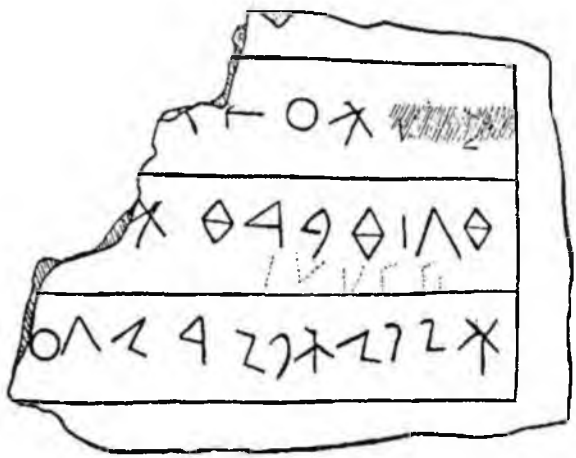


Figura 67. Inscripción enigmática procedente de Byblos. en Siria

De M. Dunand, *Byblia grammata* (Beirut, 1945), pág. 136

Una inscripción enigmática conteniendo tres líneas de escritura fue descubierta en un fragmento de piedra en Byblos, en Siria[14] (fig. 67). En otra parte (v. págs. 207 y sigs.), se trata un tipo similar, representado por la escritura silábica de Byblos, de probable influjo egeo. Otra escritura ilegible fue descubierta en una estatuilla de Byblos[15].

Uno de los hallazgos arqueológicos más importantes de todos los

---

[13] «Á propos de la stèle du Baïou'a», *op. cit.*, XLII (1933), 353-365.

[14] Maurice Dunand, en *Mélanges Maspero*, I (El Cairo, 1935-1938), lám. op. página 570; *idem*, *Byblia grammata* (Beirut, 1945), págs. 135 y sigs. Interpretado como semítico occidental por W. F. Albright, in *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, núm. 116 (1949), 12 y sigs., siguiendo a H. Grimme; cf., sin embargo, las dificultades discutidas por Frank M. Cross, Jr., en *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, núm. 134 (1954), 22 y sigs.

[15] *Byblia grammata*, pág. 143.

tiempos fue hecho hace unos 20 años, en la olvidada aldeíta de Râs Shamrah, a unas pocas millas de Latakiya (la antigua Laodicea),

Figura 68. Tableta de Râs Shamrah
De C. Virolleaud en *Syria*, XXI (1940), 250

en Siria. En 1928, el descubrimiento casual de un túnel subterráneo por un campesino de la localidad fue seguido por excavaciones sistemáticas del lugar que revelaron las ruinas de la antigua y próspera ciudad de Ugarit. Desde el punto de vista de la historia de la escritura, el descubrimiento más importante consistió en una cantidad de tabletas de arcilla inscritas con una clase peculiar de cuneiforme (fig. 68) completamente diferente a cualquier otra conoci-

da. Como la escritura se compone de un número limitado de signos y la división en palabras está señalada por un signo especial, el descifrado no presentaba ninguna dificultad. Hasta tal punto, que el sistema fue descifrado independientemente por Hans Bauer, E. Dhorme y Ch. Virolleaud, semanas después de la publicación de los primeros textos —uno de los casos más rápidos de descifrado que se conozcan. La escritura ugarítica consiste de 30 signos, de los que

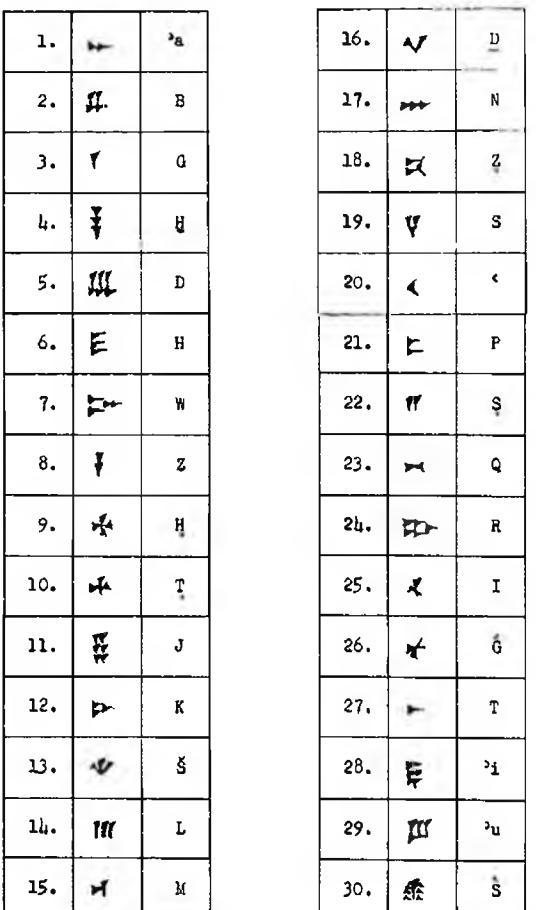


Figura 69. Silabario de Rás Shamrah

27 son de tipo semítico corriente y expresan una consonante más una vocal cualquiera. Excepcional en el sistema semítico es el uso de los tres signos expresando *'a*, *'i* y *'u* respectivamente (fig. 69). Se fecha la escritura hacia el siglo XIV a. C. y está utilizada para una lengua semítica de próximo parentesco con el fenicio y el hebreo, y también para la lengua hurrita, que en esta época estaba muy extendida en amplias regiones de Siria septentrional y Mesopotamia[16].

Recientemente ha sido descubierta una variedad de la escritura ugarítica en dos inscripciones procedentes de Beth Shemesh y el Monte Tabor, en Palestina, lo que hace suponer que un tipo de cuneiforme análogo al del ugarítico pudo haberse empleado en Palestina a mediados del segundo milenio a. C.[17].

Hasta 1920 y tantos se creía que la inscripción semítica más antigua, conservada en la llamada escritura «alfabética», era la famosa piedra moabita del rey Mesa', de mediados del siglo IX a. C. Desde entonces, nuestros conocimientos de la epigrafía semítica han hecho notorios progresos, gracias principalmente a nuevos descubrimientos en Byblos, que permiten una clasificación cronológica más exacta de las inscripciones existentes de los más antiguos períodos.

---

[16] La discusión general en Hans Bauer, *Das Alphabet von Ras Schamra* (Halle, (1932).

[17] Cf. la discusión por A. Herdner, «A-t-il existé une variété palestinienne de l'écriture cunéiforme alphabetique?», *Syria*, XXV (1946-1948), 165-168. Uno de los descubrimientos más importantes hechos en Râs Shamrah en los últimos tiempos es el hallazgo de un viejo abecedario, que prueba que el orden de los signos es el mismo que en las escrituras semíticas occidentales posteriores (fenicia, hebrea, etc.), con las diferencias siguientes: entre los 27 primeros signos del abecedario ugarítico figuran cinco signos (*H*, *Ś*, *Q*, *Z*, *G*), que desaparecieron en el semítico occidental posterior; los signos números 28 y 29 (*'i*, *'u*, que representan una evolución estructural del número 1, originariamente *'*), así como el número 30 (especialmente en el uso del hurrita), constituyen una evolución local y fueron situados al final del abecedario. Cf. Cyrus H. Gordon, «The Ugaritic 'A B C'», *Orientalia*, n. s. XIX (1950), 374 y sigs.; W. F. Albright, «Some Important Recent Discoveries: Alphabetic Origins and the Idrimi Statue», *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, núm. 118 (1950), 11-20; *idem*, *op. cit.*, núm. 119 (1950), 23 y sig.; E. A. Speiser, *op. cit.*, núm. 121 (1951), 17-21; Frank M. Cross y Thomas O. Lambdin, *op. cit.*, número 160 (1960), 21-26; William W. Hallo, «Isaiah 28:7-13 y The Ugaritic Abecedaries», *Journal of Biblical Literature*, LXXVII (1958), 324-338; Gelb in *Bibliotheca Orientalis*, XV (1958), 6 y sig.

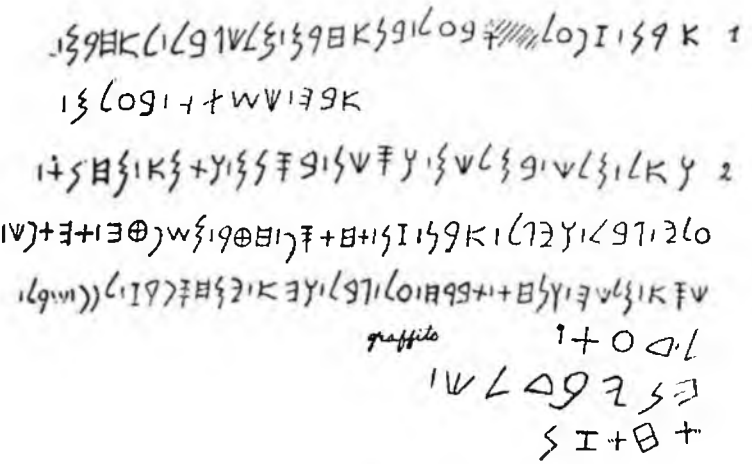


Figura 70. Inscripción de Aḥīrâm, procedente de Byblos
De R. Dussaud en *Syria*, V (1924), pág. 137, fig. 2, y pág. 143, fig. 4

La inscripción semítica más primitiva que existe en la actualidad en la nueva forma de escritura es la inscripción en el sarcófago de Aḥīrâm, con el texto grabado en uno de los muros de la tumba de Aḥīrâm, descubierta en Byblos (fig. 70)[18]. La usual adscripción de las inscripciones de Aḥīrâm al siglo XIII a. C. descansa exclusivamente sobre reconstrucciones estratigráficas basadas en la comparación con materiales egipcios (v. más adelante). Epigráficamente más modernas son las inscripciones de 'Azarba'al[19] y Yeḥīmilk[20], procedentes de Byblos y la punta de flecha de bronce de Ruweiseh,

[18] P. Montet, *Byblos et l'Égypte* (París, 1928-29), Texte, págs. 215-238, y Atlas, láms. CXXVI-CXLI; S. Ronzevalle, «L'alphabet du sarcophage d'Ahīrâm», *Mélanges de l'Université Saint Joseph*, XII (1927), 3-40.

[19] Dunand, «Spatule de bronze avec épigraphe phénicienne du XIIIe siècle», *Bulletin du Musée de Beyrouth*, II (1938), 99-107; *idem*, *Fouilles de Byblos* (París, 1937), Atlas, lám. XXXII, núm. 1125; *idem*, *Byblia grammata*, págs. 155 y sigs. y lám. XIII, núm. 2.

[20] *Idem*, «Nouvelle inscription phénicienne archaïque», *Revue Biblique*, XXXIX (1930), 321-331.

en el Líbano[21]. Finalmente, del siglo X aproximadamente proceden la inscripción de Abība'al[22], atribuida históricamente a la época del rey egipcio Sheshonq I (h. 945-924 a. C.), y la de Elība'al[23] fechada en tiempo de Osorkon I (h. 924-895 a. C.), hijo del anterior. La fecha asignada por Dunand a las inscripciones de Šapaṭba'al y 'Abda'a a los siglos XVIII y XVII[24], carece de fundamento[25].

Es preciso hacer una advertencia acerca de la fecha de las inscripciones fenicias más antiguas. Las diferencias epigráficas entre las primeras —como las de Aḥīrâm— y las más modernas —como las de Abība'al y Elība'al— son tan insignificantes que justifica el poner en duda el largo lapso de 300 años entre ellas. Como la atribución de las inscripciones de Abība'al y Elība'al aproximadamente al siglo X está fuera de duda, la reducción de la fecha de la inscripción de Aḥirâm y otras conexas en unos 200 años sería mucho más satisfactoria desde el punto de vista epigráfico[26].

Basándonos en nuestros conocimientos de las escrituras semíticas más antiguas, podemos reconstruir el panorama siguiente:

Las inscripciones proto-sinaíticas de hacia 1600-1500 a. C. están escritas en un sistema compuesto por un número limitado de signos de carácter claramente pictórico. Es decir, los dibujos de los signos pueden, en la mayor parte de los casos, ser reconocidos sin gran dificultad. No se sabe exactamente cuántos signos hay, ya que la

---

[21] P.-É. Guiges, «Pointe de flèche en bronze à inscription phénicienne». *Mélanges de l'Université Saint Joseph*, XI (1926), 325-328; y S. Ronzevalle, «Note sur le texte phénicien de la flèche publiée par M. P.-É. Guiges», *op. cit.*, págs. 329-358. Cross y Friedman en bibliografía citada en pág. 168, núm. 10, fechan las inscripciones 'Azarba'al y Ruweiseh en una época anterior a Aḥīrâm, en el siglo XI.

[22] René Dussaud, «L'inscription du roi Abiba'al», *Syria*, V (1924), 145-147.

[23] René Dussaud, «Dédicace d'une statue d'Osorkon I par Eliba'al, roi de Byblos», *Syria*, VI (1925), 101-117.

[24] Dunand, *Byblia grammata*, págs. 146 y sigs.

[25] Como observa W. F. Albright en el *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, núm. 102 (1946), pág. 20, que fecha estas dos inscripciones a comienzos del siglo IX a. C.

[26] La reducción de la fecha de la inscripción Aḥīrâm hacia 1000 a. C., propuesta hace años por varios especialistas y defendida más tarde por W. F. Albright, «The Phoenician Inscriptions of the Tenth Century B. C. from Byblos», *Journal of the American Oriental Society*, LXVII (1947), 153-160, se encuentra apoyada por el testimonio arqueológico, según se reconstruye de nuevo en un *Post-scriptum* por Dunand, *Byblia grammata*, págs. 197 y sigs.

cifra de 31 sumada por Leibovitch tiene que reducirse algo si tomamos en consideración el hecho de que algunos de los signos que él cataloga por separado quizá sean simples variantes.

Aproximadamente del mismo período, pero extendiéndose hasta hacia 1100 a. C., son los textos proto-palestinos de Gezer, Shechem, etcétera. Aunque algunos de los signos en las inscripciones más antiguas poseen carácter pictórico, los de las inscripciones proto-palestinas posteriores son principalmente lineales. Se desconoce el número de signos. A causa de lo limitado del material es imposible establecer comparaciones precisas entre las escrituras proto-sinaíticas y las proto-palestinas. Estas últimas pueden representar uno o más intentos de crear un sistema idéntico en estructura interna, aunque formalmente diferente en la elección de signos, al de las inscripciones proto-sinaíticas.

Las inscripciones de Kahūn, Balū'ah y Byblos, sin descifrar aún, pueden representar otros intentos más para crear sistemas análogos en la estructura interna a los de las inscripciones proto sinaíticas y proto-palestinas. Los signos son siempre de carácter lineal.

La escritura ugarítica del siglo XIV a. C. consiste de signos cuneiformes y es, por lo tanto, lineal en la forma. Los intentos de algunos especialistas de derivar el sistema ugarítico de la escritura proto-sinaítica[27], o de la cuneiforme mesopotámica[28], no han tenido éxito. Aunque la influencia extranjera puede haber contribuido a la elección de algunos signos, en la mayoría de los casos las formas de los signos ugaríticos han sido inventadas libremente.

Finalmente, hacia 1000 a. C. se producen las inscripciones de

---

[27] A. T. Olmstead, «Excursus on the Cuneiform Alphabet of Ras Shamra and Its Relation to the Sinaitic Inscriptions», in Martin Sprengling, *The Alphabet* (Chicago, 1931), págs. 57 y sigs. El origen semítico occidental de la escritura ugarítica fue defendido por H. Buchman, «Die Enstehung der Formen des Keilschriftalphabets von Ras Schamra», *Przegląd Historyczny*, 1934, págs. 213-234; E. Burrows, «The Origin of the Ras Shamra Alphabet», *The Journal of the Royal Asiatic Society*, 1936, págs. 271-277; y B. Rosenkranz, «Der Ursprung des Alphabets von Ras Schamra», *Zeitschrift der Deutschen Morgenländischen Gesellschaft*, XCII (1938), 178-182.

[28] E. Ebeling, «Zur Entstehungsgeschichte des Keilschriftalphabets von Ras Schamra», *Sitzungsberichte der Preussischen Akademie der Wissenschaften, Philos-hist. Kl.*, 1934, págs. 10-15.

Byblos más antiguas (Aḥīrâm, etc.), escritas en un sistema compuesto por 22 signos puramente lineales en apariencia. De todos los intentos semíticos en el segundo milenio a. C. de crear una nueva escritura, éste fue con mucho, el más logrado. De ella se derivan directamente, tanto desde el punto de vista estructural como del formal, tres de las cuatro subdivisiones principales de la escritura semítica, representadas por las ramas fenicia (fig. 71), palestina (fig. 72) y

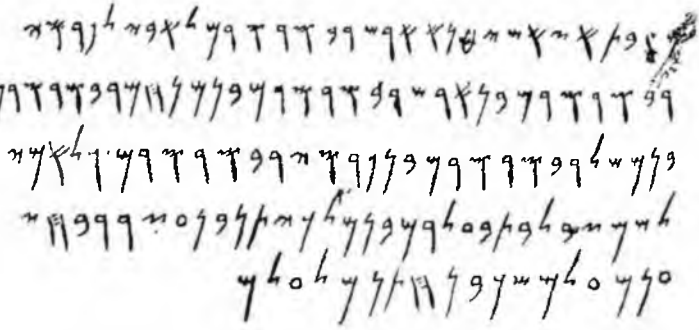


Figura 71. Inscripción fenicia procedente de Chipre
De Mark Lidzbarski, *Handbuch der nordsemitischen Epigraphik*, lám. VI, 2

aramea (fig. 73). La cuarta subdivisión, representada por la rama árabe meridional (fig. 74), sólo puede derivarse indirectamente del modelo fenicio. Las escrituras de Arabia meridional parece que nacieron en la primera mitad del primer milenio a. C., aunque ha habido especialistas que hayan propuesto fechas anteriores y posteriores[29]. La escritura consta de 29 signos, número casi idéntico al de la escritura ugarítica, pero que sobrepasan en 7 la cifra de signos del alfabeto fenicio. Las formas de la escritura arábiga meridional son lineales; aunque unas pocas son idénticas a las de la escritura fenicia, la mayor parte fueron creadas con independencia.

El cuadro de la figura 75 intenta agrupar los signos de las escrituras semíticas más importantes con sus valores correspondientes.

[29] A. Jamme, «An Archaic South-Arabian Inscription in Vertical Column», *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, núm. 137 (1955), 32-38, fecha una inscripción, descubierta recientemente, en el siglo IX o X a. C.

Figura 72. Inscripción cananea de Mesa', rey de Moab
De Lidzbarski. *Handbuch der nordsemitischen Epigraphik*, lám. I

Obsérvese la gran semejanza de la forma y número de signos entre los sistemas fenicio, palestino y arameo. La mayor cantidad de signos en los sistemas ugarítico, árabe meridional, etíope y árabe se debe al hecho de que estas lenguas contienen mayor número de sonidos que los otros idiomas semíticos. En el caso del ugarítico,

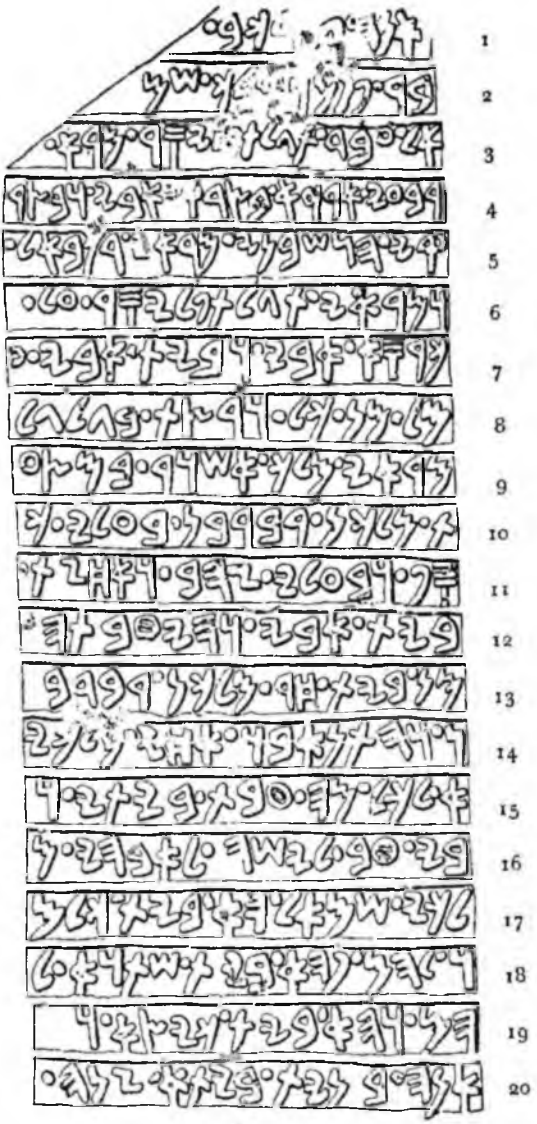


Figura 73. Inscripción aramea de Bar-Rākib, procedente de Zincirli

De Lidzbarski, *Handbuch der nordsemitischen Epigraphik*, lám. XXIV, 1

la necesidad de transliterar sonidos hurritas, extraños al semítico, puede haber favorecido la creación de signos adicionales.

Al decir que la escritura de Byblos, a partir de Ahīrâm, puede ser considerada el modelo de todos los sistemas semíticos posteriores, no queremos afirmar que esta escritura fuese necesariamente

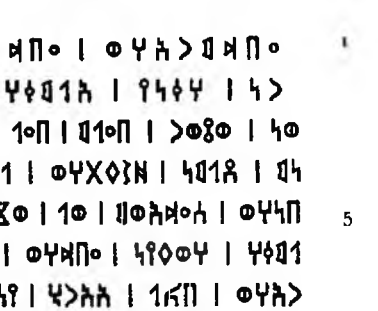


Figura 74. Inscripción árabe meridional

De K. Conti Rossini, *Chrestomathia Arabica Meridionalis Epigraphica* (Roma, 1931), pág. 46, núm. 29

inventada en Byblos, ni siquiera en Fenicia. Es un hecho que las inscripciones más antiguas de esta nueva forma de escritura proceden de Byblos y de Fenicia, pero no es posible negar que casi no hay un lugar en la extensa área semítica que se extiende desde el Sinaí hasta el norte de Siria, que no pueda (por lo menos en teoría) ser considerado cuna del modelo de todas las escrituras semíticas.

Esta es, concisamente, la historia de los orígenes de las escrituras semíticas desde los diversos intentos a mediados del segundo milenio a. C., hasta la creación de un sistema completo que después de 1000 a. C. conquistó el mundo semítico. El problema que a continuación se nos presenta es investigar el origen de esta escritura. Como se trata de una de las cuestiones discutidas en el campo del orientalismo, no resultaría difícil escribir todo un libro acerca del

tema. La simple cita de las distintas opiniones exigiría un capítulo superior a los límites del presente estudio. Baste el mencionar, por lo tanto, que apenas hay escritura en el Oriente Medio, e incluso más allá, que no haya sido considerada por algún especialista como modelo de la escritura semítica. Entre las múltiples derivaciones que han sido propuestas, debemos observar, por lo menos, el egipcio en sus tres formas (jeroglífico, hierático y demótico), el asirio, el babilonio, el sumerio, el cretense, el chipriota, el hitita, el árabe meridional y las runas germánicas. De todas, la teoría egipcia es la que ha gozado de aceptación más general. En todos los casos la idea era por completo análoga, ya que se basaba casi exclusivamente en comparaciones formales. La interpretación corriente es así: primero, las formas de la escritura semítica derivaron directamente de las formas de la egipcia (jeroglífica, hierática, o demótica); después, los valores de los signos verbales egipcios fueron traducidos a la lengua semítica, dando nombres a los signos; y, finalmente, los valores semíticos de los signos individuales se derivaron de los nombres respectivos por medio del llamado «principio acrofónico». Así, por ejemplo, el signo egipcio para «casa» fue adoptado primero por los semitas; después, la palabra egipcia $p^{x}r^{x}$ para «casa» fue traducida en el semítico *bêth* (o análogo) y se convirtió en el nombre de la letra; y, finalmente, el signo *bêth* recibió el valor *b* con arreglo al principio acrofónico. La derivación de la escritura semítica del egipcio recibió algún apoyo debido a la prueba aportada por varios especialistas de que tanto el «alfabeto» egipcio como el semítico son idénticos en cuanto a la «avocalidad» (ausencia de vocales) de sus signos[30]. El que fuera necesario probar esta evidente identidad, sólo demuestra lo deslumbrados que se hallaban los especialistas con la supuesta importancia de las comparaciones formales, olvidando por entero la evidencia del valor estructural interno. La teoría egipcia cobró un nuevo impulso con el descubrimiento de las inscripciones proto-sinaíticas escritas por semitas que habitaban un territorio regido por Egipto, hecho que podría fácilmente interpretarse como que los signos proto-sinaíticos consti-

[30] Heinrich Schäfer, «Die Vokallosigkeit des 'phönizischen' Alphabets», *Zeitschrift für ägyptische Sprache*, LII (1914), 95-98.

tuían el tan buscado «eslabón perdido» entre el egipcio y las formas semíticas posteriores[31].

Así estaban las cosas hasta hace unos quince años cuando los orígenes de la escritura semítica comenzaron a ser investigados por un grupo de especialistas con una concepción diferente del problema. Su idea básica era que, en el estudio de los distintos sistemas de escritura, se concedía una importancia excesiva a la comparación formal de los signos, a costa de las características estructurales internas. Esta concepción no era nueva por completo. Ya durante la Primera Guerra Mundial y algo después, tanto A. Hertz[32], como C. F. Lehmann-Haupt[33] expresaron esta idea y aportaron testimonios sacados de diferentes escrituras formadas por primitivos que mostraban formas de signos inventados libremente, pero con características estructurales internas que podían haberse desarrollado tan sólo bajo el estímulo y la influencia de los hombres blancos. Pero hasta recientemente, gracias a una serie de trabajos de Johannes Friedrich[34], René Dussaud[35] y Hans Bauer[36], no se ha comenzado a prestar atención a la nueva teoría[37]. De éstos, los más pertinentes al problema de los orígenes de la escritura semítica es la clara y

---

[31] Esta teoría se encuentra representada mejor en Martin Sprengling, *The Alphabet* (Chicago, 1931).

[32] «Ein Beitrag zur Entwicklung der Schrift», *Archiv für die Gesamte Psychologie*, XXXVI (1917), 359-390; *idem*, «Die Entstehung der Sinaischrift und des phönizischen Alphabets», *Journal of the Society of Oriental Research*, XII (1928), 131-145; *idem*, «Les débuts de l'écriture», *Revue archéologique*, Serie VI, Tomo IV (1934), páginas 109-134.

[33] «Zur Herkunft des Alphabets», *Zeitschrift der Deutschen Morgenländischen Gesellschaft*, LXXIII (1919), 51-79.

[34] «Einige Kapitel aus der inneren Geschichte der Schrift», *Archiv für Schreib- und Buchwesen*, n. F. II (1935), 8-18; *idem*, «Schriftgeschichtliche Betrachtungen», *Zeitschrift der Deutschen Morgenländischen Gesellschaft*, XCI (1937), 319-342; *idem*, «Zu einigen Schrifterfindungen der neuesten Zeit», *op. cit.*, XCII (1938), 183-218; *idem*, «Noch eine moderne Parallele zu den alten Schrifterfindungen», *op. cit.*, XCV (1941), 374-414.

[35] «L'origine de l'alphabet et son évolution première d'après les découvertes de Byblos», *Syria*, XXV (1946-48), 36-52, y anteriormente en *Syria*, XI (1930), 185 y sigs., y XIX (1938), 88 y sigs.

[36] *Der Ursprung des Alphabets* (*Der Alte Orient*, XXXVI, 1-2; Leipzig, 1937).

[37] Cf. también Vittore Pisani, «Origini dell'alfabeto», *Annali della R. Scuola Normale Superiore di Pisa. Lettere, Storia e Filosofia*, serie II, vol. V (1936), 261-311.

lógica exposición en la obra póstuma de Bauer, que servirá de base al análisis que sigue. Constituye una triste indicación de la actitud conservadora de algunos orientalistas el hecho de que de una docena de artículos publicados en los Estados Unidos en los últimos años acerca del tema de los orígenes de la escritura semítica, ni uno siquiera se refiera a la nueva concepción revolucionaria.

Se ha afirmado antes que el principio fundamental de la escuela tradicional de investigadores de los orígenes de la escritura semítica es que la escritura semítica clásica (desde Aḥīrâm en adelante) se compone de cierto número de signos, todos tomados en cuanto a la forma de algún otro sistema de escritura. Debe tenerse presente que aun cuando el egipcio parezca ser el favorito entre los sistemas orientales, no existe acuerdo acerca de qué formas de egipcio —jeroglífico, hierático o demótico— debe ser considerado como modelo de las formas semíticas. Incluso si pudiera limitarse el problema por la elección unánime de una de estas formas —digamos, el jeroglífico— aún quedaría el problema acerca de cuáles, entre los cientos de signos jeroglíficos, habían de servir de base para derivar los 22 signos semíticos. Es claro, por lo tanto, que todas las derivaciones de los signos semíticos de cualquier escritura oriental, o de alguna forma del egipcio o de cualquier grupo de signos dentro de una de estas formas, ofrecen tantas inconsecuencias, como para impedir la aceptación general de cualquiera de ellas. Compárese la derivación, evidente y aceptada por todos, de las formas del alfabeto griego, de la escritura semítica; de la escritura cuneiforme hurrita, de la cuneiforme mesopotámica; del silabario japonés, del chino; o incluso del silabario chipriota, del cretense. Hace muchos años observé que siempre que se producía una discusión prolongada sobre la historia de la escritura, entrañando docenas de opiniones contrarias sobre la derivación formal de cierto sistema, la suposición básica se hacía sospechosa. O bien debe limitarse la discusión porque la derivación es sencilla y aceptada generalmente, como en el caso de la derivación de la escritura griega de alguna forma de la semítica, o bien el atender a muchas opiniones diferentes sólo sirve para probar que no existe la interpretación correcta de una deri-

---

idem, recens. de Diringer, *L'alfabeto nella storia della civiltà*, *op. cit.*, VI (1937), 371-376.

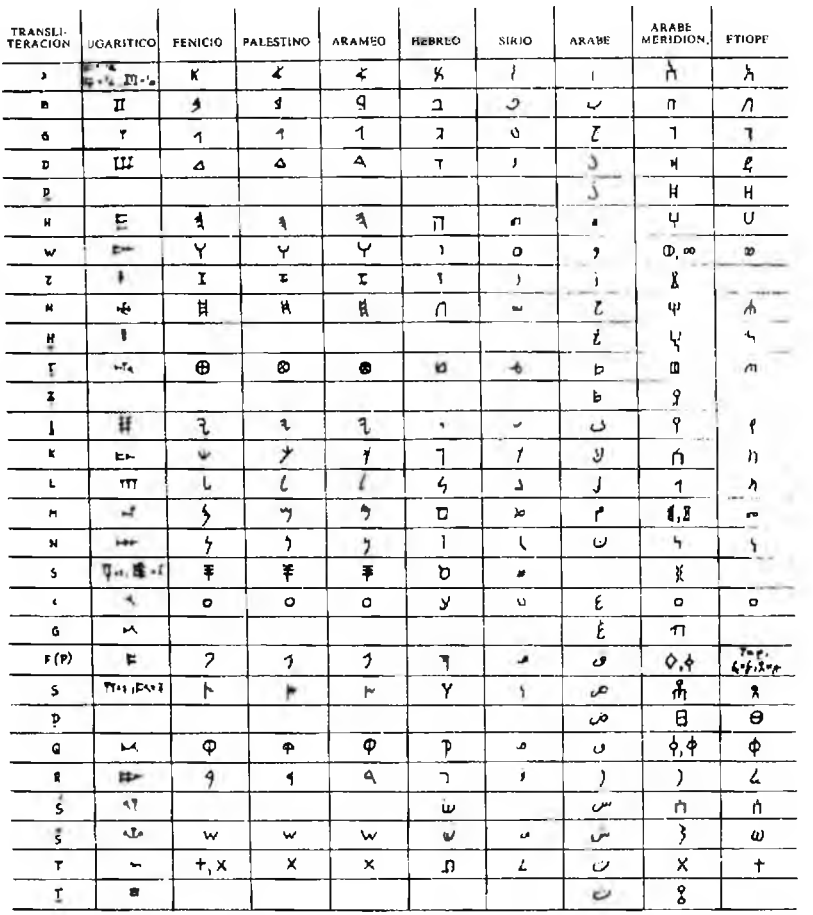


Figura 75. Cuadro comparativo de las escrituras semíticas más importantes

vación formal, como es el caso de las runas germánicas. De esta forma, llegué a la conclusión de que cuando no hay conformidad en cuanto a la derivación formal de un sistema, los signos generalmente no están tomados del exterior, sino que han sido inventados. Las siguientes pruebas demostrarán lo bien fundadas que se encontraban tales dudas en el caso de la escritura semítica.

Se dice que los signos de la escritura fenicia arcaica representaron originariamente pinturas: el signo *'āleph* se supone que representa la forma de una cabeza de buey, el signo *bêth*, la de una casa, y así sucesivamente. Pero de nuevo, como en el caso de la elección de los signos egipcios, no existe acuerdo entre los especialistas en cuanto a qué dibujo se supone que represente cada signo[38]. Para información de los profanos debe señalarse que los especialistas no interpretan el signo *'āleph* como una cabeza de buey porque este signo se parezca a ella, sino solamente porque su nombre, *'āleph*, significa «buey» en las lenguas semíticas, lo que hace suponer que el signo describía el animal. Ninguno de los signos semíticos fue dibujado de forma que revelase inmediatamente su carácter

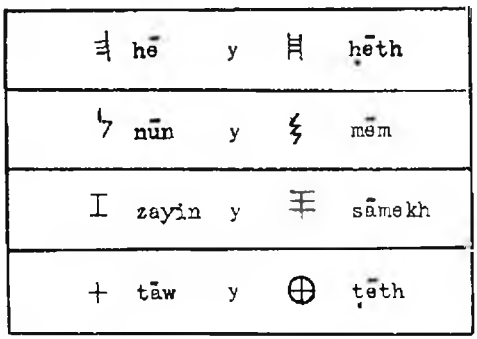


Figura 76. Diferenciación formal en algunos signos semíticos occidentales

pictórico. Las considerables dificultades en la interpretación de los signos como dibujos quedarán patentes con el examen de unos cuantos ejemplos. Algunos signos, como *hē*, *ḥēth*, *ṭēth*, *ṣādhē*, ostentan nombres que no pueden ser explicados mediante ninguna de las lenguas semíticas. Otros nombres como *gīmel*, *lāmedh*, *sāmekh*, *qōph*, que existen en las lenguas semíticas no pueden interpretarse fácilmente como palabras adecuadas a los dibujos de los signos. Unos pocos signos al parecer ostentaron más de un nombre en

[38] Cf. la larga discusión en G. R. Driver, *Semitic Writing* (Londres, 1948), págs. 152-171.

diferentes períodos o países. Por ejemplo, el signo que en cananeo lleva el nombre *nūn*, «pez» (a lo cual no se parece nada), se llama *naḥāš*, «serpiente», en etíope. Además, se ha sugerido que el signo *zayin*, «arma»? tuvo en origen el nombre *zayit*, «olivo», a causa del griego *zēta*, igual que el griego *sigma*, parece sugerir algo como *šikm*, «hombro», para el signo llamado generalmente *šīn*, «diente»[39]. No obstante, la mejor prueba de que por lo menos algunos de los signos no representan en origen dibujos, sino que son el resultado de una elección libre y arbitraria, la proporciona el examen de las parejas de signos similares ofrecidas en la figura 76. Lo que muestran estos ejemplos es que los signos *hē* y *ḥēth*, por ejemplo, no comenzaron como dos dibujos independientes, sino que uno de ellos se derivó arbitrariamente de otro con valor análogo, mediante la adición o sustracción de un detalle lineal[40].

Otro punto fundamental alegado en favor del origen egipcio de la escritura semítica, era que los semitas denominaron primero los signos tomados del egipcio y después, siguiendo el principio acrofónico, derivaron de sus nombres los valores de los signos. Esto es tanto como suponer que los semitas nombraron las cosas antes de que tuviesen un significado. Por lo menos, en la historia de la escritura no existen precedentes de una evolución semejante. Al investigar diferentes tipos de escrituras, he observado las siguientes condiciones en cuanto a los nombres de los signos: o bien las formas de los signos, sus valores y sus nombres pasan directamente de un sistema a otro, como en el caso del griego desde el semítico o del

---

[39] Algunos nombres de signos pueden agruparse juntos, sirviendo como prueba de que fueron creados según determinados módulos fonéticos más que de formas pictóricas. Puede citarse el grupo que incluye los nombres *wāw*, *tāw*, e incluso *śāw*, *qāw*, que se encuentran en Isa. 28:9-10 (cf. Driver, *op. cit.*, págs. 89 y sig., 155, 167 y sig., 230).Y el grupo que comprende *ḥēth*, *tēth*, y posiblemente incluso *bēth* (si no *bêth*, «casa») y *zēth* (de acuerdo con el griego *zēta*). La estructura de los nombres de los signos semíticos occidentales con una consonante final nos resulta conocida del georgiano, donde encontramos nombres de letras terminados normal, pero no exclusivamente, en *-n*, como *an*, *ban*, *gan*, *don*, *en*, etc.

[40] Las dificultades relativas a la interpretación de los nombres de los signos semíticos se encuentran ampliamente tratadas en Th. Nöldeke, *Beiträge zur semitischen Sprachwissenschaft* (Estrasburgo, 1904), págs. 124-136, y Mark Lidzbarski, *Ephemeris für semitische Epigraphik*, II (Giessen, 1908), 125-139.

copto desde el griego; o bien formas y valores de los signos están imitados, como hace el latín del griego, o el armenio del arameo, y en unos siguientes les son añadidos los nombres o, en fin, las formas y valores de los signos están inventados y más tarde se les agregan los nombres, como en el caso del glagolitsa eslavo o de las runas germánicas. El último caso es especialmente instructivo para la correcta comprensión de lo que ocurre en la escritura semítica. Los nombres de los signos del alfabeto glagolitsa llamado *azbuki* de acuerdo con las dos primeras letras (*az*, «yo»; *buki*, «letra»; *vedi*, «conocimiento»; *glagol*, «lengua»; *dobro*, «bueno», etc.) y de las runas anglosajonas, llamadas *fūthorc* según las iniciales de los cinco nombres primeros (*feoh*, «dinero»; *ūr*, «uro [bisonte europeo]»; *thorn*, «espina»; *ōs*, «dios»; *rād*, «viaje»; *cēn*, «antorcha», etc.) todos ofrecen una característica común: no existe relación aparente entre las formas de los signos y sus nombres. Merece también observarse el hecho de que los nombres de los signos en el alfabeto anglosajón son a veces diferentes de los del sistema rúnico escandinavo, donde encontramos la tercera letra llamada *thurs*, «gigante», en vez de *thorn*, «espina», la quinta *kaun*, «tumor» en vez de *cēn*, «antorcha», etcétera. La elección de los nombres respectivos es aparentemente tan arbitraria como en nuestro recurso mnemotécnico para enseñar el alfabeto a los niños: «A de ala, B de burro», etc. Igual libertad en la elección se ofrece en los nombres de los signos empleado por el ejército de los Estados Unidos: A de *able*, B de *baker*, C de *Charlie*, etc. [o de los nombres utilizados para deletrear nombres por las operadoras telefónicas].

Si es posible probar que los signos del fenicio arcaico no representan dibujos, entonces resulta inútil hablar de la derivación de los valores de los signos por el llamado «principio acrofónico». Con arreglo a este principio, estos valores se originaron mediante el empleo de la primera parte de una palabra expresada en el signo verbal y rechazando el resto, como si eligiésemos, por ejemplo, la representación de una casa para representar la *c* porque «casa» empieza con esa letra. Hemos visto que, por lo menos en el caso de las escrituras mesopotámica y egipcia, el principio de acrofonía no tiene aplicación como sistema e incluso su utilización esporádica en otras escrituras es notoria por su rareza y dificultad de interpretación (v. págs. 150 y sigs.). En el caso de la escritura semítica, si

FENICIO ARCAICO	BRĀHMĪ	YEZĪDĪ	HUNGARO ARCAICO	COREANO	NUMIDICO	RUNICO ANGLOSAJ.	SOMALI
ʾ							
b							
g		t	i	k	ǰ	l	r
d	e	ǰ		ż			
h			p	je		ae	
w			ž			x	
z	na		ö		Iž, Z j		n
ḥ			z	p	ž	h	h
ṭ			f				
i							
k							
l	u	n		n			l
m							
n	ḍa		ü		j	(s)	m
s			d'	jā			
ʿ	tha	h	l'	n	r		d
p	kha		n		m		
ṣ							
q	ṭha					(j)	
r		i	a			w	i
š	gha	s			ž		b
t	ka	s	d		t	j	

Figura 77. Comparación formal de signos de escritura semítica occidental con siete escrituras diferentes

los signos no representan originariamente imágenes con valores logográficos, resulta imposible, por supuesto, sostener que los valores silábicos o alfabéticos se derivan por el principio acrofónico (o cualquier otro) de unos valores logográficos que no existieron.

Una vez que hemos mostrado la poca consistencia de la teoría

tradicional, aun de aceptación general, que hace derivar las formas de la escritura semítica de la egipcia, trataremos de presentar la solución propuesta por la nueva teoría citada en la página 182 y siguientes. Con objeto de comprender mejor el origen de la escritura semítica desde el aspecto formal, debemos examinar antes las diversas posibilidades en varias escrituras aparte del grupo semítico:

1) Las formas de los signos y sus valores están tomadas prestadas, como en el caso del griego, que lo está del fenicio.

2) Las formas son prestadas, pero los valores asignados están, en parte, copiados; en parte, inventados, como lo está el meroítico del egipcio.

3) Las formas y valores están tomados en parte, en parte inventados, como el árabe meridional, que lo hace de alguna escritura semítica septentrional.

4) Las formas están prestadas, pero los valores dados a los signos son nuevos, como en el caso de las escrituras sauk o fox y como normalmente, por supuesto, en criptografía en la llamada «cifra de sustitución».

5) Las formas están prestadas en parte, en parte inventadas, con nuevos valores como ocurre, por ejemplo, en el caso de la escritura cherokee, formada principalmente sobre las formas del alfabeto latino.

6) Las formas están inventadas con valores nuevos, como ocurre en gran número de escrituras, como balti, brāhmī, celtíbero, coreano, glagolitsa, húngaro, numidico, ogham, rúnico, yezīdī, y muchas otras creadas modernamente, en especial en sociedades primitivas (v. págs. 265 y sigs.).

Después de lo dicho en páginas anteriores, no es necesario discutir la posibilidad de que las formas de la escritura semítica hayan sido tomadas de otro sistema. Las semejanzas formales entre la escritura semítica y otras, presentadas por diversos especialistas, puede que sean sólo obra del azar. La figura 77 demuestra qué engañosos resultados pueden resultar de la comparación acrítica de signos. En ella se hace la comparación formal de los signos de la escritura semítica con los de otras siete escrituras diferentes, elegidos al azar entre aquellos que se supone usaron signos inventados.

Aunque no puede probarse una derivación común de ninguno de los ocho sistemas incluidos, todos contienen signos que, o son

Figura 78. Extracto de una escritura inventada por un niño de escuela

De H. Bauer en *Der Alte Orient*, XXXVI, 1/2 (1937), 36

totalmente idénticos, o muestran grandes semejanzas entre sí. La razón para esto es bastante clara. Aunque en teoría el número de formas lineales que pueden ser utilizadas como signos es ilimitado, en la práctica se eligen, por lo general, formas simples de líneas rectas, triángulos, cuadrados y círculos, ya que éstos pueden aprenderse y recordarse con facilidad por los que utilizan el sistema. El número de estas formas geométricas es bastante limitado. Por ejemplo, Petrie incluyó solamente unas sesenta formas descubiertas por él como marcas o signos en diversos sistemas prehistóricos e históricos en regiones en torno a la cuenca del Mediterráneo[41].

Podemos completar estas observaciones ofreciendo en la figura 78 un fragmento de una escritura inventada por un colegial con el fin de comunicarse secretamente[42]. Las formas de los signos geométricos en algunos casos se parecen asombrosamente a los de la escritura semítica, aunque nadie se haya atrevido a sugerir que el niño tuviese el mínimo conocimiento de la epigrafía semítica. Análogas conclusiones pueden deducirse del experimento del que informa el especialista holandés Johannes de Groot[43]. Una niña de nueve años, a la que se pidió que compusiese un alfabeto original, formó 26 signos, de los que 7 correspondían exactamente a los de la escritura fenicia, mientras que otros se parecían a formas sinaíticas, cretenses y chipriotas.

Tras haber eliminado la teoría de la derivación extranjera de los signos semíticos e inclinarnos por la invención original, nos encon-

---

[41] W. M. Flinders Petrie, *The Formation of the Alphabet* (Londres, 1912), pls. II-IV.

[42] Según Hans Bauer en *Der Alte Orient*, XXXVI, 1/2, pág. 36.

[43] En *Nieuwe Theologische Studiën*, XIV (1931), 137 y sig.

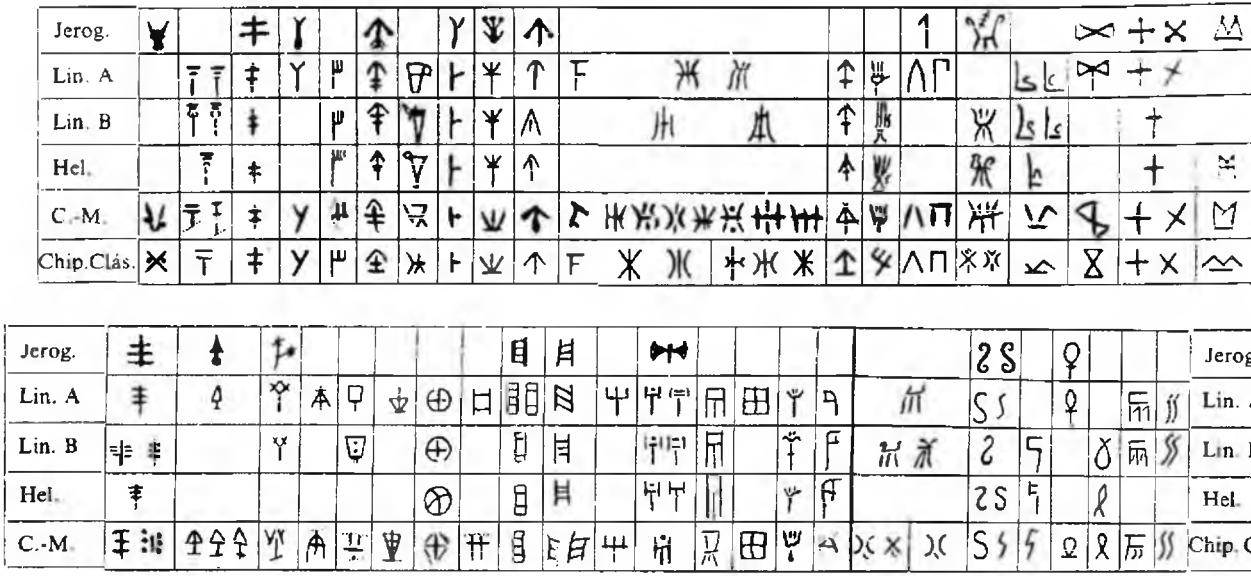


Figura 79. Caracteres chipro-minoicos con paralelos minoicos y chipriotas clásicos
De J. F. Daniel en *American Journal of Archaeology*, XLV (1941), 254 y 286

tramos aún ante el problema de determinar qué formas —lineales o pictóricas— se encuentran en la base del signario semítico. Las formas, según aparecen en el signario semítico comenzando con Ahīrâm, son claramente lineales. ¿Pero fueron lineales cuando se introdujeron originariamente por los creadores de este signario? ¿O son estas formas lineales más bien el resultado de un desarrollo de unas formas pictóricas en origen? Lo más que podemos decir es que, por una parte, de la figura 76 se deduce claramente que por lo menos algunos de los signos del signario semítico proceden, no de dibujos, sino de formas lineales. En apoyo del origen lineal, pueden citarse paralelos en varias escrituras citadas bajo el núm. 6 en la página 190. Por otra parte, debemos tener en cuenta los diversos sistemas proto-semíticos en el Sinaí y en Palestina, fechados en el período anterior de la escritura Ahīrâm, que emplea en gran medida formas pictóricas como signos. El que los dibujos puedan, con el transcurso del tiempo, desarrollarse en formas lineales es algo perfectamente normal en todos los sistemas de escritura. ¿Pero existe alguna conexión en el aspecto formal entre los signarios proto-semíticos de Sinaí y Palestina y el signario semítico de Ahīrâm y sus descendientes? Se trata de una pregunta que no puede ser contestada de forma convincente, debido a la falta de material comparativo. Mi opinión es que a mediados del segundo milenio a. C. varias escrituras, empleando bien formas pictóricas o lineales, se originaron en el área semítica. No se excluye por completo que, debido a la mutua influencia, tanto formas pictóricas como lineales puedan haber sido usadas en algunos de los sistemas.

El problema en conjunto del aspecto formal de las escrituras proto-semíticas y semíticas resulta de importancia secundaria en comparación con el del origen de la estructura interna de estas escrituras. Por diferentes que aparezcan en la forma exterior, todas estas escrituras son idénticas en su característica estructural interna más importante: todas consisten en un número limitado de signos (22-30), cada uno de los cuales expresa la consonante exacta, pero no indica la vocal. En la lectura generalmente aceptada de *B'lt* en las estelas proto-sinaíticas, de *Bl'* en un casco proto-palestino procedente de Tell el-hesī, o de *mlk* en el sarcófago de Ahīrâm, se hace patente esta característica. Se trata de un sistema de escritura llamado normalmente «alfabético», pero que, como intentaremos

demostrar en las siguientes páginas, es en realidad un sistema silábico.

La primera pregunta sería: ¿De dónde tomaron los semitas la idea de utilizar signos que indicasen las consonantes pero no las vocales? La contestación es fácil. De los tres principales grupos de escrituras del Oriente Medio que pueden considerarse —es decir, el cuneiforme mesopotámico, el egeo y el egipcio— tan sólo la última es idéntica con la escritura semítica en su omisión de especificar las vocales. Partiendo del complicado sistema egipcio, compuesto por cientos de signos léxicos y otros fonéticos de una a tres consonantes, los semitas desarrollaron un sencillo sistema de su invención, suprimiendo todos los signos léxicos y los fonéticos con dos o más consonantes y reteniendo solamente los de una consonante. De esta forma, los 24 signos simples de la escritura egipcia son idénticos en estructura interna a los 22-30 signos de las diversas escrituras semíticas. La razón de que los semitas eligiesen el sistema egipcio como patrón para su escritura con preferencia al cuneiforme o al egeo, puede que no fuese debido enteramente a los estrechos vínculos culturales y comerciales que existían en el segundo milenio a. C. entre Siria y Palestina por un lado y Egipto por el otro. La razón principal puede ser más bien el hecho de que el prototipo de la escritura egipcia fuese considerado más apropiado para la expresión de las lenguas semíticas que el de otras escrituras orientales. No debemos olvidar que el egipcio pertenece a los idiomas hamíticos, que en el sentido más amplio debe ser considerado una subdivisión del grupo de lenguas proto-semíticas.

Una vez que la identidad de los sistemas egipcio y semítico ha sido establecida sin lugar a dudas, resulta inevitable la conclusión de que, o representan alfabetos, como suele aceptarse, o silabarios, como proponemos aquí. Por lo tanto, todas las pruebas aducidas anteriormente en favor del carácter silábico de la escritura egipcia (v. págs. 109 y sig.) pueden ser empleadas para la escritura semítica; y viceversa, cuantas pruebas puedan hallarse en apoyo del carácter silábico de la escritura semítica, deben servir para la anterior conclusión respecto a la egipcia.

No ha de sorprender que los especialistas consideren los sistemas egipcio y semítico como alfabeto o auténticas escrituras consonánticas. Si se observa en cualquier alfabeto semítico moderno la es-

critura, por ejemplo, de *ba*, por medio del signo *bêth*, más un diacrítico, parece natural considerar el signo *bêth* como la consonante *b* y el signo diacrítico como la vocal *a*. El resultado de este análisis de los modernos alfabetos semíticos, por lo tanto, es construir las escrituras semíticas más antiguas, que no utilizan signos diacríticos para indicar las vocales, como exclusivamente consonánticas. Lo que no parece habérseles ocurrido a los especialistas es la posibilidad de que los modernos alfabetos semíticos puedan no ser idénticos en su estructura a sus antecesores semíticos y egipcios.

Si las vocales se dejan por lo general sin indicación en las escrituras semíticas más antiguas, existen además casos en los que la calidad de la vocal está expresada por medio de las llamadas consonantes «débiles». Esto es lo que generalmente se llama *scriptio plena* o escritura *plene*, que será analizada detalladamente más adelante (v. págs. 218 y sigs.). En esta escritura la sílaba *za*, por ejemplo, puede escribirse con *zayin* más *'āleph*, igual que la sílaba *ti*, puede ser escrita con *tāw* más *yodh*. Los especialistas que creen en el carácter consonántico de la escritura semítica, no dudan en transliterar los dos signos básicos de los ejemplos anteriores como las consonantes *z* y *t*, respectivamente. Lo que no observan, sin embargo, es el hecho de que la *scriptio plena* no está limitada a las escrituras semíticas, sino que ocurre también en muchos otros sistemas, clara y rotundamente silábicos. Nos hemos referido antes a un corto número de signos en el cuneiforme mesopotámico que expresan una consonante sin indicar la vocal y, por lo tanto, son estructuralmente idénticos con el egipcio y semítico normales (v. páginas 104 y 113 y sig.). Entre estos signos figura, por ejemplo, uno que contiene *w* más cualquier vocal. Este signo no se translitera como *w*, como sería normalmente en egipcio o semítico, sino como *wa*, *wi*, *we*, *wu*, dependiendo de la situación lingüística. Esta discrepancia aparece incluso con mayor claridad en casos en los que un signo que contiene una vocal está agregado al signo *wa*, *wi*, *we*, *wu* para expresar la vocal correcta, como, por ejemplo, en la grafía de *wa-a*, para *wa*, *wi-i*, para *wi*, etc., que es corriente encontrar en textos haticos, hurritas y palaicos procedentes de Boğazköy (pág. 224). Análogamente, en las transliteraciones de *ia-a* por *ya* o de *iu-u* por *yu*, etc., que ocurren en el cuneiforme mesopotámico, se admite generalmente que el signo cuneiforme es *ia*, *ii*, *ie*, *iu* y no la combi-

nante y sólo. La razón de esta discrepancia es clara. Las escrituras cuneiformes son silábicas; por lo tanto, los signos de referencia no pueden ser transliterados de otra forma que *wa*, *wi*, *we*, *wu* o *ui*, *u*, *ie*, *iu*, respectivamente. Las escrituras semíticas se supone que son alfabéticas; por lo tanto, los signos de estructura idéntica se transliteran como consonantes *w* o *y* solamente. Es evidente la incongruencia de transcripción semejante desde el punto de vista de la teoría de la escritura. Puesto que todos los ejemplos examinados anteriormente en las escrituras semíticas y cuneiforme son idénticas en estructura, las transcripciones respectivas deben ser idénticas, es decir, o silábicas o alfabéticas. Como la escritura cuneiforme es decididamente silábica, la conclusión resultante es que las grafías semíticas idénticas deben ser también consideradas como silábicas y no alfabéticas.

Otro dato en favor del carácter silábico del llamado «alfabeto» semítico se deduce de la investigación de la escritura *shewa*. Cuando, bajo el influjo griego, los semitas introdujeron un sistema vocálico en su escritura, no solamente crearon algunos signos diacríticos para las vocales largas, como *a*, *i*, *e*, *o*, *u*, sino también un signo llamado *shewa*, el cual, al añadirse a un signo, lo caracteriza como una consonante aislada o como una consonante más la vocal *ĕ* muy corta (introducida debido a dificultades al pronunciar grupos consonánticos). Si los signos semíticos fueron consonánticos en origen —como suele afirmarse— no habría habido razón para el signo *shewa*. El hecho de que los semitas sintieran la necesidad de crear un signo que mostrase la ausencia de la vocal, significa que cada signo representó originariamente para ellos una sílaba entera, es decir, una consonante más una vocal.

Conclusiones aún más importantes pueden deducirse de las escrituras etíope e india. La escritura etíope es resultado de la evolución formal de la árabe meridional (v. fig. 75) y ambas son formalmente idénticas a las escrituras semíticas septentrionales. Cuando, en los primeros siglos de nuestra era, los etíopes decidieron introducir en su escritura un sistema de anotación vocálica, inventaron no solamente signos especiales para las vocales largas, *ā*, *ī*, *ē*, *ū*, *ō*, sino también uno para el *shewa*, como en el semítico septentrional. La característica más importante es, sin embargo, que el signo básico, sin signos vocálicos, expresaba, no la consonante aislada,

sino una sílaba compuesta de una consonante más la vocal larga *a*![44]. Si la escritura semítica hubiera sido consonántica en origen, lo lógico sería que el signo básico, sin ninguna otra indicación, expresase la consonante aislada y que se hubiera inventado un signo especial para la consonante más la vocal *a*[45]. La situación en los sistemas índicos es casi idéntica: existen signos especiales para las vocales individuales, un signo indica la ausencia de vocal, pero la sílaba compuesta por una consonante más la vocal *a* está representada por el signo básico sin ningún signo adicional. La gran similaridad, o incluso identidad, entre los sistemas etíope e índico, se debe al hecho de que estructuralmente, si no formalmente, las diferentes escrituras índicas se derivan del modelo semítico (v. págs. 243 y sigs.).

Del hecho de que en las escrituras india y etíope una consonante más una vocal *a* está representada por el signo básico sin ningún otro, puede sacarse una nueva conclusión, a saber: que en algunas escrituras semíticas el valor básico o, más bien, primero, de todos los signos fue una consonante más la vocal *a*. El valor básico de una consonante más la vocal *a* evolucionó en algunos sistemas hacia auténticos nombres de signos, como, por ejemplo, en indio. Los nombres de los signos en la escritura árabe son resultado de una mezcla de dos sistemas: algunos nombres árabes, como *'alif*, *ǧīm*, *dāl*, *ḏāl*, *kāf*, *lām*, etc., están tomados evidentemente de la escritura semítica septentrional, mientras que otros, como *bā*, *hā*, *zā*, *ḥā*, *ḫā*, *ṭā*, etc., pueden ser prueba de la existencia en algunas escrituras semíticas de un sistema en el que los nombres de los signos tuvieron su origen en sus primeros valores, es decir, de una consonante más la vocal *a*. Sin embargo, esta reconstrucción perdería mucho valor si se probase que los nombres árabes del tipo *bā*, *hā*, son

[44] Cf. la discusión de S. Yeivin en *Archiv Orientální*, IV (1932), 77, y A. Poebel, *Studies in Akkadian Grammar* (Chicago, 1939), págs. 62 y sig.

[45] La opinión de Wolf Leslau expresada en *Word*, XI (1955), 281 y sig., de que el inventor del sistema vocálico etíope tuvo en cuenta como básica la vocal *a*, debido a su frecuente empleo en el idioma, pierde su fuerza si se aplica la estadística: al contar las frecuencias en cuatro pasajes en G. Bergsträsser, *Einführung in die semitischen Sprachen* (Munich, 1928), págs. 104 y sigs., encontramos que los signos silábicos que contienen *a* suman 126, mientras que los que ostentan el signo *shewa* ascienden a 139.

innovaciones posteriores, como los modernos nombres etíopes *hā*, *lā*, etc., empleados en vez de los más antiguos *hōi*, *lawe*, etc.[46].

Los diversos nombres del signo indicador de la ausencia de la vocal, proporcionan una prueba, adicional aunque importante, en favor del carácter originalmente silábico de las escrituras semíticas y sus derivadas. Por ejemplo, el moderno nombre hebreo *shewa* deriva de la palabra *šāw'* 'nada', mientras la denominación hebrea más antigua *ḥiṭpā* se remonta a la raíz *ḥṭp* que significa 'quitar'. El término árabe correspondiente al hebreo *shewa* es, o *sukūn* de la raíz *skn* 'estar tranquilo, sin movimiento', o *ǧezma*, de *ǧzm* 'cortar'. La palabra siria *marḥᵉṭānā*, de la raíz *rḥt* 'correr', se emplea no solamente para indicar la ausencia de la vocal, sino a veces hasta la de una constante que ha desaparecido del uso hablado, como, por ejemplo, en la grafía de *mᵉdīttā* para la más antigua *mᵉdīntā* (con un rasgo *marḥᵉṭānā* sobre el signo *n*). Finalmente, la derivación de la palabra sánscrita *virāma* de la raíz *ram* 'parar, descansar', ofrece un estrecho paralelo con el árabe *sukūn*[47]. Las consecuencias que pueden deducirse, por lo menos en el caso de los nombres basados en las raíces *ḥṭp* y *ǧzm*, son, por lo tanto, que el signo *shewa* se emplea para indicar la eliminación del valor vocálico de un signo básicamente silábico. Los nombres basados en la raíz que significa «descansar» pueden análogamente interpretarse como indicación del descanso, es decir, la falta de pronunciación, de una vocal inherente.

A la pregunta de si existe prueba de la teoría aquí propuesta en otras escrituras aparte de las semíticas occidentales, no puede contestarse terminantemente. Quizá el siguiente análisis contribuya a proporcionar alguna luz sobre el problema. Desde hace tiempo se ha observado que los textos asirios y babilonios tardíos emplean con frecuencia grafías anómalas con vocales interpoladas entre con-

---

[46] Enno Littmann en *Nachrichten von der K. Gesellschaft der Wissenschaften zu Göttingen*, Philos.-hist. Kl., 1917, pág. 677. Edward Ullendorff, «Studies in the Ethiopic Syllabary», *Africa*, XXI (1951), 207-217, sostiene que los nombres etíopes *hā*, *lā*, etc., fueron autóctonos en la lengua, mientras el tipo *hōi*, *lāwī* fue probablemente tomado después del hebreo.

[47] Obsérvese también que el signo para *sukūn* se deriva formalmente del número cero.

sonantes como, por ejemplo, *na-ta-ku-lu* por *natkulū*, *a-pa-ta-laḫ* por *aptalaḫ*, *li-qi-bi* por *liqbī*, *i-ḫu-bu-tu* por *iḫbutu*[48]. De especial importancia es la aparición, sumamente frecuente en este período, de grafías con una vocal no funcional después de una consonante final de palabra, como, por ejemplo, en *ba-la-ṭa* por *balāṭ*, *a-ra-ku por arāk*, *na-di-na* por *nādin*, *ku-ú-mu* por *kūm*[49]. Sigurd Ylvisaker[50] y Thorkild Jacobsen[51] han intentado explicar las interpolaciones como vocales anaptícticas introducidas entre dos consonantes cualquiera como resultado de dificultades al pronunciar grupos consonánticos. Teóricamente, por lo menos, no puede existir seria objeción contra el desarrollo de la anaptixis en el asirio-babilónico tardío, puesto que este fenómeno se encuentra en muchos idiomas, como, por ejemplo, en el inglés dialectal *elom* por *elm* ['olmo']. Pero aún admitiendo la anaptixis como la correcta interpretación de estas vocales interpoladas, el problema de las grafías con vocales finales queda sin resolver. En mi opinión, el problema de las vocales interpoladas entre dos consonantes y el de las vocales añadidas al final de palabra, no deben ser tratados separadamente, sino como un problema único. La razón principal para esto es el hecho de que ambos fenómenos parecen haber hecho su aparición al mismo tiempo en el período tardío del asirio-babilónico. Por lo tanto, parece que si el problema de las vocales finales no puede ser explicado sobre base fonética, debe abandonarse igualmente la explicación fonética de las vocales interpoladas. En consecuencia, si la interpretación de los dos fenómenos aquí discutidos no puede apoyarse en argumentos fonéticos, la única otra posibilidad es la interpretación sobre una base gráfica[52]. Pero, de nuevo, no hay nada en el sistema cuneiforme de escritura que favorezca semejante interpretación. La escritura cuneiforme es por completo capaz de

---

[48] Sigurd C. Ylvisaker, *Zur babylonischen und assyrischen Grammatik* (Leipzig, 1912), págs. 15 y sig.

[49] *Op. cit.*, pág. 13, y James Philip Hyatt, *The Treatment of Final Vowels in Early Neo-Babylonian* (New Haven, 1941), pág. 20.

[50] *Op. cit.*, pág. 15.

[51] En su recensión del libro de Hyatt publicado en *Classical Weekly*, XXXVI (1942), 100 y sig.

[52] Cf. la discusión en Poebel, *op. cit.*, págs. 61 y sig.

expresar palabras como *natkulū* o *balāṭ* como *na-at-ku-lu* o *ba-la-aṭ*, respectivamente, dejando sin explicación alguna la existencia de grafías demostradas como *na-ta-ku-lu* o *ba-la-ṭa*. Pero debemos recordar que la escritura cuneiforme no fue la única empleada en Mesopotamia en el período asirio-babilónico tardío. Fue la época en que la influencia aramea comenzó a predominar en extensas regiones del Oriente Medio. La importancia de este influjo especialmente en Mesopotamia, está perfectamente demostrada por las numerosas inscripciones arameas descubiertas, tanto en Asiria como en Babilonia, que prueban claramente que el país era en aquel tiempo bilingual y biscriptural. Por lo tanto, si consideramos que la escritura aramea, como otras escrituras semíticas, consiste en un sistema de signos silábicos, cada uno de los cuales expresa una consonante más una vocal cualquiera, nos será posible explicar las grafías cuneiformes anómalas analizadas antes simplemente como un reflejo del sistema arameo[53].

Cuando sostengo el carácter silábico de las escrituras semíticas, no me encuentro en una posición aislada. Hace años Franz Praetorius, al comparar la escritura cananea con el silabario chipriota, se vio obligado a aceptar la conclusión de que también el primero era un silabario[54]. Otro especialista, por razones no del todo claras, emplea el término «silabario fenicio»[55]. S. Yeivin, en un breve pero sugerente artículo, identificó como silabarios las escrituras egipcia y semítica occidental[56]. David Diringer menciona la opinión de unos especialistas que creen que el alfabeto semítico no puede ser considerado como un auténtico alfabeto porque no posee vo-

---

[53] Para argumentos adicionales en favor del carácter silábico de la escritura semítica occidental, basados en pruebas recogidas de las escrituras íbera, etrusca y griega primitiva, ver Gelb, «New Evidence in Favor of the West Semitic Writing», *Bibliotheca Orientalis*, XV (1958), 2-7, esp. págs. 4-6. En cuanto a la prueba del ugarítico en relación al tema ver *op. cit.*, págs. 6 y sig., y William W. Hallo, «Isaiah 28:9-13 and the Ugaritic Abecedaries», *Journal of Biblical Literature*, LXXVII (1958), 324-338.

[54] Franz Praetorius, *Über den Ursprung des kanaanäischen Alphabets* (Berlín, 1906), págs. 1 y sigs.

[55] A. Seidel, *Sprachlaut und Schrift* (Viena y Leipzig, 1920), págs. 130 y 133.

[56] «The Sign ʾ and the True Nature of the Early Alphabets», *Archiv Orientální*, IV (1932), 71-78.

cales[57]. De importancia es la opinión de Eduard Schwyzer, quien interpretó el valor, silábico y más antiguo de *he* (además de *h*) del griego *ēta*, «als Rest der silbischen Geltung im phönikischen Alphabet»[58]. También debe mencionarse aquí la opinión del profesor Arno Poebel de la Universidad de Chicago, que considera la escritura semítica como un silabario y no como un alfabeto, tomando como prueba el carácter de la escritura etíope (v. págs. 196 y sigs.) y las vocales interpoladas del acadio (v. pág. 197 y sig.)[59]. Sin embargo, el profesor Poebel nunca pensó que la escritura egipcia fuese silábica, ni pretendió incluir esta interpretación en una historia general de la escritura.

Sólo después de haber redactado este análisis, un alumno mío me informó acerca de una observación hecha en el reciente libro de Edgar H. Sturtevant[60], por el que tuve conocimiento de que también el famoso especialista danés Holger Pedersen, creía que tanto la escritura egipcia como la semítica eran silábicas[61]. Lo interesante de esto es que Pedersen pudo llegar a la solución que tengo por correcta no debido a ninguna prueba específica, sino a causa de una correcta valoración del desarrollo teórico de la escritura. Por supuesto que Pedersen habla aún del «alfabeto semítico» y lo sitúa entre los «sistemas alfabéticos», pero al considerarlo como «una escritura silábica, que más bien nos parece consonántica»[62], expresó una opinión bastante próxima a la que se defiende en este estudio[63].

---

[57] David Diringer en *Antiquity*, XVII (1943), 89.

[58] *Griechische Grammatik*, I (Munich, 1939), 145.

[59] *Studies in Akkadian Grammar* (Chicago, 1939), págs. 61-64.

[60] *An Introduction to Linguistic Science* (New Haven, 1947), pág. 22.

[61] *Linguistic Science in the Nineteenth Century* (Cambridge, 1931), págs. 142 y sigs. y 180 y sigs.

[62] *Op. cit.*, pág. 142.

[63] Además de Praetorius, Seidel, Yeivin, Poebel, Schwyzer, Sturtevant, y Pedersen, citados en las notas anteriores, los siguientes especialistas se han expresado en favor del carácter silábico de la escritura semítica occidental: Roland G. Kent, Donald C. Swanson, Marcel Cohen, Edmond Sollberger, Antoine Meillet, Herbert H. Paper, E. A. Speiser, Paul Kretschmer, y Alfred Schmitt, todos citados en mi artículo en *Bibliotheca Orientalis*, XV (1958), 4; añádase a esta lista también William W. Hallo en *Journal of Biblical Literature*, LXXVII (1958), 324-338, y Elizabeth Bowman en *Journal of Near Eastern Studies*, XIX (1960), 46-48. Para la opinión contraria, véase

Silabarios egeos

Bajo la rúbrica de silabarios egeos incluimos los silabarios chipriota, chipro-minoico, Phaistos y posiblemente el de Byblos, todos ellos originados bajo la influencia, directa o indirecta, de una o varias de las escrituras cretenses. Desde el punto de vista tipológico, la característica principal de los silabarios egeos es la existencia de signos silábicos que expresan una vocal, o una consonante más una vocal.

En numerosos lugares de la isla de Chipre se han descubierto inscripciones en un sistema de escritura que conocemos por «silabario chipriota». Al ser descifrada esta escritura en la segunda mitad del siglo pasado, se descubrió que la mayor parte de las inscripciones estaban escritas en lengua griega, mientras unas pocas lo estaban en el ininteligible idioma autóctono de Chipre. Al comienzo no se sabía nada acerca del origen de esta rara escritura, que claramente carecía de conexiones con el sistema griego ni con el egipcio.

Tiempo después Enkomi, la vieja Salamís, y otros lugares en Chipre revelaron algunas cortas inscripciones en caracteres ilegibles. Estas inscripciones de la Edad de Bronce son fechadas ahora hacia 1500-1150 a. C., considerablemente más antiguas, por lo tanto, que las inscripciones de la Edad de Hierro en silabario chipriota que fue empleado hacia 700 al siglo I a. C. El intervalo relativamente largo entre la escritura de finales de la Edad de Bronce y el comienzo del silabario chipriota, resulta aún difícil de explicar.

Sir Arthur Evans probó, a mi parecer, convincentemente, que estos enigmáticos signos de la Edad de Bronce, que él llamó «chipro-minoicos», están indudablemente emparentados con la escritura cretense[64]. Es más, como la influencia cretense en Chipre se encuentra perfectamente probada en cuanto a este período, concluía que la escritura chipro-minoica era un retoño provinciano del cretense. Evans también probó que los signos del silabario chipriota posterior pueden ser relacionados formalmente con los caracteres

los dos artículos de Stanislaw Segert, «Charakter des westsemitischen Alphabets, eine Entgegnung an Ignace J. Gelb», y «Charakter des westsemitischen Alphabets», *Archiv Orientální*, XXVI (1958), 243 247 y 657-659.

[64] Declarado por última vez en sus *Scripta Minoa*, I (Oxford, 1909), págs. 68-77.

cretenses mediante los signos chipro-minoicos. El problema en bloque fue planteado de nuevo en un trabajo de John Franklin Daniel[65]. Daniel llegó a la conclusión de que se conservan unas 101 inscripciones chipro-minoicas, todas sobre cerámica, con 63 signos diferentes, más 10 signos adicionales para los números. Los vínculos entre la escritura chipro-minoica, por una parte, y la cretense y chipriota tardía, por otra, están representados en la figura 79. La figura 80 muestra tres cortos textos procedentes de Enkomi, que como otras inscripciones chipro-minoicas, se caracterizan por su extrema brevedad (de 1 a 8 signos)[66].

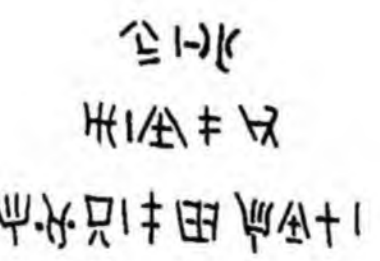


Figura 80. Tres breves textos procedentes de Enkomi (Chipre)

De A. Evans, *The Palace of Minos*, IV (Londres, 1935), 760

El silabario chipriota clásico consiste de 56 signos, cada uno representando una sílaba terminada en vocal (fig. 81). Las consonantes dobles, las vocales largas, las nasales pre-consonánticas,

---

[65] «Prolegomena to the Cypro-Minoan Script», *American Journal of Archaeology*, XLV (1941), 249-282.

[66] Descubrimientos recientes de cortos textos adicionales, así como de grandes tabletas, conteniendo centenares de signos, han aumentado considerablemente nuestro conocimiento de la escritura chipro-minoica. Cf. Olivier Masson, «Nouvelles inscriptions en caractères chypro-minoens» en C. F. A. Schaeffer, *Enkomi Alasia* I (París, 1952), págs. 391-409; Porphyrios Dikaios en *Antiquity*, XXVII (1953), 101 y sigs., 233-237; XXX (1956), 40 y sig.; Claude F. A. Schaeffer, *op. cit.*, XXVIII (1954), 38 y sig. Cf. también el examen de P. Meriggi, «I primi testi cipriominoici», *Athenaeum*, n. s. XXXIV (1956), 3-38, y P. Meriggi, O. Masson, y otros, *Études mycéniennes*, ed. Michel Lejeune (París, 1956), págs. 191-206 y 368-371.

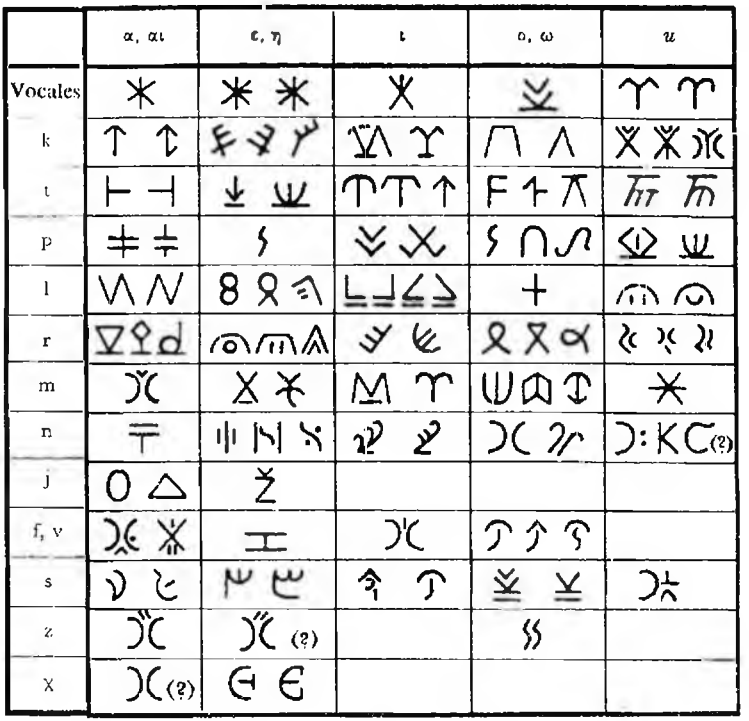


Figura 81. Silabario chipriota

De H. Jensen, *Die Schrift* (Glückstadt y Hamburgo, 1935), pág. 97

y la distinción entre las consonantes sonoras, mudas y aspiradas, no estaban indicadas en la escritura. El silabario fue ideado originariamente para una lengua no helénica y no se prestaba a la expresión del griego, al que más tarde fue adaptado. Las dificultades quedan claras en los siguientes ejemplos: *to-ko-ro-ne* representa τὸν χῶρον; *a-ti-ri-a-se* = ἀνδρίας; *sa-ta-si-ka-ra-te-se* = Στασικράτης; *a-ra-ku-ro* = ἀργύρω; *a-to-ro-po-se* = ἄνθρωπος o ἄτροπος o ἀτροφος o ἄδορπος. Una típica inscripción chipriota se ofrece en la figura 82.

Excepcional por completo es el disco de arcilla procedente de Phaistos en Creta (fig. 83), que sobre datos estratigráficos ha sido atribuido al siglo XVII a. C. Las líneas de la escritura están dispuestas

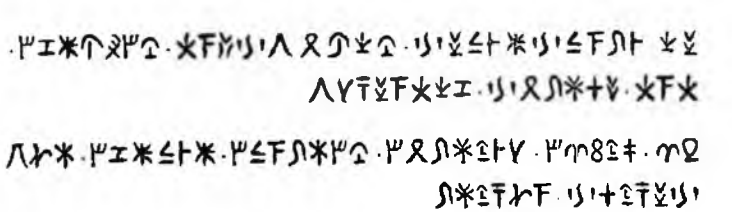


Figura 82. Inscripción chipriota procedente de Edalion
De Fossey, *Notices sur les caracteres étrangers*, pág. 57

en espiral. Como en la mayor parte de las escrituras pictográficas los signos se disponen normalmente hacia el comienzo de la línea, debe suponerse que la escritura empieza en la periferia del disco, no en el centro. Los signos representan imágenes claramente identificables de hombres, animales, objetos de la vida diaria y edificios. Lo peculiar de estas representaciones es que, aunque puedan hallarse ciertas semejanzas entre ellas y los signos cretenses, las formas, en general, son diferentes. Representan sin duda una evolución particular. En el disco se emplean solamente 45 signos diferentes, pero teniendo en cuenta la relativa brevedad de la inscripción, podemos suponer que el sistema completo incluía unos 60. El número de signos empleados y el hecho de que las palabras separadas por líneas verticales consisten de dos a cinco signos, nos hacen suponer que se trata de escritura silábica, de tipo egeo.

Quizá la característica más insólita del disco de Phaistos, es el hecho de que los signos no fueron grabados con un punzón, como podía esperarse en una escritura sobre arcilla, sino con sellos. En el área cultural egea se trata de un ejemplo único de escritura con tipos móviles, aunque pueden encontrarse paralelos en Mesopotamia en el período asirio, muy posterior[67].

Otro sistema que bien pudiera pertenecer al grupo egeo de escrituras silábicas fue descubierto en la ciudad siria de Byblos, donde tantos descubrimientos arqueológicos de importancia han sido hechos en los últimos años. El primer texto de la nueva escritura fue

[67] Otto Schroeder, «Gesetzte assyrische Ziegelstempel», *Zeitschrift für Assyriologie*, XXXIV (1922), 157-161.

hallado en 1929, en forma de una estela fragmentaria de piedra con 10 líneas de escritura (fig. 84). Posteriormente se descubrieron en Byblos 9 inscripciones más, entre las que había dos tabletas de bronce, cuatro espátulas y tres inscripciones en piedra. Todos estos textos han sido publicados por Maurice Dunand[68]. La escritura no ha sido examinada hasta hace poco por el distinguido orientalista francés Edouard Dhorme[69].

[68] *Byblia grammata* (Beirut, 1945), cap. IV.

[69] Cf. *Comptes Rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles Lettres*, 1946, págs. 360-365 y 472-479, y «Dechiffrement des inscriptions pseudo-hiéroglyphiques de Byblos», *Syria*, XXV (1946-1948), 1-35.

Según Dhorme figuran 53 signos diferentes en una inscripción que tiene un total de 217, y 64 signos distintos en otra que contiene un total de 461 signos. Sin embargo, Dunand menciona 114 signos diferentes en la escritura de Byblos[70]. Parece haber aquí una discrepancia, ya que de la existencia de 53 y 64 signos diferentes en dos inscripciones de longitud considerable, no deberíamos esperar que el silabario completo contuviese más que de 80 a 90 signos aproximadamente. En otra parte, Dhorme llama a la escritura de Byblos tanto silábica como alfabética, e incluso insiste en que hay ciertos signos silábicos compuestos por una vocal más una consonante. Todos estos hechos son incompatibles con el tipo de silabarios que conocemos del área egea y nos fuerzan

Figura 83. Disco de Phaistos

De A. J. Evans, *Scripta Minoa*, I (Oxford, 1909), láms. XII y sig.

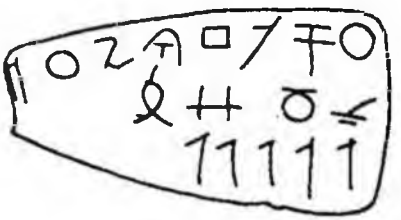


Figura 84. Inscripción de Byblos
De M. Dunand, *Byblia grammata* (Beirut, 1945), pág. 78

a suponer que la escritura de Byblos puede que sea de diferente carácter al de los silabarios egeos, a menos que futuras revisiones y aclaraciones del profesor Dhorme eliminen las dificultades que se oponen a una filiación egea. Se cree que el idioma de las inscripciones de Byblos es semítico y, concretamente, fenicio.

La cronología de las nuevas inscripciones es todavía un problema discutido. Mientras Dunand las adscribió al último cuarto del tercer milenio o al primer cuarto del segundo. Dhorme rebajó la fecha al siglo XIV a. C. Tiene importancia para la cronología el observar o señalar que el otro lado de la espátula con la inscripción de 'Azarba'al (ver pág. 175) contiene signos que, según el mismo Dunand [71], encuentran sus mejores paralelos en las diez inscripciones de Byblos examinadas anteriormente. De esta forma, la fecha de la nueva escritura de Byblos puede ser considerablemente más reciente de lo que se pensó.

Silabarios japoneses

Después de algunos siglos de contactos culturales y comerciales entre China y Japón, el sistema chino de escritura parece haber hecho su aparición en Japón hacia el siglo V de nuestra era. Los signos léxicos chinos fueron simplemente adoptados por los japoneses y leídos, no con sus valores chinos, sino en japonés. Por ejemplo,

[70] De acuerdo con *Byblia grammata*, págs. 88 y sigs.
[71] *Op. cit.*, págs. 85 y sig., 155 y sigs., y lám. XIII, 2.

el signo verbal chino *nan* 'sur', fue leído en japonés como *minami* con el mismo sentido. La escritura china se prestaba a una lengua monosilábica e isolante, en que las formas gramaticales se expresan normalmente por la posición sintáctica más bien que por formativos especiales. Pero semejante escritura no se adaptaba al japonés, idioma polisilábico y aglutinante, que expresa las formas gramaticales por medio de formativos especiales. Por lo tanto, pronto se puso en práctica la costumbre de emplear algunos de los signos

k'ai-shu	kata-kana		k'ai-shu	kata-kana		k'ai-shu	kata-kana	
阿	ア	*a*	干	チ	*ti (chi)*	牟	ム	*mu*
伊	イ	*i*	門津	ツ	*tu (tsu)*	女	メ	*me*
宇	ウ	*u*	天	テ	*te*	毛	モ	*mo*
江	エ	*e*	土	ト	*to*	也	ヤ	*ya*
於	オ	*o*	奈	ナ	*na*	勇 油	ユ	*yu*
加	カ	*ka*	仁 二	ニ	*ni*	與	ヨ	*yo*
幾	キ	*ki*	奴	ヌ	*nu*	良	ラ	*ra*
久	ク	*ku*	子	子	*ne*	利	リ	*ri*
个 計	ケ	*ke*	乃	ノ	*no*	流	ル	*ru*
己	コ	*ko*	八	ハ	*fa (ha)*	礼	レ	*re*
草 散 左	サ	*sa*	比	ヒ	*fi (hi)*	呂	ロ	*ro*
之	シ	*si (shi)*	不	フ	*fu*	川	ワ	*wa*
須	ス	*su*	皿 邊	ヘ	*fe (he)*	惠	ヱ	*we*
世	セ	*se*	保	ホ	*fo (ho)*	伊	井	*wi*
曾	ソ	*so*	末	マ	*mu*	乎	ヲ	*wo*
多	タ	*ta*	三 美	ミ	*mi*	—	—	—

Figura 85. Escritura japonesa katakana comparada con la china k'ai-shu

De Jensen, *Die Schrift*, pág. 156

léxicos chinos como signos silábicos para expresar los formativos gramaticales del idioma japonés. Al comienzo, la selección de los signos silábicos se hizo sin sistema, y hasta hacia el siglo IX no se estableció un silabario estable con un número limitado de signos.

A partir del siglo IX, se desarrollaron dos tipos formales del silabario japonés (el llamado *kana*, quizás de *kanna* < *kari na* 'nombres prestados'):

1) El *katakana* '*kana* adjunto', también conocido como *Yamatogana* '*kana* japonés' (*Yamato* = Japón, *gana* = *kana*), derivado de algunos caracteres de la escritura china normal (*k'ai-shu*), y empleado principalmente en la literatura científica y los documentos públicos (fig. 85).

2) El *hiragana*, '*kana* simple', derivado de la escritura cursiva china (*ts'ao-shu*), y empleado profusamente en periódicos, literatura y, en general, en la vida diaria (fig. 86).

El silabario japonés se compone de 47 signos básicos. El *katakana* es un sistema sencillo y fácil de aprender debido a la uniformidad de los signos, mientras que el *hiragana*, que posee más de 300 formas variantes y las dificultades que se presentan al juntar los signos, ofrece un cuadro considerablemente más complejo[72].

Los valores de los signos silábicos japoneses se derivan normalmente del chino, pero con frecuencia con su pronunciación japonesa: el chino *nu* 'esclavo', se emplea para la sílaba *nu*; el chino *mao* 'pelo', pronunciando *mo* en japonés, se utiliza para la sílaba *mo*; el chino *t'ien* 'cielo', pronunciado *te(n)* en japonés, se emplea para la sílaba *te*. A veces se da al signo chino su valor japonés, como el chino *san* 'tres', que corresponde al japonés *mi*, 'tres', da origen a la sílaba *mi*, o en chino *nü* 'mujer', en japonés *me* 'mujer', del que resulta la sílaba *me*.

Además de los 47 signos básicos del *kana*, se desarrollaron otros para indicar diversas características fonéticas. Así el signo *nigori* se emplea para distinguir las consonantes sonoras de las mudas; el signo *maru*, añadido a las sílabas que contienen *h*, cambia su valor en *p*; el signo *tsu* indica duplicación de las consonantes; un

[72] En la época moderna se ha conseguido una notable normalización de las formas.

signo especial para *n*, *ng* y *m* se emplea en las sílabas que terminan en estas consonantes, y por último, existen dos signos diferentes, uno que indica la repetición de una sílaba y otro la repetición de dos o más sílabas.

Figura 86. Escrituras japonesas katakana e hiragana
De Fossey, *Notices sur les caractères étrangers*, primera edición, pág. 314

Aun disponiendo de dos sistemas silábicos completos, los japoneses no se resignaron a abandonar la vieja logografía china.

La escritura silábica se emplea normalmente en libros para niños; para los demás usos, el japonés utiliza un tipo de escritura llamada *Kanamajiri*, que consiste en una mezcla de signos léxicos llamados *kanji*, y de signos silábicos llamados *kana*. Los *kanji* se emplean principalmente para expresar nombres, adjetivos y verbos y los *kana* se utilizan sobre todo para expresar nombres y palabras extranjeras, así como formativos gramaticales, partículas y otros elementos puramente fonéticos. Las funciones de los signos *kana* en conjunción con el principal signo *kanji* como ayudas silábicas en la lectura de signos verbales difíciles, son de dos clases: *Okurigana* ('*kana* acompañante'), en que los signos se colocan bajo el signo *kanji* para indicar formativos gramaticales, y *hurigana* ('*kana* diseminado') en que los signos se colocan a la derecha (muy rara vez a la izquierda) del signo *kanji* para indicar su pronunciación.

Los intentos de algunos japoneses para simplificar su escritura por medio de la completa eliminación de los signos léxicos chinos, no han llegado hasta la fecha a tener éxito[73].

Observaciones

De todos los sistemas de escritura, los silábicos son los más fáciles de evaluar. En realidad, nuestras observaciones podrían limitarse a esta breve afirmación: *Todas las escrituras silábicas*

[73] A consecuencia del decreto del Ministerio de Instrucción Pública japonés de 1900, se redujo considerablemente el número de signos verbales, pero aún así se consideraba que 1.200 signos era el mínimo necesario para las escuelas elementales. En 16 de noviembre de 1946, el Gobierno japonés y su Ministerio de Educación publicaron una relación de 1.850 caracteres *Kanji*, que se recomendaban para el uso general, con la posible intención de eliminar unos cuatro o cinco mil caracteres diferentes de uso común en las imprentas. Los especialistas se mostraron por lo general escépticos del éxito de la reforma. Cf. Joseph K. Yamagiwa, «Reforms in the Language and Orthography of Newspapers in Japan», *Journal of the American Oriental Society*, LXVIII (1948), 45-52, y una «Note» por F. J. Daniels en *Bulletin of the School of Oriental and African Studies*, XVI (1954), 393 y sig. Las críticas a la primera edición de esta obra por Daniels (*loc. cit.*), así como las útiles sugerencias del profesor Yamagiwa, contribuyeron a mejorar en esta edición la parte correspondiente al japonés.

	Silabarios cuneiformes derivados		*Silabarios semitas occidentales*		*Silabario chipriota*		*Silabario japonés*	
Monosílabos abiertos	a	ta	γ^{a}	t^{a}	a	ta	a	ta
	i	ti	γ^{i}	t^{i}	i	ti	i	ti
	e	te	γ^{e}	t^{e}	e	te	e	te
	u	tu	γ^{u}	t^{u}	u	tu	u	tu
	—	—	γ^{o}	t^{o}	o	to	o	to
Monosílabos cerrados	at	tam (o ta-am)	— (γ^{a}-$t^{(a)}$)	— (t^{a}-$m^{(a)}$)	— (a-t(a))	— (ta-m(a))	— (a-t(o/u))	— (ta-m(o/u))
	it	tim (o ti-im)	— (γ^{i}-$t^{(i)}$)	— (t^{i}-$m^{(i)}$)	— (i-t(i))	— (ti-m(i))	— (i-t(o/u))	— (ti-m(o/u))
	en	men (o me-en)	— (γ^{e}-$t^{(e)}$)	— (t^{e}-$m^{(e)}$)	— (e-t(e))	— (te-m(e))	— (e-t(o/u))	— (te-m(o/u))
	ut	tum (o tu-um)	— (γ^{u}-$t^{(u)}$)	— (t^{u}-$m^{(u)}$)	— (u-t(u))	— (tu-m(u))	— (u-t(o/u))	— (tu-m(o/u))
	—	—	— (γ^{o}-$t^{(o)}$)	— (t^{o}-$m^{(o)}$)	— (o-t(o))	— (to-m(o))	— (o-t(o/u))	— (to-m(o/u))

Figura 87. Tipos de signos silábicos en escrituras silábicas

son, o idénticas, o simplificaciones, de los respectivos silabarios de las escrituras logo-silábicas de las que se derivan. El somero análisis siguiente tiene por objeto poner de manifiesto con mayor claridad las similaridades y divergencias existentes.

El cuadro de la figura 87 muestra los cuatro tipos de escritura silábica, es decir, los silabarios cuneiforme, semítico, chipriota y japonés. Los silabarios cuneiformes de los elamitas, hurritas, urartianos, etc., derivan todos del cuneiforme mesopotámico, tanto desde el punto de vista formal como del estructural. La única diferencia es la ausencia de signos bisilábicos en los sistemas derivados, hecho que no debe sorprender a quienes recuerden que los signos bisilábicos son raros incluso en el sistema mesopotámico. Los diversos silabarios semíticos, por diferencias que ofrezcan en su aspecto formal, derivan todos estructuralmente del egipcio; pero mientras el egipcio emplea signos tanto monosilábicos como disilábicos, terminados todos en vocal, los silabarios semíticos están limitados a los monosílabos. El silabario chipriota, relacionado en lo formal con la escritura cretense, consiste tan solo de monosílabos abiertos con una clara indicación de la vocal final, y así representa el tipo estructural conocido en el hitita jeroglífico y probablemente en otras escrituras del grupo egeo. El silabario japonés deriva en la forma de la escritura china. Estructuralmente, sin embargo, se halla más distante de su modelo chino que los silabarios del Oriente Medio lo están de sus respectivos modelos logosilábicos. La creación de un silabario compuesto solo de signos monosilábicos terminados en vocal, puede haber sido sugerido por el carácter de la lengua japonesa, que suele exigir sílabas abiertas como, por ejemplo, en las palabras «mikado, Hirohito, Nagasaki», etc. Por lo tanto, puede que no haya necesidad de suponer una influencia de la escritura sánscrita en el japonés, como algunos especialistas han sugerido[74].

La escritura de las sílabas en los silabarios derivados, se asemeja por lo general a los métodos empleados en los silabarios de los modelos logo-silábicos. Por ejemplo, la combinación *tapta* se

[74] S. Kanazawa, *Über den Einfluss des Sanskrits auf das japanische und koreanische Schriftsystem* (Tokio, 1907).

escribiría como *tap-ta* o *ta-ap-ta* en cuneiforme, como t^{a}-$p^{(a)}$-t^{a} en semítico y como *ta-p(a)-ta* en chipriota. En japonés se escribiría *ta-p(o)-ta* o *ta-p(u)-ta* ya que en este sistema la consonante de una sílaba (generalmente en palabras extranjeras) se expresa normalmente mediante una sílaba terminada en *o* o *u*. Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que las sílabas japonesas terminadas en *n*, *ng* y *m* se expresan mediante un signo especial (ver pág. 211). La escritura de una sílaba terminada en dos consonantes contiguas es análoga a la de una sílaba terminada en consonante. Así, la combinación *tapt* puede escribirse como *tap-t(a)*, *ta-ap-t(a)*, *ta-pa-at* o *ta-ap-at* en cuneiforme; t^{a}-$p^{(a)}$-$t^{(a)}$ en semítico; *ta-p(a)-t(a)* en chipriota y *ta-p(o)-t(o)* o *ta-p(u)-t(u)* en japonés.

Sigue un cuadro comparativo que muestra el número de signos empleados en los cuatro tipos de silabarios:

100-130 signos en los silabarios cuneiformes derivados.
22-30 signos en los silabarios semíticos.
56 signos en el silabario chipriota.
47 signos en el silabario japonés[75].

Puede aprenderse mucho más sobre la estructura de los sistemas silábicos, de las escrituras introducidas en las sociedades primitivas por la acción del hombre blanco, que se examinan brevemente en el capítulo VII. Se trata de un tema que exige especial consideración, y que escaparía a las dimensiones del presente estudio.

Tan solo dos de los cuatro sistemas discutidos aquí utilizan exclusivamente signos silábicos: las escrituras semítica y chipriota. Las escrituras cuneiformes derivadas ofrecen un número limitado de signos léxicos, tomados del cuneiforme mesopotámico; y el sistema silábico japonés (*kana*) se utiliza juntamente con ciertos signos léxicos chinos (*kanji*).

---

[75] Entre otras escrituras menos conocidas del grupo egeo, encontramos que la chipro-minoica contiene unas 63; Phaistos cerca de 60 y Byblos de 80 a 90 signos silábicos, mientras las cifras correspondientes a los silabarios Lineal A y B (examinados entre las escrituras logo-silábicas) son 80 y 88 respectivamente.

Las respectivas analogías entre las escrituras mesopotámica, egipcia e hitita, por una parte, y los silabarios cuneiformes derivados, semítico y chipriota, por otra, son tan sorprendentes que uno naturalmente se pregunta qué razones impedirían a los sistemas logo-silábicos el evolucionar localmente hacia escrituras silábicas completas. Puede comprobarse lo cerca que estuvieron algunas fases de las escrituras logo-silábicas de derivar hacia completos sistemas silábicos, si se compara cualquier texto elamita, hurrita o urartiano con los del período acadio arcaico o capadocio de la escritura mesopotámica; o un texto semítico occidental con los textos egipcios tardíos examinados antes en este estudio; o un texto chipriota con la inscripción hitita transliterada y traducida anteriormente, según pág. 155. Pero por próximas que algunas escrituras logo-silábicas se encontrasen de evolucionar hacia un auténtico silabario, nunca llegaron a realizarlo. La razón para ello no consiste solamente en el apego tradicional de un pueblo por su propia escritura. Fue más bien la protección de los intereses creados de una casta especial, religiosa (Egipto, Babilonia), o política (China), lo que con frecuencia puede haber mantenido una forma difícil y anticuada de escritura, con lo que se impedía su uso general por el pueblo. De aquí que los pueblos extranjeros, que no se sentían obligados por tradiciones locales o religiosas o por los intereses políticos de un grupo, sean con frecuencia responsables de la introducción de desarrollos nuevos e importantes en la historia de la escritura.

Capítulo 5
EL ALFABETO

Si se define el alfabeto como un sistema de signos que expresan sonidos individuales del habla, entonces el primer alfabeto que merece justificadamente tal nombre es el alfabeto griego. Sin embargo, el nuevo tipo de escritura no hizo irrupción súbitamente en suelo griego como una flor nueva y extraña. Hemos tenido ocasión en las páginas anteriores de referirnos con bastante frecuencia a un importante aspecto de la evolución, según el cual para cada nueva característica en un nuevo tipo de escritura, pueden encontrarse tipos anteriores paralelos. Así ocurrió con el alfabeto griego. Las raíces y sus circunstancias se encuentran en el Oriente antiguo.

Precedentes orientales

La antigua escritura hebrea, como otros sistemas semíticos occidentales, empleó solamente signos silábicos que comenzaban con una consonante y acababan en una vocal cualquiera. Con el fin de señalar el carácter exacto de una vocal larga, signos silábicos que comenzaban con una llamada «consonante débil» solían aña

dirse a la sílaba precedente para formar una unidad conocida como *scriptio plena*. De esta forma el nombre «David» se escribía en hebreo antiguo como $D^{a}w^{i}d^{(i)}$ en «scriptio defectiva», pero como $D^{a}w^{i}y^{i}d^{(i)}$ en «scriptio plena». El signo y^{i} no representa aquí ninguna sílaba independiente; su único objeto es asegurar que la sílaba anterior w^{i} se lea como *wi* y no *wa*, *we*, *wu* o *wo*. Igualmente, la adición de w^{u} en la grafía plena de $^{>a}\check{s}^{u}w^{u}r^{(u)}$, comparado con la grafía incompleta $^{>a}\check{s}^{u}r^{(u)}$ para *>Aššūr* 'Asiria', aseguraba que por lo menos la sílaba *šu* se leería con la vocal correcta. Estos signos adicionales que auxiliaban la lectura de la vocal de la sílaba precedente son llamados *matres lectionis*, traducción evidente de la expresión hebrea *>immōth haqq^erī>āh*, 'madres de la lectura'. Según el erudito hebreo David Kimhi, existen diez vocales en hebreo, cinco largas (madres) y cinco cortas (hijas), y sin su ayuda no puede pronunciarse letra alguna[1].

No es posible deducir la antigüedad de la escritura plena bíblica a causa de las múltiples dificultades de la cronología del texto masorético. Que el recurso no es obra original de los hebreos lo prueba el hecho de que muchos sistemas de escritura, anteriores incluso a las fuentes más antiguas de la Biblia, lo emplean profusamente.

La interpretación general de las *matres lectionis* bíblicas es que derivan de los diptongos originales que más tarde se contrajeron en vocales largas[2]. Así, la grafía bíblica con w^{x} en $y^{x}w^{x}m^{x}$ para *yôm* 'día', se supone debida a que hubo un tiempo en que esta palabra fue pronunciada en realidad algo así como *yawn*, y solamente después que se contrajo en *yôm* vino la idea de que tales grafías completas podían servir para la indicación de la vocal. Contra esta interpretación podíamos aducir el hecho de que la contracción

---

[1] Hans Bauer y Pontus Leander, *Historische Grammatik der hebräischen Sprache des Alten Testamentes* (Halle, 1918), pág. 92; cita que debe ser corregida de acuerdo con *David Kimhi's Hebrew Grammar* (*Mikhlol*), ed. por William Chomsky (Filadelfia, 1933), pág. 12.

[2] Cf., por ej., S. Yeivin, «The Sign : and the True Nature of the Early Alphabets», *Archiv Orientální*, IV (1932), 71-78; Frank R. Blake, «The Development of Symbols for the Vowels in the Alphabets Derived from the Phoenician», *Journal of the American Oriental Society*, LX (1940), 391-413; William Chomsky, «The History of Our Vowel-System in Hebrew», *The Jewish Quarterly Review*, XXXII (1941-42), 27-49.

de *aw* en *ô*, *ay* en *ê*, se produjo a mediados del II milenio a. C., mucho antes de la introducción en Palestina de un sistema completo de escritura y que la *scriptio plena* se da principalmente en el caso de la terminación plural *-īm*, *ōt*, y el sufijo pronominal de primera persona *-ī*, que no son debidos a contracción. Además, como más adelante veremos, el recurso de la *scriptio plena* se emplea en muchas escrituras —semíticas y no semíticas— en las que no se le podría explicar como originado por una contracción de diptongos.

Si hacemos caso omiso de las dudosas incidencias de la escritura plena en las inscripciones ugaríticas de Râs Shamrah (ver págs. 172 y sigs.) y en las inscripciones fenicias más antiguas de Byblos (ver págs. 175 y sig.), la primera prueba segura de la escritura plena se encuentra en el siglo IX, en la inscripción de Meša' y en los textos más antiguos procedentes de Zincirli (ver pág. 178)[3]. La escritura plena se encuentra primero sobre todo en la posición final, como en la grafía $^{a}b^{i}y^{i}$ por *'abī* 'mi padre', o $w^{a}š^{â}m^{u}w^{u}$ por *wašâmū* 'y establecieron'. Más tarde se encuentra con frecuencia tanto en posición final como en la media. Compárese, por ejemplo, las grafías de $z^{a}{}^{a}t^{(a)}$ para *zāt* 'esta', con $z^{a}t^{(a)}$; $z^{e}h^{e}$ por *zē*, 'este' frente a z^{e}; $w^{x}y^{x}l^{x}k^{u}w^{u}$ 'marcharon', con $y^{x}z^{x}b^{x}h^{u}$ 'sacrificarán'; $b^{a}n^{i}t^{i}y^{i}$ y $b^{a}n^{i}y^{i}t^{i}$ por *banîtī*, 'yo construí', frente a $b^{a}n^{i}t^{i}$[4]. Además de los signos *'āleph*, *hē*, *wāw*, y *yōdh*, también los signos *hēth* y *'ayin*[5] se emplean como *matres lectionis*, aunque solamente en escrituras semíticas tardías. Con el paso del tiempo el recurso se popularizó hasta alcanzar un grado de sistematización bastante alto en el neo-púnico, mandeano y otros sistemas semíticos tardíos. Resulta bastante difícil decidir hasta qué punto este sistema de indicación

---

[3] Cf. la discusión en Frank Moore Cross, Jr., y David Noel Friedman, *Early Hebrew Orthography. A Study of the Epigraphic Evidence* (New Haven, Connecticut, 1952).

[4] Todos los ejemplos están tomados de Mark Lidzbarski, *Handbuch der nordsemitischen Epigraphik* (Weimar, 1898).

[5] La indicación de la vocal *o* por medio de *'aiin*, que se encuentra en grafías neopúnicas como $B^{x}{}^{x}m^{x}l^{x}q^{x}r^{x}t^{x}$ (=en latín, *Bomilcar*), es sumamente instructiva, ya que muestra que en algunos dialectos semíticos esta consonante influyó en un cambio de *a* en *o* que puede haber sido la causa de la evolución final de la vocal *o* desde *'ayin* en la escritura griega.

vocálica enteramente semítico, es consecuencia del desarrollo natural y hasta qué extremo puede haber sido influido por las escrituras clásicas (latín o griego).

El principio de indicación vocálica por medio de *matres lectionis* que encontramos en las escrituras semíticas, corresponde a lo que se conoce en egipcio con el nombre de «ortografía silábica». Por muy de acuerdo que esté con W. A. Albright[6] y sus precursores sobre el significado y objetivos de la «ortografía silábica» egipcia, no puedo aceptar esta denominación. Como en mi reconstrucción la normal escritura egipcia, fonética y no semántica, es silábica, la llamada «ortografía silábica» con su escritura plena representa una fase de la escritura en el proceso evolutivo de un silabario hacia un alfabeto. Sin embargo, este sistema egipcio no puede ser llamado un alfabeto porque su método de indicar las vocales ofrece aún muchas inconsistencias en comparación con los alfabetos completos del tipo griego. Por esta razón prefiero emplear el término *escritura plena* tomado del semítico, o incluso *escritura de grupo*, como propugna William F. Edgerton[7], siguiendo a Alan H. Gardiner.

De acuerdo con los testimonios presentados por Albright, la escritura plena o de grupo, egipcia hizo su aparición hacia 2000 a. C., durante el Imperio Medio, en los llamados «textos execratorios», que contienen maldiciones dirigidas contra los gobernantes de países extranjeros. Durante los siglos siguientes el sistema proliferó rápidamente hasta alcanzar su apogeo en el Imperio Nuevo durante las dinastías XVIII y XIX, que reinaron del siglo XVI al XIII. A partir de aquel período, la escritura plena egipcia fue decayendo hasta la completa corrupción en el siglo X a. C.[8] Por las pruebas aducidas

---

[6] *The Vocalization of the Egyptian Syllabic Orthography* (New Haven, 1934). Para material posterior sobre el tema, cf. Elmar Edel en *Journal of Near Eastern Studies*, VII (1948), 11-24; *idem*, *op. cit.*, VIII (1949), 44-47; W. F. Albright en *Journal of the American Oriental Society*, LXXIV (1954), 222-233; y especialmente W. F. Albright y T. O. Lambdin, «New Material for the Egyptian Syllabic Orthography», *Journal of Semitic Studies*, II (1957), 113-127.

[7] «Egyptian Phonetic Writing, from Its Invention to the Close of the Nineteenth Dynasty», *Journal of the American Oriental Society*, LX (1940), 473-506, esp. página 486.

[8] Albright, *Vocalization*, págs. 6-15.

por Edgerton tenemos noticia de algunos ejemplos de escritura plena de tiempos tan remotos como los textos de las pirámides de las primeras dinastías egipcias[9]. Esto significa que el sistema no se «inventó» súbitamente hacia 2000 a. C., sino que fue resultado de un lento desarrollo gradual, comparable en todo con el que se produce en las escrituras semíticas. Basta que recordemos el escaso empleo de la escritura plena en las primitivas escrituras semíticas comparado con su utilización más completa en el neo-púnico. En el caso de la escritura plena egipcia, puede aventurarse que la necesidad de transcribir exactamente los nombres de los gobernantes y los países extranjeros durante los períodos de intensos contactos con el exterior, como tuvieron lugar durante las dinastías XII y XIX, puede haber sido el principal acicate para la sistematización de un recurso empleado solo irregularmente en períodos anteriores.

He aquí unos pocos ejemplos específicos de escritura plena en egipcio: T^{x}-w^{x}-n^{x}-i^{x}-p^{x}-^{x}-^{x} o T^{x}-w^{x}-n^{x}-p^{x} para la ciudad siria Tunip; P^{x}-w^{x}-t^{x}-w^{x}-h^{x}-i^{x}-p^{x}-^{x} para el nombre de la reina hitita Putu-Hipa; D^{x}-^{x}-p^{x}-w^{x}-n^{x}-^{x} para el término geográfico canaanita Sapuna, Sapōn; Q^{x}-^{x}-$r^{(x)}$-q^{x}-^{x}-m^{x}-$š^{x}$-^{x} o Q^{x}-^{x}-r^{x}-i^{x}-q^{x}-^{x}-m^{x}-i^{x}-$š^{x}$-^{x} para la ciudad siria Carchemish, antigua Karkamiša(š) o Karkamiš; N^{x}-^{x}-h^{x}-r^{x}-i^{x}-n^{x}-^{x}, N^{x}-h^{x}-r^{x}-i^{x}-n^{x}, N^{x}-h^{x}-r^{x}-i^{x}-n^{x}-^{x}, o N^{x}-h^{x}-^{x}-r^{x}-i^{x}-n^{x}-^{x}, para Naharīna o Nahrīna, «Mesopotamia»; Q^{x}-^{x}-d^{x}-^{x}-w^{x}-^{x}-d^{x}-^{x}-n^{x}-^{x}, Q^{x}-^{x}-d^{x}-w^{x}-^{x}-d^{x}-^{x}-n^{x}-^{x}, Q^{x}-i^{x}-d^{x}-^{x}-w^{x}-^{x}-d^{x}-^{x}-n^{x}-^{x} para la región de Anatolia Kiz(zu)wat(a)na.

En los ejemplos anteriores encontramos los signos silábicos conteniendo la inicial ʾ, *w*, e *i* usados como *matres lectionis*. Resulta evidente el empleo de w^{x} e i^{x} en estos ejemplos para indicar las vocales respectivas *u* e *i*. Pero además de los casos claros del signo conteniendo ʾ para la vocal *a*, como en la grafía Nah(a)rīna, hay otros en los que este signo está empleado en escrituras de grupo que probablemente requieren solo una consonante. ¿Qué razón hay para la ^{x} final en los hombres Tunip o Karkamiš? Incluso el argumento de que este signo puede representar la vocal *a* de nombres semíticos arcaicos como Qatna, Kassapa, Hasūra y muchos otros, deja sin explicar la grafía con i^{x} después de r^{x} en el nombre Karkamiš.

---

[9] Edgerton, *op. cit.*, págs. 486-990.

La correcta interpretación de estas vocales anaptícticas, media y final, en la escritura de grupo egipcia, continúa siendo un problema para ser abordado en el futuro por los especialistas interesados en el tema[10].

No es necesario ser egiptólogo profesional para reconocer que las *matres lectionis* egipcias tienen carácter funcional. Para el historiador de la escritura, bastan los paralelos con los sistemas semíticos y otros para probarlo concluyentemente. Por supuesto que el sistema, según la reconstrucción de Albright, puede que no sea correcto en todos sus detalles, y se encuentran muchos ejemplos de grafías contradictorias que pueden servir de argumento contra la interpretación de determinada lectura. Por ejemplo, estoy convencido que la interpretación por Albright de algunos grupos de signos como simples consonantes, como *k* o *r*, o como sílabas comenzadas con una vocal y acabadas en una consonante, como *an*, *in*, *un*, *ar*, *ir*, *ur* debe ser revisada. Si se acepta que la escritura egipcia básica, fonética y no semántica, consiste solamente de signos silábicos comenzados en consonante (ver págs. 110 y sig.), entonces la escritura de grupo derivada de ella debió tener signos silábicos de estructura idéntica. No hay necesidad de transcripciones del tipo *r* o *ar*, ya que paralelos con las escrituras silábicas como el hitita jeroglífico permitirían transcripciones como $r^{(x)}$, $r^{(a)}$, o análogas, para una sílaba con la vocal final muda[11].

En el artículo citado en la pág. 220, el profesor Edgerton afirma que lo cierto es que «la teoría silábica» de Albright de la escritura de grupo egipcia no ha sido probada. El peso de la prueba se opone a ella, clara y terminantemente; después, tras citar algunos ejemplos que podrían ser interpretados como escritura silábica, aunque fuese solo «como una remota posibilidad», concluye: «He llegado al convencimiento de que ningún escriba egipcio de la dinastía XIX

[10] Incluso en la escritura cuneiforme encontramos estas grafías anaptícticas, como en *Ki-iz-zu-wa-ta-na*, *Ki-iz-wa-ta-na*, etc. (Gerhard Rudolf Meyer en *Mitteilungen des Instituts für Orientforschung*, I (1953), 121.

[11] Según Albright, *Journal of the American Oriental Society*, LXXIV (1954), 234, el número de grupos silábicos en uso en el Imperio Nuevo fue alrededor de 60, cantidad considerable si se compara con la cifra de signos silábicos en los sistemas silábicos examinados antes en la pág. 215.

o anterior, pretendió nunca conscientemente representar por ninguna clase de recurso un sonido vocálico en escritura jeroglífica o hierática[12]. Esto significa, en otras palabras, que la unión de diversos signos en la escritura de grupo egipcia no tiene función alguna y se debe tan solo a los caprichos de las distintas escuelas de escribas. A pesar del gran respeto que tengo por las doctas opiniones de mi buen amigo y colega, se trata de una afirmación que no puede dejarse pasar. Por supuesto que se dan muchas contradicciones en la escritura egipcia debidas al capricho personal, como las hay en otras escrituras, o para el caso, en cualquier aspecto de la conducta y la cultura humanas. Pero la existencia de estas contradicciones no debe llevarnos a cerrar los ojos a importantes principios o a los sistemas de aplicación general. Para quien, como yo, ha sido formado en la proposición de que todo en la vida está regulado por reglas y principios, por muy contradictoria que pueda ser su aplicación en la práctica, afirmar «el carácter totalmente asistemático de la escritura egipcia» suena casi a herejía. Se puede objetar a semejante afirmación no solamente por un principio general, sino, lo que es más, puede demostrarse que es sumamente improbable en el caso de la escritura egipcia si se la compara con muchos otros sistemas. ¿Qué diríamos de grafías como $n^x d^x r^x$, $n^{x>x} d^x r^x$, y $n^x d^{x>x} r^x$ 'voto'; $š^x m^{x<x}$, $š^x m^{x>x}$, $š^x m^x m^x$, y $š^{x<x} m^{x>x}$ 'oyó'[13]; o $b^{x<x} l^x$ y $b^{x<x} l^{x>x}$ 'señor', todas ellas en neo-púnico? No es posible negar en la escritura neo-púnica la existencia de un principio general que gobierna la indicación de las vocales por medio de signos separados. El que las vocales se indiquen en ciertos sitios y no en otros, o que aparezcan en lugares donde normalmente no las hubiéramos esperado, solo demuestra la contradicción, o incluso equivocación, con que este principio se aplicó en los textos neo-púnicos, pero la validez del principio permanece incólume. Si se acepta este principio para el

[12] *Op. cit.*, pág. 506.

[13] Johannes Friedrich, *Phönizisch-punische Grammatik* (*Analecta Orientalia*, XXXII; Roma, 1951), págs. 42 y sig., y «Vulgärpunisch und Vulgärlatein in den neupunischen Inschriften», *Cahiers de Byrsa*, III (1953), 100 y sig., ha intentado establecer dos métodos diferentes de indicación vocálica en las inscripciones del neo-púnico tardío (el «Vulgarpunisch» de Friedrich): un método en el que ' = *e*, *o*, ' = *a*, *Y* = *i*, *W* = *u*, y otro mucho más extraño, en el que ' = *a*, *H* = *e*, ' = *o*, *Y* = *i*, *W* = *u*.

neo-púnico, debe aplicarse también, desde el punto de vista de la teoría de la escritura, al sistema paralelo de indicación vocálica en la escritura de grupo egipcia.

El sistema de indicación vocálica se encuentra no solo en escrituras que normalmente no expresan las vocales, como la semítica y la egipcia, sino también en escrituras puramente silábicas, como el cuneiforme y el hitita jeroglífico, que con frecuencia dejan de expresar las vocales adecuadamente.

La forma normal de indicar la cantidad vocálica en la escritura cuneiforme mesopotámica en los últimos períodos asirios es mediante la adición de un signo vocálico a una sílaba anterior terminada en vocal. Así, *dâ* (*dā*) o *dî* (*dī*) se escriben *da-a* o *di-i*, en contraste con las grafías *da* o *di* que normalmente representan respectivamente los sonidos breves *da* o *di*. Sin embargo, en grafías como *^{m}Aš-šu-ra-iu-ú*[14], «asirio», la combinación *iu-ú* no representa *yû* (*o yu*) sino el simple *yu*. Igualmente, la grafía *liš-ʾa-a-lu* 'pueden preguntar', frecuente en las cartas asirias tardías[15], no corresponden a *lišʾālū*, sino a *lišʾalū*. Más significativas aún son las grafías *wa$_a$-ša-ah*, *at-ta-an-ni-wi$_i$-na*, *wu$_u$-la-a-ši-na*, y muchas otras halladas en los textos cuneiformes hático, hurrita y palaico, procedentes de Boğazköy[16]. Aquí el signo *wa*, *wi*, *wu* está escrito en tamaño normal, mientras los signos vocálicos *a*, *i* y *u* están trazados más reducidos y formando una unidad con el anterior signo *wa*, *wi*, *wu*. Se verá al momento que en todos estos casos los signos vocálicos están añadidos a aquellos silábicos que en el sistema cuneiforme tienen el valor de una consonante más una vocal cualquiera (ver págs. 104 y sigs.). Como no se indica esta vocal, se ideó un recurso para obviar esta dificultad del sistema cuneiforme por medio de la adición de signos vocálicos.

Hemos visto en nuestro examen de las páginas 102 y sigs., que el sistema cuneiforme de escritura solía indicar las diferencias vo-

---

[14] Erich Ebeling, *Keilschrifttexte aus Assur juristischen Inhalts* (Leipzig, 1927), núm. 121 a, rev. 2, y en otras partes.

[15] Leroy Waterman, *Royal Correspondence of the Assyrian Empire*, I (Ann Arbor, 1930), núms. 258:4, 263:5, 345:3, etc.

[16] E. Forrer en *Zeitschrift der Deutschen Morgenländischen Gesellschaft*, LXXVI (1922), 227, 231, etc., y H. Otten en *Zeitschrift für Assyriologie*, XLVIII (1944), 123.

cálicas por medio de signos separados, como en los signos *da* y *du* para las sílabas *da* y *du* respectivamente. Con frecuencia, sin embargo, estas vocales estaban indicadas de forma incorrecta, como en los signos que pueden leerse *li* o *le*, *ri* o *re*, *ig* o *eg*, y en muchos otros. Esta incorrección, unida a la de los signos que dejan sin indicar por completo la vocal, como en el signo representado *wa*, *wi*, *we* o *wu*, condujo al recurso de la indicación vocálica que encontró su mejor expresión en el sistema hurrita de escritura cuneiforme empleado en Mesopotamia en la segunda mitad del segundo milenio a. C. (ver pág. 162). Así en la grafía *i-i-al-le-e-ni-i-in* por *iyallenin*, el signo vocálico *e* añadido a *li* asegura que este signo será leído como *le* y no *li*, lo mismo que el signo vocálico *i* agregado a *ni*, señala la pronunciación *ni* y no *ne*. Por supuesto que en el último caso la adición de *i* parece innecesaria porque la lectura *ni* se encuentra ya determinada por la vocal del signo *in*. Frecuentes casos de este tipo solo demuestran que de un recurso originado por la necesidad de indicar adecuadamente las vocales, evolucionó gradualmente un sistema ampliado que permitía la adición regular de signos vocálicos incluso en los casos en que las vocales se encontraban claramente determinadas. Pero, como puede verse de grafías tan diferentes como *še-e-ḫa-la*, *še-ḫa-a-la* o *še-ḫa-la-a*, este principio fue usado con mucha inconsecuencia[17].

Una indicación vocálica análoga se encuentra también en sistemas que suelen indicar las diferencias en las vocales. En el hitita jeroglífico, la sílaba *ta* en la palabra *ayata* 'el hará', se encuentra expresada por medio del signo silábico *ta*. Pero además de *a-i-a-ta* también se encuentra la grafía *a-i-a-ta-a*. El signo vocálico final no se emplea aquí para indicar la pronunciación *ayatā*, *ayataa*, u otra análoga, sino para señalar que la palabra se pronuncia *ayata* y no *ayat*. Este recurso resulta imprescindible en un sistema en el que las vocales cerradas podrían escribirse solo por medio de signos silábicos compuestos de una consonante y una vocal.

La escritura cuneiforme persa estuvo en uso entre los siglos VI y IV a. C., durante el período de la dinastía aqueménide. Al ser

[17] Ejemplos citados en E. A. Speiser, *Introduction to Hurrian* (New Haven, 1941), págs. 15 y sigs.

una escritura cuneiforme, solo pudo originarse bajo el influjo mesopotámico, aunque las formas de los signos en el sistema persa no pueden haber derivado de ningún otro sistema de escritura cuneiforme. Como en el caso del sistema ugarítico (ver pág. 104) las formas de los signos persas fueron inventadas libremente.

La escritura persa es un sistema mixto. Consiste solamente de 41 signos de los que 36 son silábicos, 4 son signos para las palabras «rey, país, provincia», y «Ahuramazda» y otro actúa para separar palabras. De los 36 signos silábicos, tres signos distintos se emplean para las vocales *a*, *i* y *u*, y seis diferentes para las sílabas *da*, *di*, *du* y *ma*, *mi*, *mu*. Cinco signos representan una consonante más la vocal *a* o *i* (*ga* = *gi*, *ka* = *ki*, *na* = *ni*, *ra* = *ri*, *ta* = *ti*), mientras cinco signos adicionales indican la consonante más la vocal *u* (*gu*, *ku*, *nu*, *ru*, *tu*); dos signos representan una consonante más la vocal *a* o *u* (*ja* = *ju*, *wa* = *wu*) y dos signos adicionales, la consonante más la vocal *i* (*ji*, *wi*). En todos los demás casos, un signo representa una consonante más cualquiera de las tres vocales (*b*, *č*, *ç*, *f*, *h*, *ḫ*, *y*, *l*, *p*, *s*, *š*, *ṯ* y *z* (fig. 88).

En el sistema persa las consonantes sencillas se encuentran expresadas por signos silábicos terminados en *a*, como en la grafía *a-da-m(a)* para *adam*, pero también, al menos teóricamente, para *adm* o *adma*. La vocal larga *ā*, se indica mediante la adición del signo vocálico, *a*, por ejemplo, en la grafía de *ha-ča-a* para *hačā*. Pero de casos como *u-ta-a* = *uta*, puede deducirse que esto constituye un desarrollo posterior y que originalmente la adición de signos vocálicos no sirvió para indicar la longitud de la vocal. De los paralelos en la escritura jeroglífica hitita que acabamos de analizar podemos suponer que el signo *a* fue añadido a *ta* para asegurar que la palabra entera se pronunciase *uta* y no *ut*. Más instructiva aún es la comparación de algunas grafías persas con las del sistema de escritura hurrita. Me refiero a grafías tales como *di-i* para *di*, o *ku-u* para *ku*, en las que aparentemente no hay necesidad de escribir los signos vocálicos *i* o *u*, ya que las vocales de los signos silábicos *di* y *ku* pueden leerse solo de una forma. Todas estas características indican que la escritura persa se encontraba en la etapa de transición de un sistema silábico a otro alfabético.

El problema principal en relación con el origen de la escritura persa cuneiforme es si fue creada de una vez como un sistema com-

	a	i	u		a	i	u
Vocales							
b				l			
č				m			
ç				n			
d				p			
f				r			
g				s			
h				š			
ḫ				t			
y				ṭ			
j				w			
k				z			

Figura 88. Antiguo silabario persa

pleto o si fue resultado de una lenta evolución gradual. En favor de la primera alternativa podemos aducir ciertos argumentos tradicionales que afirman la creación de la escritura persa durante la época de Darío[18]. Si esto fuese cierto, entonces una simple declaración de hecho haría innecesaria cualquier otra especulación. La escritura cuneiforme persa es un sistema mixto. De las 22 consonantes de la lengua persa, 13 están representadas por un signo cada una, siete por dos signos cada una, y solo dos consonantes están representadas por tres signos cada una. Por ello, la escritura persa parece ser una mezcla de dos sistemas extranjeros. La estructura de los 13 signos persas que expresan una consonante, pero no indican la vocal, sería idéntica en principio a la de las escrituras egipcia y semítica occidental; aunque en el sistema cuneiforme mesopotámico existen también algunos signos de la misma estructura, son tan escasos (ver págs. 104 y sigs.) que resultaría difícil proponerlos como antecedentes del persa. El resto de los signos persas que expresan una consonante, y con mayor o menor exactitud, también la vocal, se habría formado entonces sobre el modelo de la escritura mesopotámica. Sin embargo, debemos recordar que existen sólidos argumentos en contra de la tesis de una súbita creación de la escritura persa bajo Darío[19], por lo que deberíamos considerar la posibilidad de una lenta evolución gradual. Si esta alternativa fuese cierta, es posible imaginar dos líneas de evolución, según se tome el sistema semítico occidental o el mesopotámico como modelo para el subsiguiente desarrollo del persa. Si se adopta el sistema semítico como base, debe reconstruirse la escritura persa original como si consistiese de 23 signos, cada uno expresando una consonante, pero sin indicar la vocal, o quizá de 22 de tales signos,

---

[18] Ver sobre este problema el examen por J. Friedrich en *Archiv für Schreib- und Buchwesen*, n. F. II (1935), 15. Entre los estudios posteriores en pro de una creación *ad hoc* del silabario del antiguo persa, mejor que la supervivencia de un silabario más extenso, que no ha sido demostrado, cf. Herbert H. Paper, «The Old Persian /l/ Phoneme», *Journal of the American Oriental Society*, LXXVI (1956), 24-26, y, con diferentes argumentos, Walther Hinz, «Die Einführung der altpersischen Schrift», *Zeitschrift der Deutschen Morgenländischen Gesellschaft*, CII (1952), 28-38.

[19] *Ibid.*; más tarde modificado en *Zeitschrift der Deutschen Morgenländischen Gesellschaft*, XCII (1938), 207 y XCV (1941), 414.

más 3 signos vocálicos especiales (como, por ejemplo, en ugarítico). Con el transcurso del tiempo le habrían sido añadidos a este sistema básico siete signos silábicos conteniendo *i* y cuatro conteniendo *u*, y posiblemente los tres signos vocálicos. El resultado final de esta evolución hubiera sido un silabario de 69 signos del tipo *ma*, *mi*, *mu*, en el que cada signo expresase con exactitud la consonante y la vocal correspondiente. No hay que decir que semejante desarrollo sería insólito en la historia de la escritura y que el principio de economía, que tiende a la expresión del idioma por medio del menor número posible de signos, se mostraría francamente en contra. Por eso, parece que la segunda línea evolutiva, que toma el sistema cuneiforme mesopotámico como base para la escritura persa, ofrece mayor verosimilitud de interpretación.

Según esto, la escritura persa originaria consistiría de un silabario de 69 signos del tipo *ma*, *mi*, *mu*. A partir de este sistema básico en el que cada signo expresaba la consonante y la vocal correspondiente, fue evolucionando gradualmente un nuevo sistema que consistía en 36 signos en el que las vocales estaban solo parcialmente indicadas. Solamente nos es posible imaginar las razones que puedan haber conducido a esta reducción de signos, y la que ofrece mayores visos de posibilidad es la basada en la escritura plena existente en otros muchos sistemas orientales. Especialmente instructiva es la comparación con la escritura plena en silabarios como el cuneiforme mesopotámico y el hitita jeroglífico, que emplean signos con indicación de vocales. La utilización sistemática de la escritura plena en la escritura persa, hubiera conducido gradualmente a la creación de un alfabeto completo, según las líneas de desarrollo demostradas claramente en el curso de la escritura bamum (ver pág. 271). El lector debería tener presente que se trata solo de una reconstrucción y que las etapas de desarrollo de la escritura persa, según se proponen aquí de acuerdo con los datos que poseemos, no pueden ser probados sobre la base de las fuentes existentes de la epigrafía persa.

Alfabeto griego

El origen semítico del alfabeto griego no presenta problema alguno. La misma tradición de los griegos al llamar a su escritura Φοινικήια γράμματα o σημεῖα, o sea, «escritura fenicia»[20], señala claramente dónde debe buscarse el origen del sistema. Además, incluso una investigación superficial de las formas, los nombres y el orden de los signos griegos lleva inmediatamente a la conclusión de que todas estas características han sido tomadas del sistema semítico de escritura.

Puede establecerse sin gran dificultad la derivación formal de los signos griegos de un prototipo semítico. Incluso un profano no puede dejar de observar la identidad o gran similaridad de forma entre los signos del alfabeto griego y los de las escrituras semíticas (fig. 89).

Mientras los nombres de los signos del alfabeto griego no pueden explicarse con la ayuda de la lengua griega, corresponden casi exactamente a los de las diferentes escrituras semíticas. Así, los *alpha*, *bēta*, *gamma*, *delta*, etc., griegos corresponden a los *ʾāleph*, *bêth*, *gīmel*, *dāleth*, etc., semíticos, con los significados respectivos de 'buey, casa, camello(?)' y 'puerta'. De las lenguas semíticas de las que, en teoría, podrían derivarse los nombres de los signos griegos, debe preferirse sin duda el fenicio y el arameo. Puede observarse, por ejemplo, que el *alpha* griego se deriva de *ʾāleph*, 'buey', palabra que existe en fenicio y en hebreo, pero no en arameo, así como que *iōta*, *pī* y *rhō* griegos se encuentran más cerca de las respectivas palabras fenicias o hebreas, *yōdh* 'mano', *pē* 'boca' y *rôš* 'cabeza', que de *yad*, *pum* y *rēš* arameos. Como ha señalado Theodor Nöldeke[21], la terminación en *a* de los nombres griegos *alpha*, *bēta*, etcétera no debe derivarse del arameo, ya que se puede explicar mejor como una adición griega, resultado de la repugnancia de la lengua griega por las consonantes finales (con la excepción de *n*, *r* y *s*).

[20] Cf. la extensa bibliografía en M. Dunand, *Byblia grammata* (Beirut, 1945), págs. 189-192, y G. R. Driver, *Semitic Writing* (Londres, 1948), págs. 128 y sig.

[21] *Beiträge zur semitischen Sprachwissenschaft* (Estrasburgo, 1904), pág. 135.

SEMITICO OCCIDENTAL											GRIEGO		LATIN
AḤĪRÂM	RUWEISEH	AZARBAʿAL	YEḤĪMILK	ABĪBAʿAL	ELĪBAʿAL	ŠAPATBAʿAL	MEŠAʿ	ZINCIRU	CHIPRE	CERDEÑA	PRIMITIVO	POSTERIOR	
K	K	K	K,K	K	K	K	K	K	K	K	ᚹ, A	A	A
𐤁	𐤁	𐤁	𐤁,𐤁	𐤁	𐤁	𐤁	𐤁	𐤁	𐤁	𐤁	ᛁ, ᛁ	B	B
𐤂			ᛚ	ᛚ	ᛚ	ᛚ,ᛚ	𐤂	ᛚ	ᛚ	ᛚ	ᛚ, ᛚ	Γ	C (& 4 REPLACING Z)
𐤃	𐤃		𐤃		𐤃	𐤃	𐤃	𐤃	𐤃,𐤃	𐤃	Δ	Δ	D
𐤄			𐤄				𐤄	𐤄	𐤄	𐤄	𐤄, 𐤄	E	E
Y		Y	Y		Y	Y	Y	Y	Y	Y	ᛁ, Y, V	(Y AT END)	F (& U, V, Y AT END)
I		I	I		I	I	I	I	I		I	Z	(Z AT END)
𐤇	𐤇	𐤇	𐤇,𐤇		𐤇	𐤇	𐤇	𐤇		𐤇	𐤇	H	H
⊕						⊖	⊗	⊕		⊕	⊗, ⊕	Θ	
𐤉	𐤉	𐤉	𐤉		𐤉	𐤉	𐤉	𐤉	𐤉	𐤉	ᛁ, ᛁ	I	I
𐤊	𐤊	𐤊	𐤊	𐤊	𐤊	𐤊	𐤊	𐤊	𐤊	𐤊	ᛁ, ᛁ	K	K
𐤋		𐤋	𐤋	𐤋	𐤋	𐤋	𐤋	𐤋	𐤋	𐤋	ᛁ, ᛁ	Λ	L
𐤌		𐤌	𐤌	𐤌	𐤌	𐤌	𐤌	𐤌	𐤌	𐤌	ᛗ	M	M
𐤍	𐤍	𐤍	𐤍		𐤍	𐤍	𐤍	𐤍	𐤍	𐤍	ᛋ	N	N
𐤎		𐤎					𐤎	𐤎			Ξ	Ξ	(X AT END)
𐤏	𐤏	𐤏	𐤏	𐤏	𐤏	𐤏	𐤏	𐤏	𐤏	𐤏	𐤏	O	O
𐤐		𐤐=𐤐	𐤐		𐤐	𐤐	𐤐	𐤐	𐤐	𐤐	ᛁ, ᛁ	Π	P
	𐤑		𐤑	𐤑			𐤑	𐤑		𐤑	ᛗ, M	(M)	
			Φ			Ϙ	Φ	Φ	Φ		Φ, Ϙ	(Ϙ)	Q
𐤓			𐤓	𐤓	𐤓	𐤓	𐤓	𐤓	𐤓	𐤓	ᛁ, P	P	R
W		W	W		W	W	W	W	W	W	Σ, Ϛ, Ξ	Σ	S
+,X		+	X		+	+	X	+	+	X	T	T	T
												Y, Φ, X, Ψ, Ω	U, V, X, Y, Z

Figura 89. Cuadro comparativo de las escrituras griega y semítica occidental

Incluso el orden de las letras de las dos escrituras es la misma, como puede verse de los nombres de las primeras letras citadas en el párrafo anterior. Los signos semíticos *wāw*, *ṣādhē* y *qōph*, que no existen en el griego clásico, aparecen en períodos más antiguos

como *wau* o *digamma*, *san* y *qoppa*. Además, en épocas posteriores estos tres signos continuaron empleándose en el sistema numérico griego, en el que poseían casi los mismos valores que sus equivalentes en los sistemas semíticos.

La dirección de los signos en la escritura varía considerablemente en las inscripciones griegas más antiguas, ya que se dirigen tanto de derecha a izquierda, como de izquierda a derecha, continuando en estilo bustrófedon, cambiando de dirección alternativamente en cada línea. Solo poco a poco se fue imponiendo en el sistema griego el método clásico de escribir de izquierda a derecha.

Como no hay duda de que los griegos tomaron su escritura de los semitas, el problema consiste en determinar de qué sistema semítico se derivó la escritura griega. En teoría, cualquiera de las escrituras usadas por los pueblos semíticos establecidos en las amplias regiones que se extienden del sur de Cilicia al norte del Sinaí pudo ser el modelo de los griegos. Estas tierras estaban habitadas por los amoritas, arameos y cananeos, incluyendo a los fenicios. En realidad, sin embargo, nuestra investigación debe limi-

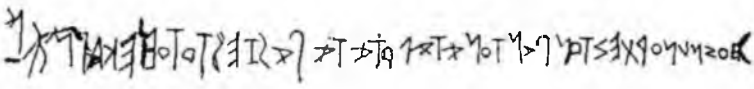


Figura 90. Inscripción griega en un vaso dipylon procedente de Atenas
De *Handbuch der Archäologie*, editado por Walter Otto, I (Munich, 1939), pág. 195, ilust. 8

tarse a los fenicios, los navegantes de la antigüedad, únicos semitas que se atrevieron a desafiar al gran Mar en busca de nuevos horizontes. Los griegos no fueron a la costa de Asia a pedir prestado el sistema semítico; las escrituras nunca pasan de un pueblo a otro de esta forma. Fueron los fenicios, que poseían colonias comerciales por todo el mundo griego, los que llevaron su escritura a los griegos. El origen fenicio está confirmado no solo por la tradición griega, sino también, como hemos visto antes en la pág. 230, por los resultados de la comparación de los nombres de los signos en los sistemas griego y semítico.

El problema que a continuación nos corresponde investigar es la época en que los griegos pueden haber tomado prestado su

escritura de los fenicios. Esta es todavía una cuestión disputada encarnizadamente, con diferencias de opinión que representan variaciones superiores al medio milenio. A. Mentz, por ejemplo, propone una fecha hacia 1400 a. C.[22]; B. L. Ullman, el final del período micénico o el período de oscuridad que siguió[23]; mientras Rhys Carpenter desciende nada menos que hasta 720 a. C.[24] Si no queremos entregarnos a especulaciones basadas en pruebas circunstanciales, el único enfoque seguro del problema de la introducción de la escritura fenicia entre los griegos, es comenzar por investigar la fecha de las inscripciones griegas más antiguas que poseamos. Por lo menos, la cronología de estas inscripciones no oscila mucho más de un centenar de años en casos extremos.

Figura 91. Inscripciones talladas en la roca procedentes de Thera

De R. Carpenter en *American Journal of Archaeology*, XXXVII (1933), pág. 26, fig. 7

Según la opinión que prevalece entre los epigrafistas griegos, la inscripción griega más antigua que se conoce es la del vaso dipylon procedente de Atenas (fig. 90)[25], fechado a comienzos del siglo

---

[22] «Die Urgeschichte des Alphabets», *Rheinisches Museum für Philologie*, n. F. LXXXV (1936), 347-366.

[23] «How Old Is the Greek Alphabet?» *American Journal of Archaeology*, XXXVIII (1934), 359-381.

[24] «The Antiquity of the Greek Alphabet», *op. cit.*, XXXVII (1933), 8-29.

[25] *Handbuch der Archäologie*, hrsg. von Walter Otto, I (Munich, 1939), 195. Las inscripciones griegas mencionadas en las notas 25-30, así como varias otras

VIII[26] o comienzos del VII[27]. Ligeramente posteriores, pero aún de los siglos VIII o VII a. C., son las inscripciones talladas en la roca de Thera (fig. 91)[28] las cortas inscripciones de la cerámica geométrica procedente del Monte Hymeto (fig. 92)[29] y dos cascos inscritos de Corinto (fig. 93)[30].

Los signos en estas inscripciones griegas primitivas suelen variar tanto en la forma, que resulta decididamente imposible hablar de un único alfabeto griego en este período. Puede suponerse, por lo tanto, que el préstamo y adaptación de la escritura fenicia se produjo independientemente en distintos puntos del mundo griego.

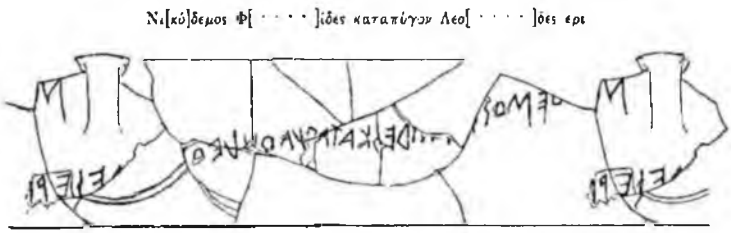


Figura 92. Inscripciones cortas en cerámica geométrica procedente del Monte Hymeto

De C. W. Blegen en *American Journal of Archaeology*, XXXVIII (1934), 11

Veamos ahora qué conclusiones pueden sacarse, desde el punto de vista de la epigrafía semítica, en cuanto a la introducción de la escritura griega. La escritura fenicia evolucionó en muy escasa medida desde Aḥīrâm a Šapatbaʿal (hacia 1000-850 a. C.). Después, durante unos cuantos siglos, perdemos las huellas del sistema fenicio en la metrópoli, pero podemos rastrear el desarrollo de la escritura

---

inscripciones griegas primitivas, están de nuevo publicadas y analizadas en L. H. Jeffery, *The Local Scripts of Archaic Greece* (Oxford, 1961).

[26] Ullman, *op. cit.*, pág. 365, y muchos otros autores.

[27] Carpenter, *op. cit.*, pág. 24.

[28] *Op. cit.*, pág. 26.

[29] Carl W. Blegen, «Inscriptions on Geometric Pottery from Hymettos», *American Journal of Archaeology*, XXXVIII (1934), 10-28.

[30] Agnes N. Stillwell, «Eighth Century B. C. Inscriptions from Corinth», *op. cit.*, XXXVII (1933), 605-610.

semítica en otros países. De mediados del siglo IX tenemos en el sur la famosa inscripción de Mešaʿ procedente de Moab y un poco más tarde, en el norte, la primera inscripción de Zincirli (ver pág. 180). Las inscripciones fenicias de Chipre y Cerdeña más antiguas no

Figura 93. Cascos inscritos procedentes de Corinto
De A. N. Stillwell en *American Journal of Archaeology*, XXXVII (1933), 605

pueden ser datadas exactamente, pero son también probablemente del siglo IX[31].

Si examinamos ahora el cuadro comparativo de signos semíticos y griegos (fig. 89), podemos hacer varias observaciones inmediatas. La forma de la *kappa* griega, con su «rabo», es diferente de la de las inscripciones fenicias hasta Šapaṭbaʿal, pero idéntica a la de las inscripciones fechadas a partir de 850 a. C. También el signo griego *mu* parece mucho más próximo a las formas correspondientes de las inscripciones semíticas a partir de 850 a. C. que a las de las inscripciones anteriores. Por otra parte, la aparición del signo semítico *dāleth*, con el «rabo», hacia 800 a. C. nos obliga a suponer que el *delta* griego, sin «rabo», derivó de una escritura anterior a 800 a. C. Las conclusiones a que puede llevar este cotejo se inclinan, por lo tanto, en favor del siglo IX[32] como la fecha más probable para la

[31] W. F. Albright, «New Light on the Early History of Phoenician Colonization», *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, núm. 83 (1941), 14-22.

[32] En los últimos tiempos, Margit Falkner, «Zur Frühgeschichte des griechischen Alphabets», *Frühgeschichte und Sprachwissenschaft*, hrsg. von Wilhelm Brandenstein (Viena, 1948), págs. 110-133, se ha pronunciado en favor del siglo IX, mientras Franklin P. Johnson, «Notes on the Early Greek Writing», *American Journal of Philology*, LXXVII (1956), 29-37, se inclinaba por el X. R. M. Cook y A. G. Woodhead, «The

adopción por los griegos de la escritura semítica. Esta fecha se encuentra por completo de acuerdo con la adscripción a los comienzos del siglo VIII a. C. de las escrituras griegas más antiguas que se conservan.

Si pasamos de los problemas de la forma externa a los de la estructura interna, podremos observar que la característica más importante de la escritura griega, en contraste con cualquiera de las semíticas, es el completo desarrollo del sistema vocálico. Desde el período más antiguo, todas las vocales aparecen escritas. Esto puede comprobarse fácilmente de la transcripción de la vieja inscripción del vaso dipylon de Atenas (fig. 90): ΗΟΣ ΝΥΝ ΟΡΧΕΣΤΟΝ ΠΑΝΤΟΝ ΑΤΑΛΟΤΑΤΑ ΠΑΙΖΕΙ ΤΟΤΟ ΔΕΚΑΝ ΜΙΝ, que corresponde al clásico ὅς νῦν ὀρχηστῶν πάντων ἀταλώτατα παίξει το⟨ῦ⟩το δεκὰν μιν, 'que reciba esto aquel de los danzantes que divierta con mayor gracia'[33]. Aparte de las formas de los signos, las únicas diferencias notables entre la escritura del vaso de Atenas y la del período clásico posterior son las siguientes: la escritura antigua no indica los acentos ni la cantidad de las vocales y las consonantes, y aunque el *spiritus lenis* no se encuentra indicado, se expresa el *spiritus asper* mediante la letra que más tarde se convertiría en *ēta*.

La interpretación corriente del origen del sistema vocálico griego es muy sencilla. La escritura semítica contaba con ciertos signos que expresaban las llamadas «consonantes débiles», que no eran fonémicas en griego. Lo que se supone que hicieron los griegos, por lo tanto, fue convertir estos signos, aparentemente innecesarios, en vocales. Así, el signo semítico *ʾāleph*, indicador de una breve aspiración —algo semejante al sonido entre *w* y *e* en la palabra inglesa *however*— fue cambiado en la vocal *a* de *alpha*; el semítico

Diffusion of the Greek Alphabet», *American Journal of Archaeology*, LXIII (1959), 175-178, y L. H. Jeffery, *The Local Scripts of Archaic Greece* (Oxford, 1961), págs. 1-21, consideran la fecha de la segunda mitad del siglo VIII a. C. y mediados del mismo siglo, respectivamente, y creen que el alfabeto griego fue tomado prestado por los griegos que residían y practicaban el comercio en las ciudades costeras de Siria y Fenicia.

[33] El vaso fue ofrecido indudablemente como premio en un concurso para elegir el bailarín más alegre.

he, en el griego *e* de *épsilon*; el semítico *wāw*, empleado en los períodos más antiguos del griego como consonante *w* (*digamma*), también desarrolló el valor vocálico *u* de *upsilon*, colocado casi al final del alfabeto, después de *tau*; el semítico *yōdh* se convirtió en la vocal griega *i* (*iōta*); y finalmente, el sonido enfático *'ayin* de los semitas, se convirtió en la vocal *o* (*ómikron*).

Esta derivación corriente de los valores vocálicos griegos de los correspondientes signos semíticos es perfectamente lícita. Lo cierto es que los griegos no inventaron un nuevo sistema vocálico, sino que simplemente emplearon como vocales aquellos signos que en los diferentes sistemas semíticos de escritura pueden también funcionar como vocales bajo la forma de las llamadas *matres lectionis* (ver pág. 218). La transcendencia de la innovación griega consiste, por lo tanto, no en la invención de un nuevo método para indicar las vocales, sino en la metódica aplicación de un recurso empleado por los primitivos semitas solo de manera irregular y esporádica. Como hemos visto, hasta las escrituras semítica y otras del Oriente Medio, desarrollaron con el tiempo este método de indicar las vocales en tal medida que también ellas estaban en vías de crear un completo sistema de signos vocálicos, y como consecuencia, un alfabeto.

Parece sumamente improbable que el sistema vocálico completo, tal como aparece en las más antiguas inscripciones griegas que se conocen, fuera desarrollado súbitamente por un griego inteligente a base de paralelos incompletos en las escrituras semíticas. Me inclino mejor hacia la idea de que la escritura griega más antigua expresó las vocales de la misma forma asistemática como hizo la semítica y que el sistema vocálico completo fue desarrollándose y sistematizándose gradualmente. Nada me sorprendería el descubrimiento de inscripciones griegas primitivas, del siglo IX a. C., que o bien no indicasen las vocales o las indicasen esporádicamente, a la manera de las *matres lectionis* semíticas.

El término «sistema vocálico completo» presupone que las vocales se encuentran en griego indicadas normalmente, pero no significa que el viejo sistema vocálico sea el mismo que el del período clásico posterior. En realidad, el sistema de vocales sufrió considerables cambios a través del tiempo, como se sobreentiende de las observaciones de la página 236. El método más antiguo no intentó

indicar la cantidad vocálica. En el nuevo sistema, al evolucionar gradualmente, sólo los signos *alpha* y *iōta* continuaron empleándose para las vocales, tanto cortas como largas. Pero cuando en algunos dialectos griegos se perdió la consonante expresada por el semítico *hēth*, este signo adquirió el valor *e* de *ēta*, distinguiéndolo de la *e* de *épsilon*. De forma análoga, un nuevo signo *ōmega* se desarrolló para *ō*, dejando *o* solamente para *ómikron*. Y finalmente, cuando los griegos comenzaron a pronunciar su vieja *u* de *upsilon* como *ü*, se vieron obligados a emplear para el sonido *u* la combinación de *ómikron* y *upsilon*, reservada originariamente al diptongo *ou*. La evolución gradual del alfabeto griego ofrece nuevos ejemplos con la eliminación de *digamma*, *san* y *qoppa* y con la agregación final de signos φ, χ, ψ que no existen en las lenguas semíticas y fueron, por lo tanto, creados por los griegos.

En cuanto los seis signos silábicos semíticos desarrollaron sus valores vocálicos en griego, el paso inmediato fue analizar los restantes signos silábicos como consonantes por el proceso de reducción. Si en la grafía $t^{i}y^{i}$ se interpreta el segundo signo como la vocal *i* para ayudar en la correcta lectura del primer signo que, teóricamente, puede leerse como *ta*, *ti*, *te*, *tu* o *to*, entonces el valor del signo primero debe reducirse de una sílaba a simple consonante. Este es el principio de reducción, del que existen muchos precedentes en la historia de la escritura. Por ejemplo, el signo sumerio que representa los senos femeninos significa muchas palabras conexas, como *dumu*, 'hijo', *banda*, 'muchacho', y *tur*, 'pequeño'. Para distinguir estas palabras se emplearon complementos o indicadores fonéticos, como en *banda-da*, en el que el signo fonético *da* indicaba la lectura del signo verbal como *banda*, y no *dumu* o *tur*. En la grafía *banda-da*, ya que *da* se consideraba una sílaba completa, el valor de *banda* era por consiguiente reducido a *ban*. Análogamente, en la grafía acadia de *ṭâb-ab*, 'bueno', el valor silábico *ṭa* se desarrolló del signo verbal *ṭâb* (v. también págs. 104 y 144).

La conquista alfabética del mundo

Se afirmó anteriormente (v. págs. 236 y sigs.) que la introducción del sistema vocálico griego no debe ser considerado como una

creación original en la escritura griega, sino más bien como la sistematización de un recurso conocido perfectamente, aunque usado con irregularidad, en muchas escrituras orientales, como la semítica, la egipcia, la mesopotámica cuneiforme, la hitita jeroglífica y la persa. Este recurso consiste en la adición de un signo silábico que contiene una «consonante débil» en el caso de escrituras del tipo egipcio-semítico, o de un signo vocálico en el caso de las escrituras cuneiforme e hitita jeroglífica, con el objeto en ambos casos de asegurar la lectura de la vocal que, o bien no se encontraba expresada, o lo estaba de forma incompleta en el signo silábico anterior. Cualquiera de las escrituras silábicas orientales con este método de indicación silábica pudo, por lo menos en teoría, haber derivado hacia sistemas enteramente alfabéticos. De la evolución de la escritura silábica bamum hacia un alfabeto (v. pág. 271) puede deducirse que la grafía de *mali* como *ma-a-li-i* en los sistemas hititas, cuneiforme o jeroglífico, pudo haber resultado en la reducción de los signos silábicos *ma* y *li* en *m* y *l*, respectivamente, igual que la grafía de esta palabra como m^{a}-$^{\flat a}$-l^{i}-y^{i} en las escrituras egipcio-semíticas llevó en último término a la adopción de los signos silábicos como alfabéticos en el sistema griego. El que ninguno de los sistemas orientales desarrollase con independencia un alfabeto, se debe a su empleo contradictorio de la indicación vocálica. Por lo tanto, únicamente los griegos, gracias al uso regular de un recurso tomado del Oriente y mediante el principio de reducción, fueron capaces de conseguir por primera vez un sistema alfabético de escritura.

El desarrollo del alfabeto griego completo, que expresa los sonidos individuales del idioma por medio de signos consonánticos y vocálicos, es el último hecho importante en la historia de la escritura. Desde la época griega hasta la actualidad, nada nuevo ha sucedido en el desarrollo estructural interno de la escritura. En términos generales, escribimos las consonantes y las vocales en la misma forma que hicieron los griegos antiguos.

El uso de los signos vocálicos y la consiguiente adaptación de la escritura como un alfabeto, pasó con el tiempo de los griegos a los semitas, devolviendo así el préstamo original. Este es el alfabeto que posteriormente conquistaría el mundo. Por mucho que entre sí se diferencien en apariencia los cientos de alfabetos empleados por todos los países, todos poseen características, bien de forma

externa, bien de estructura interna, o ambas, que tuvieron su origen en una pequeña región en torno al Mediterráneo oriental. En realidad, si excluimos los diversos precursores de la escritura esparcidos por el mundo, el reducido grupo de escrituras de Asia oriental derivado del chino y los sistemas, principalmente silábicos introducidos en la edad moderna entre las sociedades primitivas (de los que se tratará en el capítulo VII), sólo hay un sistema de escritura en uso en la actualidad: el alfabeto de origen semítico-griego.

Desde el punto de vista de la estructura interna, la característica principal del alfabeto consiste en la existencia de signos especiales para las consonantes y las vocales. Como los signos para las vocales se emplean aproximadamente de la misma forma en todos los alfabetos del mundo, pueden distinguirse los diversos tipos de alfabetos solamente por su empleo de los signos vocálicos. Al distinguir entre tres tipos de alfabetos, desearía advertir que se trata de tipos ideales. En la práctica, muchas escrituras muestran tantas influencias mutuas que resulta difícil con frecuencia adscribirlas a un tipo determinado. Los diferentes tipos de indicación vocálica están señalados en la figura 94.

El tipo I, representado por el alfabeto griego, es el más sencillo. Las vocales están expresadas por signos especiales de igual categoría que las consonantes, como en la grafía de la sílaba *ta* por medio de los signos *t* más *a*. Este tipo de vocalización es característico de todas las escrituras occidentales, por mucho que se diferencien en la forma externa: griego, latín, rúnico, eslavo, nórdico, etc. Algunas escrituras orientales como el neo-púnico o el mandeano, han desarrollado también este tipo de vocalización, aunque nunca tan sistemáticamente como el griego. Resulta difícil saber si el sistema de vocales en estos dos sistemas semíticos podría considerarse como la evolución natural del recurso de la *scriptio plena*, tan empleado en el Oriente Medio, o si es debida a la influencia griega o latina[34]. En general, sin embargo, las escrituras semíticas se muestran contrarias a la introducción de nuevos signos vocálicos junto a los signos consonánticos; en cambio, prefieren situarlos encima o

[34] Johannes Friedrich en los dos estudios citados en la pág. 223, nota 13, da por supuesto que el desarrollo de la vocalización en la escritura neo-púnica se debe a la influencia del latín.

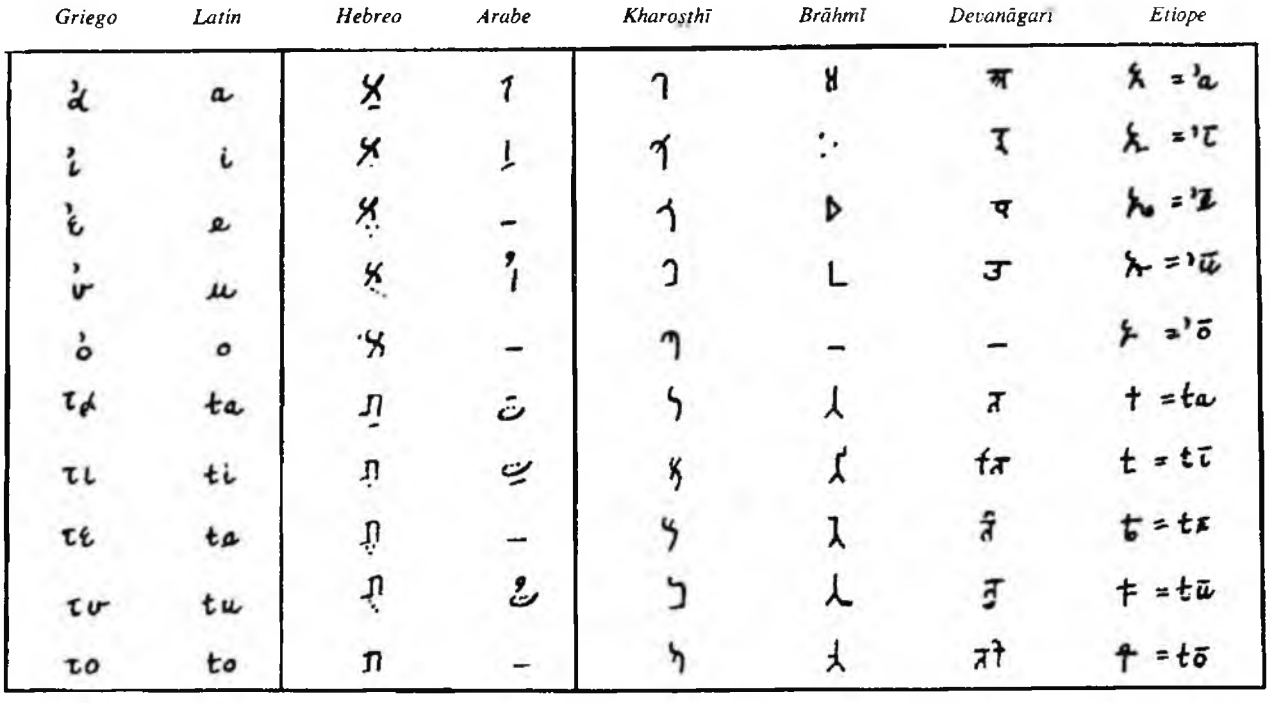


Figura 94. Tipos de indicación vocálica en varias escrituras alfabéticas

debajo. Cuando en el siglo VIII de nuestra era, los signos vocálicos griegos fueron introducidos en la escritura jacobita o siria occidental, no fueron colocados junto al signo consonántico como en griego, sino encima o debajo de él. De forma análoga, al parecer, los judíos de Babilonia emplearon originariamente sus consonantes débiles como vocales. Pueden existir varias razones para esta adversión de los semitas a colocar signos vocálicos junto a las consonantes. Una puede ser la devoción a las grafías tradicionales de los libros sagrados. Y otra razón, quizá más importante, puede encontrarse en el hecho de que al dejar intacta la estructura consonántica y colocar los signos vocálicos encima o debajo de los consonánticos, se dejaba abierta la posibilidad para cuantos deseasen continuar escribiendo las consonantes solas sin preocuparse de las vocales. Es un hecho de sobra conocido que incluso en la actualidad escrituras semíticas como el árabe y el hebreo funcionan perfectamente, tanto impresas como manuscritas, sin el empleo de signos vocálicos. La resistencia a obstruir la estructura consonántica con la inserción de signos vocálicos, que en semítico son idénticos a los consonánticos, puede que haya sido en realidad la razón que finalmente condujo a crear un nuevo tipo de vocalización expresado, no por consonantes débiles, sino por signos diacríticos especiales.

Este es el tipo II de vocalización, que es probable fuese introducido primero en la escritura nestoriana o siria oriental, de donde se introdujo en la escritura hebrea palestina, y más tarde, en la árabe. En todos los casos, las vocales están indicadas por pequeños trazos, puntos o círculos colocados encima o debajo del signo consonántico.

El tipo III de vocalización, que se encuentra en las escrituras india y etíope, presenta algunos problemas difíciles.

Las escrituras índicas aparecen como sistemas completos en el siglo II a. C., en los famosos edictos de Aśoka (que reinó de 272 a 231 a. C.), aunque existen indicios de que la escritura era conocida algunos siglos antes. Dejamos aparte la escritura proto-índica, que en uso durante el tercer milenio a. C. (ver pág. 126 y sig.), resulta en exceso remota para haber influido en las nuevas escrituras índicas, que aparecen en la segunda mitad del primer milenio a. C. Las inscripciones de Aśoka estaban redactadas en dos tipos de escrituras: Kharoṣṭhī y Brāhmī.

Las formas de los signos de la escritura Kharoṣṭhī, así como la dirección de derecha a izquierda, se derivan aparentemente del arameo. El signo básico siempre tiene el valor de una consonante más *a*, mientras otras consonantes están expresadas por medio de cortos trazos, en todo caso añadidas al signo con el que forman una unidad. Incluso las diferencias entre vocales usadas inicialmente (o silábicamente) están indicadas con los mismos signos diacríticos. Luego este tipo de vocalización es muy semejante al indicado anteriormente como tipo II, con una importante diferencia: mientras en el tipo II los signos vocálicos se escriben por separado, en el tipo III se encuentran siempre unidos a los respectivos signos silábicos.

La escritura Brāhmī significa un nuevo avance en esta evolución. Las diferencias vocálicas se encuentran normalmente indicadas en la misma forma que en el sistema Kharoṣṭhī, pero se arbitró un nuevo conjunto de signos para las vocales iniciales (o silábicas). Las formas de los signos particulares de la escritura Brāhmī no muestran parentesco definido con ningún otro sistema, y lo más probable es que fuesen inventados. La dirección de la escritura Brāhmī es de izquierda a derecha. Todas las escrituras índicas posteriores incluso la Devanāgarī, la escritura del sánscrito, descienden de la Brāhmī, aunque el método predominante de vocalización está representado por el tipo II.

Desde el punto de vista formal, los signos etíopes se derivan directamente del árabe meridional (ver págs. 196 y sig.). De acuerdo con otros sistemas semíticos, las inscripciones etíopes más antiguas carecen de vocalización. Después, hacia 350 de nuestra Era, apareció un sistema completo de vocalización que para todos los efectos es idéntico, estructuralmente, al de la escritura Kharoṣṭhī. Las diferencias vocálicas se indican normalmente mediante pequeñas marcas diacríticas añadidas a los signos. El sistema etíope posee una característica adicional: la modificación ocasional de la forma del signo básico para expresar la diferenciación vocálica. No parece probable que un método de indicación vocálica, como se halla en las escrituras índica y etíope, pueda haberse ideado con independencia en dos países diferentes, en especial si sabemos que en ningún otro sitio se emplea esta forma de diferenciación vocálica. Por esta razón tiene muchos visos de verosimilitud la sugerencia de Friedrich

de que el sistema vocálico etíope fue ideado según un modelo índico[35].

El problema principal con que nos encontramos en relación con la clasificación de las escrituras índica y etíope es: ¿se trata de silabarios o de alfabetos? Básicamente no existe mucha diferencia en la anotación vocálica entre las escrituras del tipo semítico de un lado, y los del tipo índico-etíope de otro. Ya se escriban las marcas diacríticas separadamente, como en hebreo y árabe, ya añadidas al signo, como en el indio antiguo y el etíope, el caso es que su función es indicar la distinción vocálica. ¿Pero qué haremos con casos en las escrituras etíope o índica en los que una sílaba está expresada mediante un signo sin marca diacrítica, como en el caso de los signos terminados en *a*? ¿Cómo habremos de clasificar los signos en etíope y en muchos sistemas taquigráficos que indican la variación vocálica modificando la forma del signo básico? En los sistemas taquigráficos, el signo básico que expresa una consonante es, por supuesto, un signo consonántico y, por lo tanto, un signo alfabético, pero la forma fuerte de este signo expresando, por ejemplo, *ka*, no es un signo alfabético, sino silábico. Aun así, difícilmente pueden calificarse de silábicos los sistemas taquigráficos[36]. ¿Y cómo clasificar las modernas escrituras semíticas, como el árabe y el hebreo, que aunque perfectamente capaces de expresar la diferenciación vocálica, la pasan con frecuencia por alto y escriben solo las consonantes? No parece enteramente correcto llamarlas silábicas en el sentido en el que este término se aplica a las antiguas escrituras semíticas, que ignoraban cómo expresar la di-

[35] En *Archiv für Schreib- und Buchwesen*, n. F. II (1935), 17 y sig. Adolf Grohman, «Über den Ursprung und die Entwicklung der äthiopischen Schrift». *Archiv für Schriftkunde*, I (1915), 57-87, esp. págs. 80 y sigs., rechazó la derivación del sistema vocálico etíope a partir del indio a causa de diferencias en la forma externa de varios signos vocálicos, olvidando por completo las conexiones entre los dos sistemas basados en la estructura común.

[36] ¿O habremos de concluir que en los sistemas taquigráficos hasta el signo para *ka* es alfabético y analizarlo como el signo básico para *k* más la forma fuerte para la indicación de la vocal *a*? Asimismo en el caso del etíope, podríamos analizar semejante indicación vocálica como el signo básico más alguna indicación formal. El caso de los signos básicos del etíope y del indio en lugar de una consonante más *a*, podría analizarse como el signo básico más cero para indicar la vocal *a*.

ferenciación vocálica. Todos estos problemas resultan inquietantes y deben abandonarse a la especulación de una futura teoría de la escritura; con definiciones tipológicas más concretas resultaría posible eliminar las dificultades que se nos presentan en la clasificación de ciertas escrituras.

El desarrollo formal del alfabeto a partir de la fase griega escapa a la teoría de la escritura. Cuanto podemos hacer es remitir al lector interesado en este tema a los excelentes estudios sobre la historia de la escritura, obras de Hans Jensen[37], David Diringer[38], y James G. Février[39]. Por desgracia, nada puede recomendarse en inglés desde la anticuada obra de Isaac Taylor[40]. La obra publicada recientemente en inglés por Diringer[41] cubre parcialmente la falta, ya que carece de aparato científico. En el libro editado por Charles Fossey[42] pueden encontrarse reproducciones útiles de las diversas escrituras y análisis breves. De interés básico para la historia de la escritura, especialmente en su aspecto sociológico, es el reciente libro de Marcel Cohen[43].

---

[37] *Die Scrift* (Glückstadt y Hamburgo, 1935) y la edición anterior titulada *Geschichte der Schrift* (Hannover, 1925).

[38] *L'alfabeto nella storia della civiltà* (Firenze, 1937).

[39] *Histoire de l'écriture* (París, 1948).

[40] *The Alphabet*, 2 vols. (Londres, 1883) = *The History of the Alphabet*, 2 vols. (Nueva York, 1899).

[41] *The Alphabet. A Key to the History of Mankind* (Londres y Nueva York, 1948; 2.ª ed. en 1949).

[42] *Notices sur les caractères étrangers anciens et modernes*, rédigées par un groupe de savants, réunies par Charles Fossey (París, 1927; novena edición en 1948).

[43] Marcel Cohen, *La grande invention de l'écriture et son évolution*. Tres volúmenes: *Texte, Documentation et index, Planches* (París, 1958).

Capítulo 6
EVOLUCION DE LA ESCRITURA

Etapas del desarrollo

Después de haber tratado la escritura en los cuatro capítulos precedentes desde los puntos de vista descriptivo y comparativo intentaré en el presente esbozar su historia, en su evolución desde las etapas más primitivas de la *semasiografía*, en la que los dibujos comunican el pretendido significado, a la etapa posterior de la *fonografía*, en la que la escritura expresa la lengua. El cuadro de la figura 95 muestra las diversas etapas del desarrollo de la escritura. Aunque a primera vista parezca absurdo designar las tres etapas principales de la escritura como No escritura, Precedentes de la escritura y Escritura completa existen firmes razones para esta división.

Pinturas

El hecho de que se incluyan las pinturas en la primera etapa, llamada No escritura, supone: 1) que lo que entendemos normalmente como pinturas —es decir, objetos de arte productos

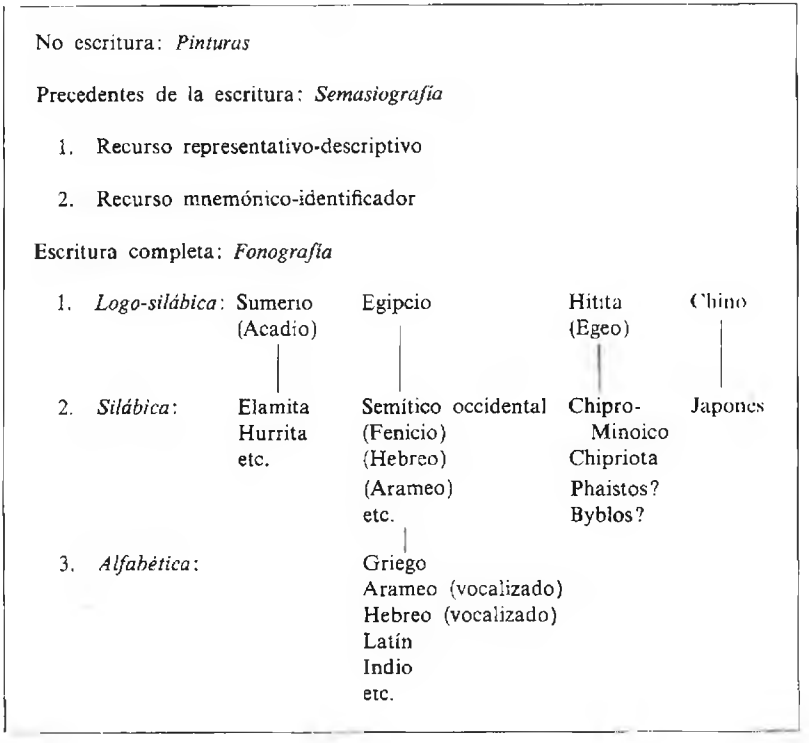


Figura 95. Fases del desarrollo de la escritura

de un impulso estético— no corresponden a la categoría de escritura, y 2) que la escritura tuvo su origen en simples pinturas. El hecho puede compararse, por ejemplo, si se considera el vapor como primera etapa en un cuadro gráfico que muestre el desarrollo de la máquina de vapor. El vapor al salir de una cacerola, no es en sí una máquina de vapor, pero es el elemento básico en torno al cual han tenido que apoyarse las sucesivas etapas hasta alcanzar el desarrollo definitivo.

Precedentes de la escritura

Bajo esta rúbrica se incluyen todos los variados recursos con los que el hombre intentó primeramente transmitir sus ideas y sentimientos. El término que he ideado para abarcar estos recursos es «semasiografía», del griego *sēmasía* 'sentido, significado' y *graphḗ*, 'escritura'. Es la fase en la que las pinturas pueden expresar el sentido general que quiere transmitir el que escribe. En esta etapa, la forma dibujada de modo visible —igual que el lenguaje mimético— puede expresar directamente el significado sin que intervenga una forma lingüística.

Las formas más primitivas de comunicación por medio de símbolos visibles fueron obtenidas con los recursos representativo-descriptivo y mnemónico-identificador. Como los dos recursos se mezclan con frecuencia, resulta difícil adscribir con rigor a categorías determinadas algunas de las escrituras primitivas.

En el recurso representativo-descriptivo se incluyen los medios de representación análogos a los dibujos producidos como resultado de un impulso estético, pero que se distinguen de éstos en que contienen solamente aquellos elementos de importancia para la transmisión de la comunicación y carecen de los alardes estéticos que forman parte importante de la pintura artística. En el recurso mnemónico-identificador, se utiliza un símbolo como auxilio para señalar o identificar una persona o un objeto, como en el dibujo de una aguja enhebrada que representa el proverbio «la hebra sigue a la aguja» (pág. 76). El deseo de registrar las cosas para la posteridad mediante símbolos semejantes, empleados como auxilios de la memoria, constituyó un factor importante para el desarrollo de la auténtica escritura.

A un observador superficial quizá el sistema representativo-descriptivo le parezca como el más desarrollado de los dos analizados antes, pues este método parece ser más idóneo para expresar la comunicación que el que emplea símbolos de naturaleza identificadora y mnemónica. Las mismas conclusiones se obtienen comparando, por ejemplo, las primeras muestras de la escritura egipcia, como la llamada «paleta de Narmer», dibujada con el método representativo-descriptivo (v. págs. 106 y sigs.), con las tablillas de

contabilidad en sumerio arcaico inscritas de acuerdo con el método mnemónico-identificador (v. págs. 94 y sigs.).

El método representativo-descriptivo, sin embargo, no se encuentra en el camino directo hacia una escritura plenamente desarrollada. Los dibujos trazados según este método obedecen a las convenciones artísticas, con todos sus inconvenientes y limitaciones como vehículo de la intercomunicación humana. Los vínculos de las tradiciones artísticas, establecidas miles de años antes de que el hombre intentase por primera vez la comunicación por medio de signos convencionales, eran en exceso fuertes para permitir la evolución del método representativo-descriptivo en la dirección debida.

En el método mnemónico-identificador los dibujos están trazados como en el representativo-descriptivo, pero su fin no es describir un hecho, sino ayudar a recordar y a identificar un objeto o un ser. De esta forma, una correspondencia completa se establece y se va haciendo paulatinamente convencional entre ciertos símbolos, por una parte, y ciertos objetos y seres por la otra. Como estos objetos y seres poseen nombres en el lenguaje verbal, la correspondencia se estrecha de nuevo entre los símbolos escritos y sus equivalencias habladas. Con el descubrimiento de que las palabras pueden ser expresadas por símbolos escritos, se estableció sólidamente un método nuevo y superior de comunicación entre los hombres. Ya no fue necesario el expresar una frase como «el hombre mató al león» por medio del dibujo de un hombre, lanza en mano, en el acto de matar un león. Las tres palabras podrían escribirse ahora mediante tres símbolos convencionales que representasen el hombre, la lanza (matar) y el león, respectivamente. De igual forma, «5 ovejas» podía ser expresado ahora por medio de dos símbolos que correspondiesen a dos palabras del idioma, en vez de repetir cinco figuras de ovejas, como tendrían que dibujarse en una pintura artística o según el recurso representativo-descriptivo (ver pág. 88). La introducción en el recurso identificador de un orden riguroso de los signos, de acuerdo con el de las palabras habladas, se encuentra en directo contraste con los métodos del recurso descriptivo y de las pinturas, en los que se expresa el significado por el total de los dibujos parciales, sin regla alguna en cuanto a dónde comienza el mensaje o el orden en que debe interpretarse.

Un método en el que cada signo puede expresar una palabra, debería evolucionar naturalmente hacia un sistema completo de signos léxicos, es decir, de una escritura léxica o logografía. En contra de la opinión común de los especialistas, creo que semejante sistema de absoluto desarrollo no ha existido nunca, ni en la antigüedad ni en épocas posteriores. Crear y mantener en la memoria miles de signos para los millares de palabras y de nombres como existen en un idioma e inventar significados nuevos para otros de reciente adquisición, es tan inconveniente, que o una escritura logográfica puede emplearse sólo como un sistema limitado, o debe encontrar nuevas vías para superar las dificultades de convertirse en un sistema útil. La experiencia de las escrituras léxicas de Alaska y de los Cherokee, creadas artificialmente en tiempos recientes para su empleo por los nativos americanos, muestran lo impracticable de tales sistemas limitados. Incluso la escritura china, la más logográfica de todas, no constituye un sistema puramente logográfico porque desde los tiempos más primitivos ha empleado signos verbales en función de signos silábicos. Y lo que es cierto del sistema chino lo es más aún de otros sistemas orientales antiguos, como el sumerio, el egipcio y el hitita.

Una escritura logográfica primitiva puede evolucionar hacia un sistema completo solamente si logra adscribir a un signo un valor fonético independiente del significado que este signo posee como palabra. Esto se llama fonetización, el avance más importante de la historia de la escritura. Modernamente, este recurso se conoce como «jeroglífico» [*rebus writing*], y un ejemplo [en inglés] del mismo es el dibujo de un ojo y una sierra para expresar la frase *I saw* o el de un hombre y un dátil para indicar la palabra *mandate*. Con el comienzo de la fonetización y sus sistematización posterior, se desarrollaron sistemas completos de escritura que hicieron posible la expresión de cualquier forma lingüística mediante símbolos con valores silábicos convencionales. Este fue el origen de la escritura completa, en contraste con los débiles ensayos agrupados bajo la denominación de semasiografía, que no merecen mayor rango que clasificarlos como precedentes de la escritura.

Sistemas logo-silábicos

El paso decisivo que condujo a una escritura en completo desarrollo se debe a los sumerios. La organización del Estado y la economía sumerias hizo imprescindible el llevar registros de las mercancías transportadas del campo a las ciudades y viceversa. La contabilidad se llevaba por simples entradas, como «5 ovejas», o con un nombre de persona, «10 arcos, X». La elección de un signo para una palabra dio origen al sistema logográfico, que pronto derivó hacia uno fonográfico, debido a la necesidad de expresar nombres de persona de forma exacta para evitar confusiones en los registros. La trascendencia de este acto consiste en que, al crear un sistema logo-silábico completo derivado del viejo recurso mnemónico-identificador, a los sumerios les fue posible liberarse enteramente de los estrechos convencionalismos del recurso representativo-descriptivo. Desarrollaron la escritura partiendo del primer recurso, a la vez que continuaban el segundo método sin alteraciones en su técnica de reproducciones con sellos. También los indios americanos disponían de ambos métodos de comunicación, pero la importancia otorgada a la técnica descriptiva del arte a expensas del método identificador, condujo todos sus intentos en una dirección errónea, con el resultado de que ninguno de los sistemas amerindios —incluso el maya y el azteca— superaron la fase de precedentes de la escritura. Es posible que incluso los egipcios predinásticos, que también siguieron excesivamente las convenciones artísticas en sus tempranos ensayos de expresar la comunicación, no hubiesen desarrollado nunca una escritura propia, de no haber mediado una influencia extranjera.

El más antiguo de los siete sistemas orientales de escritura es el sumerio, del que hay testimonios en Mesopotamia meridional hacia 3100 a. C. De allí los principios esenciales de la escritura sumeria pueden haberse extendido hacia Oriente, primero a los vecinos proto-elamitas y más tarde, quizá por medio de éstos, a los proto-indios del valle del Indo; a su vez, una de las escrituras del Oriente Medio puede haber servido de estímulo para la creación de la escritura china. Hacia 3000 a. C., se supone que la influencia sumeria se abrió paso hacia el Oeste, hasta Egipto; la influencia egipcia, por su parte, se extendió al Egeo, donde hacia 2000 a. C., originó la

escritura cretense, y algunos siglos más tarde, en Anatolia, la escritura jeroglífica hitita.

Como tres de los siete sistemas —es decir, el proto-elamita, proto-índico y cretense— se encuentran aún sin descifrar o lo han sido sólo parcialmente, hemos de limitarnos a analizar los principios de la escritura tal como aparecen en los cuatro restantes, o sea, el sumerio, el egipcio, el hitita y el chino.

En lo que se refiere a los principios internos de la escritura, la característica unificadora de los cuatro sistemas es que todos ellos son fonográficos casi desde el mismo comienzo de su evolución y que todos contienen signos de estas tres clases: signos léxicos o logogramas, signos silábicos y signos auxiliares.

La formación de los signos verbales es idéntica o muy parecida en los cuatro sistemas. Un signo o una combinación de signos expresa una palabra o una combinación de palabras. También los principios de emplear signos auxiliares, como determinativos o signos de puntuación, son idénticos, aunque los distintos sistemas pueden variar en la forma externa. Tan sólo en el empleo de los signos silábicos son las diferencias tan notables como para permitirnos formar exactas subdivisiones por tipos.

Los cuatro sistemas orientales emplean silabarios de cuatro tipos diferentes[1]:

Tipo I. Sumerio. Monosílabos acabados en vocal o consonante: *ta*, *ti*, *te*, *tu*; *at*, *it*, *et*, *ut*; *tam*, *tim*, *tem*, *tum*; muy rara vez también bisílabos, como *ata*; *tama*.

Tipo II. Egipcio. Monosílabos y bisílabos terminados en vocal, sin indicar las diferencias entre vocales: t^x; t^xm^x.

Tipo III. Hitita. Monosílabos acabados en vocal: *ta*, *ti*, *te*, *tu*.

Tipo IV. Chino. Monosílabos acabados en vocal o consonante: *ta*, *ti*, *te*, *tu*, *to*; *at*, *it*, *et*, *ut*, *ot*; *tam*, *tim*, *tem*, *tum*, *tom*.

Sistemas silábicos

De los cuatro sistemas logo-silábicos han ido surgiendo con el transcurso del tiempo cuatro silabarios que muestran diversos grados de simplificación:

[1] Para la definición de un signo silábico, ver nota 31 del cap. 1, pág. 34.

Tipo I. Cuneiforme elamita, etc. Monosílabos terminados en vocal o consonante: *ta, ti, te, tu*; *at, it, et, ut*; *tam, tim, tem, tum.*

Tipo II. Semítico occidental. Monosílabos acabados en vocal, sin indicar las diferencias entre las vocales: t^x.

Tipo III. Chipriota. Monosílabos terminados en vocal: *ta, ti, te, tu, to.*

Tipo IV. Japonés. Monosílabos terminados en vocal: *ta, ti, te, tu, to*; (*da, di, de, du, do*).

Una conclusión interesante que puede sacarse de las nuevas escrituras silábicas es que todas ellas fueron creadas por pueblos heterogéneos. Así, mientras los babilonios y los asirios de Mesopotamia aceptaron casi sin alteración el sistema sumerio de escritura, los extranjeros —elamitas, hurritas y urartianos— juzgaron que la tarea de dominar el complicado sistema mesopotámico era en exceso engorrosa; se limitaron a tomar un silabario simplificado y eliminaron casi por completo el pesado aparato logográfico. Los semitas de Palestina y Siria fueron más audaces en su tendencia hacia la simplificación; lo único que aceptaron de los egipcios fue el principio de escribir monosílabos sin indicar las diferencias entre las vocales. De manera análoga, los chipriotas crearon un silabario de un sistema egeo de escritura, omitiendo por completo el uso de signos verbales. Los japoneses no fueron tan radicales. También ellos desarrollaron un silabario sencillo muy parecido en principio al de los chipriotas, aun cuando señala por medio de signos separados las consonantes sonoras de las mudas, pero, además utilizan signos verbales tomados de la escritura china. En todos estos casos, fueron los extranjeros los que no temieron romper con las sacrosantas tradiciones, lo que les permitió introducir reformas que condujeron a desarrollos nuevos y revolucionarios.

El nombre general de «silabario semítico occidental» dado a los diversos tipos de escritura empleados por los fenicios, hebreos y otros semitas desde la segunda parte del segundo milenio a. C., expresa claramente, a mi parecer, que estas escrituras constituyen silabarios y no alfabetos, como se admite generalmente. Estas escrituras semíticas siguen fielmente las líneas de su modelo egipcio y éste no es más que un silabario, desde el punto de vista del desarrollo de la escritura.

Sistemas alfabéticos

Ahora podemos hacer con todo fundamento la pregunta siguiente: Si estas escrituras semíticas primitivas no son alfabetos, ¿qué es, entonces, el alfabeto? La contestación es clara. Si por el término «alfabeto» entendemos una escritura que expresa los sonidos individuales de un idioma, entonces el primer alfabeto fue formado por los griegos. Aunque a lo largo del segundo milenio a. C. se intentasen diversos recursos para indicar las vocales en los silabarios del tipo semítico egipcio, ninguno de ellos consiguió desarrollar un sistema vocálico completo. La forma corriente era añadir indicadores fonéticos para auxiliar la lectura de las vocales, que normalmente quedaban sin indicación en los sistemas semíticos de escritura. Pero mientras los semitas emplearon las llamadas *matres lectiones* (v. págs. 218 y sigs.) esporádicamente, como en el caso de m^a-l^a-$k^{(a)}$-t^i-y^i para *malaktī*, 'yo reinaré', los griegos las emplearon sistemáticamente después de cada sílaba. Así, de acuerdo con el principio de reducción (v. págs. 238 y sigs.), pronto llegaron a la conclusión de que puesto que en la grafía t^i-y^i el segundo signo no es la sílaba y^i, sino la vocal *i*, el primer signo debe representar la consonante *t* y no la sílaba t^i.

Por lo tanto, fueron los griegos los que, habiendo aceptado en su totalidad las formas del silabario semítico occidental, desarrollaron un sistema de vocales que, añadidas a los signos silábicos, reducían el valor de estas sílabas al de simples signos consonánticos, creando de esta forma por primera vez un completo sistema alfabético de escritura. Y fue de los griegos de quienes, a su vez, aprendieron los semitas el uso de los signos vocálicos y por lo tanto, a desarrollar sus propios alfabetos.

Existen en uso tres tipos de alfabetos, caracterizados por tres métodos diferentes de indicar las vocales:

Tipo I. Griego, latín, etc. Vocales indicadas por signos separados: *t-a*, *t-i*, *t-e*, *t-u*, *t-o*.

Tipo II. Arameo, hebreo, árabe, etc. Vocales señaladas por signos diacríticos separados: *t*, *t*, *t*, *t*, *t*; o análogo.

Tipo III. Indio, etíope, etc. Vocales indicadas por marcas diacríticas añadidas al signo o mediante modificación interna.

Durante los últimos 2.500 años el alfabeto ha conquistado la civilización y ha llegado a los más apartados rincones del globo, pero durante este período los principios de la escritura no han sufrido reforma alguna. Los cientos de alfabetos repartidos por todo el mundo, por diferentes que puedan ser en su aspecto exterior, todos siguen los principios establecidos por primera y última vez por la escritura griega.

Observaciones

Al contemplar los menudos y sencillos caracteres de nuestra letra manuscrita o de imprenta, nos resulta difícil comprender que un espacio de miles de años se extiende entre nuestros modernos caracteres y sus antecedentes originales. Muchos llamarían «inglesa» a la escritura que sirve para expresar el idioma inglés. Otros quizá sepan que puede ser llamada «latina», porque incluso en su forma moderna se diferencia poco de la escritura latina de dos mil años atrás. Pero ¿cuántos saben las etapas que preceden en la historia a la escritura latina; que el alfabeto latino es un desarrollo del alfabeto griego, y que éste, a su vez, es una adaptación de una escritura desarrollada por los semitas de Siria a mediados del segundo milenio a. C.? Pero esto no es todo. La historia de nuestra escritura nace mucho antes. Aunque en su forma externa esta primera escritura semítica parece ser una creación original e individual, que no se deriva de ninguna otra, sus principios son sin duda los del silabario egipcio. Este es parte del sistema egipcio de escritura, que, con el sumerio, hitita, chino, etc., pertenece a la gran familia de los antiguos sistemas orientales de escritura. La historia de la más antigua de estas escrituras, la sumeria —que quizá haya sido la madre de los demás sistemas— puede ser investigada desde hacia 3000 a. C.

Tanto en libros eruditos como de popularización encontramos con frecuencia menciones acerca de la invención de la escritura. ¿Pero hubo tal invención de la escritura? O hablando en términos más generales, ¿existe de verdad un «invento»? Si consideramos, por ejemplo un «invento» como el de la moneda, veremos en se-

guida el sentido de mi pregunta. Se dice que la moneda fue inventada por Creso, rey de Lidia. Pero en realidad lo que él hizo no fue más que aceptar la costumbre de emplear metales preciosos como medio de cambio —uso extendido largamente durante siglos por todo el Oriente Medio— y añadirle su garantía propia y la del Estado en lo que se refiere a la exacta relación de valor al peso de cada trozo de metal. De forma análoga deben considerarse las restantes realizaciones llamadas «inventos»: el de la telefonía sin hilos o de la radio por Marconi es inconcebible sin la teoría de las ondas de Hertz; el ferrocarril de Stephenson es la adaptación a unas ruedas de la máquina de vapor de Watt, mientras ésta es una aplicación práctica de las observaciones hechas por muchas generaciones a lo largo de siglos.

Si se tienen en cuenta los ejemplos mencionados, puede verse que todos los llamados «inventos» no son, en realidad, nada más que una mejora de algo que había sido conocido con anterioridad. La escritura, como la moneda, o la telefonía sin hilos, o la máquina de vapor, no fue inventada por un hombre de un lugar preciso en un período determinado. Su historia y su prehistoria son tan largas como la historia misma de la civilización[2].

Por supuesto que en todas las grandes realizaciones culturales, debemos siempre tener en cuenta la intervención decisiva de hombres de genio, capaces bien de rechazar las sacrosantas tradiciones, bien de dar forma práctica a algo acerca del cual otros sólo pudieron especular. Por desgracia, no conocemos ninguno de los autores de las reformas más importantes en la historia de la escritura. Sus nombres, como los de otros grandes hombres, responsables de las mejoras básicas esenciales en el uso práctico de la rueda, o del arco y la flecha, o la vela, se han perdido para siempre para nosotros en las tinieblas de la antigüedad.

Antes de comenzar el examen de las características más desta-

[2] Me resulta imposible aceptar la opinión expresada en la obra de Ralph Linton *The Study of Man. An Introduction* (Nueva York, 1946), págs. 304 y sigs., donde se define el término «descubrimiento» como «toda adición al conocimiento» e «invención» tanto original como perfeccionamiento— como «una nueva aplicación del conocimiento».

cadas en la evolución de la escritura, deben tenerse en cuenta algunas observaciones en relación con el empleo de la terminología y las definiciones en el cuadro de la figura 95. No existen sistemas puros de escritura como no existen en antropología razas puras, o idiomas puros en lingüística. Igual que en una lengua de cierto período pueden encontrarse elementos conservados de un período más antiguo e innovaciones anticipadas, de la misma forma un sistema de escritura puede contener en un período elementos de distintas fases de su desarrollo. En la reconstrucción esquemática de un cuadro resulta imposible tener en cuenta todas estas divergencias menores. Podrían introducirse terminologías largas y complicadas para incluir todas las características de un sistema, pero sólo serviría para confundir el asunto. Por esta razón, la terminología empleada en el cuadro intenta solamente definir las características principales de una escritura. He aquí unos cuantos ejemplos específicos. La escritura inglesa, como la latina, se llama alfabética, aun cuando contiene ciertos signos verbales, como en la grafía «3 lb» o «£3» para «tres libras». El silabario elamita y el alfabeto pehlevi emplean muchos más signos verbales. El silabario jeroglífico hitita contiene unos pocos signos del tipo *tra*, *ara*, fuera de la evolución normal. El llamado «alfabeto cario» consta de signos alfabéticos tomados del griego, más una cantidad de signos silábicos prestados por otro sistema de origen anatolio local[3]. En todas las escrituras fonográficas, especialmente en chino, se encuentran elementos que solemos incluir en la etapa semasiográfica de la escritura.

En los capítulos anteriores, los diferentes tipos de escritura fueron organizados y analizados en grupos de acuerdo con las etapas reconstruidas sobre la base del desarrollo interno de la escritura. Las etapas sucesivas se encuentran representadas, primero, por los precedentes semasiográficos de la escritura, seguido por tres subdivisiones de la escritura completa que incluye las etapas logosilábica, silábica y alfabética. El interés primordial concedido en mi división a los principios internos de la escritura se encuentra

[3] El alfabeto copto, imitado principalmente del griego, tiene un signo, tomado del egipcio demótico, con el valor silábico *ti*.

en abierta oposición con los esfuerzos de aquellos especialistas que pretenden clasificar las escrituras en relación con ciertos aspectos formales o geográficos. La agrupación de las escrituras con arreglo a la forma externa, por ejemplo pictórica o lineal— o de acuerdo a la posición geográfica —por ejemplo, oriental, africana, amerindia, etc.— ofrece en mi método importancia secundaria.

Otro aspecto que debe ser destacado en esta reconstrucción de las diferentes fases de la escritura, es el principio de la evolución «en una sola dirección». Según lo empleo, este término significa que la escritura evolucionó en cierta dirección, y no debe confundirse con el término «monolineal», que significaría que la escritura avanzó en una dirección siguiendo una línea recta. Nada estaría más lejos de la verdad que defender un desarrollo rectilíneo de la escritura, ya que sabemos que la escritura hizo el largo viaje de su historia por un camino de pruebas y fracasos. No hay nada insólito en defender la tesis de la evolución en una dirección única, ya que puede comprobarse una línea evolutiva análoga en otros aspectos de nuestra cultura, como el idioma, el arte, la religión y la teoría económica. En lingüística, por ejemplo, conocemos la tendencia de las lenguas a evolucionar de etapas isolantes a otras aglutinantes y de éstas a otras flexivas. En un caso más concreto, como la fonética, podemos observar con frecuencia la tendencia de las consonantes mudas a cambiarse en aspiradas y, a su vez, de aspiradas volverse sonoras (v. también pág. 259). La evolución gradual de los artículos definido e indefinido y la desaparición paulatina del viejo número dual son otros ejemplos del desarrollo en una sola dirección del idioma[4].

Lo que este principio significa en la historia de la escritura es que al alcanzar su definitivo desarrollo, la escritura, cualquiera que sean sus precedentes, debe pasar por las fases de logografía, silabografía y alfabetografía, precisamente en este orden y no otro. Por lo tanto, ninguna escritura puede comenzar con una etapa silábica o alfabética, a no ser que la tome prestada, directa o indirectamente, de un sistema que haya pasado por todas las etapas

[4] Ver el artículo de Giuliano Bonfante sobre «Semánticas», *Encyclopaedia of Psychology* (Nueva York, 1946), pág. 844, y «On Reconstruction and Linguistic Method», *Word*, I (1945), 85 y sigs.

previas. Un sistema de escritura puede detenerse naturalmente en una etapa interrumpiendo la evolución. Así, algunas escrituras se detuvieron en la etapa logográfica o silábica. El refrán «natura non facit saltus» puede aplicarse a la historia de la escritura en el sentido de que no puede omitirse ninguna etapa de la evolución. Por lo tanto, si se acepta que la logografía evoluciona primero hacia la silabografía, entonces el llamado «alfabeto» egipcio, que derivó de la logografía, no puede ser un alfabeto, sino que tendrá que ser un silabario. No existe la evolución inversa: un alfabeto no puede convertirse en silabario, lo mismo que un silabario no puede desembocar en la creación de la logografía. Por esta razón resulta absurdo hablar de la derivación de los silabarios etíopes (o sánscritos) de un alfabeto semítico. Como se indicó en otro lugar (v. págs. 243 y sigs.), tanto la escritura etíope como la sánscrita son desarrollos de un silabario semítico, que a su vez, se trata de una creación que sigue el modelo de un silabario egipcio.

Resulta difícil predecir el futuro de nuestra escritura, es decir, cuál pueda ser la próxima etapa que alcance en el futuro nuestro sistema alfabético. Si nuestra escritura derivase casualmente en la dirección de la semasiografía, es decir, un sistema de escritura sin una concreta correspondencia con el idioma hablado (v. págs. 310 y sigs.), no podría alegarse como ejemplo de un desarrollo inverso. Como el fenómeno paralelo en el caso de idiomas que se desarrollan por medio de las etapas isolante > aglutinante > flexiva > isolante, etc.[5] o en el caso de la «regla TAM-TAM» en la fonética indo-europea (tenuis > aspirata > media > tenuis > aspirata > media)[6], el desarrollo de la escritura en dirección a la semasiografía indicaría solamente que la escritura puede pasar por varias etapas a través de una línea de desarrollo circular o más bien espiral. Tan sólo si nuestro alfabeto actual cambiase directamente a una escritura léxica o silábica, podría aducirse como prueba contra el principio de desarrollo en una sola dirección.

---

[5] Obsérvese la evolución del chino, idioma isolante en origen, hoy casi aglutinante y la tendencia del inglés, en sus comienzos lengua flexiva, que evoluciona actualmente en la dirección de los idiomas isolantes.

[6] Obsérvese el indoeuropeo **pəter* (latín *pater*): escandinavo arcaico *faðir* (inglés *father*),sajón antiguo y gótico *fadar*: alemán *Vater*, o indoeuropeo **dheu-*: inglés

De lo dicho anteriormente, deberíamos esperar encontrar el desarrollo normal de la escritura desde la etapa logográfica a la silábica, o de la silábica a la alfabética, ilustrado por una escritura en uso en determinado país. Pero la costumbre es siempre más grata al hombre que el progreso, y por lo tanto, la escritura rara vez evoluciona hasta este extremo en una sola región. La tendencia a pasar de una escritura preponderantemente logográfica a otra primordialmente silábica puede observarse dentro del sistema jeroglífico hitita. De otra parte, aunque los sistemas cuneiforme mesopotámico y egipcio en sus primitivas etapas manifestaron indudables tendencias hacia la silabografía, fueron adquiriendo cada vez más a lo largo de los siglos un gran número de signos verbales adicionales. La evolución retrógrada de ciertas escrituras singulares fue con frecuencia favorecida cuando caían bajo el dominio de una casta sacerdotal o política. En tales casos, los sistemas se iban cargando gradualmente de tantas desviaciones artificiales y barrocas que resultaban en exceso difíciles para que las dominasen las masas populares. El resultado final de esta escritura degenerada era su repudio por el pueblo y su sustitución por un sistema totalmente nuevo importado del extranjero (v. también págs. 216 y 253). Tal fue el caso con los sistemas cuneiformes, relativamente sencillos y fáciles de aprender, de los viejos acadios, asirios y babilonios, comparados con los de los asirios y babilonios posteriores que fueron finalmente sustituidos por la escritura aramea. O el de los sistemas jeroglíficos egipcios, de los períodos del Imperio y de las pirámides, en contraste con las derivaciones complicadas y enigmáticas de la era ptolomaica, que terminó con la sustitución del jeroglífico por la escritura copta. El desarrollo casi increíble de la logografía en la escritura china es un fenómeno conocido de sobra. A causa de su situación geográfica marginal respecto al Viejo Mundo, China no se vio afectada por las invasiones extranjeras hasta el extremo que lo fueron los países del Oriente Medio. Por esta razón, la evolución de la escritura china siguió su curso durante milenios sin ser alterada por influencias extranjeras, dando como

drad: alemán *tot*: aleman dialectal *thot*. C. Meinhof, *Die moderne Sprachforschung in Afrika* (Berlín, 1910), pág. 59, observó que la «ley de Grimm» es aplicable a 18 diferentes lenguas Bantu.

resultado un tipo de escritura que atendía perfectamente las necesidades de una reducida camarilla burocrática, pero era por completo inaccesible al 90 por ciento de la población.

La historia de nuestra escritura durante miles de años corre pareja estrechamente con la historia de algunas escrituras modernas creadas bajo el influjo de los hombres blancos en las sociedades primitivas, por ejemplo, las escrituras de los indios Cherokee y de los Bamum africanos, de las que se tratará con mayor detenimiento en las páginas 265 y 269 y sigs. Ambas escrituras, comenzando con una semasiografía asistemática, desarrollaron primero sistemas logográficos en los que cada signo representaba una palabra del idioma. Debido a la imperfección de la logografía pura, ambas escrituras se vieron pronto obligadas a producir sistemas silábicos, pero así como la escritura bamum en su desarrollo final parece mostrar algunas tendencias hacia la alfabetización, la cherokee, como muchas otras escrituras semejantes empleadas por primitivos, se detuvo en la etapa silábica. Esta sucesión de etapas de la escritura refleja las fases de la psicología primitiva. Aunque naturalmente los primitivos son capaces de comprender partes del discurso, como afirmaciones y frases, muestran cierta dificultad para reconocer palabras individuales. La posibilidad de dividir una palabra en sus sílabas componentes significa un gran avance para su comprensión del idioma y con frecuencia llegan a aprenderlo mediante influencia exterior. La división de sílabas en sonidos individuales escapa con frecuencia a su capacidad. Este orden en el análisis del habla es el más natural, como demuestra el que casi todas las escrituras introducidas en tiempos recientes en las sociedades primitivas se han detenido en la etapa silábica. La eficacia de los silabarios y la extraordinaria facilidad con que los estudiantes nativos aprenden a escribir y leer escrituras silábicas —al revés de lo que ocurre con las escrituras alfabéticas— han sido señaladas insistentemente por los observadores occidentales[7].

[7] Este extremo se encuentra destacado prominentemente por especialistas que han examinado la tipología de sistemas creados en los tiempos actuales por sociedades primitivas como los esquimales de Alaska y los Bamum africanos. V. J. Friedrich en *Zeitschrift der Deutschen Morgenländischen Gesellschaft*, CIV (1954), 322, 325, 328 y sig.; *idem* en *Archiv Orientální*, XIX (1951), 256 y sigs.; Alfred Schmitt, *Die Alaska Schrift und ihre schriftgeschichtliche Bedeutung* (*Münstersche Forschungen*, Heft 4; Marburg, 1951), págs. 100, 107; *idem* en *Indogermanische Forschungen*, LXI

Al repasar este breve esquema del desarrollo de la escritura, podemos observar tres grandes avances mediante los que la escritura evolucionó de las etapas primitivas a un alfabeto completo. Estos son, en orden cronológico: 1) el principio sumerio de fonetización, 2) la escritura silábica semítica occidental y 3) el alfabeto griego.

El principio de fonetización, camino de un silabario totalmente sistematizado, está comprobado históricamente por primera vez entre los sumerios, más tarde en otras muchas escrituras del Viejo Mundo. La esporádica presencia de la fonetización en varias partes del mundo, tanto del Viejo como del Nuevo (págs. 22, 68 y 82) prueba que este principio pudo haber evolucionado con independencia en diferentes países.

El segundo adelanto importante fue la creación del silabario semítico occidental, consistente en unos 22 signos, idéntico en principio al análogo silabario egipcio de 24 signos. Lo extraordinario de la realización semítica no consiste en ninguna innovación revolucionaria, sino en haber rechazado del sistema egipcio todos los signos léxicos y signos con más de una consonante y en su limitación a un pequeño número de signos silábicos abiertos. En cierto sentido, esta hazaña no es mayor que la del silabario chipriota, que evolucionó partiendo de una escritura logo-silábica egea, de la que eliminó la carga de los signos léxicos. Por supuesto, la creación del silabario semítico tuvo una importancia considerablemente mayor en la historia de la escritura que análogas innovaciones en otros países, simplemente porque esta escritura se convirtió en la madre de todos los alfabetos, mientras el sistema chipriota desapareció sin dejar descendencia directa.

Finalmente, el tercer avance importante, la creación del alfabeto griego, fue conseguido mediante el uso sistemático de un recurso (*matres lectionis*) utilizado repetida, pero esporádicamente, en el Oriente Medio. La agregación regular de vocales a los signos

(1954), 225, Egerton R. Young, *The Apostle of the North—Rev. James Evans* (Nueva York, 1899), págs. 181 y sigs.; Louis-Philippe Vaillancourt, «L'origine des caractères syllabiques», *Anthropologica*, V (1957), 127 y sig.; K. L. Pike, *Phonemies* (Ann Arbor, Michigan, 1947), cap. 16; J. Berry, «The Making of Alphabets», *Proceedings of the VIII International Congress of Linguistic* (Oslo, 1957), 752-764.

silábicos tuvo como resultado la reducción de los valores de estos signos silábicos en signos alfabéticos, lo que condujo por lo tanto a la creación de un alfabeto completo. Como se indicó anteriormente (v. págs. 217 y sigs.), muchas otras escrituras orientales se encontraban en camino de llegar a una escritura alfabética muy semejante a la desarrollada sistemáticamente por primera vez por los griegos.

El extremo que debe destacarse es que ninguno de estos tres avances importantes es auténticamente revolucionario en el sentido que represente algo enteramente nuevo. De acuerdo con lo que se dijo antes acerca de los llamados «inventos» en general (v. página 256), el único desarrollo notorio en la historia de la escritura es la sistematización en una determinada etapa de recursos que, conocidos anteriormente, habían sido empleados sólo de modo casual.

Hemos seguido, por lo tanto, la evolución de la escritura desde los primitivos intentos semasiográficos a los sistemas, en total desarrollo, logo-silábicos, silábicos y alfabéticos. Por sencillo que este desarrollo de la escritura pueda parecer a primera vista, debe destacarse con insistencia que su tratamiento ha sido hasta hoy notoriamente erróneo. ¿De qué otro modo puede calificarse la opinión de un especialista que da por supuesto la evolución sucesiva de las escrituras logográficas, silábicas y alfabéticas[8], pero al mismo tiempo llama consonántica[9] a la escritura egipcia, fonética y no semántica, y en otra parte habla de la escritura silábica como de un callejón sin salida (*Sackgasse*) que no conduciría jamás a una escritura alfabética?[10]. ¿Cómo podemos conciliar las opiniones contradictorias de otro especialista, que cree que la escritura evolucionó desde una etapa pictográfica-ideográfica, a través de una silábica, a otra etapa alfabética[11], pero al mismo tiempo considera la escritura no semántica egipcia como una mezcla multi y monoconso-

---

[8] Kurt Sethe, *Vom Bilde zum Buchstaben* (Leipzig, 1939), pág. 66.

[9] *Op. cit.*, págs. 26 y sigs.

[10] *Op. cit.*, págs. 44 y 52; esta discrepancia fue observada claramente por S. Schott *apud* Sethe, *op. cit.*, pág. 71. Una opinión idéntica a la de Sethe se encuentra expresada por G. R. Driver, *Semitic Writing* (Londres, 1954), pág. 138: «La escritura silábica es un callejón sin salida del que no hay escapatoria».

[11] David Diringer, *L'alfabeto nella storia della civiltà* (Firenze, 1937), pág. 704.

nántica[12], y concluye que la ausencia de vocales en las escrituras egipcia y semítico occidental no han sido explicadas satisfactoriamente?[13] A mi parecer, estas contradicciones sólo pueden eliminarse si tratamos rigurosamente de deducir una conclusión lógica de dos premisas básicas:

Premisa I. *Desde el punto de vista de la teoría de la escritura, la evolución es desde una escritura logo-silábica, a través de una silábica, a una escritura alfabética.*

Premisa II. *Desde un punto de vista histórico, el desarrollo es desde una escritura egipcia, a través de la escritura semítico-occidental, hasta la escritura griega.*

Si aceptamos estas dos premisas —y no parece existir desacuerdo entre los especialistas en cuanto a su validez por separado— sacaremos la obvia conclusión de que cierta especie de silabario existía, bien en el sistema egipcio o en el semítico, antes de la evolución del alfabeto griego. En esto consiste el problema. Puede ser eliminado por completo si aceptamos el desarrollo, justificado teórica e históricamente, de la escritura según se propone en este estudio: *desde el sistema lógo-silábico egipcio a la escritura puramente silábica semítico-occidental, y desde la escritura silábica semítico-occidental al alfabeto griego.*

[12] *Op. cit.*, pág. 88; Diringer emplea el término «silábico» en el sentido «multiconsonántico», que ha sido criticado en las págs. 76 y sigs. de este estudio.

[13] En *Antiquity*, XVII (1943), 88.

Capítulo 7
ESCRITURAS MODERNAS DE LOS PRIMITIVOS

Aparte de los sistemas limitados empleados modernamente por las sociedades primitivas y que fueron tratados en el capítulo II bajo la rúbrica de «Precedentes de la escritura», existe gran cantidad de escrituras más evolucionadas introducidas en los últimos tiempos en las sociedades primitivas bajo la influencia del hombre blanco, principalmente de los misioneros. En el breve análisis siguiente estas escrituras están agrupadas con arreglo a los continentes en los que se originaron. Para que sea más completo se incluyen también las escrituras inventadas directamente por los hombres blancos para su empleo por las sociedades primitivas. Debido a la importancia del tema, se cita bibliografía de la forma más completa.

Presentación descriptiva

La escritura más importante y, al parecer, la más antigua del continente americano es la cherokee, inventada por un indio llamado Sikwāyi —más conocido en la forma Sequoyah— para el uso de los miembros de su tribu, que habitaba el territorio ahora

ocupado por el estado de Carolina del Norte. Sequoyah recibió de los blancos el estímulo para inventar la escritura, pero aunque conocía la existencia de libros impresos en inglés, no sabía leer ni escribir esta lengua. Hacia 1820 comenzó a intentar una nueva escritura y organizó, sobre la base de la primitiva semasiografía india (v. págs. 53 y sigs. y 65 y sigs.) un sistema de signos pictográficos cada uno de los cuales representaba palabras de su idioma. Comprendiendo lo arduo que resultaría el persuadir a sus hermanos de tribu que aprendiesen una difícil escritura léxica, desistió de su primer intento y comenzó a trabajar en un sistema en el que, no las palabras, sino sus partes integrantes, es decir, las sílabas, estaban expresadas por signos individuales. Al mismo tiempo, abandonó su idea original de expresar signos por medio de pinturas y en lugar de ello decidió emplear las formas de los signos en su libro inglés como base para los de su silabario propio. Por ejemplo, al signo *H* dio el valor *mi*, al signo *A* el de *go*, etc. Otros signos fueron, o inventados libremente o constituyeron variantes derivadas de las formas inglesas. Así primero creó un silabario de unos 200 signos, que hacia 1824 simplificó considerablemente, acortándolo a 85. Esta es la escritura en que se publicaron después los libros y los periódicos del pueblo cherokee[1].

Menos importancia tiene el silabario inventado algo después de 1840 por el misionero inglés J. Evans, para el uso de los indios Cree y otras tribus vecinas de los Algonquinos, en Canadá. El silabario se compone de 44 signos dibujados en simple forma geométrica. Las diferencias entre las vocales están indicadas por la diferente orientación del signo básico. Una serie adicional de signos sirve para indicar las consonantes finales. Se conocen varios sistemas[2].

---

[1] Hans Jensen, *Die Schrift* (Glükstadt y Hamburgo, 1935), págs. 166; David Diringer, *L'alfabeto nella storia della civiltà* (Firenze, 1937), págs. 602 y sig.; C. F. Lehmann Haupt en *Zeitschrift der Deutschen Morgenländischen Gesellschaft* (referido en lo sucesivo como *Zeitschrift*), LXXIII (1919), 60-65; Johannes Friedrich, *Zeitschrift*, XCI (1937), 331 y sig.

[2] Jensen, *op. cit.*, págs. 168 y sig.; Diringer, *op. cit.*, pág. 604; Louis-Philippe Vaillancourt, «L'origine des caractères syllabiques», *Anthropologica*, V (1957), 125-129. Leo en *The Gospel in Many Tongues Published by the British and Foreign Bible Society*

El complicado sistema de signos léxicos de la escritura inventada por un misionero llamado Christian Kauder tuvo un uso limitado entre los Micmac (o Megum), indios del Canadá oriental. En 1866 se imprimió en Viena un catecismo en esta escritura, para la que se emplearon nada menos que 5.701 signos diferentes, todos inventados[3]. Lo absurdo del sistema lo demuestra el hecho de que contiene signos distintos incluso para palabras o nombres tan poco empleados como Viena y Austria.

Los diversos sistemas empleados por las tribus algonquinas de Sauk, Fox y Kickapoo, en el sudoeste, representan un auténtico alfabeto. Consiste de 15 signos, con ligeras variaciones, todos adaptados de una forma cursiva de la escritura latina. En once casos los valores de los signos son aproximadamente los del inglés; solamente en cuatro casos los valores han sido alterados arbitrariamente[4]. Muy poco se conoce sobre un alfabeto que una tribu Win-

---

(Londres, 1954), que sistemas análogos a los empleados por los indios Cree son corrientes entre los esquimales de la Tierra de Baffin (Núm. 199) y los Slave o Tinne en la región del río Mackenzie (Núm. 708). Cf. también el artículo «Eskimo in Print» en la revista *Time*, 29 junio 1959, pág. 37.

[3] Diringer, *op. cit.*, págs. 601 y sig.; Garrick Mallery, *Picture-Writing of the American Indians* (Tenth Annual Report of the Bureau of Ethnology, Smithsonian Institution; Washington, 1886), págs. 666-671. Los manuales existentes no aclaran mucho sobre el empleo *efectivo* de la escritura Micmac. No obstante, en un artículo de Wilhelm Schlag, «Austrian Missionaries to American Indians», *Austrian Information*, publicado por el Servicio Austriaco de Información de Nueva York, vol. XV, núm. 2 (31 enero, 1962), pág. 5, tomado de *Österreich und die angelsächsische Welt*, ed. Otto Hietzsch (Viena-Stuttgart, 1961, que no me ha sido posible utilizar), se lee lo siguiente; «En la Biblioteca Nacional de Austria se encuentran dos ejemplares dedicados de un curioso volumen que comprende catecismo, devocionario y una concisa historia bíblica, impreso en pictografías. Fue escrito por Christian Kauder para su congregación de indios Micmac en Nueva Escocia. Los dos ejemplares es cuanto se conserva de la edición completa impresa gratuitamente por la Imprenta Real de Viena. El barco que transportaba los libros al Nuevo Mundo naufragó.» Un fragmento de dos líneas de un manuscrito Micmac conservado en la Biblioteca Nacional de París, reproducido en M. Cohen, *La grande invention de l'écriture, Planches* 86A, y examinado en su *Documentation*, págs. 123 y sigs., está escrito al parecer en una escritura Micmac de origen desconocido.

[4] William Jones, «An Algonquin Syllabary», en *Boas Anniversary Volume* (Nueva York, 1906), págs. 88-93. Jones considera como silabario, no alfabeto la escritura algonquina. Lo justifica diciendo que «resulta corriente asociar las consonantes en

nebago tomó de los indios Sauk. Se supone que el alfabeto consistía de diecisiete caracteres latinos y dos nuevos signos, de nueva creación. Se dice que de las diecisiete letras latinas (¿mayúsculas o minúsculas?), diez conservaron sus valores latinos (por ejemplo: *m* escrita = *m* hablada) mientras siete adquirieron valores nuevos (por ejemplo: *r* escrita = *s* hablada)[5].

De interés extraordinario son las escrituras empleadas por los esquimales de Alaska. Partiendo de la semasiografía primitiva (v. página 59) se desarrolló, a fines del siglos XIX, una escritura léxica con signos tanto pictóricos como lineales. Con el transcurso del tiempo la escritura adquirió ciertas características de fonetización, aunque un completo silabario fonético del tipo cherokee nunca lo lograron los esquimales. Varios tipos de escritura esquimal se utilizan en diversas partes de Alaska y en algunas de ellas se distinguen ciertas tendencias hacia la alfabetización[6].

---

combinación con vocales, y al aprender el silabario, las vocales se enumeran primero, y después las consonantes en combinación con las vocales. El orden seguido no es la vocal y después cada consonante respectivamente con esa vocal, sino primero todas las vocales y después una consonante por turno en conexión con las cuatro vocales». Este concepto del silabario recibe una nueva confirmación al observar que en una forma evolucionada del silabario algonquino la fila de signos para una consonante más la vocal *u* (= ' u otra por el estilo) está expresada por un símbolo sin ninguna indicación vocálica, en contraste con otras filas silábicas en las que se indican perfectamente las vocales.

[5] Alice C. Fletcher, «A Phonetic Alphabet Used by the Winnebago Tribe of Indians», *The Journal of American Folk-Lore*, III (1890), 299-301 (referencia del Dr. Thomas Sebeok, de la Universidad de Indiana). Se dice de otro sistema silábico de Fox que «utiliza nuestros números arábigos corrientes en lugar de letras o símbolos». Ver Truman Michelson, «Fox Linguistic Notes. An Unknown Fox Syllabary», en *Festschrift Meinhof* (Hamburgo, 1927), págs. 405-406.

[6] Alfred Schmitt, *Untersuchungen zur Geschichte der Schrift. Eine Schrifterfundung um 1900 in Alaska* (3 vols.; Leipzig, 1940); Friedrich, *Zeitschrift*, XCV (1941), 374-414; H. Dewey Anderson y Walter Crosby Eells, *Alaska Natives* (Stanford University, 1935), págs. 191 y sigs.; W. J. Hoffman, «The Graphic Art of the Eskimos», *Annual Report of the Board of Regents of the Smithsonian Institution for the Year 1895* (Washington, 1897), págs. 739-968. Mucha información nueva e importante sobre la escritura de Alaska puede encontrarse en Alfred Schmitt, *Die Alaska- Schrift und ihre schriftgeschichtliche Bedeutung* (*Münstersche Forschungen*, Heft 4; Marburg, 1951); Friedrich, *Zeitschrift*, CIV (1954), 325-329; *idem*, *Archiv Orientální*, XIX (1951), 252-259. Debido a la insuficiencia de una pura escritura nominal, al cabo del tiempo la escritura de Alaska adquirió ciertas características de fonetización aplicadas a

Pasando a Africa, la primera escritura en aparecer en ella fue la de los negros Vai, en la región de Sierra Leona y Liberia. Según una fuente, algo antes de 1848 un nativo, llamado Bukele, desarrolló de un sistema semasiográfico primitivo (v. págs. 76 y sigs.) una escritura léxica en imágenes y después un sistema silábico. Ciertos signos silábicos estaban derivados de los correspondientes signos léxicos, otros fueron formados libremente. Con el transcurso de los años, las imágenes fueron perdiendo gradualmente su carácter pictográfico, mientras el número de signos léxicos se redujo tanto, que en su etapa final la escritura vai consiste de unos 226 signos silábicos más unos pocos signos léxicos[7].

En estrecha conexión con la escritura vai se encuentra un grupo de escrituras silábicas, la mayor parte de las cuales puede haber tenido origen bajo la influencia de la vai, más antigua:

La escritura silábica Mende consiste de unos 1.900 signos y fue inventada por un nativo llamado Kisimi Kamala[8].

El silabario Basa, de Liberia, es conocido sólo por informes de tipo general[9].

La escritura de los Kapelle, o Kpelle, al norte de Basa, permanece aún inédita[10].

---

palabras que resultaba difícil de expresar en imágenes, como la grafía del nombre *Peter* (pronunciado *pita*) mediante un signo gráfico que normalmente representó *pitâ*, «lo agarra». El empleo de los signos silábico-fonéticos aumentó progresivamente, sustituyendo por completo en las últimas etapas de la evolución las grafías logográficas. Al mismo tiempo, la escritura perdió su carácter pictórico y adquirió formas lineales. Los silabarios últimos consisten de unos 70 a 80 signos, algunos de ellos utilizados alfabéticamente en forma muy parecida a la conseguida en la escritura bamum (pág. 271). Así la palabra *qànertoq* «él habla», expresada originalmente por medio de un signo pictórico, está expresada primero silábicamente como *qa-ner-tuq*, después como *qa-n-ner-tuq*, *qa-n-ner-r-tuq*, *qa-a-n-ne-r-t-tu-q* y *qa-a-n-ne-r-ri-t-tu-q*.

[7] Jensen, *op. cit.*, págs. 115 y sigs.; Diringer, *op. cit.*, págs. 222 y sigs.; A. Klingenheben, «The Vai Script», *Africa*, VI (1933), 158-171; Friedrich, *Zeitschrift*, XCI (1937), 328 y sig.

[8] Jensen, *op. cit.*, pág. 118; Friedrich, *Zeitschrift*, XCI (1937), 329 y sigs. y 505; *idem*, *op. cit.*, XCII (1938), 189-208.

[9] Friedrich, *Zeitschrift*, XCI (1937), pág. 328, núm. 2, y pág. 508; Joseph Joffre, *Man*, XLIII (1943), 112, citando H. Baumann, D. Westermann, R. Thurnwald, *Völkerkunde von Afrika* (Essen, 1940), pág. 380, que no he podido consultar.

[10] Cf. Friedrich, *Zeitschrift*, XCI (1937), 331, y *op. cit.*, XCII (1938), pág. 185, núm. 1.

El silabario Toma, de Guinea francesa y Liberia, consiste en 187 signos que muestran estrechos vínculos con los sistemas Vai y Mende[11].

La escritura Gerze, de Guinea francesa, está representada solamente por 87 signos[12].

Mucho más reciente, pero de igual importancia que la escritura vai, es la de los Bamum, en el Camerún, inventada hacia 1895-96 por un jefe nativo Njoya bajo el influjo de los mercaderes europeos o Hausa[13]. La escritura bamum, como la vai, comenzó como escritura verbal de imágenes compuesta por unos 510 signos. Gradualmente los signos perdieron su carácter pictográfico original y, al mismo tiempo, el número de signos se fue reduciendo gradualmente de 510 a 437, 381, 295 y 205. En su evolución final, aparece un silabario bamum de unos 70 signos, que muestra ciertas tendencias hacia la alfabetización, fenómeno excepcional entre las escrituras de las sociedades africanas modernas [14]. El origen de este

---

[11] Joseph Joffre, «A New West-African Alphabet: Used by the Toma, French Guinea and Liberia», *Man*, XLIII (1943), 108-112; *idem*, «Sur un nouvel alphabet ouest-africain: le Toma (frontière franco-libérienne)», *Bulletin de l'Institut Français d'Afrique Noire*, VII (1945), 160-173.

[12] Cf. Joffre en *Man*, XLIII, pág. 112, y A. Lassort, «L'écriture guerzée», *Première conférence internationale des africanistes de l'ouest, Comptes rendus*, II (París, 1951), 209-215. Muy poco se conoce sobre el empleo de la escritura bété de la Costa de Marfil, inventada hacia 1956 por el nativo de cultura francesa Frédéric Bruly-Bonabré. La escritura en su etapa definitiva consiste de 401 signos silábicos, en su mayor parte de origen pictográfico. El documento, de gran interés, con la descripción del carácter de la nueva escritura, escrito de puño y letra de Bruly- Bonabré se publicó en Th. Monod, «Un nouvel alphabet ouest-africain: le bété (Côte d'Ivoire)», *Bulletin de l'Institut Français d'Afrique Noire*, XX (1958), 432-553. Una monografía independiente sobre la escritura bété por Monod aparecerá en breve.

[13] Jensen, *op. cit.*, págs. 112-115; Diringer, *op. cit.*, págs. 206 y sig.; Friedrich, *Zeitschrift*, XCI (1937), 326 y sigs.; Maurice Delafosse, «Naissance et évolution d'un système d'écriture de création contemporaine», *Revue d'ethnographie*, III (1922), 11-36; O. G. S. Crawford, «The Writing of Njoya», *Antiquity*, IX (1935), 435-442; I. Dugast et M. D. W. Jeffreys, *L'écriture des Bamum, sa naissance, son évolution, sa valeur phonétique, son utilisation (Mémoires de l'Institut Français d'Afrique Noire. Centre du Cameroun. Série: Populations*, núm. 4 (1950); Friedrich, *Zeitschrift*, CIV (1954), 117-125.

[14] En el nuevo sistema la palabra *mfən*, «rey», escrita en principio logográficamente con un signo, se expresa ahora con cuatro signos como *m-fu-d-ə-n*, igual que la palabra *lam*, «matrimonio», se escribe *la-a-am*. Descrito por Delafosse, *op. cit.*,

nuevo tipo de escritura se debe a las circunstancias más insólitas. Parece que el rey de los Njoyas se mostró celoso de sus reales colegas vecinos, que disponían de un idioma real para su uso particular, a más de la lengua común de sus súbditos, y decidió crear una lengua para que fuese utilizada por su corte. El nuevo idioma, compuesto con la ayuda de una misionera europea, viene a ser una mezcolanza de palabras francesas, alemanas e inglesas, todas pronunciadas según su idioma de origen, pero con significados asignados arbitrariamente. Debido a la insuficiencia del sistema silábico existente para expresar palabras extranjeras, se introdujo un recurso para agregar signos vocálicos a las sílabas abiertas, de la forma conocida como escritura plena en numerosos sistemas del Oriente Próximo (v. págs. 217 y sigs.). Así, la palabra *fété* 'cosa' (del inglés *fate*) se escribe como *f(è)-é-t-(è)-é*, lo mismo que *atol* 'esto es' (del inglés *at all*) se escribe *a-t(è)-o-l(i)*. Pero el recurso no está empleado sistemáticamente y los Bamum nunca han logrado un alfabeto completo. Aunque la grafía alfabética de las anteriores palabras como *fé-té* y *a-t-o-l*, empleado por ciertos especialistas, no parece estar justificada por completo, la evolución del bamum es de la mayor importancia para la teoría de la escritura, al probar que un alfabeto puede originarse no solamente de un silabario del tipo semítico, que consista en signos sin indicación de vocales, sino también de un silabario como el bamum, compuesto de signos con completa indicación de vocales[15] (v. págs. 229 y sigs. y 239 y sig.).

---

págs. 17 y sigs. y 33-36, pero no analizada en la por lo demás admirable obra de Dugast y Jeffreys citada en la nota anterior.

[15] Se tienen noticias de una nueva lengua y escritura artificiales utilizadas desde 1936 en el extremo sudeste de Nigeria por un grupo de cristianos practicantes llamados Oberi Ɔ kaime. Según R. F. G. Adams, «Oberi Ɔ kaime, a New African Language and Script», *Africa*, XVII (1947), 24-34, «parece haber 32 símbolos principales, la mayor parte de ellos de formas muy extrañas, aunque se encuentran también signos diacríticos y letras especiales. Los 32 símbolos tienen formas mayúsculas y minúsculas». La descripción de Adams no es suficiente para hacerse una clara idea del carácter del silabario. Dos formas ligeramente diferentes de un alfabeto nubio, aparentemente basado en el árabe, se reproducen y analizan en H. A. MacMichael, *A History of the Arabs in the Sudan* (Cambridge, 1922), II, 328; M. Delafosse en *Revue d'ethnographie et des traditions populaires*, IV (1923), 106 y sig.; M. Cohen, «Inscriptions arabes en caractères séparés recueillies en Mauritanie par P. Boëry», *Hespéris*, XIV

El único ejemplo seguro de una escritura alfabética desarrollada en tiempos recientes entre los nativos africanos es el alfabeto somalí. El autor de la escritura, un nativo llamado 'Ismān Yusūf, no era una persona inculta, ya que dominaba el árabe y, hasta cierto punto, el italiano. Partiendo de su familiaridad con esos sistemas, 'Ismān Yusūf estableció un alfabeto de su invención, compuesto de 19 consonantes y 10 vocales. El orden de las consonantes es el del alfabeto arábigo. Las formas de los signos fueron copiadas del árabe o del italiano, pero parecen ser pura invención, quizá en parte bajo la influencia del *ductus* de la escritura etíope[16].

Un sistema peculiar inventado recientemente en Asia es el del pastor Chukchi llamado Tenevil, en Siberia. La escritura consiste de varios cientos de signos, dibujados convencionalmente; cada uno representa una palabra determinada. Como nunca alcanzó la fase fonético-silábica, la escritura era difícil de aprender, por lo que su uso quedó limitado a la familia de Tenevil y sus amigos[17].

Las misiones bíblicas británicas idearon varios sistemas silábicos para ser empleados en diferentes lenguas de China occidental. Nada conozco de ellas, salvo los ejemplos que aparecen en un catálogo editado por la British and Foreign Bible Society[18].

(1932), 17-21, esp. págs. 18 y sig. Una escritura de carácter y origen desconocidos está en uso entre los gallas de Etiopía. Cf. A. d'Abaddie en *Bulletin de la Société de Géographie*, 1842 (no me ha sido posible su consulta), citado por Cohen en *Hespéris*, XIV, 20 y sig.

[16] E. Cerulli, «Tentativo indigeno di formare un alfabeto somalo», *Oriente Moderno*, XII (1932), 212 y sig.; Friedrich, *Zeitschrift*, XCII (1938), 186-189; Mario Maino, «L'alfabeto 'osmania' in Somalia», *Rassegna di Studi Etiopici*, X (1951), 108-121.

[17] Friedrich, *Zeitschrift*, XCII (1938), 209-218, refiriéndose a una publicación rusa de V. G. Bogoraz, que no he podido consultar.

[18] *The Gospel in Many Languages*. Specimens of 665 Languages in Which the British and Foreign Bible Society Has Published or Circulated Some Portions of the Word of God (Londres, 1933), núms. 286 (Kopu), 308 (Laka), 322 y sig. (Lisu), 387 y sigs. (Miao), 442 (Nosu) y 656 (Na-hsi). El libro de Diringer, *The Alphabet* (Londres, 1948), págs. 184 y sig., presenta un breve examen de algunos de estos sistemas. Estas modernas escrituras son distintas de las desarrolladas en tiempo muy anterior por los grupos no chinos de China, tratadas brevemente en la pág. 124, núm. 80. Se conoce muy poco de una escritura utilizada en las colinas Chin de Birmania, que, según Pau Chin Han, jefe de un movimiento sectario, le fue revelada durante un sueño por una divinidad. A partir de 1900 realizó experimentos con varias versiones

Finalmente debemos mencionar una escritura silábica que se dice usada en una de las islas Carolinas, de la que no se conoce nada, excepto —como en la escritura cherokee— que las formas de los signos latinos se emplearon como modelo[19]. El silabario empleado en la isla de Oleai o Uleai, en las Carolinas, contiene, según se dice, signos derivados en parte de pinturas, en parte de libre invención, por lo que quizá sea una creación aparte[20].

Observaciones

Incluso este breve resumen muestra claramente lo difícil que resulta enumerar todas las escrituras creadas en los últimos tiempos para su uso por las sociedades primitivas. Se conocen algunas de ellas muy imperfectamente, otras sólo de oídas, y puede que aún existan otras en oscuros rincones del globo desconocidas todavía por los investigadores. Se trata de un terreno fértil para la investigación, hasta ahora lamentablemente desatendido en los estudios sobre la escritura. Un notable impulso para el estudio de estas importantes escrituras ha sido dado recientemente por el conocido orientalista Johannes Friedrich.

---

de la escritura, la tercera y final tuvo lugar en 1931. La escritura consistía en 21 signos, de la estructura consonante más *a*, como en *pa*, *ka*, *la*, mientras que la diferenciación vocálica estaba indicada por 7 signos adicionales, como en *pi*, escrito *p(a)-i*. Un tipo insólito se encuentra representado por 9 signos de estructura vocal más consonante, como *ab*, *ag*, *ad*. Todas las formas de los signos son lineales, en apariencia de libre creación, aunque algunos de ellos se parecen a los caracteres latinos. Ver *Census of India*, 1931, vol. XI: *Burma*, parte I: *Report* por J. J. Bennigon (Rangoon, 1933), págs. 194 y sig., y 217 y sig.

[19] Theodor-Wilhelm Danzel, *Die Anfänge der Schrift* (Leipzig, 1912), pág. 219.

[20] J. Macmillan Brown, «A New Pacific Ocean Script», *Man*, XIV (1914), 89 y siguientes; *idem*, *Peoples and Problems of the Pacific*, I (Londres, 1927), págs. 117-120. La siguiente información sobre esta escritura se encuentra en Saul H. Riesenberg y Shigeru Kaneshiro, «A Caroline Islands Script», *Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology*, Bulletin 173 (1960), 273-333. Existen dos tipos de escritura en las islas: una más antigua, escritura 2, consiste de 19 signos formados sobre los caracteres romanos, y otra más reciente, escritura 1, consiste por lo menos en 78 signos, todos inventados. Los signos representan sílabas del tipo consonante más vocal. Las dos escrituras introducidas en las islas entre 1907 y 1909 debido al estímulo occidental, son escasamente utilizadas en la actualidad. Debo esta información acerca de las escrituras de las Islas Carolinas a los señores Eric P. Hamp y Saul H. Riesenberg.

El examen de estas escrituras lleva a conclusiones de capital importancia para la historia general de la escritura. He aquí algunos de los puntos de interés:

1) Todas las escrituras que han atravesado un largo proceso de evolución, como los sistemas cherokee y de Alaska en América del Norte, o los sistemas vai y bamum en Africa, han partido de la semasiografía primitiva y han pasado por sucesivas fases de logografía y silabografía, mostrando a veces en las últimas etapas ciertas tendencias hacia la alfabetización. Así, la sucesión de etapas en las escrituras introducidas entre los primitivos, corre paralela a la historia de la escritura en su evolución natural, según se trató antes en las páginas 246 y siguientes.

2) Las escrituras desarrolladas entre los primitivos bajo la influencia del hombre blanco, han pasado durante el espacio de una o dos generaciones por un proceso de evolución que para la escritura en general ha significado el transcurso de milenios. De esta forma podemos observar el proceso de evolución acelerado extraordinariamente bajo el influjo del impulso extraño (v. también págs. 271 y sigs.).

3) El caso de la escritura léxica original cherokee, inventada por Sequoyah y abandonada después por él, el uso limitado de las escrituras léxicas de Alaska y Chukchi, prueban el argumento alegado en la página 249 sobre la impracticabilidad de la escritura léxica como sistema general de comunicación.

4) A juzgar por la mayoría de escrituras examinadas en este capítulo, la fase silábica se muestra más apta para ser empleada por las sociedades primitivas. Esto está de acuerdo con la opinión expresada anteriormente, pág. 261.

5) Ciertas tendencias de escrituras silábicas, tales como la bamum y la de Alaska, de evolucionar hacia un alfabeto, desmienten la afirmación de K. Sethe[21], que la escritura silábica constituye un callejón sin salida (*Sackgasse*) que no pudo conducir nunca a una alfabética. La opinión mantenida en este estudio es que un alfabeto no puede derivarse más que de un silabario (v. pág. 263).

[21] *Vom Bilde zum Buchstaben* (Leipzig, 1939), págs. 44 y 52, apoyado por J. Friedrich en *Zeitschrift der Deutschen Morgenländischen Gesellschaft*, XCV (1941), 405, y G. R. Driver, *Semitic Writing* (Londres, 1948), pág. 138.

Capítulo 8
MONOGENESIS O POLIGENESIS DE LA ESCRITURA

Al comienzo de nuestra exposición debemos insistir sobre un punto. Resulta imposible hablar de la monogénesis de la escritura si empleamos el término «escritura» en su sentido más amplio, significando todos los medios de comunicación humana por medio de signos visibles. En este sentido, la escritura, como la pintura en general, pudo haberse utilizado, y en la realidad lo fue, por diferentes gentes en diversas partes del mundo, y tendría exactamente tan poco sentido hablar del origen común de estas escrituras como sería intentar derivar todo el arte de una fuente común. Por lo tanto, el problema de la monogénesis o poligénesis de la escritura corresponde exclusivamente a lo que llamamos escritura fonética.

Tenemos noticia de siete grandes sistemas de escritura, que podrían todos, en teoría al menos, pretender un origen independiente: sumerio, proto-elamita, proto-indico, chino, egipcio, cretense e hitita. Como cada uno de estos sistemas representa una escritura fonética, se pensó por algunos especialistas como Alfred Schmitt[1] y Arthur Ungnad[2], que todos ellos deben compartir un origen

[1] *Die Erfindung der Schrift* (Erlangen, 1938), pág. 8.

[2] En *Reallexikon der Assyriologie*, II (1938), 92, y anteriormente *Wiener Zeitschrift für die Kunde des Morgenlandes*, XXXIV (1927), 79 y sig.

común, ya que una característica tan importante como la fonetización no hubiera podido lograrse independientemente en varias partes del mundo. Personalmente, no encuentro muy convincente la validez de su razonamiento. La fonetización puede ser efectivamente el avance más importante en el desarrollo de la escritura auténtica, pero no hay razones para argumentar que tal avance fue conseguido en un solo lugar en un tiempo determinado (v. página 262). Lo que tuvo una importancia trascendental en la evolución de la escritura no fue el invento de la fonetización, sino la sistematización de este principio.

Antes de avanzar en el problema de la monogénesis o poligénesis de la escritura, analicemos brevemente las circunstancias culturales en que se desarrollaron los siete sistemas orientales, y veamos qué pruebas existen de contactos culturales entre ellos.

Circunstancias culturales de los siete sistemas orientales

El más antiguo de los siete sistemas orientales de escritura es el sumerio, originado en la Mesopotamia meridional hacia 3100 a. C. De un período sólo unos siglos posterior proceden los primeros ejemplos que disponemos de la escritura proto-elamita, aún no descifrada, descubierta en Susa, capital del antiguo Elam. Por lo menos en el caso de las inscripciones proto-elamitas resulta difícil hablar de un origen independiente. Elam se encontraba tan próximo a Sumer y mostró una dependencia cultural tan estrecha con su vecino occidental a lo largo de toda su historia, que se hace casi inevitable concluir que la escritura proto-elamita se originó bajo el influjo sumerio. La subordinación cultural de Elam a Sumer dio como resultado la total eliminación de la escritura proto-elamita y su sustitución por un tipo mesopotámico de cuneiforme (v. página 162).

La misma existencia de sellos cilíndricos en la civilización proto-india señala con seguridad un préstamo cultural de Mesopotamia. Esto, junto a la existencia de otras características culturales de probable origen mesopotámico, conduce a la posibilidad de que

también la escritura proto-índica, deba su origen a la influencia mesopotámica[3].

Desde el valle del Indo nuestra investigación nos lleva a China septentrional, donde hacia 1300 a. C., durante la dinastía Chang, hacen su aparición los primeros testimonios escritos en forma de cortas inscripciones en hueso, concha y bronce. El hecho de que las inscripciones chinas que se conservan se limiten casi exclusivamente a textos adivinatorios no debe hacer pensar que la escritura china se empleó sólo con este fin. La misma presencia en los primeros textos Chang del signo para «libro», en forma de un dibujo de tabletas ligadas por una cuerda, prueba el empleo de materiales perecederos, como la madera. No quedan vestigios de estos libros, pero bien pudiera suceder que por una feliz casualidad alguna excavación futura proporcionase pruebas de la existencia de una literatura en uso general en este temprano período. El problema del origen de la escritura china se encuentra en estrecha conexión con el problema del origen de la civilización Chang. Las investigaciones de los últimos años han probado terminantemente que la civilización Chang en el norte de China siguió a las culturas de la cerámica negra, de carácter bastante primitivo. En comparación con estas culturas rudimentarias, existen tantas innovaciones en el período de la dinastía Chang que, en opinión de algunos sinólogos eminentes, parece una civilización importada ya en período de desarrollo. Una adelantada metalurgia del bronce, carros de guerra arrastrados por caballos, numerosas armas nuevas, animales domesticados y plantas cultivadas, y por supuesto, la escritura, son las nuevas y principales características que se destacan netamente en la civilización Chang contra el ambiente de pobreza cultural de los períodos anteriores.

Existen dos teorías diferentes que tratan de explicar el origen de la civilización Chang. Una, representada principalmente por los especialistas chinos nativos y, en Norteamérica, por el profesor Herrlee Creel, pretende demostrar que la civilización Chang fue

[3] Cf. W. Norman Brown, «The Beginnings of Civilization in India», *Journal of the American Oriental Society*, Supplement to vol. LIX, núm. 4 (1939), págs. 32-44; Henri Frankfort, en *Annual Bibliography of Indian Archaeology for the Year 1932*, págs. 1-12; *idem*, *Cylinder Seals*(Londres, 1939), págs. 304-307; Heinz Mode, *Indische Frühkulturen und ihre Beziehungen zum Westen* (Basilea, 1944).

autóctona y debe ser considerada, por lo tanto, como una evolución natural de culturas previas[4]; otra, defendida en especial por investigadores occidentales, explica la súbita aparición de una civilización completamente desarrollada en el período Chang como debida a influencias extranjeras[5]. De donde provino exactamente esta influencia resulta, por supuesto, imposible ni siquiera sugerirlo, ya que cualquiera de las civilizaciones en extremo desarrollo del Oriente Medio pudieran ser una posibilidad. Especialmente importante en relación con el problema de los préstamos culturales es la existencia en China del carro de guerra de una forma que se parece en gran manera al carro de guerra encontrado en todo el Oriente Medio a mediados del segundo milenio[6]. Este es quizá el ejemplo más claro y más seguro de la difusión de un elemento cultural por la amplia región que se extiende desde las orillas del Mediterráneo al Mar Amarillo.

La derivación directa de la escritura china a partir de la mesopotámica, sugerida por varios especialistas que se basan en comparaciones formales de signos chinos y mesopotámicos[7], no ha sido nunca probada por un riguroso método científico. Como se verá después (págs. 282 y sigs.), estas comparaciones formales están llamadas de antemano al fracaso.

Si regresamos ahora al Oriente Medio, nuestra tarea inmediata será investigar el origen de la escritura egipcia. Por imposible que haya sido, hace treinta o cuarenta años, el dar una respuesta definitiva a este problema, nuestra labor se encuentra facilitada considerablemente en la actualidad por el abundante material comparativo descubierto recientemente tanto en Egipto como en Meso-

---

[4] Herrlee Glessner Creel, *Studies in Early Chinese Culture* (Baltimore, 1937), y *The Birth of China* (Londres, 1936).

[5] Esta opinión está representada, por ej., por Carl W. Bishop, «The Beginnings of Civilization in Eastern Asia», *Journal of the American Oriental Society*, Supplement to vol. LIX, núm. 4 (1939), págs. 45-61.

[6] Según el profesor Ludwig Bachhofer; ver provisionalmente su artículo «Zur Frühgeschichte Chinas», *Die Welt als Geschichte*, III (1937), 257-279, esp. pág. 279.

[7] Por ej., Terrien de Lacouperie, *Western Origin of the Chinese Civilisation* (Londres, 1894); *Idem*, «The Old Babylonian Characters and Their Chinese Derivates», *The Babylonian and Oriental Record*, II (1887-1888), 73-99; y C. J. Ball, *Chinese and Sumerian* (Oxford, 1913).

potamia. Los nuevos testimonios prueban terminantemente que hacia 3000 a. C., en tiempos de la introducción de la escritura egipcia, se observa una influencia mesopotámica bastante intensa en la civilización egipcia. La existencia de sellos cilíndricos y de la rueda del alfarero, importados directamente de Mesopotamia, así como un notable influjo en la fabricación de cerámica y en la arquitectura de ladrillo, todo indica la huella mesopotámica en la civilización egipcia de este temprano período. Puede calcularse la importancia de estas deducciones si se tiene en cuenta que la primacía de la civilización mesopotámica no se debe a aquellos pan-babilonistas que en el pasado, debido a sus exageradas ideas sobre la importancia de la civilización babilónica, tanto perjuicio causaron a la asiriología, sino por eminentes egiptólogos que, instintivamente, tendrían que sentir poco entusiasmo por lo que, en definitiva, significa colocar a su especialidad en un lugar secundario[8].

Finalmente, hemos de referirnos a las recientes investigaciones de A. Scharff, que probó que las formas de signos representando objetos en las inscripciones egipcias más antiguas, corresponden a formas de objetos en uso en Egipto hacia 3000 a. C. Esto significa, según Scharff, que la escritura egipcia tuvo su origen hacia esa época, o sea, en el período en que la influencia mesopotámica fue más intensa, y por lo tanto sirve de apoyo a la tesis de que la escritura puede haberse originado bajo la influencia mesopotámica[9].

Mucho más fácil que el problema del origen de otras escrituras orientales es el del grupo egeo de escrituras, entre las que incluimos la cretense, con sus brotes en Grecia y en las islas adyacentes, la escritura del disco de Phaistos, el silabario chipro-minoico, el silabario

---

[8] H. Frankfort, «The Origin of Monumental Architecture in Egypt», *American Journal of Semitic Languages and Literatures*, LVIII (1941), 329-358; A. Scharff, *Die Frühkulturen Ägyptens und Mesopotamiens* (*Der Alte Orient*, XLI; Leipzig, 1941). Cf. también Helene J. Kantor, «The Early Relations of Egypt with Asia», *Journal of Near Eastern Studies*, I (1942), 174-213, y «The Aegean and the Orient in the Second Millenium B. C.», *American Journal of Archaeology*, LI (1947), 1-103.

[9] Cf. «Die Entstehungszeit der ägyptischen Hieroglyphenschrift in archäologischer Beleuchtung», *Forschungen und Fortschritte*, XVIII (1942), 172 y sig., con un *Archäologische Beitrage zur Frage der Enstehung der Hieroglyphenschrift* (*Sitzungsberichte der Bayerischen Akademie der Wissenschaften*, Philos-hist. Abt., 1942, Heft 3).

chipriota, el silabario de Byblos y la escritura hitita jeroglífica.

Durante toda su historia, la civilización cretense sufrió una fuerte influencia egipcia. En varias capas de excavaciones cretenses se han hecho hallazgos de origen egipcio, hasta el punto que toda la cronología cretense puede ser reconstruida casi exclusivamente por la correlación entre las capas cretenses y las importaciones egipcias.

Como las escrituras chipriotas, de Phaistos, y de Byblos han sido tratadas anteriormente (v. págs. 202 y sigs.), quisiera referirme aquí sólo al hecho de que por lo menos desde el punto de vista formal, el silabario chipriota puede derivarse de la escritura cretense a través de la etapa intermedia de las llamadas inscripciones «chipriminoicas», es decir, inscripciones «cretenses» descubiertas en Chipre.

Ya los textos jeroglíficos hititas más antiguos que se conocen, como los de Emirgazi, muestran un sistema de escritura perfectamente desarrollado, idéntico en lo esencial con el sistema conocido en períodos posteriores. Tenemos conocimiento de inscripciones hititas más antiguas que los textos de Emirgazi —en los sellos, por ejemplo— pero ni siquiera éstos pueden representar las primeras fases de la escritura. Las formas de los signos se encuentran ya demasiado bien desarrolladas para hacer admisible tal posibilidad. Podemos sacar dos conclusiones. O bien la escritura jeroglífica hitita fue una creación indígena con sus fases primitivas fuera de nuestro alcance, o bien la escritura fue tomada de otra parte. Un origen absolutamente independiente de la escritura hitita a mediados del segundo milenio a. C. parece a priori improbable, ya que en aquel tiempo Anatolia se encontraba rodeada por civilizaciones de alto nivel con escrituras en total desarrollo, que se prestaban fácilmente a ser adoptadas. Entre estas escrituras, no puede pensarse en la cuneiforme, que ya no es una escritura pictórica. La escritura egipcia se encuentra geográficamente demasiado lejos y se diferencia en exceso de la jeroglífica hitita. Por lo tanto, por un simple proceso de eliminación, parece justificado que miremos al oeste para buscar paralelos, y más especialmente hacia el área cultural egea. En ella, la escritura cretense y los otros sistemas egeos ofrecen el terreno más fértil para las comparaciones.

En 1931, al tratar de probar el origen común de la escritura jeroglífica hitita y de la cretense, tracé un cuadro indicador de unos

cuarenta signos comparables en estos dos sistemas[10]. Como ya no creo en la comparación cuantitativa de las formas entre dos escrituras diferentes, este cuadro no me parece que tenga resultados tan trascendentes. Muchos de los signos pictóricos que se hallan en ambas escrituras, cretense y jeroglífica hitita, tales como aquellos para las partes del cuerpo, los animales, o trazos geométricos, pueden aparecer y con frecuencia lo hacen, en todos los sistemas, pictográficos o jeroglíficos, de escritura. Sin embargo, aparece en este cuadro un pequeño grupo de signos, que a mi entender, se presentan sólo en estos dos sistemas de escritura y, otro grupo de signos caracterizados por tales desarrollos en forma pictórica[11], que resultaría en extremo difícil no deducir que también proceden en último término del mismo origen.

Mucha mayor importancia, sin embargo, que la comparación de las formas externas de los signos es la comparación de las características internas. Aunque no podemos comparar los principios del jeroglífico hitita con los del jeroglífico cretense, debido a que éste se encuentra sin descifrar, tenemos motivos para comparar el sistema del silabario jeroglífico hitita con los silabarios chipriota y del Lineal B, especialmente ya que sabemos que en ningún otro punto del Oriente Medio se emplearon silabarios de este tipo. Además, sabemos que las formas de los signos individuales del silabario chipriota se derivan con toda seguridad de los signos correspondientes de la escritura cretense. Por la conexión formal de los signos entre el jeroglífico hitita y el cretense, por la conexión en la estructura de los silabarios hitita, Lineal B y chipriota, y mediante la conexión en las formas entre los signos de las escrituras chipriota y cretense, llegamos a la conclusión de que todas estas escrituras se encuentran en cierto modo relacionadas entre sí, lo que justifica el que se las refiera en última instancia a la misma fuente, que habría de buscarse en algún punto de la región en torno al mar Egeo.

---

[10] I. J. Gelb, *Hittite Hieroglyphs*, I (Chicago, 1931), 81.

[11] Helmuth Th. Bossert, *Santas und Kupapa* (Leipzig, 1932), págs. 7 y sigs.

Posibles argumentos en favor de la monogénesis

El sumerio es el más antiguo de los siete sistemas orientales de escritura; pero este hecho por sí solo no prueba que haya sido el modelo de todas las escrituras orientales restantes, lo mismo que no existe razón para creer que la invención en China del papel moneda y de la pólvora deba ser considerada como prototipo de los inventos paralelos que tuvieron lugar en Europa muchos siglos después. Debemos, por lo tanto, buscar otras razones si pretendemos dar una base firme al problema de la monogénesis de la escritura.

Otro método posible sería la comparación de formas externas. Como se ha mencionado antes, algunos especialistas han venido durante muchos años tratando de derivar la escritura china de la sumeria, mediante la comparación de las formas de los signos. Se han sugerido deducciones análogas en el caso de otras escrituras orientales. He insistido con bastante frecuencia en este libro en mi escasa simpatía por sacar conclusiones en cuanto al origen común de las escrituras, basándose tan sólo en la comparación de la forma externa. Los signos en todos los sistemas originales de escritura tienen carácter pictórico y están utilizados para representar objetos del mundo en torno. Como los seres humanos de todo el mundo, y los objetos que les rodean, poseen mucho en común, debemos naturalmente esperar que los dibujos que idean para sus escrituras tengan también muchos puntos de semejanza. De esta forma, los hombres y las partes del cuerpo, animales y plantas, herramientas, armas, edificios y estructuras, cielo, tierra, agua y fuego, están representados por doquier por dibujos caracterizados por una gran similaridad en la forma, ya que todas estas cosas existen en la realidad en formas similares. No es necesario proponer un origen único para estos signos.

Más importante que la comparación entre las formas externas son las comparaciones de las características estructurales internas, como la fonetización o la vocalización. Pero incluso aquí el desarrollo pudo adoptar formas similares en lugares diferentes. Como prueba de ello, podemos citar el hecho de que diferentes escrituras creadas en sociedades primitivas bajo el impulso de los hombres blancos (v. págs. 265 y sigs.) han sufrido un proceso evolutivo análogo

en lo relativo a las características estructurales internas, aun cuando hayan evolucionado con total independencia entre sí.

Al pasar revista a la historia primitiva de los siete sistemas orientales de escritura, se nos ocurre una importante observación: la de que mientras el período de evolución de la escritura sumeria, desde sus orígenes hasta un completo sistema fonético, es bastante largo —quizá durase unos cinco siglos— la situación en otras escrituras orientales es totalmente diferente. Encontramos, por ejemplo, que los textos chinos e hititas más antiguos que se hayan conservado muestran sistemas fonéticos en casi total desarrollo, que apenas se distinguen en sus principales características estructurales internas de los correspondientes a períodos posteriores. En el caso de las escrituras egipcia y cretense, la fase decisiva del desarrollo parece haber sido muy breve. Y finalmente, aunque conocemos muy poco sobre las escrituras proto-elamita y proto-índica, resulta evidente, incluso de una rápida inspección de las figuras 45 a 47, que por lo menos desde el punto de vista formal, estas dos escrituras dan la impresión de ser sistemas completamente desarrollados. Estos hechos pueden explicarse de dos maneras diferentes: o todos los demás sistemas orientales tuvieron una larga proto-historia, de lo que no queda huella, comparable en duración a la de la escritura sumeria, o los sistemas evolucionaron rápidamente bajo el impulso o la influencia extranjeras. *Argumentum e silentio* puede no ser muy sólido argumento, pero no deja de resultar bastante extraño el argumentar en favor de la proto-historia perdida cuando se observa lo común que es este silencio en el caso de todos los sistemas orientales, aparte del sumerio.

La teoría más fructífera para el problema de la monogénesis de la escritura es el del impulso basado en el contacto cultural. El problema es, por supuesto, muy arduo, puesto que es evidente que las pruebas aducidas en favor de la monogénesis de la escritura, basadas exclusivamente en la evidencia del contacto cultural, no parecen tener la solidez suficiente para convertir en definitiva la tesis. Aún así, se destaca claramente una característica en favor de la monogénesis: que todos los sistemas orientales, con excepción del sumerio, se produjeron en períodos de fuertes influencias culturales del exterior. Además, debe observarse que aunque no exista una clara prueba del origen común de los siete sistemas, hay sólida

evidencia de que por lo menos algunos de ellos se derivan de una fuente única. Por ello, el contacto cultural respaldado por la proximidad geográfica, convierten en sumamente probable un origen común para los sistemas sumerio, proto-elamita y proto-índico. Las mismas consideraciones, además de características formales y estructurales, reúne el grupo egeo de escrituras, que incluye el cretense y el hitita, igual que algunas de estas consideraciones parecen apoyar la teoría de la influencia egipcia sobre la escritura cretense. En cuanto a la escritura egipcia, su origen se produjo muy próximo, y muy posiblemente dentro de él, al período en que la influencia mesopotámica en Egipto fue más intensa que en cualquier otro, bien unos siglos antes, bien unos después, del período decisivo. Finalmente, la escritura china parece haber tenido su origen en la época de la dinastía Chang, caracterizado por tantas innovaciones extranjeras que muchos especialistas la consideran como una civilización importada en bloque.

¿Cómo hemos de valorar la importancia del estímulo basado en el contacto cultural? El problema, por supuesto, no se limita a la escritura solamente, ya que afecta a muchos otros aspectos de nuestra civilización. Considérese, por ejemplo, el problema de los orígenes de la astronomía griega. Se da por supuesto, según creo, que muchos elementos de la astronomía griega fueron tomados de los babilonios. ¿Y cuáles son las pruebas? Primero, la existencia de elementos similares en Grecia y Babilonia; segundo, la prioridad cronológica de los elementos mesopotámicos sobre los de Grecia; y tercero, una probable toma de contacto cultural entre las dos áreas. A mi parecer, los argumentos alegados anteriormente en favor de la monogénesis de la escritura no son ni más sólidos ni más débiles que los aducidos en favor de la dependencia de la astronomía griega de los modelos de Babilonia [12].

[12] Mi postura básica acerca del problema de la monogénesis de la escritura está en perfecto acuerdo con las ideas expresadas por A. L. Kroeber, «Stimulus Diffusion», *American Anthropologist*, n. s. XLII (1940), 1-20, del que tuve conocimiento después de redactar el texto. No puedo pretender una completa originalidad, pues puede ser que haya recibido de Kroeber la sugerencia de escribir sobre la importancia del estímulo a través de conversaciones con mis colegas del Departamento de Antropología.

Capítulo 9
ESCRITURA Y CIVILIZACION

Importancia de la escritura

James H. Breasted, el famoso historiador y orientalista de Chicago, dijo una vez: «La invención de la escritura y de un sistema eficaz de indicaciones sobre papel, ha influido más en elevar la raza humana que ninguna otra proeza intelectual en el progreso del hombre» [1]. Podrían añadirse a esta afirmación las opiniones de muchos otros grandes hombres —Carlyle, Kant, Mirabeau y Renan, entre otros— que creyeron que la invención de la escritura constituyó el auténtico comienzo de la civilización. Estas opiniones se encuentran respaldadas por la afirmación tantas veces citada en antropología: Igual que el habla distingue al hombre del animal, la escritura distingue al hombre civilizado del bárbaro.

¿Cómo pueden contrastarse estas afirmaciones a la luz de la historia? ¿Es cierto que la escritura fue la causa primordial para el cambio decisivo que convirtió al hombre primitivo en civilizado?

---

[1] *The Conquest of Civilization* (Nueva York, 1926), págs. 53 y sigs.

La respuesta no es fácil. La escritura aparece por primera vez en todo el mundo antiguo en un momento histórico caracterizado por el crecimiento simultáneo de una serie de elementos diversos que, en conjunto, constituyen lo que usualmente llamamos civilización. Dondequiera aparece la escritura, va acompañada de un notable desarrollo del gobierno, las artes, el comercio, la industria, la metalurgia, variados medios de transporte, una agricultura desarrollada y la domesticación de los animales; en contraste con ello, los períodos previos, sin escritura, dan la impresión de culturas de carácter primitivo. No es necesario, sin embargo, insistir en que la introducción de la escritura fue el factor responsable del nacimiento de las civilizaciones originales. Más bien lo que parece es que todos los factores —geográfico, social, económico—, conducentes a una completa civilización, originaron simultáneamente un complejo de condiciones que no hubiera podido funcionar normalmente sin la escritura. O dicho de otra manera: *La escritura existe solamente en una civilización y una civilización no puede existir sin la escritura.*

En nuestra sociedad actual resulta difícil imaginar una persona inteligente y cultivada que no sepa leer y escribir. El arte de la escritura se ha hecho tan extendido que hoy forma parte integral e indispensable de nuestra cultura. Estamos muy lejos de la edad en que los reyes medievales, altivos pero analfabetos, firmaban con cruces. Actualmente un analfabeto no puede aspirar a intervenir con éxito en el progreso humano, lo que se aplica tanto a los individuos como a cualquier grupo de gentes, clases sociales y unidades étnicas. Esto resulta especialmente evidente en Europa, donde naciones con un insignificante porcentaje de analfabetismo, como las escandinavas, se encuentran en cabeza en las realizaciones culturales, mientras aquéllas con una gran proporción de analfabetos, como algunos países balcánicos, muestran retraso en muchos aspectos en relación con sus vecinos cultos.

La importancia de la escritura puede demostrarse fácilmente en cuanto tratemos de imaginarnos nuestro mundo sin escritura. ¿Dónde estaríamos sin libros, periódicos, cartas? ¿Qué ocurriría con nuestros medios de comunicación si perdiésemos de repente la facultad de escribir, y con nuestros conocimientos si no hubiera forma de leer sobre las acciones del pasado? La escritura tiene tal importancia en nuestra vida cotidiana que yo diría que nuestra civilización podría

prescindir con mayor facilidad del dinero, los metales, las radios, las máquinas de vapor o la electricidad, que de la escritura.

Podemos, sin embargo, hacer una observación negativa. Como resultado del difundido empleo de la escritura, la importancia de la tradición oral ha sufrido un perjuicio irreparable. Sólo tenemos que comparar lo que sabemos de los antepasados anteriores a nuestros abuelos, con lo que conoce un beduino analfabeto respecto a los suyos, para observar la gran diferencia. El beduino corriente carece del auxilio de documentos escritos para saber antecedentes de su familia o su tribu; tiene que conservar en la memoria el conocimiento de los hechos pasados y tan sólo le es dable comunicar este conocimiento de modo oral. El extendido empleo de la tradición oral es un factor importante para aguzar y desarrollar los poderes de la memoria. Es sabido que los sabios de la antigua India aprendían los Vedas de memoria, igual que los griegos de la antigüedad confiaban a la memoria la Iliada y la Odisea. Nosotros no tenemos que aprendernos de memoria los grandes clásicos. Podemos leerlos en libros. La frase «ex libro doctus» se nos podría aplicar a casi todos. El saber moderno consiste no sólo en el *saber* en sí, sino también en *ser capaz de encontrar los datos* en libros y bibliotecas. En este respecto, la distinción de Bacon en estos dos tipos de saberes tiene mayor aplicación hoy que en su tiempo.

Escritura y lenguaje

La relación recíproca entre lenguaje y escritura y sus mutuas influencias son muy estrechas. Suele ser difícil estudiar un idioma sin conocer su escritura y resulta casi imposible entender una escritura sin tener conocimiento de la lengua para la que se emplea.

La escritura es más conservadora que la lengua y posee un notable poder de coacción sobre el desarrollo natural del idioma. El idioma escrito conserva con frecuencia formas más antiguas que han dejado de utilizarse en el idioma cotidiano. Empleamos con frecuencia en nuestra escritura un tipo de inglés diferente del inglés hablado. La diferencia entre el habla literaria y la corriente es notoria, por ejemplo, en el antiguo babilónico. No solamente los textos históricos religiosos y épicos están escritos en un lenguaje

más arcaico que las cartas, sino que incluso podemos observar análogas tendencias arcaizantes en el idioma de las cartas reales y protocolarias, si se las compara con el de las cartas privadas escritas en idioma vernáculo. La escritura se resiste obstinadamente a todo cambio lingüístico, considerado frecuentemente como «corrupción». Es probable que expresiones populares en inglés como *ain't* (por *is not*) o *no good* (por *not good*) hubieran sido desde hace tiempo aceptadas como inglés «correcto» a no ser por la oposición de la tradición escrita.

Buen ejemplo de la fuerza restrictiva de la escritura sobre el habla puede encontrarse al observar el desarrollo fonético y morfológico del inglés, o para el caso, de cualquier otro idioma. El hecho de que el inglés haya cambiado relativamente poco durante los últimos cuatro o cinco siglos, en comparación con los profundos cambios lingüísticos que tuvieron lugar anteriormente, puede ser atribuido en cierta medida al extenso conocimiento de la escritura en los últimos siglos. Por otra parte, podemos observar los rápidos cambios lingüísticos que tienen lugar en la época moderna en sociedades primitivas, carentes de una auténtica escritura fonética. Algunas lenguas de los indios americanos cambian con tanta rapidez que con frecuencia resulta difícil, si no imposible, para miembros de la generación presente el conversar con miembros de tres o cuatro generaciones anteriores. Los continuos cambios lingüísticos tienen como resultado la fragmentación de las lenguas en nuevos idiomas y dialectos. La existencia de centenares de lenguas y de dialectos entre los indios americanos o los Bantu de Africa, constituye un buen ejemplo.

La escritura suele conservar grafías anticuadas e históricas, como demuestra la grafía francesa moderna. La ortografía de *sain, saine* nos indica que en cierta época esta palabra francesa fue pronunciada en realidad algo como *sain, saine*, si lo leemos en la forma latina convencional. La ortografía histórica, si se encuentra sistematizada como en el caso del francés, resulta, por supuesto, de gran valor para los lingüistas, porque sirve para la reconstrucción de las más antiguas formas del idioma. La ortografía del inglés moderno es sólo parcialmente histórica, como en el caso de *night* o *knight*, indicadora de que la pronunciación primitiva fue análoga a las de las correspondientes palabras alemanas *Nacht* o *Knecht*. Pero

la ortografía inglesa no se encuentra tan sistematizada como la francesa. Muchas de las modernas grafías inglesas son reminiscencia de una época en que una palabra podía ser escrita de diversas formas a capricho del que escribía. No existe razón alguna para la ortografía inglesa de *height* junto a *high*, *speak* junto a *speech*, *proceed* junto a *precede*, o *attorneys* junto a *stories*. La conservación de estas grafías caprichosas en el inglés moderno parece ser debida a una vieja y congénita tendencia individualista, reacia a aceptar los límites impuestos por la sistematización. Como buen ejemplo de esta actitud puede citarse al erudito Dr. Crown, quien en los diversos libros que publicó en la segunda parte del siglo XVII, escribió su nombre indistintamente como Cron, Croon, Croun, Crone, Croone, Croune; o, en tiempos más recientes, al famoso Lawrence de Arabia, que cuando su editor, perplejo, le rogó que intentase transcribir las palabras y los nombres extranjeros con mayor uniformidad contestó: «Escribo los nombres de cualquier modo, para indicar lo inútil de los sistemas»[2].

La inconsecuencia de la ortografía inglesa queda demostrada por el hecho de que el sistema permite once grafías diferentes para el sonido de la *i* larga (m*e*, f*ee*, s*ea*, f*ield*, conc*ei*ve, mach*i*ne, k*ey*, qu*ay*, p*eo*ple, subp*oe*na, C*ae*sar) y por lo menos cinco sonidos diferentes para el signo alfabético *a* (m*a*n, w*a*s, n*a*me, f*a*ther, *a*rom*a*). Lo que puede hacerse con la grafía inglesa queda ilustrado por la historia del extranjero cuyo nombre sonaba como *Fish* en inglés. Irritado por la flexibilidad de la grafía inglesa, escribió su nombre en inglés como *Ghotiugh* derivándolo, sonido por sonido, de la grafía de las palabras siguientes: *gh* = *f* en *tough*; *o* = *i* en *women*; *ti* = *sh* en *station*, y *ugh* muda en *dough*.

Muchas escrituras europeas han reformado sus antiguas ortografías con el fin de que expresen con mayor fidelidad las modernas formas habladas. El italiano y el español, entre las lenguas románicas, y el croata y el polaco, entre las eslavas, expresan en sus grafías formas que son casi idénticas a las del idioma hablado. El mejor método fue el adoptado por la escritura checa, que reformó su ortografía mediante la introducción de signos diacríticos. Los checos

[2] *Seven Pillars of Wisdom* (Londres, 1935), pág. 25.

escriben *Cech*, mientras los polacos escriben *Czech*; en ambos casos el sonido inicial corresponde al inglés *ch* en *chess*. Obsérvese la inconsecuencia de la grafía inglesa de *Czech* con *cz* inicial y *ch* final, en completo desacuerdo con la normal grafía inglesa de los dos sonidos como *ch* y *kh*, respectivamente.

La escritura introduce con frecuencia grafías resultado de una interpretación artificial y errónea. Por ejemplo, las palabras inglesas *debt* y *doubt* se han pronunciado siempre sin *b*. Tanto en inglés como en francés, estas palabras se escribieron *dette*, *doute*, y las grafías actuales con *b* fueron inventadas por los escribas que conocían los antecedentes latinos de estas palabras (*debitum*, *dubitum*). De forma análoga la grafía de *isle* y *island* (del inglés arcaico *iegland*) con *s*, se debe a reminiscencias del *insula* latino y no a que se pronunciase con *s* en ninguna época histórica del inglés[3]. A veces tales grafías erróneas han conseguido introducirse en el idioma hablado. Como los escribas medievales, en las transcripciones de palabras griegas, pronunciaban el diagrama *th* como *t*, escribieron frecuentemente con *th* palabras que nunca llevaron el diagrama. Ese fue el origen de la ortografía inglesa de *author* (latín *au(c)tor*, francés *auteur*), de *Gothic* (latín *Goti*, alemán *Goten*), de *Lithuania* (latín *Lituania*), y la posterior pronunciación con *th* del inglés moderno[4]. Igualmente, la pronunciación inglesa de *x* como *ks* en *México* y *Don Quixote*, pronunciada como *sh* en español antiguo y como *j* en el moderno, proporciona otro ejemplo de la influencia de la ortografía en la pronunciación. En igual sentido puede tomarse la frecuente pronunciación moderna con *t* de las palabras *often*, *soften*, en las que la *t* ha permanecido muda, durante siglos, o de la palabra *forehead* como *foor-hed*, cuando la tradición por algún tiempo se ha inclinado por la pronunciación *fored*.

Nuestros vocabularios se enriquecen con frecuencia con expresiones tomadas de las formas abreviadas de la escritura. Se trata por lo general de palabras de carácter técnico o efímero. En el habla del ejército norteamericano, la palabra *recon* (rima con *pecan*) se emplea por *reconnaissance*, igual que *recce* (rima con *Becky*) es la

[3] Leonard Bloomfield, *Language* (New York, 1933), págs 292 y sigs.
[4] *Op. cit.*, págs. 448 y 494.

palabra correspondiente en el ejército inglés. Igualmente encontramos *ammo* por *ammunition*, *arty* por *artillery* o *divarty* (escrito *Div Arty*) por *divisional artillery*. Los alemanes de la época nazi mostraron una gran predilección por crear palabras de formas abreviadas escritas. A pesar de la actitud oficial nazi hacia lo que llamaban tendencia «bolchevique-talmúdica», el número de abreviaturas escritas y habladas creció con tal profusión que hubo necesidad de redactar libros y voluminosos apéndices para recopilar las abreviaciones utilizadas en las diversas ramas de la vida política, económica y militar. Durante la Segunda Guerra Mundial, los servicios de Información Militar aliados publicaron dos volúmenes que incluían solamente las diversas abreviaturas empleadas por el ejército alemán. De los miles de ejemplos que han entrado en el idioma podemos elegir *Ari* por *Artillerie*, *Hiwi* por *Hilfswilliger*, *Jabo* por *Jagdbomber*, *Pak* por *Panzerabwehrkanone*, su gemelo *Flak* por *Flugzengabwehrkanone*, y, claro es, la palabra *Nazi* por *Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei*, con su corolario postbélico *Entnazifizierung*, «denacificación». A este propósito deben hacerse unas cuantas observaciones respecto a los tipos de abreviaturas escritas preferidas en diversos países. El tipo normal de abreviatura —suprimiendo la última parte de la palabra— se observa en la grafía norteamericana de *Recon* por *reconnaissance*, *Div* por *division*, *Co* por *Company*, y a veces también en alemán, como por ejemplo, en el uso de *Muni* por *munition*. El inglés, de acuerdo con una vieja tradición medieval, prefiere eliminar la parte intermedia de una palabra, como en *Recce* por *reconnaissance* o *Coy* por *Company*. Los alemanes, a su vez, muestran preferencia por crear palabras mediante la combinación de las primeras sílabas de las palabras compuestas, como en *Hiwi* o *Jabo*; otro tipo de abreviatura alemana está ilustrado por *Pak* y *Flak*. Naturalmente, tipos mixtos de abreviaturas se producen en todos los idiomas. Las expresiones coloquiales como *prof* por *professor*, *prexy* por *president*, *varsity* por *university*, *natch* por *naturally*, nacieron más de la tendencia del idioma inglés por abreviar las palabras largas que de la influencia de las formas abreviadas escritas correspondientes.

El apego de los pueblos por sus escrituras queda patente en los ejemplos ofrecidos por los judíos y los árabes españoles. Los primeros, durante la dominación árabe de España, hablaron predomi-

nantemente árabe y dejaron una literatura considerable escrita en lengua árabe pero en caracteres hebreos. Por otro lado, los árabes, que tras la reconquista cristiana aceptaron el castellano como lengua madre, nos dejaron la famosa literatura aljamiada, escrita en lengua castellana y escritura árabe. De interés es también el ejemplo de los judíos de la región mediterránea que hablan ladino (dialecto del español) y de los judíos de Europa oriental que hablan yiddish (dialecto del alemán), escribiendo ambas lenguas en el alfabeto hebreo. También merece citarse el caso de los tártaros polacos, que escriben su literatura en los idiomas ruso blanco y polaco, pero con letras árabes.

Normalmente una lengua utiliza solo una escritura en determinada época. Así, en la antigüedad, el sumerio, el egipcio, el chino, el griego o el latín, tuvieron sólo una escritura respectivamente, igual que en la época moderna el inglés, el francés, o el árabe se expresan respectivamente sólo en un tipo de alfabeto. De forma análoga las tabletas babilónicas y grabadas en escritura cuneiforme, con adiciones dibujadas o pintadas en el idioma y el alfabeto arameos. Otros ejemplos son las inscripciones bilingües, como la piedra de Rosetta, una de cuyas inscripciones está escrita en el idioma egipcio y en dos variedades de escritura egipcia (jeroglífica y demótica), mientras la otra está en lengua y escritura griegas; o las inscripciones de Behistun, escritas en tres idiomas diferentes (persa, elamita, babilónico), cada una en un tipo distinto de cuneiforme.

Son pocos e insignificantes los casos en que un idioma está expresado en escrituras diferentes al mismo tiempo, por ejemplo, los registros arameos, que normalmente utilizaron una escritura propia, se escribieron a veces en cuneiforme. Los hurritas de la Mesopotamia septentrional emplearon el cuneiforme babilónico para su lengua, pero los registros hurritas de Râs Shamrah, en Siria, se han conservado en una forma peculiar de escritura cuneiforme desarrollada en aquel lugar.

Por supuesto, una lengua puede utilizar varias escrituras durante un largo período de tiempo. Por ejemplo, la lengua persa se expresó primeramente en una variedad de la escritura cuneiforme, después en las escrituras pehlevi y avestan y, finalmente, en el alfabeto árabe. Si Persia siguiera alguna vez el ejemplo de Turquía, nos sería posible ver el persa escrito en caracteres latinos. Los he-

breos tuvieron primero un sistema de escritura cananeo y más adelante desarrollaron del arameo su propia *scriptura quadrata*. El viejo idioma egipcio estaba escrito en su propia escritura, pero el copto, descendiente directo del egipcio empleó una escritura sacada del alfabeto griego.

Durante las etapas de transición dos sistemas diferentes de escritura pueden ser empleados al mismo tiempo para un solo idioma. La introducción del alfabeto latino en Turquía en 1928 no eliminó por completo el viejo alfabeto árabe. Pero mientras a la generación más antigua le es posible emplear, y efectivamente lo hace, ambos alfabetos, la generación más joven conoce solamente el alfabeto latino. No hay duda de que en un corto plazo la vieja escritura arábiga habrá desaparecido por completo de Turquía.

Aunque es cierto que en términos generales un idioma elige solamente una escritura como su medio de expresión, no existen limitaciones en cuanto al uso de una escritura para una pluralidad de lenguas. El predominio cultural de un determinado país tiene frecuentemente como resultado la adopción de su escritura por sus vecinos culturalmente menos desarrollados. En la antigüedad, el idioma babilónico fue la *lingua franca* de todo el Oriente Medio, comparable en su alcance con el extendido uso del latín en la Edad Media. Junto con la lengua babilónica iba la escritura cuneiforme mesopotámica. Muchos pueblos, de alto o bajo nivel cultural, del antiguo Oriente Medio aceptaron la escritura cuneiforme para sus idiomas, para desarrollarlo más tarde en diversas variedades locales. De esta forma, los elamitas, los hurritas, los urartianos y los hititas de Boğazköy, expresaron sus lenguas respectivas en la escritura cuneiforme. En épocas posteriores, los alfabetos griego, latín, ruso y árabe fueron (y siguen siendo) utilizados abundantemente por muy diversas lenguas.

Igual que hay ocasiones en que la palabra hablada es más potente, más expresiva, que su equivalencia escrita, hay otras en que la escritura sirve sus fines con mayor efectividad que el habla. Conocemos el convincente influjo de la palabra hablada desde el púlpito o la tribuna pública. Por otro lado hay ciencias, como las matemáticas, tan llenas de complicado simbolismo que tan sólo la escritura es capaz de expresarlo de manera concisa y eficaz. La eficacia del habla suele ser realzada mediante el empleo de los símbolos

escritos. Incluso en las aulas solemos utilizar la pizarra para representar conceptos que resultan difíciles de percibir por el oído.

La escritura es con frecuencia más expresiva que el habla. Esto se aplica especialmente a las escrituras pictóricas, es decir, escrituras como la egipcia, que conservan con fidelidad la forma de la pintura. Por ejemplo, en la frase hablada: «coloco mirra en el vaso», no hay indicación alguna en cuanto a la forma o medida del vaso. En la escritura pictórica puede dibujarse un vaso grande o pequeño, de un color determinado y de una cierta forma, para indicar las cualidades que se deseen. A veces hay forma de indicar una información adicional por medio de determinativos que no se pronuncian, como en el uso de determinativos para piedra o metal, añadidos a la pintura del vaso.

Escritura y arte

El estudio de la escritura desde el punto de vista artístico ha sido lamentablemente desatendido hasta la fecha[5]. Aunque el objetivo principal de la escritura no sea el efecto artístico, sino la fijación y transmisión con efectos prácticos de la comunicación, la escritura ha ofrecido en todos los tiempos elementos de valor estético. En este aspecto, es análoga a la fotografía, en cuanto ambas poseen fines primarios de valor práctico, pero ambas pueden, al mismo tiempo, alcanzar efectos estéticos.

El aspecto estético es a veces tan exagerado que la escritura cumple un fin decorativo con lo que desatiende su fin primordial de comunicación; piénsese, por ejemplo, en la escritura árabe ornamental, tan bella como difícil de leer[6] y en algunos

[5] Cf. las secciones sobre el valor artístico de la escritura por F. W. von Bissing, Albert Rehm, y Helmut Arntz en Walter Otto, *Handbuch der Archäologie*, I (Munich, 1939), 174 y sigs., 213 y sigs. y 348 y sig.; también «Schrift als Ornament» en *Buch und Schrift*, Jahrbuch des Deutschen Vereins für Buchwesen und Schrifttum, II (1928).

[6] Cf., por ej., Samuel Flury, «Le décor épigraphique des monuments fatimides du Caire», *Syria*, XVII (1936), 365-376; Ernst Kühnel, *Islamische Schriftkunst* (Berlín-Leipzig, 1942), págs. 77 y sigs.; Kurt Erdmann, *Arabische Schriftzeichen als Ornamente in der abendländischen Kunst des Mittelalters* (Wiesbaden, 1953).

empleos exagerados y barrocos de la escritura en la moderna publicidad.

La escritura en su aspecto estético —no en el utilitario— constituye una forma del arte en general. Como tal, la escritura comparte la evolución general del arte y con frecuencia muestra características propias de otras manifestaciones artísticas. Puede observarse, por ejemplo, que la redondez de la escritura manuscrita carolina armoniza con la redondez de la arquitectura románica, mientras que la escritura gótica posterior posee los rasgos angulares y agudos característicos de la arquitectura de este estilo[7].

En todas las escrituras plenamente desarrolladas, pueden observarse dos clases principales: la escritura formal, de cuidada ejecución, utilizada en monumentos públicos y oficiales y la escritura cursiva abreviada empleada con fines privados, en cartas sobre todo. El esmero artístico es, por supuesto, más evidente en la escritura formal que en la cursiva. Paralelamente a la evolución de la escritura formal, en la cursiva se produce el cambio desde una forma pictórica, en que las pinturas se reconocen claramente, a una forma lineal, representada por signos cuyo carácter pictórico original ha dejado de ser evidente.

La impresión estética de un monumento con inscripciones depende de un gran número de factores: la ejecución de los signos individuales (forma, tamaño, etc.), la relación de los signos con la inscripción (posición, distancia entre los signos, intervalo entre las líneas, dirección, etc.) y la relación de la inscripción con el monumento (relieve, pintura, escultura, etc.).

El más importante de estos factores, la forma de los signos individuales, nos ofrece la mejor oportunidad para juzgar la cualidad estética de un testimonio inscrito. El efecto estético es evidente también en la agrupación de los signos. Si el orden de los signos es xXx (x representa un signo pequeño, X un signo grande), podría cambiarse en $^{x}_{x}$X en que los dos signos pequeños $^{x}_{x}$ están dispuestos para equilibrar el signo grande X. Con esto se evita también el hueco encima del signo pequeño, que existiría si se escribiesen

[7] B. L. Ullman, *Ancient Writing and Its Influence* (Nueva York, 1932), páginas 118 y sigs.

los signos en el orden correcto. El *horror vacui*, el miedo al espacio vacío, tiene gran influencia en la disposición de los signos.

En todas las épocas de la escritura se conoce la existencia de escuelas escriptóricas, cada una con características propias. No es difícil por ejemplo, atribuir a la escuela de Lagash las pequeñas tabletas de arcilla sumerias del período III de Ur, escritas en diminutos caracteres cuneiformes; y resulta relativamente fácil reconocer los rasgos principales de la escuela de escribas de Boğazköy por su escrupulosa ejecución de las inscripciones jeroglíficas hititas. Los resultados de la creación individual en épocas más antiguas nos son relativamente desconocidos, aunque los escribas solían firmar al final de las inscripciones. Este es un tema fértil para la futura investigación.

Escritura y religión

El concepto de un origen y un carácter divinos de la escritura se encuentra en todas partes, tanto en épocas antiguas como modernas, en pueblos civilizados como en los primitivos. En esencia se debe a una extendida creencia en los poderes mágicos de la escritura[8].

El origen de la escritura se atribuye tanto en el este como en el oeste, a un ser divino. Para los babilonios fue el dios Nabû, patrón de las ciencias y escriba de los dioses, el que inventó la escritura, con lo que ocupaba una posición que en la anterior tradición mesopotámica correspondió en parte a la diosa Nisaba. Los egipcios creían que el dios Thoth era el inventor de la escritura y llamaban a la suya $m^{x}d^{x}w^{x}$-$n^{x}\underline{t}^{x}r^{x}$, 'la lengua de los dioses'. En las leyendas chinas, el inventor de la escritura era, o bien Fohi, fundador del comercio, o bien el sabio Ts'ang Chien, con el rostro de un dragón de cuatro ojos. Los hebreos tuvieron su escritura «divina» más

[8] Cf. la documentación completa en A. Bertholet, *Die Macht der Schrift in Glauben und Aberglauben* (*Abhandlungen der Deutschen Akademie der Wissenschaften zu Berlín*. Philos.-hist. Klasse, Jahrgang 1948, núm. 1; Berlín, 1949); para testimonios en la tradición mahometana, ver H. A. Winkler, *Siegel und Charaktere in der muhammedanischen Zauberei* (Berlín y Leipzig, 1930).

antigua (Ex. XXXI: 18) además de la escritura «humana» posterior (Isa. VIII: 1). En la tradición islámica, es Dios mismo quien creó la escritura. Según los hindúes, era Brahma el que había dado noticia de las letras a los hombres. La saga nórdica atribuye la invención de las runas a Odín; y en la leyenda irlandesa, se conoce a Ogmios como el inventor de la escritura. Estos ejemplos podrían repetirse con facilidad[9].

Un caso muy interesante de la «invención» de una escritura por inspiración divina fue descrito recientemente, acerca de la introducción de una nueva escritura por los Toma de Guinea francesa y Liberia[10]. Wido, el descubridor nativo de la escritura, tuvo una visión:

> ¿«No se apiada Dios de los Toma? Otras razas saben escribir. Solos los Toma siguen en su ignorancia. Dios le contestó: "Temo que cuando seáis capaces de expresaros, dejéis de tener respeto a las creencias y costumbres de vuestra raza." "Nada de eso", contestó Wido, "continuaremos viviendo como en el pasado. Lo prometo." "Si es así", dijo Dios, "estoy dispuesto a transmitiros el conocimiento, pero cuidad de enseñárselo jamás a una mujer."»

Existen otras versiones distintas del invento de esta escritura, pero ninguna de ellas explica el porqué de esta especial actitud ante la mujer. Queda abierto el camino para cualquier tipo de especulación.

La creencia en el carácter sagrado de la escritura predomina en países en los que el conocimiento de ella está limitado a una clase especial o casta de sacerdotes. El Oriente Medio de la antigüedad, donde normalmente sólo los sacerdotes-escribas sabían escribir, está lleno de teorías místicas acerca de la escritura. En cambio, Grecia —donde la escritura no se encontraba limitada a los sacerdotes, sino que formaba el patrimonio común de todos los ciudadanos— carece casi por entero de mitos de esta clase[11]. Los griegos cultos sabían que su escritura, como tantos otros adelantos

---

[9] Para más ejemplos, cf. Franz Dornseiff, *Das Alphabet in Mystik und Magie* (2.ª ed.; Berlín, 1925), págs. 2-10.

[10] Joseph Joffre and Théodore Monod, «A New West-African Alphabet: Used by the Toma, French Guinea and Liberia», *Man*, XLIII (1943), 108-112.

[11] Según observó Dornseiff, *op. cit.*, pág. 5.

prácticos, provenía del oriente y no sintieron necesidad de especular sobre su origen divino. Por supuesto que los griegos también tenían algunas interpretaciones místicas de la escritura, como las teorías pitagóricas, pero éstas solían ser producto de la influencia oriental y se encontraban fuera del curso normal del pensamiento griego.

Entre los pueblos primitivos, la escritura y los libros son motivo de asombro y especulación[12]. Para ellos, los libros son instrumentos adivinatorios. Un libro puede predecir el futuro y revelar lo que está oculto; es una guía y un consejero y, en general, un poder místico. Aprender a leer y a escribir es, para el primitivo, una iniciación formal en una nueva práctica religiosa, un bautismo en una religión nueva. Un libro está considerado como un ser vivo que puede «hablar». El primitivo teme el poder mágico de sus «palabras». Según una historia, un mensajero nativo se negó a transportar un mensaje escrito porque temía que la carta le hablase mientras la llevaba. En otro caso, un mensajero no quiso llevar una carta hasta haberla atravesado con su lanza, para que no pudiera hablarle durante el trayecto. Un mensaje escrito es un ser misterioso con el poder de ver cosas. Conocemos la historia del indio que un misionero envió a un compañero suyo con cuatro hogazas y una carta indicando su número. El indio se comió uno de los panes y fue, claro está, descubierto. Cuando en otra ocasión repitió el recado y el hurto, tomó la precaución, mientras estaba comiendo el pan, de esconder la carta debajo de una piedra para que no pudiera verle[13]. Una historia análoga procede de Australia. Un nativo, que había robado tabaco de un paquete acompañado de una carta, quedó estupefacto de que el hombre blanco fuese capaz de descubrirle, a pesar de haber ocultado la carta en el tronco de un árbol. Desfogó su indignación contra la carta golpeándola con furia[14].

Erland Nordenskiöld cita otro ejemplo interesante:

> Cuando Rubén Pérez Kantule aprendió la escritura pictórica, registró también, como sabemos, las leyendas en caracteres latinos, lo que, naturalmente, era más completo y expresivo que por medio de la escritura india. Lo extraño es que se mo-

---

[12] Lucien Lévy-Brühl, *La mentalité primitive* (4.ª ed.; París, 1925), págs. 424-433.

[13] *Annual Report of the Smithsonian Institution for the Year 1864*, pág. 379.

[14] Baldwin Spencer, *Native Tribes of the Northen Territory of Australia* (Londres, 1914), pág. 36.

lestase en apuntar con pinturas los cantos y los conjuros cuando lo podía haber hecho con mucha más facilidad con las letras latinas. Esto prueba que la escritura pictórica *per se* posee una importancia mágica, o que, por decir así, las virtudes de los conjuros medicinales se encuentran aumentados por el hecho de encontrarse expresados en escritura pictórica[15].

La creencia en el simbolismo universal, practicado por pitagóricos, gnósticos, astrólogos, magos y cabalistas, tiene su origen en las interpretaciones místicas del alfabeto. Cf., por ejemplo, una cita típica de un libro sobre el tema de reciente publicación: «Nous voulons montrer que l'Alphabet latin... est la représentation idéographique des grands mythes grecs, et qu'il nous offre de ce chef... la 'signification' maniable des vérités fondamentales contenues en l'homme et dans l'Univers, vérités vivantes, 'Dieux', qui manifestent la Vérité Une, créatrice et souveraine»[16].

El poder de un hechizo o amuleto depende en gran manera de la escritura que comprenda. Ese era el caso con los amuletos babilónicos con sus fórmulas de abracadabra. Incluso en la época moderna puede observarse el extendido uso del efecto mágico de la escritura. Podemos citar las filacterias con escrituras sagradas que se atan los judíos durante la oración y las inscripciones en las jambas de las puertas de las casas judías, como medio de proteger a sus habitantes contra el mal. Los mahometanos llevan amuletos con versículos del Corán. Entre los cristianos, encontramos la costumbre de dar aire a un enfermo con hojas de la Biblia o de hacer tragar una bola de papel en el que hay escrita una oración.

Una curiosa reminiscencia de la creencia en el carácter sagrado de la escritura es el rito practicado en la ceremonia de consagración de la catedral de Westminster, en Londres, en 1910:

En el suelo de la amplia nave, desde la entrada principal al santuario, se pintaron en blanco dos anchas veredas, que unían diagonalmente los rincones opuestos, y que, cruzándose en el centro de la nave, formaban una X gigante, o cruz de San Andrés. Donde las líneas convergían se colocó un faldistorio; y allí el arzobispo, aún revestido de capa pluvial y de mitra, se arrodilló a orar, mientras el coro continuaba cantando el antiguo canto llano de «Sarum Antiphoner»... Mientras tanto, los acólitos

[15] Erland Nordenskiöld, *Picture-Writing and Other Documents by Néle and Rubén Pérez Kantule* (Gotebörg, 1928), págs. 18 y sig.

[16] François Haab, *Divination de l'alphabet latin* (París, 1948), pág. 9.

se dedicaban a sembrar la nave de cenizas. Esto significaba depositar montoncitos de cenizas, con una separación de dos yardas, a lo largo de los brazos de la cruz de San Andrés. Junto a cada montón fue colocado un cartón con una letra del alfabeto el griego en un brazo y el latino en el otro—. El arzobispo se dirigió entonces a la entrada principal, en compañía del diácono y del subdiácono y precedido del crucifijo entre velas encendidas. Partiendo del rincón a la izquierda, el Dr. Bourne siguió por uno de los brazos de la cruz de San Andrés, dibujando con la punta del báculo las letras del alfabeto griego en los montones de ceniza; y regresando de nuevo a la entrada principal, repitió el proceso en el otro brazo, trazando esta vez en los montones las letras latinas. Esta curiosa ceremonia se interpreta de variado modo, como símbolo de la unión de las Iglesias oriental y romana, o de la instrucción de los rudimentos de la fe, y como una supervivencia de los augures romanos cuando trazaban los planos para la construcción de un templo, o del procedimiento de los agrimensores romanos al hacer la valoración de las tierras con propósitos fiscales[17].

El moderno Oriente Medio está lleno de creencias supersticiosas sobre el poder de la escritura; ocurre hasta cuando se trata de una escritura desconocida. Entre muchos ejemplos, citaré uno de mi propia experiencia. En 1935 visité una pequeña aldea de Anatolia central llamada Emirgazi, donde unos 30 años antes se habían descubierto unas inscripciones jeroglíficas hititas, trasladadas después al museo de Estambul. Mis investigaciones revelaron que no existían más restos arqueológicos en los alrededores, pero aun en el caso de haberlas, me dijeron los naturales, no las hubieran entregado, porque la vez anterior se había producido una peste después de haberse llevado las inscripciones hititas. El poder mágico asociado a inscripciones en piedra se encuentra descrito con frecuencia en informes de viajeros por todo el mundo islámico. El poder místico de la escritura —a veces por completo incomprensible, como en el caso de las inscripciones jeroglíficas hititas que acaba de referirse— va parejas con el efecto mágico de la palabra hablada. Hay una «extendida costumbre, en ceremonias mágicas e incluso religiosas y rituales, a emplear cantos y fórmulas ininteligibles para quienes las oyen e incluso para quienes las dicen»[18].

[17] Descrito en *The Times* de 29 de junio 1910 y referido por S. H. Hooke en *Antiquity*, XI (1937), 261. Esta costumbre se conoce también en otras partes; cf. Guido Mazzoni *apud* David Diringer, *L'alfabeto nella storia della civiltà* (Firenze, 1937), págs. XLIII y sig.

[18] Lucien Lévy-Brühl, *How Natives Think* (London, 1926), pág. 179.

La lengua y la escritura son los símbolos externos de una nación. Esta es la razón por la que el principal objeto de un conquistador al destruir una nación es destruir sus tesoros escritos. Así se entiende por qué Cortés, al conquistar Méjico, en 1520, ordenó la quema de todos los libros aztecas que pudieran recordar a la población nativa su pasado glorioso; por qué la Inquisición española, al enviar a los judíos a la hoguera, quemaba con ellos sus libros talmúdicos, por qué los nazis modernos deseosos de destruir las ideologías contrarias a la suya, quemaron los libros de sus enemigos, y por qué los aliados victoriosos después de la Segunda Guerra Mundial ordenaron la destrucción de toda la literatura contagiada de nazismo.

Capítulo 10
EL FUTURO DE LA ESCRITURA

Al investigar el cómo de un fenómeno determinado, resulta difícil no valorar al mismo tiempo su porqué. Es natural, por lo tanto, que al reconstruir la historia de nuestra escritura, no se presente una y otra vez la siguiente pregunta: ¿Por qué evolucionó la escritura de esta etapa a esta otra? La respuesta general a esta pregunta podía ser muy sencilla: La escritura pasó de una etapa a otra porque en una época determinada un nuevo sistema fue considerado más apropiado para las necesidades locales que el que se encontraba en uso. Es decir, la mejora es el fin de la evolución, y la escritura, al ir evolucionando de etapa en etapa, va progresando constantemente hacia un medio perfecto de comunicación entre los hombres. ¿Pero es cierto tal progreso de la escritura? ¿Podemos dar por supuesto que cualquier nuevo sistema de escritura es mejor normalmente que el empleado primero? Antes de intentar dar respuestas específicas a esta pregunta, pasemos revista a algunos atinados ejemplos de la historia de la escritura.

Al comparar el sistema de escritura semítico occidental con el jeroglífico egipcio, del que derivó, es fácil ver que el sistema semítico es más sencillo que el egipcio. Está fuera de discusión que los signos semíticos, de 22 a 30, son más fáciles de aprender y más rápidos

de escribir, que los cientos de signos del sistema egipcio. También hemos de convenir en que la introducción de signos vocálicos en griego, hizo que este sistema fuese más exacto que su antecesor, la escritura semítica occidental, caracterizada por la carencia de indicación vocálica. ¿Pero ha de concluirse, según esto, que la escritura semítica occidental es mejor que la egipcia o la griega mejor que la semítica? En el caso de la egipcia ante la semítica, podrían aducirse ciertas cualidades de la egipcia ausentes en el sistema semítico, como la expresividad de los signos pictóricos. Por ejemplo, la pintura de un vaso en la egipcia no sólo representa la palabra «vaso», sino que puede ser dibujada en forma tal que sugiera el tamaño y la forma que se pretende; en semítico, la palabra «vaso» se escribiría por medio de signos silábicos, fonéticos y cualquiera información aneja tendría que expresarse solamente por signos silábicos adicionales. En el caso de la semítica comparada con la griega, se podría alegar que las escrituras semíticas pueden funcionar perfectamente sin indicaciones vocálicas, por lo que resultan considerablemente más rápidas y más breves que la griega o cualesquiera otros sistemas que emplean signos para vocales. ¿Y qué diremos de la opinión de ciertos especialistas y profanos, para los que la escritura china es la mejor del mundo y ni siquiera atenderían a la sugerencia de reemplazar la escritura china logo silábica por un sistema alfabético? ¿Cómo habremos de juzgar el entusiasmo por la escritura silábica que se extendió fulminantemente entre los Cherokee debido a que pudieron realizar la hazaña de aprender el nuevo sistema en el término de un día, comparado con los cuatro años que necesitaban para dominar la escritura inglesa?[1]. ¿Cómo hemos de valorar la superficial conclusión de que la escritura árabe es superior a la latina porque, al escribir al dictado, los turcos de la vieja generación que emplean el alfabeto arábigo para su lengua, son mucho más rápidos que sus compatriotas más jóvenes, que emplean el nuevo alfabeto latino?

Luego podemos darnos cuenta de lo delicado que es la valoración cualitativa y lo fácil que resulta equivocarse si uno basa sus conclusiones en la observación unilateral y olvida contrapesarla con todas las características inherentes a un cierto fenómeno. Las

[1] Marion L. Starkey, *The Cherokee Nation* (Nueva York, 1946), pág. 85.

escrituras semíticas puede que sean en verdad más fáciles de aprender y más rápidas de escribir que la jeroglífica egipcia, o que la escritura pictográfica egipcia sea más expresiva que los sistemas semíticos, pero es evidente que las dos características no se encuentran a igual nivel desde un relativo punto de vista. ¿Qué valor relativo puede tener una escritura como la egipcia —con toda su belleza y expresividad— si ha de ser un completo misterio para una gran mayoría de la población debido a las complejidades y dificultades de su sistema? Lo mismo es cierto, y aún en mayor medida, del sistema chino —quizá el sistema más difícil de dominar del mundo—. Una persona ha de emplear años y años de estudio antes de que pueda pretender leer los clásicos más sencillos. Claro que es cierto que la escritura china sirve bastante bien las necesidades de una egoísta camarilla burocrática en la cumbre, y que un pequeño porcentaje de la población, capaz de leer y escribir, puede comunicarse entre sí mediante la escritura, incluso hablando dialectos mutuamente ininteligibles. ¿Pero ha intentado alguien valorar con lógica estas supuestas ventajas de la escritura china comparándolas con sus tremendos defectos? Nadie, salvo un egoísta fanático, podría defender la escritura china apoyándose en sus supuestos méritos y olvidando que, como resultado de las dificultades del sistema chino, el 90 por ciento de la población es analfabeta. ¿Qué es más valioso, un sistema apto para el diez por ciento que gobierne el país, o que el ciento por ciento de la población participe en su progreso?

Una evaluación imparcial de todos los factores conexos mostraría que también en otros casos escrituras en grados más avanzados de evolución poseen decididas ventajas sobre otras de más bajo nivel. Aun cuando las escrituras semíticas se escriban con mayor rapidez que la griega, tan sólo ésta creó un sistema vocálico completo, ofreciendo por lo tanto al mundo la posibilidad de la indicación vocálica, de tanta importancia para la expresión de los matices exactos del idioma, las formas dialectales poco conocidas, los neologismos y los términos extranjeros. Asimismo, la ventaja de la rapidez de la escritura árabe empleada para el idioma turco queda por completo invalidada por su enrevesada ortografía; el alfabeto latino, según se ha implantado en Turquía, es casi enteramente fonético y puede ser asimilado por los niños en la mitad del tiempo necesario para el dominio de la vieja escritura árabe. Y, finalmente, en el momento

de valorar los méritos de la escritura cherokee debemos admitir que sin duda se adaptaba perfectamente a la expresión de su lengua. ¿Pero era apta esta escritura para un pueblo que vivía en un territorio de habla inglesa? ¿Qué condiciones reunía la escritura cherokee para expresar los millares de palabras que pasaron a los Cherokee de la población angloparlante que les rodeaba? La incapacidad de la escritura cherokee debe haber sido la razón principal para la desaparición de la escritura india y su sustitución por un sistema latino más acomodado a las ampliadas exigencias del pueblo Cherokee.

Formulando de nuevo la pregunta hecha al comienzo de este capítulo: ¿progresa la escritura a medida que sufre el curso evolutivo marcado por las etapas logográfica, silábica y alfabética? Mi contestación es absolutamente positiva. Al observar la escritura desde un punto de vista general, diría sin la menor duda que los sistemas alfabéticos sirven al fin de la comunicación humana mejor que los silábicos, lo mismo que éstos lo sirven mejor que los logográficos o que los logo-silábicos. Pero esto no justifica la jactancia. Las contradicciones de la ortografía inglesa comparada con los sistemas griego y latino, casi enteramente fonémicos y el anormal desarrollo de las formas de los signos en ciertas escrituras de la India moderna, comparadas con las sencillas formas de las escrituras índicas más antiguas, muestran que en determinados casos la escritura no avanza necesariamente hacia el progreso. Las trabas impuestas por la tradición, la religión y el nacionalismo, obstaculizan con frecuencia el camino del progreso, impidiendo o retrasando reformas que normalmente se hubieran producido en la evolución natural de la escritura.

Al comparar cualquiera de las escrituras alfabéticas utilizadas por la civilización occidental con el alfabeto griego, ocurre inmediatamente la observación de que, desde el punto de vista interno, estructural, no existe diferencia alguna entre los alfabetos occidentales y el griego. En otras palabras, a pesar de los extraordinarios avances de la civilización occidental en tantos campos del esfuerzo humano, la escritura no ha progresado nada desde la época griega. Piénsese en nuestros modernos medios de comunicación de masas, como la radio, el cine, el telégrafo, el teléfono, la televisión y la prensa y mírese cómo escribimos hoy DADA, los latinos DADA

y los griegos ΔΑΔΑ. Compárense las diferencias en los métodos de comunicación de masas entre la época moderna y la griega, por una parte, y la identidad esencial de los alfabetos inglés, latino y griego, por otra. Y no se trata de que nuestra escritura sea tan perfecta que no necesite mejora. Ni que por falta de propuestas de reformas excelentes y prácticas nos aferremos con tanta tenacidad a una forma de escritura anticuada. Bien puede ocurrir que las causas complejas de esta actitud conservadora se encuentren fuera de nuestra comprensión. Aún así, no está de más que nos pongamos al corriente de cómo andan hoy las cosas en este terreno y que especulemos un poco en cuanto a las posibilidades que puedan considerarse o realizarse en el futuro.

Las propuestas y los intentos para la reforma de la escritura suelen correr paralelos con los que se refieren a la reforma del idioma. Esto es perfectamente lógico, si recordamos cómo ha dependido la escritura de la lengua a través de toda su larga historia.

El cambio más sencillo de la lengua es el que se produce cuando una lengua nacional se impone a un grupo étnico extranjero. El acadio, el arameo, el árabe, el griego, el latín, el español, el francés, el ruso y el inglés, son algunos de los idiomas que, respaldados por el prestigio cultural o el predominio político, se han impuesto en una u otra época en extensos territorios fuera de sus metrópolis. A compás de los idiomas ocurrió la imposición de las escrituras nacionales, como lo prueba cumplidamente el extendido uso del sistema cuneiforme en la antigüedad y de las escrituras semítica, griega y latina en épocas posteriores. La actual hegemonía de la civilización occidental se manifiesta en los extendidos intentos, más o menos afortunados, de imponer la escritura latina en el mundo. La aceptación de la escritura latina por los turcos, su extendido uso por los nativos de Africa y de América, las propuestas de romanización del chino, del japonés, del árabe y del persa, son las mejores manifestaciones de esta tendencia.

Sin embargo, la aceptación general del alfabeto latino en la edad moderna no ha dado como resultado la unidad. En muchos casos, los signos del alfabeto latino recibieron valores fonéticos notoriamente dispares en diferentes países. Los turcos, por ejemplo, emplean el signo latino *c* para el sonido *j* como en el inglés *jig*, correspondencia insólita en las restantes escrituras occidentales. La in-

finita homofonía de los signos queda demostrada mediante las grafías del nombre del famoso escritor ruso Chejov, en que el sonido inicial puede escribirse como *Ch*, *Tch*, *C*, *Tsch*, *Tsj*, *Tj*, *Cz*, *Cs*, o *Č*, la consonante intermedia como *kh*, *ch*, *k*, *h*, *x* o *j*, y la final como *v*, *f* o *ff*, en diversos sistemas mundiales que emplean signos latinos. Durante siglos se ha reconocido la necesidad de reformar el alfabeto latino y se han realizado múltiples intentos para remediar el mal[2]. La mejor propuesta es el alfabeto conocido por la abreviatura IPA (International Phonetic Association), compuesto por símbolos latinos, completados con algunas letras artificiales y unos cuantos signos diacríticos[3]. Este es el sistema de uso general hoy día por los lingüistas. Es tan sencillo y tan práctico que se hace merecedor de una atención mucho mayor de la que se le concede en limitados círculos científicos.

Las reformas más extendidas han tenido lugar en muchas escrituras nacionales, con el fin de simplificar las grafías y de sistematizar las correspondencias entre signo y sonido. Algunos pueblos, como los finlandeses, han conseguido con bastante fortuna lograr un sistema casi fonémico, mientras otros, como los anglosajones, continúan agobiados por grafías tradicionales. Sin embargo, el futuro de la escritura no se encuentra ya en las reformas de las escrituras nacionales. Como dijo cierta vez Mark Twain, con una ortografía bastante heterodoxa: «The da ma ov koars kum when the publik ma be expektd to get rekonsyled to the bezair asspekt of the Simplified Kombynashuns, but —if I may be allowed the expression— is it worth the wasted time?»[4]. [«El día bendrá, klaro es, en ke sea de esperar ke el públiko se abenga al aspekto ekstraño de las kombinaziones simplifikadas, pero si se me permite la expresión —¿vale la pena el tiempo perdido?».] Es demasiado tarde para predicar el evangelio de la reforma de las ortografías nacionales. Lo que ahora se hace preciso es un sistema de escritura en el que los signos posean

---

[2] Ver *L'adoption universelle des caracteres latins*, editado por la Société des Nations. Institut International de Cooperation Intellectuelle (París, 1934).

[3] (Otto Jespersen and Holger Pedersen), *Phonetic Transcription and Transliteration*. Suplemento *Maître phonétique* (Oxford, 1926).

[4] *What Is Man? and Other Essays* (Nueva York y Londres, 1917), pág. 262.

correspondencias fonéticas idénticas, o casi idénticas, en todo el mundo. Esta necesidad se satisface con el alfabeto IPA.

Actitudes nacionalistas y religiosas han ofrecido una encarnizada resistencia a un determinado idioma en particular como idioma mundial. Los anglosajones han luchado contra el francés, los franceses contra el inglés, los protestantes contra el latín, los rusos contra los otros tres. Incluso idiomas simplificados, como el inglés básico, han tenido un éxito relativamente escaso. Si a esto se añaden las irregularidades y contradicciones de todas las lenguas naturales, se verá el porqué de tantos idiomas artificiales en la época moderna. Entre ellos, el esperanto, el ido, el occidental, la interlingua, el novial y el volapük, por lo menos gozaron de cierto éxito en su tiempo. En general, sin embargo, observaremos que el propósito de crear un idioma universal ha tenido tan sólo como resultado la adición de nuevas lenguas a nuestra confusa Torre de Babel. También en el terreno de la escritura se han hecho propuestas para sustituir los sistemas nacionales por nuevas formas. Los distintos enfoques del problema dieron como resultado diferentes propuestas concretas, que examinaremos ahora.

Toda escritura, ya sea tomada del extranjero, ya sea producto de creación, es empleada primero preferentemente con propósitos públicos y oficiales. En tales casos, suelen elegirse las formas de los signos individuales con una total despreocupación por la economía del espacio y del tiempo. Sólo gradualmente van evolucionando las escrituras cursivas para el uso práctico y cotidiano, con signos que muestran diversos grados de simplificación, como, por ejemplo, nuestra escritura manuscrita cursiva comparada con la letra de imprenta. Pero con frecuencia incluso las formas cursivas no están lo suficientemente simplificadas para adaptarse al propósito de una escritura rápida. Por esto, desde la época clásica, se ha intentado crear nuevas formas de escritura en las que los signos individuales estuviesen elegidos y combinados de tal manera que hicieran posible el mayor ahorro de tiempo y de espacio. Este es el moderno sistema conocido diversamente como estenografía o «escritura estrecha», braquigrafía o «escritura breve» y taquigrafía, o «escritura rápida». De todas las reformas de la escritura, la taquigrafía ha sido la que ha obtenido mayor éxito. Aunque algunos de los sistemas taquigráficos se atribuyen un reconocimiento internacional, la realidad

es que no existe un sistema único aceptado por todo el mundo. Puede que un sistema sea empleado en varios países, pero aún así suele demostrar divergencias impuestas por las necesidades locales. Sistemas taquigráficos prácticos se emplean en todas partes, además de las escrituras populares nacionales. Ninguno de los sistemas taquigráficos ha conseguido hasta la fecha suplantar una escritura nacional en el uso popular.

Una concepción totalmente diferente de la simbolización de los sonidos se encuentra en el «lenguaje visible», de Bell[5] y en la «notación analfabética», de Jespersen. El enfoque se basa en el supuesto de que todos los sonidos tienen dos aspectos: orgánico (o articulatorio) y acústico. Cuando hablamos, por ejemplo, del sonido *s*, podemos observar su articulación orgánica en la forma de la boca y la posición de la lengua mediante la cual se produce y su equivalente acústico es el siseo que resulta al enviar el aliento a través del conducto así formado[6]. Los nuevos métodos intentan simbolizar la articulación del sonido más que su parte acústica.

El sistema conocido como «lenguaje visible» fue ideado por Melville Bell, padre del inventor del teléfono, y más tarde reformado por Henry Sweet[7] alcanzó popularidad con el nombre de «orgánico». En este sistema se utilizan los signos diagramáticos para imitar la forma de los órganos vocales en posición para la pronunciación de diversos sonidos. Recientemente, investigadores de los Bell Telephone Laboratories han desarrollado y anunciado como «lenguaje visible» un sistema electrónico de transcribir los sonidos del habla en esquemas visibles, capaces de ser leídos y analizados[8], pero aparte del nombre, el nuevo sistema no tiene nada en común con el sistema Bell-Sweet de señalar sonidos.

Otro método para simbolizar la articulación del sonido es la

---

[5] El profesor Giorgio Levi Della Vida me señala que «habla visible» es una expresión del Dante; Cf. «visible parlare» en Purgatorio 10, 95, donde se anticipa el cinematógrafo.

[6] Henry Sweet, *A Primer of Phonetics* (3.ª ed.; Oxford, 1906), pág. 1.

[7] Sweet, *op. cit.*, y Wilhelm Viëtor, *Elemente der Phonetik* (6.ª ed.; Leipzig, 1915), págs. 16 y sig.

[8] Ralph K. Potter, «Visible Patterns of Sound», *Science*, CII (1945), 463-470; R. K. Potter, G. A. Kopp y H. C. Green, *Visible Speech* (Nueva York, 1947).

llamada «notación analfabética», ideada por Otto Jespersen[9]. El sistema es incluso más exacto que el «lenguaje visible». Mientras en éste se emplean los símbolos para indicar simples articulaciones, la notación analfabética pretende expresar la suma total de todos los movimientos, íntimamente relacionados, de los órganos vocales cuando producen un solo sonido. En la notación de Jespersen, cada sonido está representado por una serie de letras griegas y latinas, números arábigos y algunos otros símbolos, cada uno con un significado concreto: la letra griega indica el órgano de articulación (labio, lengua, etc.); el número representa el grado y forma de la apertura (abierto, cerrado, etc.); mientras la letra latina, usada como un exponente, indica la posición articulatoria (frontal, central, posterior, etc.). Por ejemplo, la letra *u* está expresada en esta anotación como $\alpha 3^{z}$ βg $\gamma 3^{j}$ δo ε1, de modo muy semejante a una fórmula química. Aún más complicado es el sistema analfabético ideado por Kenneth L. Pike[10]. En este sistema el sonido *t*, por ejemplo, se expresaría por *M*aIlDe*CV*veIcAP*paatd*tl*tm*ran*s*fs*Si**FS*s. Estos dos sistemas poseen ciertas ventajas de estricto orden científico, para registrar sonidos en que largas definiciones, que exigen muchas líneas de escritura normal, pueden ser reemplazadas por unos pocos símbolos, pero no están pensadas para expresar la lengua, por lo que no son aceptables como sistemas prácticos de escritura.

Como se indicó con mayor detalle en el capítulo III, la escritura logo-silábica china emplea signos léxicos en mucha mayor medida que cualquier otra escritura del mismo tipo, por ejemplo, la sumeria o la egipcia. En un país dividido en multitud de dialectos diferentes y con frecuencia mutuamente incomprensibles, esta característica del sistema chino sirve como escritura universal. A imitación del sistema chino, se han hecho propuestas en Europa de crear un sistema universal en el que los signos y los símbolos se emplearían para representar palabras y formativos gramaticales que podrían leerse distintamente, aunque se entendiesen de la misma forma en varios idiomas del mundo. El sistema completo sería, por lo tanto, una sistematización del método usado cuando escribimos los nú-

[9] Otto Jespersen, *Lehrbuch der Phonetik* (2.ª ed.; Leipzig y Berlín, 1913), y Viëtor, *op. cit.*, págs. 17 y sig.

[10] *Phonetics* (Ann Arbor, 1943), pág. 155.

meros, que representan palabras diferentes en diversas lenguas. Desde la Edad Media se han propuesto diferentes sistemas, pero ninguno ha sido aceptado generalmente[11]. Los defectos de estos sistemas pasigráficos son los de todas las escrituras verbales nacionales: inexactitudes y dificultades en dominar miles de signos para distintos elementos lingüísticos. Aún así, la posibilidad de crear un sistema pasigráfico práctico no puede desecharse del todo. La creación con éxito de un lenguaje internacional de signos gestuales para el uso de los sordomudos, en el que cada gesto tiene el mismo significado básico en diferentes países, es una indicación de que aún puede ser posible en el futuro idear un sistema pasigráfico paralelo para ciertos objetivos limitados.

Otro sistema pasigráfico es el conocido como Isotype: International System Of Typographic Picture Education[12]. Isotype no aspira a convertirse en un sistema universal que sustituya a las escrituras fonéticas. Lo que pretende es crear un número de signos pictóricos que puedan ser inteligibles *per se*, sin necesidad de establecer previamente correspondencias entre el signo y la palabra. El sistema está pensado con fines primordialmente educativos, pero también puede ser empleado de forma restringida en algunos medios de comunicación y de transporte internacionales. Por ejemplo, al redactar las instrucciones para el uso del teléfono se puede ofrecer una breve serie de dibujos en vez de largas instrucciones escritas, que serían entendidas solamente por aquellas personas que conociesen el idioma local.

Es tiempo de recapitular. ¿En qué estado se encuentra hoy la reforma de la escritura y cuál es su futuro? Pasemos revista primero a las reformas que parecen ineptas o poco prácticas. Suele considerarse que la revisión de las escrituras nacionales en sentido de simplificar las grafías, resulta inútil y no merece el trabajo. La época de revisar nuestras escrituras nacionales fue el siglo XVIII o el XIX, en que el nacionalismo nació y alcanzó su cumbre, no el siglo XX, en que nos esforzamos por alcanzar una comunidad universal de na-

---

[11] Th. W. Danzel, *Die Anfänge der Schrift* (Leipzig, 1912), págs. 212-218.

[12] Otto Neurath, *International Picture Language* (Londres, 1936), e *idem*, *Basic by Isotype* (Londres, 1937).

ciones. Por esta razón no debemos aprobar la imposición del alfabeto latino a las naciones expuestas a la influencia occidental. Además, debe observarse que desde el punto de vista de la teoría de la escritura, no hay nada en el alfabeto latino, según se usa en los países occidentales, que pueda considerarse superior a lo que se encuentra, por ejemplo, en los alfabetos árabe, griego o ruso. La virtud principal del alfabeto latino, es decir, estar respaldado por la civilización occidental, parece ocultar por completo sus patentes defectos. Lo que hace falta, por lo tanto, es, o un sistema de escritura reformado para uso internacional, o un tipo enteramente nuevo de escritura universal.

De los sistemas a considerar con vistas a un empleo universal, podemos excluir inmediatamente los tipos representados por el «lenguaje visible» y la «notación analfabética». Ambos pueden ser utilizados internacionalmente en limitadas esferas para simbolizar elementos del lenguaje. Poseen una gran exactitud y pueden ser de utilidad en las disciplinas científicas, pero no son lo suficientemente prácticos como escrituras de uso corriente. Por razones prácticas, los distintos sistemas pasiográficos, con sus millares de signos diferentes, no pueden tampoco ser considerados como una escritura universal.

Existe una escritura en caracteres latinos de extendido uso entre los lingüistas para la transcripción de los distintos idiomas: el alfabeto de la International Phonetic Association. El alfabeto es relativamente exacto en su correspondencia entre signo y sonido y es, al mismo tiempo, tan sencillo, que con él un niño puede aprender a escribir en un período mucho más corto de lo que normalmente requiere el aprendizaje del tipo usual de escritura nacional.

Aunque hay una diferencia en cuanto al objetivo entre los alfabetos reformados y el alfabeto IPA, en cuanto que los primeros son alfabetos revisados para el uso nacional, mientras el alfabeto IPA está ideado para ser usado con todos los idiomas del mundo, así y todo pueden hacerse objeciones de igual consistencia tanto a unos como a otro. Primero, está la reacción del público, perfectamente expresada por Mark Twain[13] en un comentario a la ortografía

[13] *Op. cit.*, pág. 263.

simplificada, en el ejemplo de «La on, Makduf, and damd be he hoo furst krys hold, enuf!» [«Lay on Macduff, / And damn' be him, who first cries hold, enough.» Ultimas palabras de Macbeth en la tragedia.] Era de opinión que «el ver nuestras letras dispuestas de un modo al que no estamos acostumbrados ofende la vista y priva de expresión a las palabras... Ya no emocionan como solían. La simplificación ha absorbido la emoción.» Por este motivo, Mark Twain no era partidario de reformar la actual escritura inglesa, sino de introducir una forma de escritura enteramente nueva que no ofendiese la vista tanto como la ortografía simplificada y fuera, por lo tanto, mejor recibida por el público. Semejante sistema no solamente sería más aceptable por motivos psicológicos generales, sino que podría aportar los valiosos elementos de rapidez y de densidad que por desgracia faltan en la escritura latina. Muchos son conscientes del considerable desperdicio de tiempo y de espacio en nuestra escritura latina; que los signos independientes son innecesariamente complejos; que no suelen llevar por lo general la dirección de la escritura; que con frecuencia no pueden escribirse con un movimiento continuo de la mano; que no se sigue una lógica clara para la diferenciación formal entre mayúsculas y minúsculas. Todas estas imperfecciones del alfabeto latino podrían eliminarse con la introducción de un sistema taquigráfico. Pero la simple aceptación de éste no satisface las exigencias de una escritura universal. Hay dos razones en contra de los sistemas taquigráficos, tal como se emplean en la actualidad. Primero están pensados para la máxima rapidez en ciertas aplicaciones prácticas y, por lo tanto, no son exactos; y segundo, están adaptados para el uso de determinados idiomas, no para todos los del mundo.

Lo que debemos buscar es un sistema de escritura que combine la exactitud del alfabeto IPA con la sencillez formal de un sistema taquígráfico. Deben ser satisfechas tanto la teoría como la práctica, al desarrollar un sistema de notación, completo y exacto, que sea capaz de acortarse y simplificarse en ciertas circunstancias. El sistema completo debería contener signos para todos los sonidos conocidos de las diversas lenguas dentro de los límites del alfabeto IPA, y los signos deberían expresarse mediante formas tomadas del sistema taquigráfico. Partiendo de este sistema completo, podrían extractarse alfabetos más reducidos para el uso de idiomas particu-

lares. A la vez, el sistema completo debería desarrollarse de forma que dejase abierta la posibilidad de nuevas simplificaciones, incluso en el marco de las escrituras nacionales. La combinación que se propone (taquigrafía más IPA), sería, sin duda, más corta y más rápida que el alfabeto IPA escrito en caracteres latinos, pero quizá no llegase a satisfacer la necesidad de rapidez y brevedad tan bien como los sistemas taquigráficos actuales. Una nueva simplificación del sistema taquigráfico IPA sería recomendable, por lo tanto, para estos fines prácticos. Para mantener intacta la unidad básica del sistema completo y del abreviado, no considero recomendable que éste intente su objetivo mediante la creación de signos nuevos para palabras y frases, según el conocido procedimiento de los sistemas taquigráficos. Se podría conseguir perfectamente un sistema práctico con la abreviación y eliminación de todos aquellos elementos que, bajo ciertas circunstancias, no son necesarios para la comprensión del documento o la comunicación. Algunas escrituras semíticas, con sus conocidas abreviaturas y arbitrarias omisiones de signos vocálicos, podrían servir de modelo para la posible simplificación del sistema taquigráfico IPA que se propone. Así, empleando formas taquigráficas en todos los casos, en un sistema completo la palabra *simplification* podría escribirse algo así como *simplifikeyšn*, aunque en ciertas aplicaciones prácticas pudiese escribirse como *smplfkyšn*, con omisión de las vocales; como *simplifik*, por abreviación; o incluso como *smplfk*, por abreviación y omisión de vocales a la vez.

Hemos llegado al final de nuestra especulación sobre el futuro de la escritura. Sé de sobra lo vulnerable que es este capítulo a las críticas de diversos sectores. Los tradicionalistas lo motejarán de otra propuesta inútil para cambiar el *status quo*. Los especialistas deplorarán la superficialidad con que trato un importante tema. No me inquietan gran cosa las arremetidas tradicionalistas contra los reformadores. Si no fuese por éstos, los tradicionalistas, vestidos con pieles y plumas, estarían aún habitando las cavernas y maldito motivo tendrían para hablar o escribir acerca de la «maligna herejía de la reforma». Más serias pueden ser las críticas dirigidas al modo bastante superficial en que ha sido tratado en este capítulo el importante tema del futuro de la escritura. En defensa propia he de declarar que no tengo intención alguna de hacer una propuesta formal

de una nueva escritura universal. Lo que he pretendido ha sido simplemente representar un conjunto de ideas que han brotado de mi experiencia con las escrituras del pasado, para ver lo que de ellas puede aprenderse en el futuro. Ese es todo el valor que pueda tener este capítulo.

Capítulo 11
TERMINOLOGIA DE LA ESCRITURA

El presente es el primer ensayo de reunir y definir una terminología de la escritura. En este intento no ha habido, por lo tanto, la posibilidad de seguir las huellas de la tradición. Con el fin de resaltar las definiciones con perfiles tipológicos más rotundos, ha habido que acuñar nuevos términos, mientras algunas viejas definiciones han tenido que cambiarse o concretarse de nuevo. Los principios que rigen la escritura han sido agrupados para que le sea posible al lector evaluar *in toto* lo que considero como la atribución más importante de este estudio. Espero que este primer ensayo pueda servir de base útil para establecer más tarde una firme terminología de la escritura.

**Acrofonía*, ver **Principio de acrofonía*.

Alfabeto o *Escritura alfabética*. Escritura en la que un signo representa normalmente uno o más fonemas del idioma. Así, en inglés, el signo alfabético *b* representa el fonema *b*, mientras el signo *c* presenta los fonemas *k* o *s*. Ver también *Logografía*, *Silabario*.

Alograma. Signos o grafías logográficos, silábicos o alfabéticos, de una escritura, empleados como signos léxicos o incluso frásicos en una es-

critura tomada prestada. Por ejemplo, la grafía sumeria *in-lá-e* 'él pesará', empleada para el acadio *išaqqal* 'él pesará'; la grafía aramea *malkā* 'rey', empleada para el persa *šāh* 'rey'.

Clasificador, ver *Indicador semántico*.

Complemento/Indicador fonético. Signo que expresa un elemento fonético, pero no semántico, añadido al signo básico. Así, en sumerio, mientras la imagen básica de los senos femeninos pueden leerse como *dumu* 'hijo', *banda* 'muchacho', y *tur* 'pequeño', el signo *da* añadido a la imagen básica exige la lectura *banda* y no *dumu* ni *tur*.

Contexto de situación, ver *Principio de contexto de situación*.

Convención estética, ver *Principio de convención estética*.

Convencionalización, ver *Principio de convencionalización*.

Convergencia, ver *Principio de convergencia*.

Desarrollo externo, ver *Principio de desarrollo externo*.

Desarrollo interno, ver *Principio de desarrollo interno*.

Determinativo, ver *Indicador semántico*.

Divergencia, ver *Principio de divergencia*.

Economía, ver *Principio de Economía*.

Escritura. Sistema de intercomunicación por medio de signos visibles y convencionales. Ver también *Precedentes de la escritura* o *Semasiografía* y *Fonografía*.

Escritura alfabética, ver *Alfabeto*.

**Escritura consonántica*. Los llamados signos consonánticos de las escrituras egipcia y semítica occidental, están explicados en este libro como signos silábicos en los que las vocales quedan sin determinar.

Escritura cursiva. Forma rápida y somera de escritura, empleada con fines diarios y prácticos. A veces, una escritura cursiva se transforma en mo-

numental, desarrollando a su vez una forma cursiva secundaria. Opuesto a *Escritura monumental.*

Escritura lineal. Sistema de escritura que utiliza como signos trazos lineales o dibujos no identificables. Lo contrario de *Escritura pictórica.*

Escritura manual. Escritura a mano. Opuesta a *Escritura mecánica.*

Escritura mecánica. Escritura realizada con la ayuda de un medio mecánico, como imprenta o máquina de escribir. Opuesto a *Escritura manual.*

Escritura monumental. Forma esmerada de escritura que se encuentra normalmente en los monumentos y se emplea con fines de declaración oficial. Opuesto a *Escritura cursiva.*

Escritura objetiva, o *idioma objetivo.* Sistema que utiliza objetos como signos, como la escritura de nudos *quipu* o el lenguaje de las flores.

Escritura pictórica. Forma de escritura que emplea dibujos identificables como signos. Opuesto a *Escritura lineal.*

Evolución monodirectriz, ver *Principio de evolución monodirectriz.*

Fonetización, ver *Principio de fonetización.*

Fonografía. Escritura completa, o sea, sistema de signos que expresan elementos lingüísticos por medio de signos visibles. Opuesto a *Semasiografía.*

Fraseografía o *Escritura frásica.* Tipo de escritura en la que un signo representa una frase o una oración. Aunque no conocidos como sistema de escritura, muchos signos fraseográficos se utilizan en la taquigrafía y en la computación de frases.

Gramatología. Ciencia de la escritura.

Homofonía. Características de diversos signos escritos que expresan el mismo fonema en el idioma. Por ejemplo [en inglés], *too*, *two*, *to*, escritos de distinta forma, se pronuncian todos igual: *tuu.* Opuesto a *Polifonía.*

**Ideografía.* Sistema de escritura que se supone emplea **Ideogramas.*

**Ideograma*. Los filólogos usan con frecuencia incorrectamente el término «ideograma» para lo que llamamos *logograma*.

Indicador semántico. Signo llamado con frecuencia «determinativo», que expresa un elemento semántico, pero no fonético, añadido al signo básico, como en la grafía china de «pulgar-madera» para la palabra *ts'ung*, 'aldea', comparado con la grafía de «pulgar» sólo para la palabra *ts'ung*, 'pulgar'. En algunas escrituras, los determinativos se convierten en clasificadores, o sea signos auxiliares que indican que las palabras a las que se les añaden pertenecen a una clase determinada. En acadio, por ejemplo, todos los nombres de los dioses estaban señalados por un determinativo-clasificador de divinidad.

Jeroglífico. Sistema logo-silábico de escritura que emplea imágenes como signos, como el jeroglífico egipcio o el jeroglífico hitita.

Logo-silábico. Escritura logo-silábica, como el sumerio o el egipcio, que utiliza los signos logográficos y silábicos.

Logografía o *Escritura léxica*. Escritura en la que un signo representa normalmente una o más palabras del idioma. V. también *Silabario*, *Alfabeto*.

Logograma. Signo léxico empleado en logografía. No **Ideograma*. Por ejemplo, los signos 2 (dos, segundo), $ (dólar), ° (grado). Ver también *Signo primario*, *Signo asociativo* y *Signo diagramático*, *Indicador semántico*, *Transferencia fonética* e *Indicador fonético*.

Marca auxiliar, ver *Signo auxiliar*.

Mnemónico, ver *Recurso mnemónico-identificador*.

Pasigrafía. Proyecto de sistema de escritura universal que utiliza signos con significado, pero sin expresar necesariamente elementos lingüísticos.

Petroglifo. Pictograma primitivo rupestre, tallado o grabado.

Petrograma. Pictograma primitivo rupestre, dibujado o pintado.

Pictografía. *Precedentes de la escritura* que emplean pictogramas, es decir, pinturas como signos, como ocurre, por ejemplo, con los indios americanos.

Polifonía. Característica de un único signo escrito que expresa más de un fonema en el idioma. Cf., por ejemplo, el carácter polífono del signo alfabético *a* en la grafía [en inglés] de *man*, *mane*, *malte*, etc. Opuesto a *Homofonía.*

Posición, ver *Principio de posición.*

Precedentes de la escritura. Diversos medios, agrupados bajo el término *Semasiografía*, para conseguir la intercomunicación por medio de signos visibles, expresivos de un significado, pero no necesariamente lingüísticos. Opuesto a *Fonografía.*

**Principio de acrofonía.* Principio por el cual se supone que los signos silábicos y alfabéticos se originaron utilizando la primera parte de una palabra más extensa y eliminando el resto. Un ejemplo se daría eligiendo la imagen de una casa para representar el signo alfabético *c*, debido a que la palabra *casa* comienza con él. Aparte excepciones esporádicas, la acrofonía, como tal principio, no parece que haya tenido la menor importancia en la historia de la escritura.

Principio de contexto de situación. Principio según el cual la lectura y la interpretación de los signos puede depender de su situación. Por ejemplo, la abreviatura *m* puede significar 'minuto' en un contexto y 'metro' en otro.

Principio de convención estética. Principio por el cual la forma y la disposición de signos pueden alterarse de acuerdo con las convenciones estéticas. Por ejemplo, el correcto orden de los signos $\overset{x}{X}\overset{x}{}$ (x representa un signo pequeño, X un signo grande) puede ser cambiado en $\overset{x}{\underset{x}{X}}$, de modo que los dos signos pequeños equilibren el grande.

Principio de convencionalización. Principio por el que las formas y los significados de todos los signos y símbolos se encuentran representados de modo convencional.

Principio de convergencia. Principio según el cual se eliminan distintos signos léxicos y se reemplazan por grafías silábicas, como en sumerio o en hitita. Opuesto al *Principio de divergencia.*

Principio de desarrollo interno. Principio según el cual una escritura evoluciona de una fase estructural interna a otra, como de un silabario a un alfabeto. Paralelo al *Principio de desarrollo externo.*

Principio de desarrollo externo. Principio por el cual una escritura evoluciona de una etapa formal externa a otra, como de una forma pictórica a una lineal. Paralelo al *Principio de desarrollo interno.*

Principio de divergencia. Principio según el cual se crean nuevos signos para nuevos términos, como en chino. Opuesto al *Principio de convergencia.*

Principio de economía. Principio por el que una escritura intenta conseguir la máxima eficiencia con el menor número posible de signos. Por ejemplo, ciertos silabarios no distinguen entre consonantes sonoras, sordas y enfáticas, mientras otros no indican las diferencias entre distintas vocales.

Principio de evolución monodirectriz. Principio de desarrollo de la escritura lexical a la silábica y de ésta a la alfabética.

Principio de fonetización. Principio llamado en el uso moderno *Principio jeroglífico*, según el cual los signos verbales difíciles de dibujar están expresados por signos correspondientes a palabras análogas en sonido y de fácil dibujo. Así, en sumerio, la palabra *ti* 'vida', está expresada por el dibujo de una flecha, que es también *ti* en el idioma.

Principio jeroglífico, ver *Principio de fonetización.*

Principio de posición. Principio por el que la lectura y el significado de los signos puede depender de su posición, como en la grafía de «32» y «3^2».

Principio de reducción. Principio según el cual el valor de un signo puede ser abreviado si va seguido de un signo fonético no semántico. Así, la combinación *ṭâb-ab* 'bueno', compuesta del signo verbal *ṭâb* más el indicador fonético *ab*, fue concebida como *ṭâ(b)-ab* por los acadios, con el resultado de que el primer signo representase solamente la sílaba *ta*. Análogamente, la escritura de la sílaba *bi*, por medio de los signos silábicos *bi-i* fue concebida como *b(i)-i* por los griegos, con lo que resulta la interpretación del primer signo, silábico en su origen, como un signo alfabético *b*.

Recurso mnemónico-identificador. Medio semasiográfico de expresar la comunicación mediante imágenes o signos visibles, que ayudan a identificar o a señalar determinadas personas u objetos. Por ejemplo, el dibujo de una pantera sobre un escudo puede expresar cierto sentido general como 'este escudo pertenece a la persona que mató a la pantera'.

Recurso representativo-descriptivo. Recurso semasiográfico para expresar la comunicación por medio de imágenes dibujadas y agrupadas de acuerdo con los convencionalismos del arte figurativo.

Reducción, ver *Principio de reducción.*

Representativo, ver *Recurso descriptivo-representativo.*

Semasiografía, Precedentes de la escritura, entre los que se incluyen los recursos *mnemónico-identificador* y *descriptivo-representativo,* para alcanzar la intercomunicación por medio de signos visibles que expresan un sentido, pero no necesariamente elementos lingüísticos. Opuesto a *Fonografía.*

Signario. Relación de los signos de una escritura.

Significación. Asociación mental entre un signo y un concepto, es decir, un ente pensado, como la asociación entre una palabra y un concepto o entre un signo visual (con o sin palabras) y un concepto.

Signo. Símbolo de uso convencional que forma parte de un sistema, como una palabra en un sistema de signos llamado «lengua», o una marca escrita en un sistema de signos llamado «escritura». En sentido estricto, solamente una marca escrita.

Signo asociativo. Signo que se expresa dibujando un objeto concreto, que representa una palabra relacionada solamente por asociación con la imagen. Así, el dibujo del sol puede representar la palabra «día».

Signo o *Marca auxiliar.* Signo no fonético, como un signo de puntuación no fonético, y en ciertos sistemas, un determinativo o clasificador, añadido para ayudar a la comprensión de la escritura.

Signo diagramático. Signo expresado por una forma geométrica, como un círculo para las palabras «todo, totalidad» o un trazo para el numeral «uno».

Signo fonético. Todo signo de una escritura completa que expresa elementos lingüísticos por medio de signos visibles, como el *Signo alfabético, silábico* o *verbal,* y en ciertos sistemas, el *Signo prosódico* o *frásico.* Los signos fonéticos pueden subdividirse en dos clases: 1) signos fonéticos

semánticos, como los signos verbales y frásicos. 2) signos fonéticos no semánticos, como los signos alfabéticos, silábicos y prosódicos.

Signo primario. Signo expresado por la representación gráfica de un objeto concreto, con el significado de un objeto o una acción. Así la imagen de un hombre puede representar la palabra «hombre», la imagen de un hombre con pan en una mano próxima a la boca, puede representar la palabra «comer».

Signo prosódico. Signo o marca para indicar un rasgo prosódico, como cantidad, acento, tono y pausa, como en la grafía de *dēmos* o ku_3.

Signo silábico o *Silabograma.* Signo empleado en un *Silabario* o *Escritura silábica.*

Signo verbal, ver *Logograma.*

Silabario o *Escritura silábica.* Escritura en la que un signo representa normalmente una o más sílabas del idioma. Así, en sumerio, un signo tiene el valor silábico *ba,* otro *ri* o *dal,* y aun otro *bala.* Ver también *Logografía, Alfabeto.*

Símbolo. Lo mismo que *Signo,* pero sin formar parte de un sistema, como el símbolo «cruz» para el cristianismo o «áncora» para la esperanza.

Sistema de signos. Reunión de signos relacionados orgánicamente y empleados convencionalmente con el fin de la intercomunicación, como la lengua, la escritura, el lenguaje de los gestos, etc.

Transcripción. Forma de transferencia gráfica en la que un signo (o una combinación de signos alfabéticos y símbolos artificiales) representa cada fonema de la lengua que estamos registrando. Así tres signos cuneiformes, transliterados como *i-din-nam* o *i-di(n)-nam,* pueden ser transcritos como *iddinam.*

Transferencia fonética, ver *Principio de fonetización.*

Transferencia lingüística. Identificación de los signos de un sistema con los signos del idioma, con el resultado de que los primeros se convierten en instrumentos del segundo. Así, cuando los signos de la escritura están asociados convencionalmente con elementos lingüísticos, la escritura se convierte en una transferencia secundaria del idioma.

Transliteración. Forma de transferencia gráfica por la cual un signo (o una combinación de signos alfabéticos y simbolos artificiales) representa cada elemento de la escritura que estamos registrando. Por ejemplo, tres signos cuneiformes pueden ser transliterados como *i-din-nam* o *i-di(n)-nam*.

Capítulo 12
BIBLIOGRAFIA

GENERAL

PHILIPPE BERGER, *Histoire de l'écriture dans l'antiquité* (2.ª ed.; París, 1892).

ALOYS BÖMER, «Die Schrift und ihre Entwicklung» en *Handbuch der Bibliothekswissenschaft*, hrsg. von F. Milkau, I (Leipzig, 1931), págs. 27-149, 2.ª ed., editada por Walter Menn (Wiesbaden, 1952).

JOSEPH BOÜÜAERT, *Petite histoire de l'alphabet* (Bruselas, 1949).

P. E. CLEATOR, *Lost Languages* (Londres, 1959).

EDWARD CLODD, *The Story of the Alphabet* (3.ª ed.; Nueva York, 1938).

MARCEL COHEN, *L'écriture* (París, 1953).

— *La grande invention de l'écriture et son évolution*. 3 vols.: *Texte, Documentation et index, Planches* (París, 1958).

TH. W. DANZEL, *Die Anfänge der Schrift* (2.ª ed.; Leipzig, 1929).

HERMANN DEGERING, *Die Schrift, Atlas der Schriftformen des Abendlandes vom Altertum bis zum Ausgang des 18. Jahrhunderts* (Berlín, 1929), 3.ª ed. en 1952.

HERMANN DELITZSCH, *Geschichte der abendländischen Schreibschriftformen* (Leipzig, 1928).

DAVID DIRINGER, *L'alfabeto nella storia della civiltà* (Firenze, 1937).

— *The Alphabet. A Key to the History of Mankind* (Londres y Nueva York, 1948). 2.ª ed. en 1949.

— *The Story of the Aleph Beth* (Londres, 1958).

— *Writing* (Londres, 1962).

ERNST DOBLHOFER, *Voices in Stone. The Decipherment of Ancient Scripts and Writings* (Londres y Nueva York, 1961). Traducción de: Doblhofer, *Zeichen und Wunder* (Viena, Berlín, Stuttgart, 1957).

FRANZ DORNSEIFF, *Das Alphabet in Mystik und Magie* (2.ª ed., Leipzig y Berlín, 1925).

MAX EBERT, *Reallexikon der Vorgeschichte*, XI (1927-28), 315-366, artículo «Schrift» por Thurnwald, Sundwall, Roeder, J. Pedersen, F. Hiller von Gaertringen y J. de C. Serra-Ràfols.

BEN ENGELHART y FRANS DE CLERCQ, *50 eeuwen schrift. Een inleiding tot de geschiedenes van het schrift* (Utecht, 1956).

CARL FAULMANN, *Illustrirte Geschichte der Schrift* (Viena, Pest y Leipzig, 1880).

JAMES G. FÉVRIER, *Histoire de l'écriture* (París, 1948). Nueva edición 1959.

CHARLES FOSSEY, *Notices sur les charactères étrangers anciens et modernes, rédigées par un groupe de savants* (París, 1927). Nueva edición 1948.

J. FRIEDRICH, *Entzifferung verschollener Schriften und Sprachen* (Berlín, 1954). También la ed. americana: *Extinct Languages* (Nueva York, 1957).

I. J. GELB, *Von der Keilschrift zum Alphabet. Grundlagen einer Sprachwissenschaft* (Stuttgart, 1958). Trad. y ed. revisada de *A Study of Writing*.

WALTER JAMES HOFFMAN, *The Beginnings of Writing* (Nueva York, 1895).

LANCELOT HOGBEN, *From Cave Painting to Comic Strip* (Nueva York, 1949).

V. A. ISTRIN, *Razvitie pis'ma* (Moscú, 1961).

HANS JENSEN, *Geschichte der Schrift* (Hannover, 1925).

— *Die Schrift in Vergangenheit und Gegenwart* (Glückstadt y Hamburgo, 1935). 2.ª ed. en 1958.

FREDERIC G. KENYON, *Ancient Books and Modern Discoveries* (Chicago, 1927).

WILHELM H. LANGE, *Schriftfibel. Geschichte der abendländischen Schrift von den Anfängen bis zur Gegenwart* (3.ª ed.; Wiesbaden, 1952).

C. R. LEPSIUS, *Standard Alphabet* (2.ª ed.; Londres, Berlín, 1863).

Č. LOUKOTKA, *Vývoj písma* (Praga, 1946).

WILLIAM A. MASON, *A History of the Art of Writing* (Nueva York, 1920).

ANNELISE MODRZE, *Zum Problem der Schrift. Ein Beitrag zur Theorie der Entzifferung* (Tesis; Breslau, 1930).

A. C. MOORHOUSE, *Writing and the Alphabet* (Londres, 1946).

— *The Triumph of the Alphabet. A History of Writing* (Nueva York, 1953).

HUBERT NELIS, *L'écriture et les scribes* (Bruselas, 1918).

GEORGE F. VON OSTERMANN y A. E. GIEGENGACK, *Manual of Foreign Languages for the Use of Printers and Translators* (3.ª ed.; Washington, 1936). 4.ª ed. en 1952.

WALTER OTTO, *Handbuch der Archäologie*, I (Munich, 1939), 147-356: artículos de F. W. von Bissing, A. Rehm, E. Pernice, y H. Arntz.

HOLGER PEDERSEN, *Linguistic Science in the Nineteenth Century* (Cambridge, 1931), cap. VI, págs. 141-239: «Inscriptions and Archaeological Discoveries. The Study of the History of Writing.»

ALFRED PETRAU, *Schrift und Schriften im Leben der Völker* (Essen, 1939). 2.ª ed. en 1944.

W. M. FLINDERS PETRIE, *The Formation of the Alphabet* (*British School of Archaeology in Egypt, Studies Series*, III; Londres, 1912).

PAUL SATTLER y GÖTZ V. SELLE, *Bibliographie zur Geschichte der Schrift bis in das Jahr 1930* (*Archiv für Bibliographie*, Beiheft 17; Linz a. D., 1935).

ALFRED SCHMITT, *Die Erfindung der Schrift* (*Erlanger Universitäts-Reden*, 22; Erlangen, 1938).

O. SCHRADER, *Reallexikon der indogermanischen Altertumskunde*, II (Berlín y Leipzig, 1929), págs. 338-353: artículo «Schreiben und Lesen».

KURT SETHE, *Vom Bilde zum Buchstaben. Die Entwicklungsgeschichte der Schrift.* Mit einem Beitrag von Siegfried Schott (*Untersuchungen zur Geschichte und Altertumskunde Ägyptens*, XII, Leipzig, 1939).

R. STÜBE, *Beiträge zur Entwicklungsgeschichte der Schrift* (*Monographien des Buchgewerbes*, VI; Leipzig, 1913).

— *Der Ursprung des Alphabets und seine Entwicklung* (Berlín, 1921).

ISAAC TAYLOR, *The Alphabet* (2 vols.; Londres, 1883).

— *The History of the Alphabet* (2 vols.; Nueva York, 1899).

JAN TSCHICHOLD, *Geschichte der Schrift in Bildern* (Basilea, 1940). 2.ª ed. alemana en 1946 = *An Illustrated History of Writing and Letters* (Londres, 1946).

B. L. ULLMAN, *Ancient Writing and Its Influence* (Nueva York, 1932).

KARL WEULE, *Vom Kerbstock zum Alphabet* (20.ª ed.; Stuttgart, ¿1926?).

H. S. WILLIAMS, *The History of the Art of Writing*. Manuscripts, inscriptions and muniments, etc. (4 vols.; Londres y Nueva York, 1901-8).

HEINRICH WUTTKE, *Die Enstehung der Schrift. Die verschiedene Schriftsysteme* (Leipzig, 1877).

RECURSOS PRIMITIVOS

HENRI BREUIL, *Four Hundred Centuries of Cave Art* (Montignac, 1952). Traducción del francés.

L. S. CRESSMAN, *Petroglyphs of Oregon* (Eugene, 1937).

DANIEL S. DAVIDSON, *Aboriginal Australian and Tasmanian Rock Carvings and Paintings* (*Memoirs of the American Philosophical Society*, V; Filadelfia, 1936).

SELWYN DEWDNEY y KENNETH E. KIDD, *Indian Rock Paintings of the Great Lakes* (Toronto, 1962).

G. B. M. FLAMAND, *Les pierres écrites. Gravures et impressions rupestres du Nord-Africain* (Paris, 1921).

LEO FROBENIUS y DOUGLAS C. FOX, *Prehistoric Rock Pictures in Europe and Africa* (New York, 1937).

W. G. HELLINGA, «Pétroglyphes caraïbes: problème sémiologique», *Lingua*, IV (1954), 121-65.

A. T. JACKSON, *Picture-Writing of Texas Indians* (Austin, 1938).

THEODOR KOCH-GRÜNBERG, *Südamerikanische Felszeichnungen* (Berlín, 1907).

HERBERT KÜHN, *Die Felsbilder Europas* (Stuttgart, 1952).

E. LOHSE, *Versuch einer Typologie der Felszeichnungen* (Tesis; Leipzig, 1934).

GARRICK MALLERY, *Pictographs of the North American Indians*. A Preliminary Paper (*Fourth Annual Report of the Bureau of Ethnology, Smithsonian Institution*; Washington, 1886; págs. 1-256).

— *Picture-Writing of the American Indians* (*Tenth Annual Report of the Bureau of Ethnology*; Washington, 1893; págs. 1-822).

ERLAND NORDENSKIÖLD, *The Secret of the Peruvian Quipus* (*Comparative Ethnographical Studies*, 6 Parte 1; Göteborg, 1925).

— *Picture-Writings and other Documents by Néle and Rubén Pérez Kantule* (*Comparative Ethnographical Studies*, 7 Parte 1; Göteborg, 1928).

E. B. RENARD, «Indian Petroglyphs from the Western Plains», *Seventieth Anniversary Volumen Honoring Edgar Lee Hewett* (Alburquerque, Nuevo Méjico, 1939), págs. 295-310.

HENRY R. SCHOOLCRAFT, *Historical and Statistical Information Respecting the History, Condition and Prospects of the Indian Tribes of the United States*, Parte I (Filadelfia, 1851).

JULIAN H. STEWARD, «Petroglyphs of California and Adjoining States», *University of California Publications in American Archaeology and Ethnology*, XXIV (1929), 47-239.

— «Petroglyphs of the United States», *Annual Report of the Board of Regents of the Smithsonian Institution for the Year 1936* (Washington, 1937), págs. 405-425.

ANDRÉ VARAGNAC y otros, *L'homme avant l'ecriture* (París, 1959).

AZTECA-MAYA

T. S. BARTHEL, «Die gegenwärtige Situation in der Erforschung der Maya-Schrift», *Journal de la Société des Américanistes*, n. s. XIV (1956), 219-227.

HERMANN BEYER, «The Analysis of the Maya Hieroglyphs», *Internationales Archiv für Ethnographie*, XXXI (1932), 1-20.

DANIEL G. BRINTON, *A Primer of Mayan Hieroglyphics* (*Publications of the University of Pennsylvania Series in Philology, Literature and Archaeology*, III, 2; Boston, 1895).

TH. W. DANZEL, *Handbuch der präkolumbischen Kulturen in Lateinamerika* (Hamburgo y Berlín, 1927).

YURIY V. KNOROZOV, «Drevnyaya pis'mennost' Centralnoy Ameriki», *Sovetskaya Etnografiya*, 1952, Parte 3, págs. 100-118.

— «Pis'mennost' drevnikh Maiya, Opyt rasshifrovki», *Sovetskaya Etnografiya*, 1955, Parte 1, págs. 94-125.

— «New Data on the Maya Written Language», *Journal de la Société des Américanistes*, n. s. XLV (1956), 209-216 (*Proceedings of the Thirty-second International Congress of Americanists* (Copenhague, 1958), págs. 467-475).

— «The Problem of the Study of the Maya Hieroglyphic Writing», *American Antiquity*, XXIII (1958), 284-291.

RICHARD C. E. LONG, «Maya and Mexican Writing», *Maya Research*, II (1935), 24-32.

«Maya Writing and Its Decipherment», *Maya Research*, III (1936), 309-315.

SYLVANUS G. MORLEY, *An Introduction to the Study of the Maya Hieroglyphs* (Washington, 1915).

The Ancient Maya (Stanford University Press, 1947).

P. SCHELLHAS, «Fifty Years of Maya Research», *Maya Research*, III (1936), 129-139.

EDUARD SELER, *Gesammelte Abhandlungen zur amerikanischen Sprachund Alterthumskunde* (5 vols.; Berlín, 1902-1923).

J. Eric S. Thompson, *Maya Hieroglyphic Writing. Introduction* (Washington, D. C., (1950). 2.ª ed., Norman, Oklahoma, 1960.
— *A Catalogue of Maya Hieroglyphs* (Norman, Oklahoma, 1962).
Alfred M. Tozzer, «The Value of Ancient Mexican Manuscripts in the Study of the General Development of Writing», *Annual Report of the Board of Regents of the Smithsonian Institution for the Year 1911* (Washington, 1912), 493-506.
— «Maya Research», *Maya Research*, I (1934), 3-19.
Benjamin L. Whorf, «Maya Writing and Its Decipherment», *Maya Research*, II (1935), 367-382.
— «Decipherment of the Linguistic Portion of the Maya Hieroglyphs», *Annual Report of the Smithsonian Institution*, 1941, págs. 479-502.
Günter Zimmermann, *Die Hieroglyphen der Maya-Handschriften* (Hamburgo, 1956).

CUNEIFORME MESOPOTAMICO

G. A. Barton, *The Origin and Development of Babylonian Writing* (2 vols., Leipzig, 1913).
Franz Bayer, *Die Entwicklung der Keilschrift* (*Orientalia*, XXV; Roma, 1927).
Cumberland Clark, *The Art of Early Writing. With Special Reference to the Cuneiform System* (Londres, 1938).
G. Contenau, «Les débuts de l'écriture cunéiforme», *Revue des études sémitiques*, 1940, págs. 55-67.
Anton Deimel, *Keilschrift-Palaeographie* (Roma, 1929).
E. Dhorme, «L'écriture et la langue assyro-babyloniennes», *Revue d'assyriologie*, XL (1945-46), 1-16.
A. Falkenstein, *Archaische Texte aus Uruk* (Leipzig, 1936).
Charles Fossey, *Manuel d'assyriologie* (2 vols.; París, 1904-1926).
I. J. Gelb, *Memorandum on Transliteration and Transcription of Cuneiform*, submitted to the 21st International Congress of Orientalists, París (Chicago, 1948). Ciclostil.
René Labat, *Manuel d'epigraphie akkadienne* (París, 1948).
L. Messerschmidt, *Die Entzifferung der Keilschrift* (*Der Alte Orient*, V, 2; Leipzig, 1903).
M. Rutten, «Notes de paléographie cunéiforme», *Revue des études sémitiques*, 1940, págs. 1-53.
F. Thureau-Dangin, *Recherches sur l'origine de l'écriture cunéiforme* (París, 1898).
Eckhard Unger, *Die Keilschrift* (Leipzig, 1929).
— *Keilschrift-Symbolik* (Berlín, 1940).

JEROGLIFICO EGIPCIO

W. F. Albright, *The Vocalization of the Egyptian Syllabic Orthography* (New Haven, 1934).
W. F. Edgerton, «Egyptian Phonetic Writing, from Its Invention to the Close of

the Nineteenth Dynasty», *Journal of the American Oriental Society*, LX (1940), 473-506.

A. ERMAN, *Die Hieroglyphen* (reimp.; Berlín y Leipzig, 1917).

H. W. FAIRMAN, «An Introduction to the Study of Ptolemaic Signs and Their Values», *Bulletin de l'Institut Français d'Archéologie Orientale du Caire*, XLIII (1945), 51-138.

A. H. GARDINER, «The Nature and Development of the Egyptian Hieroglyphic Writing», *Journal of Egyptian Archaeology*, II (1915), 61-75.

H. KEES, S. SCHOTT, H. BRUNNER, E. OTTO y S. MORENZ, *Ägyptische Schrift und Sprache*. (Handbuch der Orientalistik, hrsg. von B. Spuler, Erste Abt., Erster Bd., Erster Abschnitt; Leiden, 1959).

PIERRE LACAU, *Sur le système hiéroglyphique* (*Institut Français d'Archéologie Orientale. Bibliothèque d'Étude*, T. XXV; El Cairo, 1954).

E. NAVILLE, *L'écriture égyptienne* (París, 1926).

A. SCHARFF, *Archäologische Beiträge zur Frage der Enstehung der Hieroglyphenschrift* (*Sitzungsberichte der Bayer. Akad. d. Wiss.*, Philos.-hist. Abt., 1942, Heft 3).

SIEGFRIED SCHOTT, *Untersuchungen zur Schriftgeschichte der Pyramidentexte* (Tesis; Heidelberg, 1926).

— *Hieroglyphen. Untersuchungen zum Ursprung der Schrift* (*Akademie der Wissenschaften und der Literatur in Mainz, Abhandlungen der Geistes- und Sozialwissenschaftlichen Klasse*, Jahrgang 1950, Nr. 24).

KURT SETHE, *Das hieroglyphische Schriftsystem* (*Leipziger Ägyptologische Studien*, Heft 3; Glückstadt y Hamburgo, 1935).

H. SOTTAS y E. DRIOTON, *Introduction à l'étude des hiéroglyphes* (París, 1922).

WALTER TILL, «Vom Wesen der ägyptischen Schrift», *Die Sprache*, III (1956), 207-215.

JEROGLIFICO HITITA

H. TH. BOSSERT, *Santaš und Kupapa* (*Mitteilungen der Altorientalischen Gesellschaft*, VI, 3; Leipzig, 1932).

E. O. FORRER, *Die hethitische Bilderschrift* (*Studies in Ancient Oriental Civilization*, núm. 3; Chicago, 1932).

J. FRIEDRICH, *Entzifferungsgeschichte der hethitischen Hieroglyphenschrift* (Sonderheft 3 der Zeitschrift *Die Welt als Geschichte*; Stuttgart, 1939).

IGNACE J. GELB, *Hittite Hieroglyphs* (*Studies in Ancient Oriental Civilization*, núms. 2, 14 y 21; Chicago, 1931-1942).

«The Contribution of the New Cilician Bilinguals to the Decipherment of Hieroglyphic Hittite», *Bibliotheca Orientalis*, VII (1950), 129-141.

B. HROZNÝ, *Les inscriptions hittites hiéroglyphiques* (3 vols.; Praga, 1933-1937).

EMMANUEL LAROCHE, *Les hiéroglyphes hittites*. Primera parte: L'écriture (París, 1960).

P. MERIGGI, *Die längsten Bauinschriften in «hethitischen» Hieroglyphen nebst Glossar zu sämtlichen Texten* (*Mitteilungen der Vorderasiatischägyptischen Gesellschaft*, XXXIX, 1; Leipzig, 1934). El glosario fue reeditado bajo el título: *Hieroglyphisch-hethitisches Glossar* (2.ª ed.; Wiesbaden, 1962.

— «Listes des hiéroglyphes hittites», *Revue hittite et asianique*, IV (1937), págs. 69-114 y 157-200.

CHINO

PETER BOODBERG, «Some Proleptical Remarks on the Evolution of Archaic Chinese», *Harvard Journal of Asiatic Studies*, II (1937), 329-372.
— «'Ideography' or Iconolotry?», *T'oung Pao*, XXXV (1940), 266-288.
HERRLEE G. CREEL, «On the Nature of Chinese Ideography», *T'oung Pao*, XXXII (1936), 85-161.
— «On the Ideographic Element in Ancient Chinese», *T'oung Pao*, XXXIV (1938), 265-294.
BERNHARD KARLGREN, *Analytic Dictionary of Chinese and Sino-Japanese* (París, 1923).
— *Sound and Symbol in Chinese* (Londres, 1923).
— *Philology and Ancient China* (Oslo, 1926).
— *Grammatica Serica, Script and Phonetics in Chinese and Sino-Japanese* (*Bulletin of the Museum of Far Eastern Antiquities*, núm. 12; Estocolmo, 1940).
P. PELLIOT, «Brèves remarques sur le phonétisme dans l'écriture chinoise», *T'oung Pao*, XXXII (1936), 162-166.
A. VON ROSTHORN, «Zur Geschichte der chinesischen Schrift», *Wiener Zeitschrift für die Kunde des Morgenlandes*, XLVIII (1941), 121-142.
BRUNO SCHINDLER, several articles in *Ostasiatische Zeitschrift*, 1914-1918.
TAI T'UNG, *The Six Scripts, Or the Principles of Chinese Writing*. Translated by L. C. Hopkins (Cambridge, 1954).
TCHANG TCHENG-MING, *L'écriture chinoise et le geste humain* (Shanghai y París, sin año, ¿hacia 1939?).

PROTO-ELAMITA

F. BORK, *Die Strichinschriften von Susa* (Königsberg, 1924).
WILLIAM C. BRICE, «The Writing System of the Proto-Elamite Account Tablets of Susa», *Bulletin of the John Rylands Library, Manchester*, XL (1962), 15-39.
C. FRANK, «Elam. Schrift» in Max Ebert, *Reallexikon der Vorgeschichte*, III (1925), 83 y sigs.
WALTHER HINZ, «Zur Entzifferung der elamischen Strichschrift», *Iranica Antiqua*, II (1962), 1-21.

PROTO-INDICO

H. HERAS, «La escritura proto-Indica y su desciframiento», *Ampurias*, I (1939), 5-81.
B. HROZNÝ, «Inschriften und Kultur der Proto-Inder...», *Archiv Orientální*, XII (1941), 192-259; XIII (1942), 1-102.

G. R. HUNTER, *The Script of Harappa and Mohenjodaro and Its Connection with Other Scripts* (Londres, 1934).

ERNEST J. H. MACKAY, *Further Excavations at Mohenjo-Daro* (2 vols.; Delhi, 1937-1938).

— *Chanhu-Daro Excavations 1935-36* (New Haven, 1943).

JOHN MARSHALL, *Mohenjo-Daro and the Indus Civilization* (3 vols.; Londres, 1931).

P. MERIGGI, «Zur Indus-Schrift», *Zeitschrift der Deutschen Morgenländischen Gesellschaft*, LXXVII (1934), 198-241.

HEINZ MODE, *Indische Frühkulturen und ihre Beziehungen zum Westen* (Basilea, 1944).

MADHO SARUP VATS, *Excavations at Harappā* (2 vols.; Calcuta, 1940).

CRETENSE

EMMETT L. BENNETT, *The Pylos Tablets. Texts of the Inscriptions Found 1939-1954* (Princeton, 1955).

W. C. BRICE, *Inscriptions in the Minoan Linear Script of Class A* (Oxford, 1961).

JOHN CHADWICK, *The Decipherment of Linear B* (Cambridge, 1958).

JOHN CHADWICK y MICHAEL VENTRIS, «Greek Records in the Minoan Script», *Antiquity*, XXVII (1953), 196-206.

FERNAND CHAPOUTHIER, *Les écritures minoennes au palais de Mallia* (École Française d'Athènes. *Études crétoises*, II; Paris, 1930).

STERLING DOW, «Minoan Writing», *American Journal of Archaeology*, LVIII (1954), 77-129.

ARTHUR J. EVANS, *Scripta Minoa* (2 vols.; Oxford, 1909-1952).

— *The Palace of Minos* (4 vols. e Indice; Londres, 1921-1936).

ARNE FURUMARK, *Linear A und die altkretische Sprache, Entzifferung und Deutung* 2 partes, ciclostil; Berlín, 1956).

G. P. GOULD y M. POPE, *Preliminary Investigations into the Cretan Linear A Script* (ciclostil; University of Cape Town, 1955).

A. E. KOBER, «The Minoan Scripts: Fact and Theory», *American Journal of Archaeology*, LII (1948), 82-103; también *op. cit.*, XLVIII (1944), 64-75, XLIX (1945), 143-151, y L (1946), 268-276.

MICHEL LEJEUNE, ed., *Études mycéniennes*, Actes du Colloque International sur les Textes Mycéniens (París, 1956).

— *Mémoires de philologie mycénienne*, Primera serie (París, 1958), especialmente págs. 321-330.

P. MERIGGI, *Primi elementi di Minoico A* (Salamanca, 1956).

LEONARD R. PALMER, *Mycenaeans and Minoans* (Londres, 1961).

AXEL W. PERSSON, *Schrift und Sprache in Alt-Kreta* (*Uppsala Universitets Årsskrift*, 1930; núm. 3).

EMILIO PERUZZI, *Le iscrizioni minoiche* (Firenze, 1960).

G. PUGLIESE CARRATELLI, *Le iscrizioni preelleniche de Haghia Triada in Creta e della Grecia peninsulare* (*Monumenti Antichi*, XI, 4.ª; 1945; págs. 421-610).

— «La decifrazione dei testi micenei e il problema della lineare A», *Annuario della Scuola Archeologica di Atene*, XIV-XVI (1952-1954), 7-21.
J. SUNDWALL, «Die kretische Linearschrift», *Jahrbuch des K. Deutschen Archäologischen Instituts*, XXX (1915), 41-64.
— *Der Ursprung der kretischen Schrift* (*Acta Academiae Aboensis*. Humaniora, I, 2, 1920).
— «Kretische Schrift» in Max Ebert, *Reallexikon der Vorgeschichte*. VII (Berlín, 1926), 95-101.
— «Methodische Bermerkungen zur Entzifferung minoischer Schriftdenkmäler», *Eranos*, XLV (1947), 1-12.
MICHAEL VENTRIS, «King Nestor's Four-Handled Cups», *Archaeology*, VII (1954), 15-21.
MICHAEL VENTRIS y JOHN CHADWICK, «Evidence for Greek Dialects in the Mycenaean Archives», *Journal of Hellenic Studies*, LXXIII (1953), 84-105.
— *Documents in Mycenaean Greek* (Cambridge, 1956).

SILABARIOS CUNEIFORMES DERIVADOS

GEORGE C. CAMERON, *Persepolis Treasury Tablets* (*Oriental Institute Publications*, LXV; Chicago, 1948).
JOHANNES FRIEDRICH, *Kleinasiatische Sprachdenkmäler* (Berlín, 1932).
FRIEDRICH WILHELM KÖNIG, *Corpus inscriptionum Elamicarum* (Hannover, 1928).
C. LEHMANN-HAUPT, *Corpus inscriptionum Chaldicarum* (Berlín y Leipzig, 1928).
E. A. SPEISER, *Introduction to Hurrian* (*The Annual of the American Schools of Oriental Research*, XX; New Haven, Conn., 1941).

SILABARIOS SEMÍTICOS OCCIDENTALES

W. F. ALBRIGHT, «New Light on the Early History of Phoenician Colonization», *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, núm. 83 (1941), 14-22.
— «The Phoenician Inscriptions of the Tenth Century B.C. from Byblus», *Journal of the American Oriental Society*, LXVII (1947), 153-160.
— «The Early Alphabetic Inscriptions from Sinai and Their Decipherment», *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, núm. 110 (1948), 6-22.
H. BAUER, *Zur Entzifferung der neuentdeckten Sinaischrift und zur Enstehung des semitischen Alphabets* (Halle, 1918).
— *Das Alphabet von Ras Shamra* (Halle, 1932).
— *Der Ursprung des Alphabets* (*Der Alte Orient*, XXXVI, 1/2; Leipzig, 1937).
AUGUSTIN BEA, «Die Enstehung des Alphabets. Eine kritische Übersicht», *Miscellanea Giovanni Mercati*, vol. VI = *Studi e Testi*, 126 (Ciudad del Vaticano, 1946), 1-35.
A. VAN DEN BRANDEN, «L'origine des alphabets protosinaïtiques, arabes préislamiques et phénicien», *Bibliotheca Orientalis*, XIX (1962), 198-206.

FRANK M. CROSS, «The Evolution of the Proto-Canaanite Alphabet», *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, núm. 134 (1954), 15-24.

FRANK M. CROSS, «The Evolution of the Proto-Canaanite Alphabet», *Bulletin of* of the Photo-Canaanite Alphabet», *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, núm. 160 (1960), 21-26.

E. DHORME, *Langues et écritures sémitiques* (París, 1931).

D. DIRINGER, «The Origins of the Alphabet», *Antiquity*, XVII (1943), 77-90, y 208 y siguientes.

— «The Palestinian Inscriptions and the Origin of the Alphabet», *Journal of the American Oriental Society*, LXIII (1943), 24-30.

— «Problems of the Present Day on the Origin of the Phoenician Alphabet», *Journal of World History*, IV/1 (1957), 40-58.

G. R. DRIVER, *Semitic Writing. From Pictograph to Alphabet* (Londres, 1948). Ed. revisada en 1954.

M. DUNAND, *Byblia grammata. Documents et recherches sur le developpement de l'écriture en Phénicie* (Beirut, 1945).

R. DUSSAUD, «L'origine de l'alphabet et son évolution première d'après les découvertes de Byblos», *Syria*, XXV (1946-1948), 36-52.

JAMES G. FÉVRIER, «La genèse de l'alphabet», *Conférences de l'Institut de Linguistique de l'Université de Paris*, VI (1938), 21-39.

— «Les fouilles de Byblos et la date de l'alphabet phénicien», *Journal asiatique*, CCXXXVI (1948), 1-10.

JOHN W. FLIGHT, «The Present State of Studies in the History of Writing in the Near East», *The Haverford Symposium on Archaeology and the Bible* (New Haven, 1938), págs. 111-135.

J. FRIEDRICH, «Einige Kapitel aus der inneren Geschichte der Schrift», *Archiv für Schreib- und Buchwesen*, n. F. II (1935), 8-18.

A. H. GARDINER, «The Egyptian Origin of the Semitic Alphabet», *Journal of Egyptian Archaeology*, III (1916), 1-16.

T. H. GASTER, «The Chronology of Palestinian Epigraphy», *Palestine Exploration Fund Quarterly Statement*, 1935, págs. 128-140, y 1937, págs. 43-58.

I. J. GELB, «New Evidence in Favor of the Syllabic Character of West Semitic Writing», *Bibliotheca Orientalis*, XV (1958), 2-7.

J. LEIBOVITCH, «Les inscriptions Protosinaitiques», *Mémoires présentés à l'Institut d'Égypte*, XXIV (1934).

M. LIDZBARSKI, *Ephemeris für semitische Epigraphik* (3 vols.; Giessen, 1902-1915).

B. MAISLER, «Zur Urgeschichte des phönizisch-hebräischen Alphabets», *Journal of the Palestine Oriental Society*, XVIII (1938), 278-291.

— «Las inscripciones fenicias de Byblos y el desarrollo de la escritura alfabética hebreo-fenicia», *Leshonenu*, XIV (1946), 166-181 (en hebreo).

JULIAN OBERMANN, «The Archaic Inscriptions from Lachish», *Journal of the American Oriental Society*, Supplement to vol. LIX, núm. 2, 1938.

VITTORE PISANI, «Origini dell'alfabeto», *Annali della R. Scuola Normale Superiore di Pisa*. Lettere, Storia e Filosofia. Serie II, vol. V (1936), 267-277.

ALFRED SCHMITT, «Die Vokallosigkeit der ägyptischen und semitischen Schrift», *Indogermanische Forschungen*, LXI (1954), 216-227.

KURT SETHE, «Der Ursprung des Alphabets», *Nachrichten von der K. Gesellschaft der Wissenschaften zu Göttingen*. Philos-hist. Kl., 1916, págs. 87-161.
— «Die neuentdeckte Sinai-Schrift und die Enstehung der semitischen Schrift», *Nachrichten von der K. Gesellschaft der Wissenschaften zu Göttingen*. Philos.-hist. Kl. 1917, págs. 437-475.
MARTIN SPRENGLING, *The Alphabet. Its Rise and Development from the Sinai Inscriptions* (*Oriental Institute Communications*, núm. 12; Chicago, 1931).
B. L. ULLMAN, «The Origin and Development of the Alphabet», *American Journal of Archaeology*, XXXI (1927), 311-328.
S. YEIVIN, «The Palestino-Sinaitic Inscriptions», *Palestine Exploration Quarterly*, págs. 180-193.

CHIPRO-MINOICO Y CHIPRIOTA

HANS-GÜNTHER BUCHHOLZ, «Zur Herkunft der kyprischen Silbenschrift», *Minos*, III/2 (1954), 133-151.
STANLEY CASSON, «The Cypriot Script of the Bronze Age», *Iraq*, VI (1939), 39-44.
JOHN FRANKLIN DANIEL, «Prolegomena to the Cypro-Minoan Script», *American Journal of Archaeology*, XLV (1941), 249-282.
OLIVIER MASSON, «Nouvelles inscriptions en caractères chyprominoens», in C. F. A. SCHAEFFER, *Enkomi-Alasia*, I (París, 1952), pág. 391-409.
— «Les écritures chypro-minoennes et les possibilités de déchiffrement», in *Etudes mycéniennes*, ed. M. Lejeune (París, 1956), 199-206.
— *Les inscriptions chypriotes syllabiques. Recueil critique et commenté* (Paris, 1961).
PIERO MERIGGI, «I primi testi ciprominoici e l'eteociprio», *Athenaeum*, n. s. XXXIV (1956), 3-38.
E. SITTIG, «Hellenische Urkunden des 2. vorchr. Jahrtausends von Cypern», *La Nouvelle Clio*, VI (1954), 470-490.
— «Zur Entzifferung der minoisch-kyprischen Tafel von Enkomi», *Minos*, IV/1 (1956), 33-42.

PHAISTOS

ERNST GRUMACH, «Die Korrekturen des Diskus von Phaistos», *Kadmos*, I (1962), 16-26.
G. IPSEN, «Der Diskus von Phaistos», *Indogermanische Forschungen*, XLVII (1929), 1-41.
ERNST SCHERTEL, «Der Diskos von Phaistos. Wege zu seiner Entzifferung», *Würzburger Jahrbücher für die Altertumswissenschaft*, III (1948), 334-365.
BENJAMIN SCHWARZ, «The Phaistos Disk», *Journal of Near Eastern Studies*, XVIII (1959), 105-112, y 227 y sigs.

BYBLOS

JOHN PAIRMAN BROWN, *The Pseudo-Hieroglyphic Texts of Byblos* (ciclostil; American University of Beirut, 1962).

E. DHORME, «Déchiffrement des inscriptions pseudo-hiéroglyphiques de Byblos», *Syria*, XXV (1946-1948), 1-35.

M. DUNAND, *Byblia grammata* (Beirut, 1945), cap. IV.

G. JANSSENS, «Contribution au déchiffrement des inscriptions pseudohiéroglyphiques de Byblos», *La Nouvelle Clio*, VII-IX (1955-57), 361-377.

M. MARTIN, «Revision and Reclassification of the Proto-Byblian Signs», *Orientalia*, n. s. XXXI (1962), 250-271 y 339-363.

HARVEY SOBELMAN, «The Proto-Byblian Inscriptions—a Fresh Approach», *Journal of Semitic Studies*, VI (1961), 226-245.

JAPONES

BASIL HALL CHAMBERLAIN, *A Practical Introduction to the Study of Japanese Writing* (2.ª ed.; Londres, 1905).

N. E. ISEMONGER, *The Elements of Japanese Writing* (2.ª ed.; Londres, 1943).

R. LANGE, *Einführung in die japanische Schrift* (2.ª ed.; Berlín, 1922).

JOSEPH K. YAMAGIWA, *Introduction to Japanese Writing* (Ann Arbor, Michigan, 1943).

CUNEIFORME PERSA

J. FRIEDRICH, «Einige Kapitel aus der inneren Geschichte der Schrift», *Archiv für Schreib- und Buchwesen*, n. F. II (1935), 14 y sigs.

F. H. WEISSBACH, *Die Keilinschriften der Achämeniden* (Leipzig, 1911).

GRIEGO

RHYS CARPENTER, «The Antiquity of the Greek Alphabet», *American Journal of Archaeology*, XXXVII (1933), 8-29.

— «The Greek Alphabet Again», *American Journal of Archaeology*, XLII (1938), 58-69.

MARGIT FALKNER, «Zur Frühgeschichte des griechischen Alphabets», *Frühgeschichte und Sprachwissenschaft*, hrsg. von Wilhelm Brandenstein (Viena, 1948), páginas 110-133.

V. GARDTHAUSEN, *Griechische Palaeographie* (2 vols.; 2.ª ed.; Leipzig, 1911-1913).

J. PENROSE HARLAND, «The Date of the Hellenic Alphabet», *University of North Carolina Studies in Philology*, XLII (1945), 413-426.

F. HILLER VON GAERTRINGEN, *Griechische Epigraphik*; W. Schubart, *Papyruskunde*;

P. Maas, *Griechische Palaeographie* (*Einleitung in die Altertumswissenschaft*, hrsg. von A. Gercke und E. Norden, vol. I, Heft 9; Leipzig y Berlín, 1924).
L. H. Jeffery, *The Local Scripts of Archaic Greece* (Oxford, 1961).
W. Larfeld, *Handbuch der griechischen Epigraphik* (2 vols.; Leipzig, 1902-1907).
— *Griechische Epigraphic* (3.ª ed.; Berlín, 1914).
Arthur Mentz, *Geschichte der griechisch-römischen Schrift bis zur Erfindung des Buchdrucks mit beweglichen Lettern* (Leipzig, 1920).
E. S. Roberts y E. A. Gardner, *An Introduction to Greek Epigraphy* (2 vols.; Cambridge, 1887-1905).
Wilhelm Schubart, *Das Buch bei den Griechen und Römern* (2.ª ed.; Berlín y Leipzig, 1921).
Edward Maunde Thompson, *Handbook of Greek and Latin Palaeography* (3.ª ed.; Londres, 1906).
— *An Introduction to Greek and Latin Palaeography* (Londres, 1912).
B. L. Ullman, «How Old Is the Greek Alphabet?» *American Journal of Archaeology*, XXXVIII (1934), 359-381.
Weinberger y Gaerte, «Die Schrift» y Pauly-Wissowa, *Real-Encyclopädie der classischen Altertumswissenschaft* (Stuttgart, 1921).

LATIN

Rhys Carpenter, «The Alphabet in Italy», *American Journal of Archaeology*, XLIX (1945), 452-464.
H. Dessau, *Lateinische Epigraphik*; P. Lehmann, *Lateinische Paläographie* (*Einleitung in die Altertumswissenschaft*, hrsg. von A. Gercke y E. Norden, vol. I, Heft 10; Leipzig y Berlín, 1925).
James C. Egbert, *Introduction to the Study of Latin Inscriptions* (ed. rev.); Nueva York, 1923).
M. Ihm, *Palaeographia Latina*, Series I (2.ª ed.; Lipsiae, 1931).
Jean Mallon, *Paléographie romaine* (Madrid, 1952).
J. Mallon, R. Marichal, y C. Perrat, *L'écriture latine de la capitale romaine à la minuscule* (París, 1939).
M. Prou, *Manuel de paléographie latine et française* (4.ª ed.; París, 1924).
J. E. Sandys y S. G. Campbell, *Latin Epigraphy* (2.ª ed.; Cambridge, 1927).
Franz Steffens, *Lateinische Paläographie* (2.ª ed.; Tier, 1909).

ESCRITURAS MODERNAS DE PRIMITIVOS

J. Friedrich, «Schriftgeschichtliche Betrachtungen», *Zeitschrift der Deutschen Morgenländischen Gesellschaft*, XCI (1937), 319-342.
— «Zu einigen Schrifterfindungen der neuesten Zeit», *op. cit.*, XCII (1938), 183-218.
— «Noch eine Parallele zu den alten Schrifterfindungen. Eine Schrifterfindung bei

den Alaska-Eskimos, *op. cit.*, XCV (1941), 364-414.

— «Schriftsysteme und Schrifterfindungen im Alten Orient und bei modernen Naturvölkern», *Archiv Orientální*, XIX (1951), 245-259.

«Alaska-Schrift und Bamum-Schrift», *op. cit.*, CIV (1954), 317-329.

ALFRED SCHMIDTT, *Die Alska-Schrift und ihre sprachgeschichtliche Bedeutung* (*Münstersche Forschungen*, Heft 4; Marburg, 1951).

INDICE ALFABETICO

Abbadie, A. d, 272
ʿAbdaʿa, 176
Abercrombie, David, 18
Abībaʿal, 176, 231
abreviaturas, 41, 123, 136, 290, 291, 314
Adams, R. F. G., 271
acadio, arcaico, 103, 126, 155, 161, 216, 260; cuneiforme, 93, 101, 238, 247
acadiograma, 145
acrofonía, 151, 152, 182, 188, 189, 316
afasia amnésica, 44, 45
Africa del Sur, 48
africanas, escrituras, 21, 22, 43, 48, 75-77, 113, 257, 269
Ahīrām, 175-176, 184, 193, 231, 234
Alaska, 43, 58-59, 145, 250, 268, 274
Albright, W. F., 165, 174, 220, 235
alemán, 288, 291
alfabeto, 33, 36, 82, 182, 193, 217-245, 247, 254, 257, 266-267, 271, 305, 316
algonquinos, 266, 267
alograma, 144, 316
anaptixis, 199, 222
Anatolia, 64, 90, 101, 116, 150, 163, 252, 280
Anderson, H. Dewey, 268
árabe, 164, 179, 182, 198, 241, 244, 254, 272, 292, 303, 312; meridional, 178, 182, 190, 196, 243
arameo, 178, 188, 200, 230, 243, 247, 254, 260, 292
arameograma, 145
Aristóteles, 17, 33
Armenia, 91, 101, 163, 188
Arntz, Helmut, 294
arte, 25, 60, 136, 246, 275, 294
asirio, 93, 103, 148, 155, 161, 216, 253, 260
Asoka, 242
astronomía, 80, 82, 284
Atenas, 233, 236
australianos, 19, 43, 298
avestan, escritura, 292
avocalidad, 113, 182, 264
Aymara, 77
ʿAzarbaʿal, 175, 208, 231
azteca, 32, 39, 80, 85-86, 91-92, 99, 101, 107, 151, 251, 301

babilónico, 93, 148, 253, 260, 292
Bacon, Roger, 287
Bachofer, Ludwig, 278
Baʿlat, 165, 193
Ball, C. J., 278
Ballhorn, Friedrich, 46
Balti, escritura, 190
Balūʿah, 168, 177
Bambara, 78

Bamum, 43, 113, 229, 239, 261, 270
Barnett, R. D., 91
Bar-Rākib, 180
Barthel, Thomas S., 84
Basa, escritura, 269
Bauer, Hans, 173, 174, 183, 184, 191, 218
Baumann, H., 269
beduinos, 287
behavioristas, 27-29
Behistun, 292
Bell, Melville, 309
Bennett, Emmett L., 131
Bennigon, J. J., 273
Bergsträser, G., 197
Berry, J., 262
Bertholet, A., 296
Bété, escritura, 270
Beth Shemesh, 165, 174
Biblia policroma, 40
bibliografía de la escritura, 265
Birdwhistell, Ray L., 18
Bishop, Carl W., 278
Bissing, F. W. von, 294
Blake, Frank R., 218
Blegen, Carl W., 234
Blommfield, Leonard, 27, 290
Boëry, P., 271
Boğazköy, 117, 163, 195, 224, 293, 296
Bogoraz, V. G., 272
Bolinger, Dwight L., 35
Bolivia, 77
Bonfante, Giuliano, 12, 258
Bonwich, James, 57, 58
Boodberg, Peter A., 29, 147
Bossert, Helmuth T., 116, 281
Bowman, Elizabeth, 201
Brahma, 297
Brāhmī, escritura, 189, 241, 242
Braille, 26
braquigrafía, 308
Brasil, 51
Breasted, James H., 285
Brébeuf, Georges de, 33
Breuil, Henri, 48
Brice, William C., 134
Brown, J. Macmillan, 273, 277
Bruly-Bonabré, Frédéric, 270
Buchman, H., 177
Bukele, 269
Burrows, E., 177
bustrófedon, 232
Butinov, N. A., 91
Byblos, 91, 161, 171, 175, 207, 215, 247, 280

cálculos de inviernos, 67
calendario, 67-70, 87
Cameron, George C., 162
Camerun, 270
Canadá, 266
cananeo, 179, 187, 200, 293
cantos, 21, 70-73
capadocio, ver asirio
carácter funcional de la escritura, 35-39
Caria, 257
caricatura política, 41
Carlyle, Thomas, 285
Carnap, Rudolf, 27
carolina, escritura, 295
Carolina del Norte, 266
Carolinas, islas, 273
Carpenter, Rhys, 233, 234
Carrington, J. F., 19
carro de guerra, 277
catecismo, 85-86
celtíbero, 190
Cerdeña, 231, 235
Cerulli, E., 272
cifra de sustitución, 190
cipreas, 22-23, 26
clasificador, 132, 137, 141, 154, 317
Cocchiara, Giuseppe, 18
Codex Boturini, 79-81
Cohen, Marcel, 20, 91, 201, 245, 267, 271
color, 21, 39-40, 68
complemento fonético, ver indicador fonético
comunicación, 17, 60, 246, 294; auditiva, 19, 26; momentánea, 20, 26; permanente, 20; por objetos, 20-24; táctil, 20, 26; visual, 18
Congo, 76-77
consonantes, 110-116, 194, 240, 263, 317
contenido, escritura de, 61
contexto de situación, 41, 145, 317
Conti Rossini, C., 67, 181
convención estética, 101, 295, 317
convencionalización, 78, 88, 147, 150, 262, 317
convergencia, 156-157, 317
Copan, 83
copto, 112, 188, 260, 293
Cook, R. M., 235
coreano, 189, 190

Corinto, 234
Cortês, Hernán, 301
Cowan, George M., 19
Crawford, O. G. S., 270
Cree, 266, 267
Creel, Herrlee Glessner, 30, 147, 277, 278
Creso, 256
Cressman, L. S., 48, 50
cretense, 90, 125, 127-134, 161, 182, 184, 192, 202, 204, 214, 252, 275, 279
criptografía, 190
Critchley, Macdonald, 19
croata, 289
Cross, Frank Moore, Jr., 168, 219
Crown, Dr., 289
cuneiforme, 46, 77, 92-105, 113, 161, 177, 182, 190, 194, 199, 214, 224, 228, 239, 260, 292, 306
cursiva, escritura, 109, 118, 136, 295, 308, 317

Chadwick, John, 133
Chalfant, F. H., 120
Champollion, François, 107
Chang, dinastía, 120, 277, 278, 284
Chanhudaro, 127
Chao, Yuen Ren, 123, 147
checo, 289
Ch'ên Meng-chia, 12, 121, 157
Cherokee, 39, 43, 113, 190, 250, 261, 265, 274, 303
Cheyenne, 55-56
chino, 51, 90, 103, 113, 120-124, 134-135, 142, 161, 184, 208, 214, 240, 247, 250, 252, 255, 257, 260, 272, 275, 282, 292, 303, 310
Chipre, 178, 202, 231, 235, 280
chipriota, 105, 155, 161, 182, 184, 192, 200, 214, 247, 253, 262, 280
chipro-minoico, 192, 200, 215, 279
Choitan, escritura, 124
Chomsky, William, 218
Chukchi, escritura, 272

dactilogramas, 140
Dakota, indios, 67, 70
Daniel, John Franklin, 192, 203
Daniels, F. J., 212
Danzel, Theodor-Wilhelm, 81-82, 273, 311
Darío, 228
decoración, 294
definición de la escritura, 31, 47, 59-61, 134, 275, 295
Delafosse, Maurice, 270
Delougaz, P., 94
demótica, escritura, 109, 182, 292
Dennett, R. E., 77
desarrollo externo, 51, 60, 102, 103, 109, 185, 231, 236, 239, 243, 258, 282, 295, 317; interno, 60, 80, 115, 120, 182, 190, 193, 236, 239, 252, 257, 281, 317
descifrado, 84, 92, 107, 116, 120
determinativo, ver indicador semántico
determinativos específicos, 144
Devanāgari, escritura, 241, 243
Dherme, Edouard, 173, 207
dibujo, ver pictografía
Dieterlen, Germaine, 78
Dikaios, Porphyrios, 203
dinero, 29, 255-256
dirección de los signos, 44, 101, 204-206, 232, 243, 295, 313
Diringer, David, 46, 77, 91, 124, 165, 169, 184, 200, 245, 263, 300
divergencia, 156-157, 317
«divina», escritura, 296
discos gramofónicos, 26
Dogon, 78
Dornseiff, Franz, 297
Drioton, Étienne, 171
Driver, G. R., 11, 165, 186, 230, 263, 274
Dugast, I., 270
Dunand, Maurice, 171, 176, 207, 230
Du Ponceau, Peter Stephen, 147
Dussaud, René, 175, 176, 183

Ebeling, Erich, 177, 224
Ebert, Max, 52
Eckardt, André, 21
economía, 103, 105, 114, 118, 149, 229, 317
Edalion, 205
Edel, Elmer, 220
Edgerton, Franklin, 147
Edgerton, William F., 12, 30, 112, 157, 220, 221, 222
Eells, Walter Crosby, 268
egeas, escrituras, 117, 128, 171, 194, 206, 214, 215, 247, 251, 262, 279
egipcio jeroglífico, 32, 39-40, 46, 51, 60, 90, 95, 101, 105-116, 134, 161, 182, 190, 194, 201, 214, 216, 220, 228, 239, 247, 259, 275, 278-279, 292, 302, 310

Egipto, 64, 90
ejército, 188, 291
Elam, 90, 125
elamita cuneiforme, 101, 161, 214, 216, 247, 253, 257, 276, 292
elementos lingüísticos, 33-34
El-Hadr, 165
Eliba'al, 176, 231
Eme-sal, escritura, 154, 161
Emirgazi, 280, 300
emisión de la comunicación, 18, 29
Enkomi, 202
epigrafía, 30, 45, 176
epistemología, 46
Erdmann, Kurt, 294
Erech, ver Uruk
Erkilet, 155
Erman, Adolf, 110, 112
escandinavos, 19, 286
escuelas de escribas, 101, 296
escultura, 26
eslavas, escrituras, 240, 289
España, 51
español, 289
esquimales, ver Alaska
Estambul, 300
estudio de la escritura, 45-46
etimología de «escritura», 24-25
etiope, 179, 185, 187, 196, 201, 241, 244, 254, 259, 272
etiquetas, 95
etrusco, 200
Evans, Sir Arthur J., 127, 128, 132, 133, 202
Evans, J., 266
evolución de la escritura, 43, 45-46, 112, 216, 226, 257, 274, 282, 302
evolución formal, ver desarrollo externo; monodirectriz, 258, 318
Ewe, negros, 21, 76
expresión, 17

Fairman, H. W., 152
Falkenstein, Adam, 91, 93, 96, 98, 100, 146
Falkner, Margit, 235
Fan-ch'ieh, escritura, 122, 124
Fara, período, 156
Farwell, Byron E., 12
Faulkner, R. O., 142
Fayyūm, 168
fenicio, 161, 176, 186, 189, 191, 200, 219, 230, 247, 253
Février, James G., 11, 91, 124, 245
filólogos, 30, 33, 146-147, 150
finlandés, 307
Fletcher, Alice C., 268
flores, lenguaje de las, 20, 26, 40
Flury, Samuel, 294
Fohi, 296
fonetización, 22, 31, 80, 82, 84-86, 88, 99-100, 108, 143, 145, 250, 262, 268, 275-276, 318
fonografía, 30-31, 33, 35, 246, 318
Forke, A., 122, 124
Forrer, Emil O., 116, 224
Fossey, Charles, 110, 205, 211, 245
fotografía, 294
Fox, Douglas C., 49
Fox, 190, 267, 268
fracciones, 140
francés, 288, 292
Francia, 52
Francis, W. Nelson, 42
Frank, C., 126
Franke, O., 123
Frankfort, H. A. Groenewegen, 12
Frankfort, Henri, 12, 277
fraseografía, 34-35, 78, 314, 318
Friedman, David Noel, 168, 219
Friedrich, Johannes, 77, 97, 145, 146, 183, 223, 228, 243, 261, 268, 273
Frobenius, Leo, 49
fuentes de información, 42
Furumark, Arne, 134
futuro de la escritura, 259, 302

Gabriel, A., 62
Galla, escritura, 272
Gardiner, Alan H., 27, 108, 115, 140, 164, 220
Gelb, Adhemar, 44
georgiano, 187
Gerze, escritura, 270
gesto, 18, 26, 30, 41, 66, 140, 248, 311
Gezer, 165, 168, 177
Ginneken, Jacques van, 75, 141
Glagolitsa, escritura, 188, 190
Gleason, H. A., Jr., 42
Gökce, N., 91
Goldstein, Kurt, 44
Gollmer, C. A., 22
Gordon, Cyrus H., 174

gótica, escritura, 295
Gould, G. P., 134
grafías simplificadas, 311
gráficos estadísticos, 39
gramatología, 9, 46, 318
Grecia, 90, 127, 279, 297
Green, H. C., 309
Griaule, Marcel, 78
griego, 113, 133, 184, 187, 188, 190, 196, 200, 201, 217, 220, 230-238, 247, 254, 257, 262, 292, 303, 312
Grimme, H., 171
Grohman, Adolf, 244
Groot, Johannes de, 191
Grotefend, George Friedrich, 92
grupo, escritura de, 220
Guatemala, 80
Guiges, P.-É., 176
guijarros, 21, 26
Guinea francesa, 270
Gunn, Battiscombe, 155

Haab, François, 299
Hagia Triada, 127
Halle, Morris, 44
Hallo, William W., 174, 200
Hallock, Erna S., 12
Hallock, Richard T., 12
Hammurapi, Código de, 148
Hamp, Eric P., 273
Harappa, 126
Hathor, 107, 165
hattico cuneiforme, 162, 195, 224
hebreo, 103, 185, 198, 217, 241, 244, 247, 253, 292
hebreos, 87
Herdner, A., 174
Herodoto, 23
Hertz, A., 183
Herzog, George, 19
Hieraconpolis, 107
hierática, escritura, 109, 182
Hietzsch, Otto, 267
Hill, Archibald A., 42, 84
Hinz, Walther, 228
hiragana, escritura, 210, 211
hitita cuneiforme, 101, 145, 163, 224, 293; jeroglífico, 28, 51, 90, 105, 113, 116-119, 134, 182, 214, 222, 229, 239, 247, 250, 252, 257, 260, 275, 296, 300
Hockett, Charles E., 42
Hoenigswald, H. M., 42
Hoffman, Walter James, 58, 268
«Hombre de la aleluya», 52
homofonia, 148, 307, 318
Honduras, 80
Hooke, S. H., 300
Hopei, 124
Hopkins, L. C., 33, 137
horror vacui, 296
Horsfield, G., 168, 170
Horus, 107, 140
Howard, James H., 67
Hrozný, Bedřich, 116
«humana», escritura, 297
húngaro, 189, 190
Hunter, G. R., 127
hurrita cuneiforme, 161, 184, 195, 214, 216, 224, 247, 253, 292
Hyatt, James Philip, 199
Hymeto, monte, 234

Ibarra Grasso, Dick Elgar, 77
ibérica, escritura, 190, 200
ideografía, 33, 53, 60, 97, 146, 150, 263
ideógrafos sublingüísticos, 38
idiomas artificiales, 308
ilustración continua, 57
Imbelloni, J., 91
importancia de la escritura, 285
incas, 21
indicación vocálica, 104-105, 109, 195, 217, 236, 254, 262, 271
indicador fonético, 100, 104, 139, 157, 254, 317; semántico, 137, 139, 154, 294, 319
indias, escrituras, 196, 242-243, 247, 254, 305
indios americanos, 19, 21, 32, 39, 43, 48, 60, 70, 72-75, 77-78, 85, 97-98, 101, 107-108, 113, 142, 250, 257, 565
indoeuropeos, 32, 114
Indo, valle del, 90, 126, 251, 276
ingleses, 19
inglés, 33, 162, 255, 257, 266, 288, 303
Inquisición, 301
inscripciones, 45, 80, 300; proto-armenias, 91
Insignias militares, 62
International Phonetic Association, 307, 312
inventos, 31, 95, 185, 190, 218, 237, 255, 262, 282, 296
'Ismān Yūsuf, 272

Isotype, 311
italianos, 19

Jackson, A. T., 48
Jacobsen, Thorkild, 12, 199
Jakobson, Roman, 44
Jamme, A., 178
japonés, 161, 184, 208-212, 247, 253
Jeffery, L. H., 234
Jeffreys, M. D. W., 270
Jemdet Nasr, período, 125
Jensen, Hans, 24, 78, 91, 124, 204, 209, 245, 266
jeroglífico, 33, 107-108, 118, 137, 143, 147, 250, 319
Jerusalén, 165
Jespersen, Otto, 307, 309
Joffre, Joseph, 269, 297
Johnson, Franklin P., 235
Jokai, Maurice, 22
Jones, William, 267

Kahun, 168, 177
Kainz, Friedrich, 28
K'ai-shu, escritura, 210
Kallner, Ruth B., 168
Kana, escritura, 210, 215
Kanamajiri, escritura, 212
Kanazawa, S., 214
Kaneshiro, Shigeru, 273
Kanji, escritura, 212, 215
Kant, Immanuel, 285
Kantor, Helene, J., 279
Kapelle, escritura, 269
Katakana, escritura, 209-210
Kauder, Christian, 267
Keller, Helen, 20
Kelley, C. F., 121
Kent, Roland G., 201
Kharosthī, escritura, 241, 242, 243
Kickapoo, escritura, 267
Kingsley, Mary H., 22
Kisimi Kamala, 269
Klingenheben, A., 269
Knorozov, Yuriy V., 84, 91
Knossos, 127, 133
Kober, A. E., 132
Koch-Grünberg, Theodor, 48, 51
Konig, Friedrich Wilhelm, 162
Kopp, G. A., 309
Kopu, escritura, 272
Kramer, S. N., 94
Kretschmer, Paul, 201
Kroeber, A. L., 284
Krückmann, O., 18
Ktistopoulos, C. P., 132
Kühn, Herbert, 48
Kühnel, Ernst, 294

Labarre, Weston, 38
Lacouperie, Terrien de, 278
Lachish, 165, 168
Laessøe, Jørgen, 12
Lagash, 296
Laka, escritura, 272
Lambdin, Thomas O., 174, 220
Landa, Diego de, 84
Lane, George S., 28
Lassort, A., 270
latina, 33, 188, 190, 220, 231, 241, 247, 254, 257, 268, 273, 292, 298, 303, 312
Lawrence, T. E., 289
Leander, Pontus, 218
Le Coq, A. von, 24
lectura, 29, 146
Lefebvre, Gustave, 111, 150
Lehmann-Haupt, C. F., 77, 183, 266
Leibovitch, J., 165-167, 177
Lejeune, Michel, 134, 203
lenguaje, 19-20, 26, 35, 287, 301, 306; de las flores, 20, 26, 40; de las piedras preciosas, 20, 26, 40; silencioso, 28; visible, 309, 312
Leslau, Wolf, 67, 197
letra de imprenta, 308
Levi Della Vida, Giogio, 12, 309
Lévy-Brühl, Lucien, 19, 298, 300
Líbano, 176
Liberia, 269
libro, 277, 298, 301
Lidzbarski, Mark, 178, 187, 219
lineal, escritura, 130-134, 193, 281, 295, 318
lingüistas, 27-31, 61, 307
Linton, Ralph, 256
Lisu, escritura, 272
Littmann, Enno, 198
Liu Chou-Shiang, 124
Lloyd, S., 94
Locke, L. Leland, 21
logografía, 33, 37, 60, 97-99, 161-216, 250, 263, 305, 319
logo-silábicas, escrituras, 90-160, 247, 250, 257, 303 319

Lo-lo, escritura, 124
Long, Richard C. E., 89
Lo Tchang-Pei, 124
Lotz, John, 12, 22
Luquet, G. H., 43
Luria, A. R., 44
Luristan, 87
luwiano, 162

MacMichael, H. A., 271
Maenchen-Helfen, Otto, 123
magia, 49, 61, 91, 296
Maino, Mario, 272
Malinowski, B., 41, 98
Mallery, Garrick, 21, 40, 48. 53, 55-56, 58, 64-73, 77, 88. 140, 267
Mallia, 127
mandeano, 219, 240
manual, escritura, 39, 318
manuscritos, 45, 80
marcas: de albañil, 64; de alfarero, 64; de propiedad, 61, 95-97; en animales, 65
Marcus, Ralph, 12
Marshall, John, 127
Martinak, Eduard, 28
Mas d'Azil, 51, 64
Masson, Olivier, 203
matemáticas, 38, 80, 82, 136, 293
materiales, 45, 101-103, 120, 127, 277
matres lectionis, ver *scriptio plena*
maya, 32, 80, 82-85, 91-92, 99, 251
Mazzoni, Guido, 300
McIntosh, Angus, 42
Megiddo, 165
Meillet, Antoine, 201
Meinhof, Carl, 21, 75, 76, 260
mejicano, ver Azteca
Mende, escritura, 269
Menes, 107-108
mental, escritura, 61
Mentz, Arthur, 233
Meriggi, Piero, 116, 134, 203
Meroítica, escritura, 190
Meša', 174, 179, 219, 231, 235
Mesopotamia, 90, 162, 174, 251
Métraux, Alfred, 91
Meyer, Gerhardt Rudolf, 292
Miao, escritura, 272
Micenas, 127
Micmac, escritura, 267
Michelson, Truman, 268
Michigan, 54
Milik, J. T., 168
mímica, 18, 26
minoico, ver cretense
Mirabeau, conde de, 285
Miranda Rivera, Porfirio, 21, 77
Mitchell, J. Leslie, 87
Mode, Heinz, 277
modificación interna, 243, 255
Mohenjodaro, 126
Möller, G., 109
Monod, Théodore, 270, 297
monogénesis de la escritura, 90-92, 275
Montet, P., 175
monumental, escritura, 136, 295, 318
Moorhouse, A. C., 99
morfemas visuales, 35
Morley, Sylvanus G., 83
Morris, Charles, 27
Mo-so, escritura, 124

Nabatea, escritura, 164
Nabû, 296
Na-hsi, escritura, 272
Narmer, paleta de, 39, 106-108, 248
neoasirio cuneiforme, 198, 260
neobabilonio cuneiforme, 199. 260
neopúnica, escritura, 219, 240
Nestoriano, ver Siria
Neugebauer, O., 140
Neurath, Otto, 311
Nigeria, 78
Nisaba, 296
Niu-chich, escritura, 124
Njoya, 270
Nöldeke, Theodor, 187, 230
nombres: de los signos, 182, 186-187, 197-198; propios, 62, 65, 81, 95, 98, 107-108, 121, 142, 151, 154, 157, 251; tribales, 65-70
Nordenskiöld, Erland, 77, 298, 299
nórdica, escritura, 240
Noreen, Adolf, 18
Nosu, escritura, 272
notación analfabética, 309; musical, 34
Nsibidi, escritura, 78
Nube-roja, 64-66
Nubia, 271
nudos, ver Quipu
Nuevo Méjico, 53
número de signos, 156-157, 162, 179, 206, 207-208, 212, 215, 226

números, 33, 75, 88, 126, 162, 232, 249
numídico, 189, 190

Oberi Okaime, escritura, 271
Obermaier, Hugo, 52
objeto, escritura de, 26, 76-78
Odin, 297
Ogden, C. K., 28, 41, 98
Ogg, Oscar, 75
Ogham, escritura, 190
Oglala, 63-65
Ogmios, 297
Ojibwa, 56, 70-72
Okurigana, escritura, 212
Oleai, escritura, 273
Olmstead, A. T., 177
Orchomenos, 128
orden de los signos, 231, 249, 295
Oregon, 50
orientalistas, 60
ortografía, 288; silábica, 220
Otten, H., 224
Otto, Walter, 232, 294

palaico cuneiforme, 162-163, 195, 224
paleografía, 30, 45
Palestina, 165, 178, 193, 253
palos para contar, 21, 26
Panamá, 77
Panfilov, V., 28
Paper, Herbert H., 201, 228
pars pro toto, 136
Pascua, isla de, 91
pasigrafía, 40, 311, 319
Pau Chin Hau, 272
Pedersen, Holger, 201, 307
Peet, E. T., 140
Pehlevi, 145, 257, 292
pensamientos, 27
Pérez Kantule, Rubén, 298
Perro solitario, 67-68
persa cuneiforme, 101, 225-229, 239, 292
Petrie, William M. Flinders, 164, 168, 170, 191
petroglifo, 48, 319
petrograma, 48, 319
Perú, 21, 78
Phaistos, 91, 161, 202, 204, 215, 247, 279
pictografía, 25, 31, 47-89, 93, 103, 116-117, 121, 134-136, 176, 186, 193, 205, 246-247, 265, 269, 275, 280, 294, 303, 311, 319
piedra de Moab, 174, 179, 235
piedras preciosas, lenguaje de las, 20, 26, 40
Pike, Kenneth L., 262, 310
Pisani, Vittore, 183
Poebel, A., 102, 146, 197, 200
polaco, 290
polacos, 67
polifonía, 104, 320
poligénesis de la escritura, 90-91, 275
Pollard, sistema, 125
Pope, M., 134
posición, 41, 145, 320
Potter, Ralph, K., 309
Praetorius, Franz, 200
precedentes de la escritura, 47-89, 240, 248, 257, 265, 320
primitivas, escrituras, 24, 32, 43-45, 47-89, 183, 215, 240, 261, 265, 282
prosodografía, 34-35
proto-elamita, 90, 125-126, 162, 251, 275, 283
proto-índico, 90, 125, 126-127, 242, 252, 275, 283
proto-palestino, 161, 165, 177
proto-sinaítico, 161, 164, 176, 182, 193
proverbios, 21, 76
psicología, 27-28, 113, 261, 312; infantil, 43-44, 48, 261
ptolemaico, período, 260
publicidad, 295
Pugliese Carratelli, G., 130, 134
Pulgram, Ernst, 42
Pylos, 128

Quibell, J. E., 106
Quimhi, David, 218
Quipu, 21, 26, 40

Ramsés II, 39
Ras Shamrah, 171, 219 292
Rawlinson, Henry, 92
Read, Allen W., 27
recepción de comunicación, 18, 27-29
recurso mnemónico-identificador, 61-78, 248, 321; representativo-descriptivo, 21, 39, 53-61, 88, 101, 107, 248, 322
reducción, 104, 144, 229, 238, 254, 263, 322
reforma de la escritura, 306
religión, 296
Rémusat, Abel, 123, 160

Renan, Ernest, 285
representativa, escritura, 61
Rhodesia, 49
Richards, I. A., 41, 98
Riesenberg, Saul H., 273
Riukiu, islas, 21
románicas, escrituras, 289
romanización, 306
Rosa, L. A., 18
rosario, 20, 26
Rosenkranz, B., 177
Rosetta, piedra de, 107, 292
runas anglosajonas, 188; escandinavas, 188; germánicas, 182, 185, 188
rúnica, escritura, 190, 240
ruso, 293, 312
Ruweiseh, 175, 231

saíta, período, 155
Salamis, 202
Salvador, El, 80
sánscrito, 198, 214, 243, 259
Sapir, Edward, 28
Šapatba'al, 176, 231, 235
Sauk, escritura, 190, 268
Schaeffer, C. F. A., 203
Schäfer, Heinrich, 182
Scharff, A., 279
Scheil, V., 125, 126
Schellhas, P., 87
Schlag, William, 267
Schlauch, Margaret, 28
Schmitt, Alfred, 61, 201, 261, 268
Schoolcraft, Henry R., 54
Schott, Siegfried, 146, 263
Schrader, O., 25
Schroeder, Otto, 207
Schwyzer, Eduard, 201
scriptio defectiva, 218; *plena*, 195, 218, 229, 237, 240, 254, 262, 271
scriptura quadrata, 103, 293
Sebeok, Thomas, 12, 268
Seele, Keith C., 12, 155
Segert, Stanislaw, 202
Seidel, A., 200
Seler, Eduard, 79, 80, 85
sellos, 95-97, 251
semasiografía, 30, 32, 38, 145, 246, 257, 266, 322
semiótica, 27
semitas, 32, 232, 239, 255
semítica occidental, escritura, 113, 152, 155, 161, 163-201, 214, 228, 247, 253, 259, 262, 271, 302, 314
semíticas, lenguas, 25, 114, 163.
sentido, 30, 38-39, 145, 248, 322
señales, 19, 26; acústicas, 19, 26; ópticas, 19, 26
separación en palabras, 34, 40, 142, 173, 206
Sequoyah, 265, 274
Serābīt el-Hādem, 164
Sethe, Kurt, 39, 40, 111, 151, 152, 263, 274
Shantung, 124
Shechem, 165, 168, 177
Shewa, escritura, 196
Shuo-wên, 157
Siberia, 272
Sicasica, 77
Sierra Leona, 269
signo, 18, 78, 295, 322; auxiliar, 137, 142, 154, 252, 322; diacrítico, 34; diagramático, 140, 195, 240-242, 254, 281, 307; lineales, 51; mnemónicos, 20-22, 61; primario, 137; de puntuación, 34, 137, 154, 252
silabografía, 34-35, 37, 91, 103, 105, 109, 161-216, 247, 250, 257, 266, 323
silencioso, lenguaje, 28
símbolos, 18, 38, 61-62, 66, 323; heráldicos, 62
Sin, 100
Sinaí, 164
sinaítica, escritura, 164
Siria, 90, 117, 150, 162, 171, 181, 185, 193, 198, 242, 253
sistema de signos, 323
Sollberger, Edmond, 201
Somali, escritura, 189, 272
sonido orgánico, 309
sordomudos, 19-20, 26, 311
Speiser, E. A., 97, 174, 201, 225
Spencer, Baldwin, 298
Sprengling, Martin, 164, 177
Starkey, Marion L., 303
Steward, Julian H., 48
Stillwell, Agnes N., 234
Stokoe, William P., 18
Strübe, R., 24
Sturtevant, Edgar H., 201
Sudán, 78
Sukenik, E. L., 168

sumerio, 32, 39, 51, 60, 78, 90, 108, 113, 134, 145, 238, 247, 253, 262, 275, 292, 296, 310
supersticiones, 300
Susa, 125, 276
Swanson, Donald C., 201
Sweet, Henry, 309

Tabor, monte, 174
Tai Chün-Jên, 137
Tai T'ung, 33, 137
Tangut, escritura, 124
taquigrafía, 34, 244, 308, 313
Tasmania, 57-58
tatuaje, 40
Taylor, Isaac, 245
Tchang Tcheng-Ming, 137
Tebas (Grecia), 128
«tebeos», 38, 57
Tell el-ʿAjjūl, 165
Tell el-Ḥesī, 165, 193
Tell es-Ṣārem, 165
tendencia hacia la especificación concreta, 43-45
Tenevil, 272
Têng Ssŭ-yü, 12, 157
terminología de la escritura, 257
textos de las pirámides, 155, 221, 260; execratorios, 220
Thera, 233, 234
Thompson, J. Eric S., 84
Thurnwald, R., 269
tipología de la escritura, 26, 34-35, 36-37, 46, 78, 90-92, 134-136, 146-147, 161, 214, 238, 246, 303
tipos móviles, 207
Tirinto, 128
Togo, 75-76
Toma, escritura, 270, 297
Tomkins, William, 72, 74
Trager, George L., 27
transcripción, 12, 157, 323
transferencia fonética, 100, 139; lingüística, 25-26, 323; secundaria, 26
Transjordania, 168, 170
transliteración, 12, 155, 157, 181, 236, 324
trapenses, monjes, 19
tribus, 65-70
Ts'ang Chien, 296
Tsʻo-shu, escritura, 210
turco, 293, 303, 306
Turquestán oriental, 24
Turquía, ver Anatolia
Tusratta, 163
Twain, Mark, 307, 312

ugarítica, escritura, 101, 172-174, 177, 219, 226, 229
Uldall, H. J., 42
Ullendorff, Edward, 198
Ullman, B. L., 233, 234, 295
Ulving, Tor, 84
Ungnad, Arthur, 60, 275
urartiano cuneiforme, 101, 214, 216, 162 253, 293
Ur-Nanše, 104
Uruk, 93-101, 156

Vachek, Josef, 42
Vai, escritura, 269, 274
Vaillancourt, Louis-Philippe, 262, 266
vánica, ver urartiano
Varagnac, André, 48
Vendryes, J., 18
Ventris, 132-134
Vietor, Wilhelm, 309
Vincent, L. H., 168, 170
Virolleaud, Charles, 172-173
visible, lenguaje, 309, 312
Voltaire, 33

Wachtsmuth, F., 94
Wampum, 21
Ward, Lynd, 57
Waterman, Leroy, 224
Watt, James, 31
Weissbach, F. H., 162
Westermann, Dietrich, 19, 269
Westminster, catedral de, 299
Weule, Karl, 24, 61
Whorf, Benjamin L., 28, 84
Wido, 297
Wilson, John A., 12
Winkler, H. A., 296
Winnebago, escritura, 267-268
Woodhead, A. G., 23
Wou Yu-Tchang, 124

Yamagiwa, Joseph K., 212
Yamatogana, escritura, 210
Yao, escritura, 124
Yehīmilk, 175, 231

Yeivin, S., 197, 200, 218
Yezidī, escritura, 189, 190
Ylvisaker, Sigurd C., 199
Yoruba, 22-23
Young, Egerton R., 262
Yucatán, 77, 84

Zagros, montañas, 87
Zahan, D., 78
Zincirli, 180, 219, 231, 235